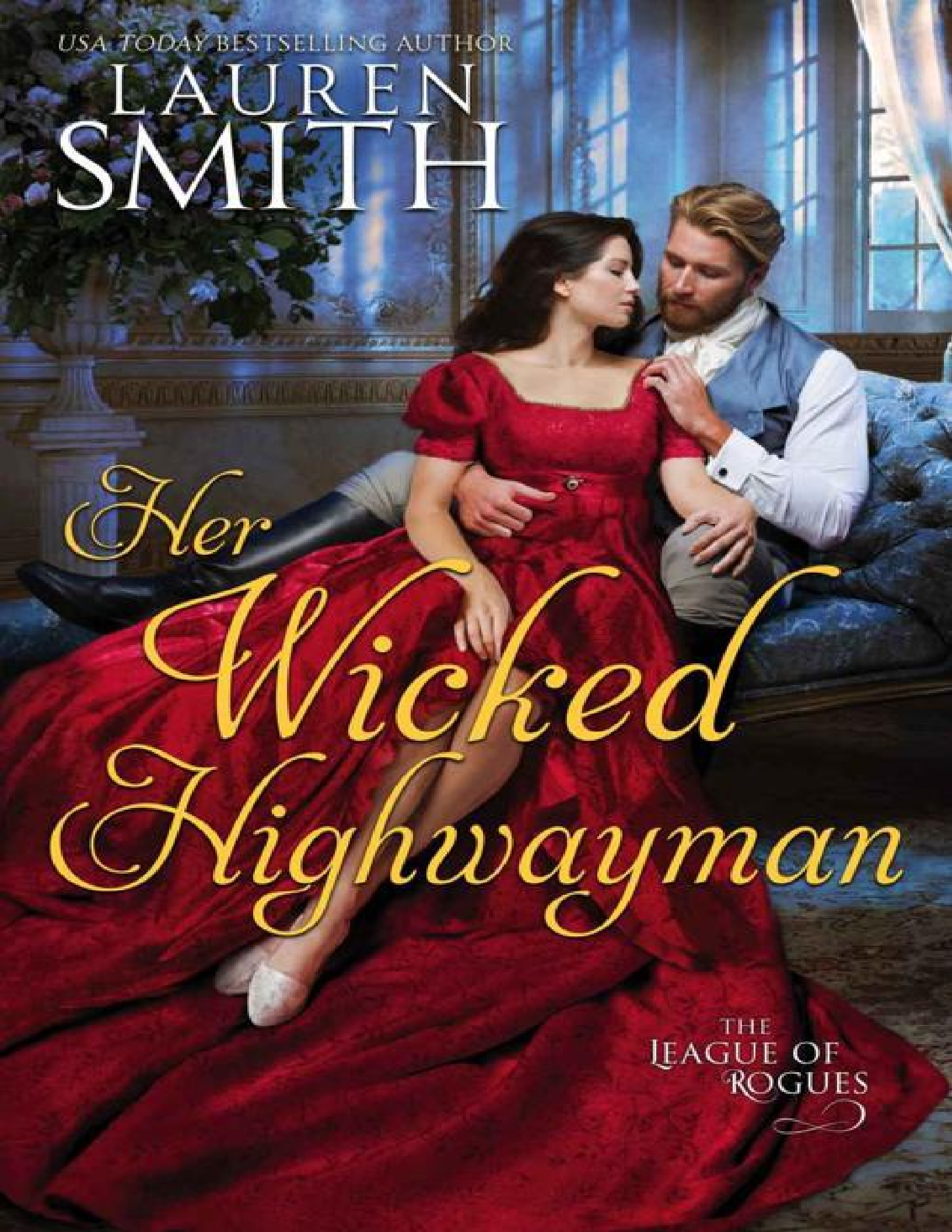

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
LAUREN SMITH
Her Wicked Highwayman
THE LEAGUE OF ROGUES

SU MALVADO BANDOLERO

LA LIGA DE LOS PICAROS

LIBRO XIX



LAUREN SMITH

Traducido por
L. M. GUTEZ



ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

Nota de la Autora
Acerca del Autor

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright 2024 por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2025

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-967219-06-3 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-967219-07-0 (edición papel)

A ti, la mujer que siente la necesidad de mantenerse en un solitario sendero rural, dejando que las sombras y el misterio de los árboles despierten tus sentidos, imaginando que un bandolero pasó alguna vez por el mismo lugar en el que estás parada. A ti, que anhelas haberlo conocido en una noche de luna, haber visto el destello de su sonrisa tras una máscara y haber sentido la delicada caricia de su mano enguantada en tu cuello, mientras te estremeces, dividida entre el miedo y el deseo. Este relato es para ti.

PRÓLOGO

13 DE OCTUBRE DE 1803



—¡Malcolm, por favor! ¡No te vayas, te lo ruego!

Rafe cerró los ojos ante los ruidos de la pelea de sus padres. Contuvo la respiración mientras rezaba por pasar desapercibido en su escondite en lo alto de la escalera. Pero ya no era un niño pequeño, capaz de esconderse en un armario o una alacena. A los diez años, era demasiado alto, demasiado delgado y demasiado grande para esconderse detrás de la barandilla de la escalera. Rafe se obligó a abrir los ojos, recordándose a sí mismo que era lo bastante mayor para afrontar la verdad: que el profundo amor que sus padres habían compartido en otros tiempos se estaba marchitando como las flores después de un exceso de sol y muy poca lluvia.

La casa de los Lennox estaba casi a oscuras, con velas y lámparas apagadas por la noche. Los criados ya se habían acostado y sabían que no les correspondía interferir en tales disputas. Sólo el reloj de pie se atrevía a emitir campanadas en medio de semejante discusión.

Su padre estaba de pie en la entrada de mármol, y la luz de la puerta abierta del salón iluminaba su nariz de aristócrata y el hielo de sus ojos azules. La madre de Rafe se acercó a Malcom, aferrándose a la manga del abrigo para detenerlo.

—Suéltame, Reggie, maldita seas. ¡Tengo deudas que saldar y debo hacerlo esta noche! —siseó Malcolm. Regina palideció, alejándose de su marido como si la hubiera golpeado. Él nunca la había golpeado, pero a veces las palabras podían ser igual de brutales. Al igual que un desprecio cruel por aquellos a quienes se suponía que uno amaba.

—¿Más deudas? ¿Cuánto más? Malcolm, no podemos permitirnos… —la suave voz de Regina tembló. Su madre siempre había sido una fuerza dominante, y ahora tenía miedo. Rafe quería bajar las escaleras, detener esto, poner un brazo alrededor de los hombros de su madre y decirle que todo iría bien. Pero no podía. No podía interponerse entre ellos y desafiar a su padre, un hombre al que amaba tanto como a su madre.

—¿No lo entiendes? Lo he perdido todo. No podemos permitirnos *nada* —dijo Malcom, con la voz áspera por la emoción—. He sido un maldito tonto, y ahora… es demasiado tarde.

¿A qué se refería? A Rafe se le revolvió el estómago y su mente se paralizó de miedo. Fuera lo que fuera, no podía ser bueno.

Regina se cubrió la boca con las manos por un momento. Luego intentó calmarse.

—Pero el precio de novia… Mi padre lo puso en un fideicomiso para que yo lo usara si lo necesitábamos. Todavía tenemos eso…

Malcolm soltó una carcajada áspera y entrecortada, y el sonido arrastró garras invisibles por la columna vertebral de Rafe. Nunca había oído a su padre hablar así.

—También aposté eso. Estaba seguro de poder ganar esta vez, Reggie. Pero lord Caddington hizo trampas. El bastardo ganó hasta el último chelín. Ya he cobrado el dinero de tu fideicomiso.

Los labios de Regina se entreabrieron y su rostro perdió el color. El silencio entre ellos, aunque breve, podría haber congelado el mundo entero.

—¿Cómo pudiste? Requería mi aprobación.

—Falsifiqué tu firma, y tu abogado y fideicomisario creyeron que era auténtica.

—Tú… ¡robaste mi futuro, el futuro de nuestros *hijos*! Malcom…

—Reggie —dijo y esta vez la alcanzó.

Su madre abofeteó a su padre y luego, apartando la mano, huyó de la entrada, dejando a su padre allí solo, con los hombros encorvados.

Malcolm miró en la dirección en que Regina había huido. Luego, con un suspiro tan cansado que parecía cargar con el peso de todos sus pecados, salió por la puerta principal.

Cuando la puerta se cerró, el estómago de Rafe se revolvió. Iba a vomitar. Se dobló, con retortijones en el vientre, y le costó respirar hasta que se calmó. ¿Esto era verdad? ¿Se habían quedado *sin* dinero? Seguro que su padre no se lo había gastado todo en los garitos de juego. Seguramente no pudo haber…

De pronto, Ashton salió del estudio de su padre y bajó corriendo las escaleras, mirando hacia donde se había ido su madre y luego hacia la puerta principal. Luego miró hacia las escaleras, viendo a Rafe como si hubiera sabido —algo que siempre sabía—,dónde le gustaba esconderse a Rafe.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está papá? He oído gritos —Ashton sólo tenía quince años, pero ya tenía cierto carácter autoritario. Rafe sabía que su hermano podía arreglar la ruptura entre sus padres: Ashton podía hacer cualquier cosa.

—Se fue… mamá y él volvieron a discutir por dinero.

Ashton maldijo en voz baja.

—Quédate aquí, ¿entiendes? Lo traeré de vuelta —entonces Ashton cogió su capa y salió corriendo hacia la noche.

Dominado por la necesidad de ayudar a su hermano mayor, Rafe bajó corriendo las escaleras y salió a la noche. Ashton caminaba delante de él, y su padre iba un poco más allá, apenas visible en la penumbra, con paso rápido y la cabeza inclinada.

Rafe siguió a su hermano y a su padre a través de Half Moon Street mientras se adentraban cada vez más en una parte de la ciudad a la que sabía que no debían ir. Las calles se volvían más estrechas, la suciedad del suelo se hacía más espesa y las paredes de las chozas a su lado

emanaban olores mezclados de miedo y desesperación. ¿Adónde iba su padre? Seguramente la gente que vivía aquí no era nadie que él conociera o *debiera* conocer. Sin embargo, sin mirar atrás, su padre se dirigió a una taberna, sin inmutarse por encontrarse en un lugar como ése.

Su padre desapareció en el interior del edificio, cuyo descolorido letrero decía: «Lanza del Diablo». Un minuto después, Ashton cruzó con cuidado la calle y entró también en el edificio. Rafe se mantuvo atento a los hombres que pasaban a su alrededor por estas estrechas calles. Los hombres que vivían en esta parte de Londres tenían rostros duros y peligrosos. Rafe siempre había sido capaz de leer a una persona por sus expresiones, incluso las más diminutas, y normalmente podía leer las intenciones de una persona. Estos hombres le cortarían el cuello sin pensárselo dos veces.

Rafe se adentró en las sombras de los establos de enfrente hasta que pudo decidir qué hacer. Maldijo el tono claro de su pelo, temiendo que el brillo del mismo pudiera delatarlo en la oscuridad, como tan a menudo hacían sus brillantes ojos azules. Si su padre o Ashton se percataban de su presencia, no se enteraría de nada.

Rafe enderezó los hombros al cruzar la calle y cogió el picaporte de la puerta del establecimiento. Cuando la abrió, se encontró con una bulliciosa taberna llena de mesas de juego y hombres borrachos. El edificio era un laberinto destartalado de habitaciones y pasillos tan abarrotados que resultaba difícil ver adónde había ido su hermano mayor.

Mujeres con los pechos descubiertos se encontraban sentadas en el regazo de varios hombres mientras ofrecían jarras de ale. Las camareras deambulaban por la sala con bandejas, repartiendo aún más bebida. En una mesa, a la vista de todos, un hombre tenía la falda de una mujer subida por encima del trasero y estaba…

El rostro de Rafe se sonrojó ante la inesperada escena íntima. ¿Dónde demonios estaban su padre y Ashton?

Se abrió paso a través del caótico barullo de las habitaciones, buscando entre la multitud los rostros familiares de su padre o de su hermano. Finalmente, en el rincón más alejado de la sala, divisó una mesa cuadrada con tres hombres hablando, con las voces ahogadas por el estruendo. Uno de ellos era su padre. Dejando escapar un suspiro de alivio, decidió arriesgarse al disgusto de su padre y mostrarse para rogarle que volviera a casa. Rafe atravesó la sala, sintiendo las miradas amenazadoras de los hombres y las sonrisas deseosas de las mujeres. Una de ellas incluso le sujetó del brazo cuando pasó junto a él.

—Vaya, vaya, ya no eres un muchacho… —ella agitó las pestañas en su dirección y se inclinó hacia delante, dejándole ver sus grandes pechos.

La cara de Rafe se calentó cuando se apartó de la mujer. Estaba asustado por la forma en que ella lo miraba.

Los hombres que la rodeaban se burlaron y estallaron en carcajadas cuando uno de ellos le dio un fuerte golpe en el trasero. Ella chilló, pero luego empezó a reírse también. Rafe aprovechó la oportunidad para escapar y se dirigió aún más rápido hacia la mesa del fondo.

Cuando alcanzó a su padre, se colocó detrás de él y apoyó una mano en el hombro. Malcolm se sobresaltó y se giró, como si esperara una pelea. Se quedó boquiabierto cuando vio que era Rafe.

—¿Qué demonios haces aquí?

—He venido a llevarte a casa, padre —Rafe no se atrevió a mirar a los otros dos hombres, pero podía sentir sus ojos clavados en él. No mencionó que Ashton estaba en alguna parte de este horrible lugar, pues eso podría enfurecer aún más a su padre.

—Estoy en medio de algo importante, Rafe. *Vete a casa* —la voz de su padre contenía una advertencia que lo aterrorizó. Su padre era un hombre fuerte, y Rafe siempre había creído que podía hacer cualquier cosa. Ahora, por primera vez en su vida, veía un lado diferente del hombre al que había idolatrado—. Vete a casa, hijo mío, *por favor* —su padre le sujetó el brazo, estrujándolo fuertemente—. Cuida de tu madre y de tu hermana. Pronto estaré en casa.

Rafe deseó desesperadamente que su hermano mayor estuviera allí. Ashton siempre sabía qué hacer, qué decir. ¿Dónde estaba? ¿Cómo no había encontrado a su padre tan rápido como él?

Finalmente, Rafe se armó de valor para mirar a los otros dos hombres de la mesa. Uno era corpulento pero parecía fuerte. Llevaba el elegante abrigo de un caballero, pero la crueldad delineaba sus rasgos en profundos surcos. El segundo era enorme, una bestia de rostro pesado con cicatrices. Miró con desprecio a Rafe. Era el tipo de hombre contra el que uno nunca se atrevería a apostar en uno de esos cuadriláteros de boxeo clandestinos cuya existencia se suponía que desconocía.

El caballero miró a Rafe con ojos aterradoramente oscuros.

—Preséntanos a tu chiquillo, Lennox.

—Yo… —Malcom vaciló, pero finalmente cedió—. Rafe, este es lord Caddington y su socio el señor Phelps —su tono estaba tan lleno de aflicción que Rafe temió saber de inmediato lo que había entre su padre y este hombre.

Caddington examinó a Rafe con una mirada fría.

—¿Cuántos años tienes, chico? ¿Diez, doce?

—Diez, milord —el tono de Rafe era firme, aunque temblaba por dentro. Algo en este hombre le parecía terriblemente mal. No podía leerlo como a otras personas. No tenía gestos, ni rarezas, ni leves expresiones que indicaran lo que pensaba o sentía. Los ojos del hombre estaban *vacíos.*

—Eres un lindo muchacho, ¿verdad? —musitó Caddington y se acarició la barbilla—. Lennox, tal vez tu muchacho pueda saldar tus deudas atendiéndome en mi casa.

Malcolm se puso de pie con brusquedad.

—¡No!

El bramido fue tan fuerte e inesperado que toda la sala tembló con el estruendo del grito de Malcolm. La multitud de borrachos enmudeció hasta que retomaron sus actividades como si nada hubiera pasado.

—No, Caddington —dijo Malcolm en voz más baja, pero no menos amenazante—. Tienes los papeles necesarios para adquirir los fondos que te debo, y eso debería bastar. Mi hijo no tiene nada que ver con esto.

Caddington jugueteó con su copa de brandy mientras adoptaba una expresión contemplativa.

—Puede que sea suficiente por ahora, pero no puedes evitar las mesas para siempre, Lennox. Ambos sabemos que volverás. Y cuando lo hagas, reclamaré a ese chico como pago —Caddington mostró a Rafe una sonrisa que prometía cosas oscuras y terribles si él y Caddington volvían a encontrarse.

Rafe retrocedió un paso. Quería irse, quería dar media vuelta y huir, pero era un Lennox. No abandonaría a su padre en manos de ese hombre.

Malcolm sujetó a Rafe del brazo.

—Es hora de que te vayas a casa, hijo —ambos se dirigieron a la puerta del establecimiento y salieron a la noche—. Llamaré a un coche de caballos —murmuró su padre, negándose a mirar a su hijo a los ojos mientras levantaba la mano y llamaba a un carruaje. Cuando el conductor se detuvo ante ellos, Malcolm pagó al hombre y le dio la dirección de la casa Lennox.

—¿No vienes conmigo? —preguntó Rafe a su padre con voz tranquila y asustada.

—No, hay algo que debo hacer… Estaré en casa por la mañana —su voz contenía un sonido extraño, y a Rafe no le gustó la extraña mirada de su padre.

Rafe se estremeció y miró hacia la puerta de la taberna y el garito de juego. Una sombra oscura bloqueaba la luz que entraba por la puerta abierta. Rafe reconoció la forma del hombre. Era el señor Phelps.

—Él quiere al chico, Lennox —dijo Phelps—. Entrégamelo.

—Nunca —gruñó Malcom. El hombre, una bestia, se acercó a Malcolm con un objeto oscuro y brillante en la mano. Un cuchillo.

—¡Padre, cuidado! —gritó Rafe.

Malcolm giró y se colocó entre Rafe y Phelps. Su padre, quien había sido boxeador en Jackson’s salon, giró y plantó un puñetazo en la barbilla de Phelps, pillando al hombre desprevenido. Éste gruñó y luego blandió la espada hacia el pecho de Malcom, pero esquivó el golpe. Los hombres se golpearon mutuamente, y los puñetazos emitieron un sonido repugnante. Rafe se vio obligado a retroceder para apartarse. Estaba claro que su padre estaba ganando la pelea: Phelps estaba en desventaja, aunque Malcolm olía fuertemente a ale.

—¡Sube al carruaje, hijo! —le gritó Malcolm a Rafe y lo empujó al carruaje había llamado. Rafe cayó de espaldas contra los rígidos cojines cuando éste se puso en marcha, pero no quería volver a casa solo, quería llevar a su padre con él. Antes de que el vehículo adquiriera más velocidad, Rafe abrió la puerta que daba al lado opuesto de la calle y saltó al suelo; sus pies se hundieron en la tierra y la suciedad del camino, inmovilizándolo momentáneamente.

Un fuerte ruido de cascos y el repentino grito de un cochero sobresaltaron a Rafe. Había caído en el camino de un carruaje en movimiento. No podía moverse, no podía pensar, no podía

respirar mientras los caballos le embestían.

Algo chocó contra él y Rafe cayó al suelo, rodando una y otra vez hasta que aterrizó en el otro lado de la calle. Su cabeza chocó con la dura piedra y todo se volvió oscuro.



MALCOLM MALDIJO AL VER AL BASTARDO DE PHELPS ENTRAR EN LA TABERNA. HABÍA SIDO UN combate muy reñido, pero Phelps no podía ganar y ambos lo sabían. Rafe estaba de camino a casa, estaba a salvo… por ahora. Pero eso no siempre sería cierto. Malcolm había cometido el error de atar su destino al de Andrew Caddington cuando empezó a perder dinero con él, pero nunca había soñado que eso pondría en peligro la vida de su hijo menor.

Caddington tenía un lado oscuro, un lado al que le gustaba hacer daño a la gente, especialmente a los hombres jóvenes. Disfrutaba golpeando a los hombres hasta dejarlos inconscientes, y se rumoreaba que había matado a más de un joven en su finca por su amor a la brutalidad. Era un demonio, un demonio cuya oscuridad no conocía límites, y ahora había puesto sus ojos en Rafe.

Pero Malcolm estaba lo bastante sobrio esta noche como para saber que tenía una elección: dejar que la vida de su hijo corriera peligro, o hacer lo que condenaría su alma para siempre pero salvaría a su hijo. Cuando vio la situación desde esa perspectiva, supo que sólo podía hacer una cosa.

Debía matar a Caddington. Incluso si eso suponía la ruina a su familia en la sociedad, incluso si se enfrentaba a la horca por el asesinato, debía hacerlo. No podía permitirse que Caddington viviera. Malcom volvió a la Lanza del Diablo y miró a su alrededor, buscando a Phelps y a Caddington.

—¿Y ahora, querido? ¿Quieres que te lleve a algún lado? —le preguntó una de las prostitutas que frecuentaban el burdel en la parte trasera cuando entró. Había cometido el error más de acostarse con ellas más de una vez, cuando debería haber ido a casa con su amada Reggie, pero no podía soportar la vergüenza de ver su dolor, su decepción con él. Así que buscó consuelo donde pudo, con quien pudo.

—No, esta noche no. ¿Dónde está lord Caddington? —preguntó a la mujer, sabiendo que ella sabría muy bien dónde estaba una de los buenos “objetivos” del establecimiento.

—Lord Caddington está en la parte de atrás. ¿Quieres que te lleve con él? —ella entrelazó su brazo con el suyo y lo condujo más allá de la sala de juego principal. Se detuvieron ante la puerta de una de las habitaciones del fondo del pasillo y ella la abrió—. Está ahí dentro…

Cuando Malcolm entró, algo golpeó con fuerza su cabeza desde atrás. Tropezó y se sujetó al borde de la cama vacía de la habitación. Su visión dio vueltas y se desplomó sobre la cama,

intentando recuperar el aliento. Fue vagamente consciente de que la prostituta le registraba los bolsillos en busca de dinero. Cuando le arrebató el reloj de bolsillo del pecho, él luchó por recuperarlo, pero ella lo empujó con fuerza y él cayó de espaldas sobre la cama, sujetándose la cabeza.

La puerta de la habitación se cerró de golpe, dejándolo a oscuras. Luego se abrió de la misma manera y alguien se abalanzó sobre él.

—¡Padre! —la voz de Ashton atravesó el velo de confusión demasiado tarde, pues Malcom golpeó a su hijo en la cara.

—¡Déjame, muchacho!

Ashton se llevó una mano a la cara, y Malcolm odió la expresión de dolor en los ojos de su hijo mayor. Nunca antes había golpeado a su hijo.

—Padre, por favor —suplicó Ashton—. Ven a casa. Mamá te necesita. Todos te necesitamos.

Lord Lennox se puso en pie con dificultad.

—La maldita puta se ha llevado mi monedero —se tocó los bolsillos—. El reloj de bolsillo también.

—Padre… —Ashton aún se tocaba la cara en el sitio del golpe, pero Malcom no estaba escuchando.

Salió de la habitación, tropezando con sus pies en el pasillo. Tenía que encontrar a Caddington, tenía que asegurarse de que ese hombre no tuviera nunca más la oportunidad de hacer daño a Rafe o a nadie. Ashton se precipitó tras él, esquivando las mesas de juego.

Varios hombres gritaron y maldijeron cuando Malcolm chocó contra ellos. El golpe que había sufrido en la cabeza estaba perjudicando mucho más su equilibrio que el alcohol que había consumido.

—¡Cuidado, hombre! —alguien empujó a Malcolm hacia la puerta principal, intentando apartarlo de su camino.

Tengo que encontrar a Caddington… tengo que…

Los pensamientos de Malcolm se detuvieron bruscamente cuando llegó al bordillo de la acera y vio algo enfrente.

Rafe… su querido y dulce hijo estaba sentado en la acera, cubierto de suciedad y llevándose una mano a la cabeza como si se hubiera hecho daño. ¿Caddington había intentado llegar a él otra vez? *Por favor, Dios, no…*

—No —jadeó Malcolm y empezó a cruzar la calle hacia su hijo pequeño.

—¡Padre! —el grito de Ashton detrás de él llegó demasiado tarde.

Después de lo que pareció una eternidad atrapado en la oscuridad, Rafe abrió los ojos. Le dolía todo el cuerpo y estaba tumbado en la pasarela peatonal de piedra junto al camino, con la cabeza palpitándole.

¿Dónde estaba su padre? Rafe se incorporó con dificultad y miró confundido a su alrededor.

Su padre estaba al otro lado de la calle, mirándole fijamente, con sorpresa y miedo en el rostro. No había ni rastro del aterrador señor Phelps con el que había estado peleando. Rafe devolvió la mirada a su padre mientras éste daba un paso fuera del bordillo y se adentraba en la calle, ignorando la presencia de un carruaje. Todo pareció ralentizarse, y Rafe no pudo moverse, no pudo parpadear ni siquiera gritar.

Los caballos chillaron y Rafe levantó la cabeza para verlos pisar frenéticamente un bulto en el camino antes de que las ruedas del carruaje hicieran lo mismo, pasando por encima de la forma para luego caer nuevamente contra el suelo. Una mujer que había estado caminando por la acera junto a Rafe gritó, señalando con un dedo tembloroso la masa en el suelo.

—¡Padre! —el grito de Ashton llamó la atención de Rafe, y vio a su hermano mayor correr tras su padre, quien había salido a la calle.

—¡Muerto! ¡El hombre está muerto!

Las palabras de la mujer estrujaron violentamente el corazón de Rafe, haciéndole inmovilizándolo, robándole el aliento.

Ashton bajó corriendo los escalones y se detuvo bruscamente a pocos metros del cuerpo desplomado de su padre.

—¿Quién es? —preguntó el conductor mientras bajaba de su carruaje.

Ashton se aclaró la garganta, pero emitió las palabras de manera entrecortada.

—Es mi padre.

—*Era* tu padre —dijo un joven moreno con bastón mientras se detenía junto a Ashton, además de otros que habían estado cerca de la taberna y presenciado el accidente—. Tonto borracho —el hombre volvió a entrar en el club, pero Ashton permaneció quieto, mirando fijamente a su padre, con el rostro completamente blanco.

Rafe se levantó, se frotó las manos ensangrentadas y heridas en los pantalones, y caminó con piernas trémulas hacia su hermano mayor.

Ashton levantó la cabeza y miró fijamente a Rafe durante un momento, con la mirada perdida, y luego se llenó de rabia y furia.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué has hecho, Rafe?

¿Qué había hecho? Los labios de Rafe se entreabrieron, pero no sabía qué decir. No podía recordar. Habían estado a punto de marcharse, su padre lo había enviado a casa, y entonces ese hombre terrible, el señor Phelps, había venido a por ellos, y se habían peleado. Pero papá había ganado la pelea, ¿no? *¿No?* La mente de Rafe dolía, y cerró los ojos brevemente, intentando pensar, pero no podía recordar.

—Yo… no sé… Ashton. No sé…

—Lo has matado, eso es lo que has hecho, porque no pudiste quedarte en casa, donde perteneces —gruñó Ashton—. Tú lo *mataste*… —su hermano expresó las últimas palabras con dificultad mientras miraba a Rafe de una forma que nunca antes lo había hecho. Con desprecio, con odio.

—No, no puede estar muerto. Padre…

Su hombro y cabeza palpitaban con dolor, allí donde había caído contra el pavimento. Pero nada de eso importaba. Se arrodilló y levantó la cabeza de su padre, intentando colocarla sobre su regazo. Malcolm tenía los labios cubiertos de sangre y el cuerpo doblado en ángulos antinaturales. Sus ojos estaban abiertos, pero tenía una expresión aturdida. Rafe no quería pensar en el dolor que sufría su padre. Él se había roto el brazo una vez, al caerse de un árbol hacía unos años, pero lo de su padre era… irreparable.

Malcolm se lamió los labios y su mirada se movió lentamente entre Rafe y Ashton, quien se había arrodillado junto a Rafe. Ashton tenía la cara blanca como el mármol. Sus labios estaban entreabiertos, pero no hablaba, no se movía; era como si estuviera congelado.

Rafe volvió a centrarse en su padre. Sus manos temblaron cuando le tocó suavemente la cara.

—Padre.

—Hijo mío —las palabras escaparon de los labios de Malcolm como un suave suspiro, y entonces el brillo de vida en sus ojos se desvaneció.

Rafe sostuvo la cabeza de su padre en su regazo, con lágrimas cayendo por su rostro mientras se encontraba con la mirada de Ashton. Su hermano mayor no se movió, se limitó a mirar a su padre… completamente destrozado.

—¡Que alguien nos ayude! ¡Quien sea! Por favor! —gritó a los transeúntes que lo miraban con una mezcla de pena y compasión. Pero no había ayuda, no para lord Malcom Lennox. Era demasiado tarde. Ni siquiera su hermano mayor podía ayudar a su padre ahora. Se había ido, y Rafe había sido la causa de ello.

Rafe se limpió los ojos, y un extraño entumecimiento recorrió sus extremidades cuando vio al señor Phelps y a lord Caddington mirándolo fijamente desde una corta distancia. Eran más espectros que hombres de carne y hueso. Los ojos de Rafe ardían con un odio tan fuerte que, por un momento, llenó el vacío que la muerte de su padre había dejado. Ellos eran los responsables de esto.

Algún día los mataría a los dos. Aunque tuviera que esperar toda una vida. Se encargarían de que derraman sangre y su padre sería vengado.



REGINA LENNOX MIRABA LAS BRASAS DEL FUEGO EN EL SALÓN. LE DOLÍAN TODOS LOS HUESOS

del cuerpo a medida que aumentaba su preocupación por Malcom. Se ciñó el chal de cuadros alrededor de los hombros. Habían discutido antes, pero nunca de esta manera. Y ella nunca le había pegado. Pero él había hecho lo impensable. Había traicionado su confianza de una forma que había jurado que nunca haría.

Ese dinero, la dote que su padre le había dado, iba a ser un regalo para sus hijos algún día. Y él lo había malgastado sin pensar… porque no se había molestado en pensar en ella mientras se entretenía en esas mesas llenas de vicio. Se le formó un nudo en la garganta mientras luchaba por no llorar. Las lágrimas no servirían de nada. Tenía que ser fuerte, por sí misma y por sus hijos.

Eran las dos de la madrugada y Malcolm aún no había regresado. Un fuerte golpeteo de la aldaba de latón de la puerta principal la sacó de sus pensamientos. *¡Malcom!* Abandonó su asiento en el salón y corrió a la entrada, abriendo la puerta de golpe.

—Malcolm, ¿dónde has…?

Su voz se apagó al ver a un extraño en los escalones frente a ella. El hombre se quitó el sombrero y lo sostuvo en la mano, con rostro serio.

—¿Lady Lennox?

—S-sí —apenas podía hablar. Sintió que se le cerraba la garganta mientras un peso ineludible le oprimía el pecho, amenazando con asfixiarla. Sabía lo que era. Lo sabía.

—Lamento informarle de que su marido ha muerto.

Un zumbido comenzó a atacar sus oídos cuando vio a dos figuras salir de detrás del hombre. Rafe y Ashton. Tenían la cara blanca como la ceniza y la ropa de Rafe estaba cubierta de barro. ¿Cuándo habían salido sus hijos de casa?

—¿Milady? —preguntó el hombre—. ¿Ha oído lo que he dicho? He dicho que sus hijos presenciaron el accidente.

—¿Accidente? —Regina nunca se había desmayado, pero justo en ese momento el mundo giraba vertiginosamente a su alrededor. Sus piernas se doblaron.

Rafe se lanzó a cogerla, pero Ashton lo apartó de un empujón y abrazó a su madre con ternura.

—¡Madre!

—¿Cómo… cómo ha ocurrido? —su voz estaba entrecortada, pero el hombre la oyó.

—Lo atropelló un carruaje, milady —dijo, arrodillándose junto a Regina—. Yo era el oficial en servicio. Necesito hacerle algunas preguntas sobre los movimientos de su marido esta noche y…

Regina dejó de escuchar al hombre. Miró las caras de sus hijos y leyó el dolor en sus ojos, el dolor y… en la cara de Rafe, *la culpa.* La cara de su precioso hijo estaba oscurecida por la aflicción. Ashton lanzó a Rafe una mirada de pura rabia que Regina no pudo entender. Sus hijos se amaban, nunca se habían peleado… nunca…

Algo había sucedido esta noche para cambiar eso.

Se aferró a los brazos de Ashton, con el corazón destrozado y la voz quebrada mientras

miraba fijamente a su hijo menor.

—Rafe, ¿qué has hecho?

CAPÍTULO 1



Extracto de *La Gaceta del Monóculo de Cristal*, Octubre 13, 1822, la columna de lady Society:

Ha llegado a oídos de lady Society la existencia de un peligroso bandolero que caza joyas y monedas en las carreteras de Hampshire. Aunque lady Society suele centrarse en los cotilleos de proporciones escandalosas de la alta, esta historia era simplemente demasiado exquisita para ignorarla.

Según se dice, este bandolero sólo es peligroso para quienes se atreven a cruzarse en su camino. Detiene a los hombres con una pistola en la mano, mientras roba los anillos de las damas con la otra. Es, sin duda, un sinvergüenza excepcional, pero uno no puede evitar disfrutar de la imagen romántica que evoca. Lady Society se pregunta qué se esconde bajo el dominó y la capa negra. ¿Quién es este hombre que grita: «¡En pie y a cumplir!» mientras recoge sus premios? Tal vez traslade su territorio de caza a las calles de Londres para que las damas de la alta puedan deleitar sus ojos con este apuesto diablo.

Diana Fox se ciñó el chal sobre los hombros mientras miraba sin ánimo por la ventana del carruaje. En pocas horas llegaría a casa, pero por mucho que se alegrara de regresar, no tenía buenas noticias que llevar a los criados que se habían quedado lealmente con ella tras la muerte de su padre.

Foxglove Hall, su querida casa familiar, pronto pertenecería a los acreedores si ella no podía encontrar una fuente estable de ingresos para la finca. Tenían a los arrendatarios agricultores, por supuesto, pero ella no podía conformarse con el poco dinero que eran capaces de ganar. Había pasado las tres últimas semanas en Londres, reuniéndose con el abogado de su padre y haciendo todo lo posible por resolver el lío que su fallecimiento le había ocasionado. Al menos ahora tenía una lista completa de las deudas que debía pagar y sus importes. El abogado había convencido a los bancos de que le dieran un mes de plazo para reunir al menos la mitad de lo que debía. El

problema era que no tenía medios para conseguirlo.

El viento silbaba contra las ventanas del carruaje. Su frialdad penetraba por las rendijas de la estructura, congelando el interior de la vehículo, junto con sus pasajeros. Viajaban con ella otras tres personas, dos hombres y una mujer. Estaban acurrucados para darse calor en un extremo, mientras ella mantenía las distancias en el lado opuesto. Durante sus breves conversaciones se había enterado de que los otros ocupantes eran una familia, con un padre, una madre y su hijo, Claude, que tenía aproximadamente la edad de Diana, veintitrés años.

Había rechazado educadamente los intentos de charla del joven cuando quedó claro que estaba interesado en ella. No tenía tiempo ni deseos de romanticismos, y mucho menos paciencia para entretener a un joven inquieto como él. Era bastante simpático, incluso de aspecto agradable, pero sus atenciones sólo despertaban en ella una profunda frustración. Había renunciado al amor y al matrimonio hacía años, al empezar a cuidar de su padre enfermo.

Apenas tengo tiempo para cuidar de mí misma. ¿Cómo podría afanarme por otro hombre?

Era una pregunta que se formulaba con desaliento cada vez que una punzada de soledad la golpeaba más profundamente de lo habitual. Como siempre, había reprimido la soledad, la había enterrado hasta el fondo para que no volviera a la superficie.

Otras mujeres se habrían casado por seguridad, pero ella no podía soportar esa idea. Un matrimonio como acuerdo o contrato pondría a Diana en desventaja y, en última instancia, a merced del hombre con el que se casara. Si su relación se enturbiaba, sería ella quien lo perdería todo.

Por lo tanto, no tenía sentido casarse con alguien a menos que fuera por amor, un amor y una amistad duraderos que no se convirtieran en una guerra de voluntades que ella acabaría perdiendo por ser mujer y, por lo tanto, propiedad de su marido. Si se casaba, sería por amor. Sería porque su corazón simplemente no podría latir ni un segundo más sin el hombre que amaba en su vida. Pero ese tipo de hombre no era más que un sueño de niña. Su casa y el bienestar de los criados que vivían en ella era lo único que le importaba ahora.

El carruaje se inclinó un poco cuando las ruedas cayeron en un surco de la carretera. Diana se apoyó en el lateral del vehículo, haciendo una mueca de dolor.

Sólo unos kilómetros más adelante, se detuvieron frente a un par de zorros de piedra tallados sobre pilares que sostenían la entrada de Foxglove Hall, la casa de su familia.

Un dolor intenso se agitó en su pecho al recordar que ya no tenía familia.

Soy todo lo que queda de la noble casa de Fox.

Su madre había muerto cuando Diana tenía quince años, y su hermana mayor había huido de casa para casarse poco después. Y su padre había fallecido de una apoplejía hacía menos de un año.

—Deberíamos llegar pronto —dijo Edwin, el caballero de más edad, a su mujer—. Es bueno estar en casa. Se acerca una tormenta. Puedo oler la lluvia.

Su esposa asintió con remilgo, como si las palabras de su marido fueran la pura verdad.

—No queremos que el camino esté demasiado embarrado. Si el carruaje se queda atascado, tendríamos que pasar la noche en la carretera —miró a Diana, intentando incluirla en la conversación—. ¿Te queda mucho camino por recorrer, querida?

Diana apartó la mirada de la ventana.

—¿Quizás otros tres kilómetros?

—¿Y adónde se dirige, señorita Fox? —preguntó Claude con impaciencia—. ¿Quizás podría acompañarla hasta allí?

—No —jadeó ella, luego se calmó—. Quiero decir, no, gracias. Estaré bien. Mi personal me estará esperando. Mi mozo de cuadra suele esperarme cerca de la carretera.

No era exactamente una mentira. Su mozo de cuadra, un tipo maravilloso aunque algo viejo llamado Nelson, siempre insistía en ir a buscarla a las puertas y acompañarla a casa, pero hoy él no sabía *cuándo* volvería. Pero lo último que necesitaba era otro hombre más intentando cortejarla con sus gestos elegantes. Ya había pasado por eso antes y había visto cómo acababa todo: con un hombre creyendo que podía permitirse libertades o forzarla a casarse. Y *siempre* empezaba con una amable escolta a casa.

Él se desanimó al instante ante su rechazo.

—Oh.

El carruaje se estrelló contra otro surco y la mujer chilló, aferrándose al brazo de su marido.

—Señorita Fox, puede sostenerse de mí, si quiere —le ofreció Claude con una mirada llena de esperanza.

—Estoy bien, se lo aseguro — ajustó su fuerte agarre a las descoloridas cortinas rosas del carruaje.

Un trueno agudo y claro obligó al vehículo a detenerse bruscamente. Diana gruñó cuando su cabeza rebotó contra el cristal de la ventana por la que había estado mirando. Se frotó la frente y buscó alguna señal de la tormenta que se había desatado repentinamente sobre ellos.

—Ha sido un trueno muy cercano —murmuró Diana. Esperaba que la tormenta no llegara todavía. Podría ser un largo camino bajo la lluvia hasta la casa, y ella ya tenía frío.

Un grito procedente del exterior del carruaje se oyó parcialmente amortiguado, pero las palabras *«¡En pie y a cumplir!»* fueron lo bastante claras como para que todos las oyeran.

Edwin se enderezó y su rostro palideció.

—Eso no fue un trueno. Ha sido un disparo de pistola.

Su mujer jadeó.

—Edwin, ¿qué vamos a hacer? ¡Debe de ser un bandolero!

—Desgraciadamente, es lo más probable —aceptó Edwin—. Claude, hijo mío, debes hacer exactamente lo que nos digan. Nada de actos heroicos tontos, ¿entiendes? Estos canallas fusilarán a un hombre por el más mínimo insulto.

Claude alzó y estiró los hombros, pero luego asintió solemnemente con la cabeza.

—Señorita Fox, yo la protegeré.

Diana le dedicó una débil sonrisa. Ese chico no podía defenderla, y ella no esperaba que lo hiciera, no contra un bandolero. Y dado su actual estado de ánimo, era mucho más probable que pudiera defenderse a sí misma antes que cualquier hombre, incluso contra un asaltante de caminos. Los últimos meses habían sido de los más miserables de su vida, y si él se atrevía a exigirle algo, Diana se aseguraría de que se arrepintiera.

Se oyeron más gritos fuera del carruaje. Los caballos relinchaban y el carruaje se balanceaba de un lado a otro.

—¡Malditos sinvergüenzas! —gritó el conductor del vehículo desde arriba.

—¡Bajad ya! —dijo una voz con un marcado tono autoritario que calmó el acelerado corazón de Diana.

La puerta que estaba a su lado se abrió de un tirón, iluminándolos con la luz de la luna y dibujando la silueta de la figura que los miraba fijamente. Un hombre enmascarado se asomó al interior del carruaje, con la pistola en alto apuntando a los ocupantes. No llevaba una capa ondulada, sino un gabán de lana negra que brillaba con las gotas de lluvia.

—Buenas noches, damas y caballeros —dijo el hombre, enfatizando la erre; desprendía un tono escocés que erizó la piel de Diana. Ella frunció el ceño ante la inesperada reacción. ¿Quizás lo que ella admiraba era el intenso timbre de su voz?

¿Admiraba? ¿Se estaba volviendo loca? No admiraba a ese hombre. Era un ladrón cruel, y eso no tenía nada de admirable.

El bandolero sonrió, la máscara de dominó que llevaba ocultaba todo menos su boca y sus ojos.

—Por favor, salid y formad una fila. Si cooperáis, todo irá bien y no haré daño a nadie. Os pido que saquéis todas las monedas y joyas de valor —agitó la pistola hacia Edwin—. Vosotros primero.

Edwin descendió del carruaje y ayudó a su esposa a bajar. La pobre mujer estaba temblando tanto que casi se cayó.

El hombre apuntó a Claude con la pistola.

—Eres el siguiente, muchacho.

—¡Vil ladrón! —Claude sacó el pecho pero no hizo ningún movimiento para coger la pistola del hombre—. ¡Cómo te *atreves* a robarnos!

El ladrón se rio y habló por encima del hombro a otros dos jinetes, también enmascarados, que esperaban cerca, con las pistolas en alto y listas para disparar.

—Ay, estoy herido. El chaval cree que somos unos viles ladrones.

Los otros bandoleros rieron, sin inmutarse por el insulto.

—Muy bien, muchacho, has demostrado que eres valiente. Ahora tranquilízate, novato.

Claude descendió a regañadientes y se colocó junto a sus padres. Se volvió para ayudar a Diana, pero el ladrón lo apartó de un empujón con el cañón de su pistola.

—Vaya —ronroneó el hombre al ver a Diana—. Eres toda una belleza —le tendió una mano

enguantada.

Diana lo miró con el ceño fruncido. *Belleza.* Si bien no era poco amable a la hora de valorar su propio aspecto, era muy consciente de que poseía una barbilla impertinente y una nariz ligeramente respingada que la hacían parecer más maliciosa cuando estaba de buen humor y bastante arisca cuando estaba de mal humor. Y en ese momento, sin duda estaba de mal humor.

—No necesito ninguna ayuda, ni ninguno de tus falsos halagos —se apoyó en un lado de la puerta y utilizó la mano libre para levantar sus faldas de terciopelo azul mientras atravesaba la puerta del carruaje. Se había puesto sus mejores vestidos durante su estancia en Londres, con la esperanza de recordar a los banqueros que seguía perteneciendo a una familia noble, y ahora se arrepentía de esa elección. Si llovía ahora, su vestido pesaría como plomo sobre su piel.

—Dejarás que te ayude, muchacha. Insisto —el hombre avanzó, le rodeó la cintura con un brazo y la levantó.

Ella se deslizó por la parte delantera de su cuerpo, demasiado consciente de cada centímetro duro y musculoso del hombre, como una estatua de mármol. Se aferró a sus hombros, sorprendida por el calor que sentía su cuerpo en respuesta al de él. Miró unos ojos azules brillantes que parecían nubes bañadas por la luz de la luna. Cuando él la dejó en el suelo, su chal se deslizó y ella le soltó los hombros, con la intención de volver a subírselo.

—Permíteme —dijo el escocés. Cogió el chal y volvió a envolverla con la prenda, pero su mirada se detuvo en sus pechos mientras le colocaba los extremos opuestos del chal entre las manos trémulas—. Exquisito —dijo, con la mirada fija en su pecho.

—¡Qué ha dicho! —siseó ella y se cubrió.

La risita áspera y grave del hombre le rozó la piel de una forma muy erótica, provocándole una oleada de calor.

—Me refería a tu collar. Aunque podría decir lo mismo de tus hermosos pechos. *También* son exquisitos.

—¡Cómo te *atreves* a hablarle así a una dama! —gritó Claude. Dio un paso hacia el ladrón.

En lugar de sentirse desafiado, el bandolero sólo pareció divertirse con el joven.

—A todas las muchachas les gusta que alaben su belleza, muchacho. Es mejor que aprendas esa lección antes de empezar a seducir mujeres, ¿eh? Todas las mujeres merecen un poco de cortejo antes del amor —la mirada del escocés no se apartaba de Diana mientras deslizaba el dorso de sus dedos enguantados por la mejilla y luego por la columna de la garganta.

Debería haberle retirado la mano de un golpe, pero se quedó inmóvil ante su mirada. Nunca se había sentido así. Los ojos de este hombre la tenían atrapada como a una pobre mariposa bajo un cristal. Se sentía impotente ante él, pero ¿por qué? Ningún hombre la había hecho sentir así. Sus labios pecaminosamente exuberantes se entreabrieron y ella saboreó la dulzura de su aliento mientras seguía observándola. Sus rostros estaban tan cerca que casi podía besarla. Pareció darse cuenta del sorprendente efecto que tenía sobre ella, y su sonrisa se volvió triste.

—Eres demasiado dulce para un hombre como yo, gatita —dijo, curvando los labios en una

sonrisa encantadora y maliciosa. Esa singular sonrisa desencadenó un torrente de dulce calor que la recorrió por completo.

—En eso te equivocas —respondió ella. Una parte de esas llamas volvieron a ella. Llamas que podía usar. Llamas que entendía—. Soy todo menos dulce. Escupo fuego y me enfurezco —advirtió de manera entrecortada, más de lo que había pensado. Estaba enfadada, ¿verdad? ¿Por qué no sonaba enfadada?

—Por suerte para ti, muchacha, me gusta arder —la forma en que pronunció la palabra *arder* la estremeció. ¿Qué quería decir con eso? ¿Había otras formas de arder además de la ira?

Uno de los otros bandoleros habló con un ligero tono irlandés.

—Vamos, Tyburn, recoge nuestras ganancias para que podamos irnos.

¿Éstos hombres habían venido de todas partes del reino? ¿Habían unido sus fuerzas para robar a ingleses e inglesas? Dada la forma en que el gobierno había tratado a los escoceses y los irlandeses en los últimos cien años, ella no podía culparlos. Un momento después, se percató de que había aprendido el nombre del elegante escocés.

Tyburn.

Muy apropiado, ya que algún día sería colgado en la horca de Tyburn por sus crímenes.

—Muy bien —dijo Tyburn mientras se apartaba de ella y sacaba una bolsa de cuero, abriéndola con una mano mientras mantenía su pistola apuntando a sus víctimas—. Ya lo habéis oído. Relojes de bolsillo, joyas y monedas, por favor —empezó por Edwin y su mujer, quienes echaron el dinero y las joyas en la bolsa. Claude entregó a regañadientes su dinero y su reloj de bolsillo. Cuando el bandolero tendió la bolsa a Diana, ella le entregó el escaso contenido de su monedero con gran pesar. Ella *necesitaba* ese dinero, ¡maldito sea! Se aclaró la garganta y la miró expectante.

—¡Te he dado todo el dinero que tengo! —prácticamente escupió.

—Has olvidado tu collar, mi adorable fiera.

La mano de Diana se dirigió instintivamente hacia la gran perla de agua dulce que colgaba de la cadena de oro que llevaba al cuello. Era lo único que le quedaba de su madre que no había vendido para ayudarla a mantener la posesión de su casa. Era lo único de lo que no podía desprenderse. Su padre se la había obsequiado a su madre el día que dio a luz a Diana. A diferencia de muchos hombres, no le había importado que no tuvieran hijos varones. Se había alegrado mucho de tener una segunda hija, y esa perla era una representación de su amor por su esposa y su nueva hija.

Todo el fuego de su interior se extinguió.

—*Por favor*, debo quedármelo —suplicó. Si tenía que humillarse para conservar el collar, lo haría.

Los labios de Tyburn se crisparon.

—Ay, amor, no puedo mostrar favoritismo hacia ti o mi reputación quedará arruinada —levantó la mano, probablemente con la intención de romper la cadena para quitársela.

—¡Espera! Déjame hacerlo —levantó la mano para abrir el cierre y lo cogió con la palma enguantada. Él levantó la bolsa para ella, pero en lugar de dejarlo caer allí, Diana exhaló un suspiro rápido, creando un pequeño espacio entre sus pechos y el corpiño de su vestido. Dejó caer el collar allí y luego inspiró, impidiendo que el hombre pudiera alcanzar la perla.

—¿Por qué, pequeña…? —el ladrón detuvo el insulto que pretendía proferir y frunció el ceño, con los ojos azules escarchados como un lago en invierno—. Eso no fue muy inteligente, muchacha.

—No hay forma de que llegues a él ahora —declaró Diana.

—¿Eso crees, muchacha? Ahora me has tentado —contempló su ropa con una mirada crítica que la pilló por sorpresa.

Oh, Dios mío… Había cometido un terrible error. Ningún caballero habría tomado eso como un desafío.

—¡Pero eres un caballero! No te atreverías —había leído sobre bandoleros en los diarios. A menudo eran hombres de origen noble o gentil que habían caído en tiempos difíciles o en circunstancias que los obligaban a recurrir al robo. Los que había leído no eran asesinos insensibles, y casi nunca forzaban a las mujeres.

—Mis amigos pueden ser caballeros, pero *yo* no, muchacha. *Tendré* ese collar, aunque tenga que despojarte de cada centímetro de ropa para conseguirlo —le sujetó la garganta con una mano enguantada. No la estrujó, sino que la mantuvo atrapada entre sus poderosos dedos. Una descarga de calor salvaje le recorrió el cuerpo y jadeó, pero no de miedo. El agarre posesivo y dominante que él ejercía sobre su cuello debería haberla aterrorizado, pero sólo la excitó.

Debo de estar loca… realmente loca, pensó.

La mano del hombre se dirigió a su nuca mientras la obligaba a alejarse de los demás.

—¿Qué estás haciendo? —gritaron Edwin y Claude—. ¡No puedes secuestrar a una dama!

—Eso es exactamente lo que haré —gruñó Tyburn mientras empujaba a Diana hacia su caballo. En cuanto llegó al corcel, la levantó y la arrojó sobre la silla. Ella se esforzó por sujetar las riendas y tuvo un breve pensamiento sobre marcharse, pero él montó rápidamente detrás de ella y le quitó las riendas de las manos. Se guardó la pistola en el abrigo, fuera de su alcance—. Vigílalos, Oxford. Luego coge la tercera ruta de vuelta a nuestro lugar de encuentro —ordenó Tyburn. El hombre al que había llamado Oxford asintió. Cuando Tyburn y el tercer hombre impulsaron a sus caballos hacia delante, éstos alcanzaron el galope completo al cabo de unos instantes.

Diana se aferró a la crin del caballo, intentando mantenerse estable, pero Tyburn la rodeó con un brazo y la empujó contra él. Parecía muy acostumbrado a cabalgar con un rehén al frente. Sus largas piernas se acomodaron contra las de ella y sus muslos la presionaron. Diana notó que él estaba trazando un camino difícil de seguir, dado el accidentado terreno por el que los llevaba, alejado de cualquier camino. Sería difícil seguirles la pista.

Comprendió que Oxford dejaría otro rastro más que confundiría a cualquiera que viniera a

buscarlos. Aun así, Diana hizo todo lo posible por memorizar todo lo que veía. Aunque gran parte de la campiña le parecía igual, había lugares que creía poder recordar si se veía obligada a ello.

Cabalgaron durante media hora, luego frenaron sus caballos en medio de un campo y se detuvieron.

—¿Por qué hemos parado? —preguntó ella.

—Cambridge, la venda, por favor —Tyburn señaló la cintura del tercer hombre. Cambridge sacó una tira de tela negra de un bolsillo de su gabán y acercó su caballo a Tyburn para entregársela.

—¡No! —ella intentó agacharse y resbalar del lomo del caballo, pero Tyburn la retuvo con su brazo de hierro. Cambridge la manoseó hasta que le sujetó la cabeza y el cuello. Su tacto se suavizó cuando le vendó los ojos. Luego le ató las muñecas con otro trozo de tela. Quería luchar, pero no era tonta. Si caía ahora, atada y ciega, podría ser pisoteada por sus altos y poderosos caballos. Era mejor esperar su momento y fingir obediencia. Una vez que descubriera dónde tenían su escondite, desarrollaría un plan para escapar.

Los dos hombres permanecieron en silencio mientras cabalgaban durante otro rato. Para Diana era más difícil medirlo porque no podía ver a su alrededor. Le resultaba más difícil evaluar sus alrededores, ya que no podía verlos. Todo lo que tenía era el calor del cuerpo de Tyburn detrás de ella y el sonido de los cascos de los caballos golpeando el suelo.

Eventualmente, la lluvia cayó con fuerza y la caló hasta los huesos, pero no protestó. Aún conservaba su orgullo. Aun así, no pudo evitar temblar. Su captor pareció notarlo, porque la rodeó con su abrigo. Pero no era lo suficientemente grande como para cubrirlos a ambos.

—Nos queda mucho por recorrer, muchacha. Te daré calor cuando estemos dentro —le murmuró al oído. Ella asintió y sus dientes empezaron a castañear.

Cuando por fin se detuvieron, él se bajó del caballo detrás de ella y la ayudó a descender. La cogió en brazos como si fuera una niña y la llevó al otro lado del umbral, donde la lluvia enmudeció y dejó de golpear su piel. La acomodó sobre algo cálido, en lo que ella se hundió. ¿Quizá una vieja silla tapizada? Los olores que respiraba eran limpios, sin rastro de humedad, ni oía los sonidos de otras personas a su alrededor, salvo los de ella y sus captores.

Le quitaron la venda de los ojos. Diana parpadeó mientras sus ojos se adaptaban a la tenue luz que la rodeaba. Parecía una especie de cabaña de cazadores, dado el aspecto rústico de los muebles, incluida la silla en la que la había sentado. Era acogedora y parecía habitada, pero seguramente por solteros. No tenía toques femeninos, ni cortinas, ni telas a juego.

Los dos bandoleros se retiraron a un rincón de la habitación y hablaron en voz baja mientras la miraban de reojo. Luego, el que se llamaba Cambridge asintió y abandonó la cabaña. Ella lo vio a través de una de las ventanas mientras acompañaba a los caballos a un establo cercano.

—Ahora, muchacha, ¿qué voy a hacer contigo? —musitó Tyburn mientras se colocaba frente a ella. Diana se encogió en la silla, y luego se despreció a sí misma por mostrar tanto miedo, así

que levanto la barbilla y le dedicó una mirada obstinada.

Tyburn era alto y su cabello dorado pálido se había convertido en una filigrana bruñida por la lluvia. Su máscara de dominó aún ocultaba la mayor parte de su rostro. Bajo esta luz, Diana podía ver claramente que sus ojos eran de un azul penetrante, y esos labios sensuales eran demasiado exuberantes para la boca de un hombre.

—No deberías haberme secuestrado. Los otros enviarán a las autoridades a por ti —evaluó las correas que ataban sus muñecas, lo cual solo logró ajustarlas aún más.

—Supongo que lo harán. Pero hasta que vengan a rescatarte, pienso tener ese collar, gatita, y tú me lo darás de un modo u otro —su mirada recorrió su cuerpo y ella tembló—. Por suerte para mí, quitarte esa ropa mojada es una ventaja. Que nadie diga que moriste en mis brazos —se rio como si fuera una broma personal.

Luego se inclinó y apoyó las palmas de las manos a ambos lados de su silla, mirándola fijamente. Diana le devolvió la mirada, sin inmutarse esta vez. No era una violeta retraída. Era tan ruda y resistente como un diente de león.

Tyburn le cogió las muñecas, le quitó las ataduras y se las frotó para aliviar las marcas rojas que Cambridge le había dejado al atarle la cuerda a toda prisa.

—¿Tienes un marido esperándote en casa, muchacha?

—Sí.

Él esbozó una sonrisa.

—Así que no estás casada. ¿Y tienes hermanos? —se quitó los guantes y los arrojó sobre una mesa cercana.

—Una docena. Muy grandes y furiosos. Te destruirán si te atreves a tocarme.

—Otra mentira, gatita. Parece que estás tan sola como yo en este mundo —su acento escocés salió convertido en un ronroneo seductor.

—*No* estoy sola —argumentó, aunque el destello de un viejo dolor ante la verdad la hirió. Diana nunca le dejaría ver eso, nunca.

El escocés tiró de ella para ponerla en pie, de modo que quedaron el uno frente al otro.

—Ah, pero ésa es la mayor mentira de todas, muchacha. Estás sola. Lo similar se atrae. Hay un profundo anhelo en tus preciosos ojos marrones. Mirarte me provoca calidez —levantó la mano para acariciarle los brazos, como para calentarla, no para seducirla, y ella notó que había empezado a temblar de nuevo—. Pero parece que aún estás medio congelada.

Tyburn la soltó y se arrodilló junto a la chimenea para encender fuego. Diana miró su cabeza inclinada y se preguntó si podría encontrar algo pesado para noquearlo, ¿quizá uno de los troncos del soporte de hierro que había a su lado? No, tendría que pasar a su lado para alcanzarlo. Antes de que pudiera encontrar otro arma en la habitación, él volvió a ponerse de pie y la cogió de la mano, llevándosela a los labios.

—Sólo hay una manera de calentarte, muchacha. Es hora de que te quites esta ropa —le besó la mano y le quitó el chal empapado, dejándolo caer al suelo en una pila húmeda. El aire frío que

le rodeaba los hombros y el cuello la hizo estremecerse aún más.

—Por favor… —suplicó mientras él le desabrochaba la parte delantera del vestido. Era uno de los vestidos con los que le resultaba más fácil viajar; el terciopelo azul se podía cerrar por la parte delantera y no necesitaba criada. Pero se sentía vulnerable al contemplar su rostro enmascarado mientras sus dedos deslizaban delicadamente los botones a través de las aberturas.

—No te haré daño —dijo, sonando divertido y exasperado a la vez—. Aún no he forzado a ninguna mujer a meterse en mi cama, y no empezaré ahora.

—Eres un hombre —susurró—. Está en tu naturaleza hacer daño a las mujeres.

Su mano se detuvo.

—¿Te han hecho daño antes, muchacha? —le preguntó, con un tono de rabia silenciosa que ella no entendía.

Destellos de recuerdos llenaron su cabeza. Manos tocándola, arañando su ropa. Tras la muerte de su padre, varios hombres de la zona la habían considerado presa fácil, ya fuera para violarla o para arruinarla y obligarla a casarse con ellos. Pero ella había evitado caer en ambas trampas.

Él le cogió la barbilla y le giró la cara para poder ver nuevamente sus ojos.

—¿Quién te ha hecho daño? Dame un nombre, muchacha, y le meteré una bala en el corazón a ese bastardo —su voz era un gruñido grave, con una intensa amenaza que ella no había esperado. Sus ojos se abrieron de par en par por el miedo.

—No me han hecho daño. No —insistió cuando él pareció dudar de ella—. A la mayoría de las mujeres no se las educa para defenderse, pero para mí es algo natural blandir el puño —pensó en el hombre que había intentado agredirla cuando volvía a casa del mercado una tarde. Diana le había dado un puñetazo tan fuerte que se había caído del caballo, yaciendo aturdido en el camino mientras ella se alejaba al galope.

—Aún no me has dado un puñetazo, muchacha —le dijo con una sonrisa de suficiencia.

—Dame una buena razón, y sin duda lo haré.

Sin inmutarse por su amenaza, él le devolvió la sonrisa, y el silencio entre ellos se cargó de algo demasiado extraño y excitante para que Diana pudiera nombrarlo. El momento llegó a su fin cuando sus dientes empezaron a castañear de nuevo. Él maldijo en voz baja y la sujetó por los hombros, empujándola hacia el fuego que había encendido. Cuando estuvo de espaldas a las cálidas llamas que abrazaron su cuerpo, él volvió a desabrocharle el vestido hasta que se desprendió de ella. Diana presionó los brazos contra su pecho. Sin decir ni una palabra, él le apartó los dedos con suavidad y la tela de terciopelo del vestido cayó sobre sus caderas hasta el suelo. Luego tiró de los lazos que sujetaban las enaguas hasta que también cayeron al suelo. Ahora sólo vestía la camisola y el corsé.

—Están demasiado mojado, muchacha. Tendrás que quitártelos también.

La giró suavemente, dejando que la parte delantera de su cuerpo sintiera el calor del fuego. Los dedos del hombre tocaron los lazos de su corsé.

—Por favor, no me quites el collar —dijo Diana mientras el corsé alrededor de sus pechos era aflojado.

Él deslizó una mano por la clavícula desde atrás y luego la movió más allá de sus pechos hasta la zona entre ellos, encontrando el collar justo debajo de la parte inferior de los senos, donde descansaba contra el corsé que abrazaba la parte inferior de sus costillas. Diana se estremeció cuando él sacó el collar de debajo de su ropa. No intentó manosearla ni tocarla; simplemente sujetó la perla y su cadena mientras la sacaba de entre sus ropas.

—¿Qué valor tiene para ti? —susurró, con su aliento haciéndole cosquillas en el cuello. La sensación la inundó y encendió un fuego en su interior antes de que recordara lo que estaba en juego. Él sostuvo el collar entre los dos, y Diana se quedó sin aliento ante la visión de algo que tenía mucho valor para ella.

—Era de mi madre.

—Ahh… Seguro que puede darte otro.

—No, no puede. Está muerta y vendí todo lo suyo excepto ese collar —Diana señaló con la cabeza la perla que descansaba en la palma de su mano.

Tyburn estaba callado. Sus brillantes ojos azules eran ilegibles en su intensidad.

—Muy bien, dejaré que lo conserves.

Ella intentó cogerlo, pero él apartó la mano.

—Con una condición.

—¿Qué condición?

El brillo malvado de sus ojos fue su única advertencia sobre lo que le exigiría.

—Dame algo que no le has dado a ningún otro hombre.

CAPÍTULO 2



—M*e das algo que no has dado a ningún otro hombre.*

Diana tardó un instante en comprender a qué se refería. Quería que se entregara a él… Era lo único a lo que podía referirse. Su mirada seguía siendo perversa, pero había una calidez oculta que nunca había existido con otros hombres que habían intentado tomarse libertades con ella. Se sentía ofendida y curiosa a la vez, porque no le repugnaba la idea de besar a este hombre, ni de hacer nada más con él. Era intrigante, quizá demasiado, pero a Diana siempre le habían gustado los misterios. Su madre le había advertido de pequeña que la curiosidad podía ser peligrosa.

Pero, ¿no se suponía que la vida estaba llena de descubrimientos y exploraciones? ¿No había que satisfacer la curiosidad? Se lamió los labios y lo desafió.

—¿Pedirías eso de mí? —levantó la barbilla y lo miró desafiante.

—Sí, lo haría, muchacha. Y apuesto a que eres lo bastante valiente para aceptarlo, ¿verdad? —la desafió con una sonrisa pecaminosa.

Diana estaba de pie ante un precipicio. Su siguiente paso podría hundirla en un mundo para el que no estaba preparada. Pero no moverse, no dar un paso en una dirección u otra, era imposible.

El hombre frente a ella ocupaba toda la habitación con su presencia, haciendo que la cabaña de cazadores pareciera muy pequeña, muy cerrada. Sin embargo, no se sentía empequeñecida por él. Se sentía… atraída, si eso era posible, como cuando una pequeña llama toca yesca y se extiende, despidiendo su calor hacia otra pequeña llama.

Él era un extraño, pero algo en la sangre de Diana sentía una… conexión, como si se estuviera viendo a sí misma, sólo que en otra vida, otro cuerpo, otro género.

Dos caras de la misma moneda. Era una sensación extraña e inquietante mirar a los ojos de este hombre y verse reflejada en sus penetrantes y tormentosas profundidades.

—Te prometo que sentirás un gran placer —dijo en voz baja—. Soy un extraño, pero si confías en mí esta noche no te arrepentirás —le tendió el collar de perlas y ella lo rodeó con los dedos. ¿Así se sintió Perséfone cuando clavó sus dientes en los jugosos granos de granada, sabiendo que pertenecería para siempre al señor del inframundo? Porque este bandolero era indudablemente el mismísimo Hades, disfrazado con pantalones negros y una máscara de

dominó.

¿Cómo podía siquiera considerar obedecerle, por no hablar de aceptar? Una dama decente preferiría morir antes que entregarse a un hombre así. Pero había dejado de sentirse decente en el momento en que su padre había muerto y había tenido que hacer todo lo posible para mantener unidos su hogar y sus sirvientes —*su familia*—. ¿Qué suponía una transgresión más contra las normas de la sociedad cortés, esa misma sociedad que no la había ayudado cuando más lo necesitaba?

Sujetó con fuerza el colgante de su madre y tragó saliva para no sentir el nudo en la garganta. Asintió con la cabeza. Haría cualquier cosa por conservar el collar de su madre. Tenía la sensación de que estar con este hombre podría no ser una dificultad, de que en realidad podría disfrutarlo. La forma en que la miraba le hacía sentir que eso era ciertamente posible. Había oído rumores de que los mejores amantes solían ser los más perversos, y este hombre sin duda lo era.

—Lo haré —aceptó.

Tyburn le levantó la mano para besarle los dedos. Sus labios eran suaves, cálidos, y el gesto era extrañamente tierno más que seductor.

—Entonces retirémonos a mi habitación.

La condujo a una de las habitaciones de la cabaña, donde había una acogedora cama lo bastante grande como para que dos personas la compartieran, de modo que no había duda de lo que iba a ocurrir esa noche. Había un lavabo en un rincón y un pequeño sillón que había visto días mejores, con sus descoloridos cojines azules que habían sido cosidos toscamente en algunas partes. Tyburn colocó una mano en la parte baja de su espalda, y el calor de su palma era sorprendentemente agradable. La hacía sentirse unida a él, como si estuvieran juntos de una forma que iba más allá de lo que compartirían en la cama. Era el tipo de gesto que haría un caballero con una dama de la que estuviera enamorado, una dama a la que tuviera derecho a tocar de forma posesivamente tierna.

Cielos, ¿cuándo se había vuelto tan sentimental como para desear algo así? Diana sacudió la cabeza, pero eso no disipó el efecto que el bandolero ejercía sobre ella. Incluso la forma en que se movía por la habitación, con pasos lentos y seguros, y cómo su ropa le sentaba tan bien que dejaba al descubierto sus esbeltas caderas y sus anchos hombros, la tenían embelesada. Este hombre la tenía cautivada por el simple hecho de *existir*. Sus mejillas se sonrojaron cuando un repentino ruido procedente de la habitación exterior la hizo volverse hacia la puerta abierta. Se había olvidado del otro hombre. ¿Él también querría tenerla? ¿Tyburn la compartiría? Se estremeció con un nuevo temor.

—¿Qué hay de tu compañero? —preguntó Diana mientras él cerraba la puerta, sellándolos dentro de la pequeña habitación y silenciando los ruidos de la recámara exterior.

—Cambridge no nos molestará —prometió Tyburn. Extrañamente, ella confiaba en él. Se relajó, pero sólo un poco.

Diana se volvió hacia la cama. La vacilación la hizo dejar el collar de su madre sobre la

mesita auxiliar. Se enderezó y respiró hondo, fortaleciéndose. Pero él no la había sujetado y arrojado sobre la cama para reclamar lo que quería. Dejó escapar un suspiro de alivio.

Él estaba apoyado contra la puerta cerrada, un recordatorio de que no serían molestados, pero también de que ella no tenía escapatoria. Aunque la lujuria brillaba en los ojos del hombre, también vio algo más suave. Más profundo. Una melancolía nacida del anhelo. Su bajo vientre se agitó con mariposas rebeldes mientras lo miraba fijamente. Él parecía tan relajado, tan seguro de sí mismo, mientras que ella se sentía como si una simple brisa fuera a derribarla.

No debería tener miedo. No me ha hecho daño y no creo que lo haga.

Pero a Diana nunca le había gustado la incertidumbre. Le gustaba planear y trazar estrategias, y esta decisión salvajemente precipitada de acostarse con un desconocido la estaba abrumando ahora. ¿Cuántas jóvenes doncellas habían estado donde ella estaba, viendo el lugar de aislamiento de este hombre y sabiendo que compartirían su cama?

—¿Sueles traer mujeres aquí? —preguntó en un tono demasiado alto, intentando disimular su ansiedad. Se concentró en la marcada línea de su mandíbula y en la pequeña parte que podía distinguir de la forma de su nariz, que no era mucho. Quería que se quitara la máscara, para ver si el resto de su rostro era tan hermoso como prometían serlo sus ojos y su boca.

—Nunca —dijo mientras se quitaba el abrigo negro.

—¿De verdad? —eso la dejó atónita. Imaginó que tendría a muchas mujeres dispuestas a ir a su escondite con él y probar la magia oscura de los poderes seductores de este hombre.

—No te mentiría —le dirigió una sonrisa pecaminosa, pero ella extrañamente le creyó.

Bajo el abrigo llevaba un chaleco negro con una camisa blanca de mangas onduladas y puños de fino encaje. Tenía una figura encantadora que ninguna mujer decente podría negar. Sus caderas eran delgadas y sus hombros anchos, lo que, sumado a su estatura, le hacía sentir la fuerza física que desprendía. Su pelo rubio pálido y su sonrisa leonina le conferían la gracia de un gato montés, con músculos tonificados apenas ocultos bajo su ropa bien ajustada.

Diana se estremeció al pensar en tener semejante cuerpo entre sus muslos. Nunca había hecho el amor con un hombre, pero sabía lo suficiente sobre el acto como para saber qué esperar. En la época de su presentación en sociedad, su ama de llaves le había hablado de lo que ocurría entre hombres y mujeres. Había creído que era su deber impartir esos conocimientos desde la muerte de la madre de Diana. Aun así, sabiendo las generalidades de lo que iba a ocurrir, no pudo calmar su repentina oleada de nervios. Volvió a centrarse en su conversación, intentando recordar lo que le había preguntado.

—¿*Nunca* has traído a una mujer aquí? —enarcó las cejas cuando él empezó a desabrocharse el chaleco.

—Eso supone demasiado riesgo, muchacha —se quitó el chaleco y lo tendió sobre el respaldo del único sillón de la pequeña alcoba.

—Entonces, ¿por qué te arriesgas conmigo? —se quedó sin aliento cuando él se quitó el pañuelo de cuello y sacó la camisa de sus pantalones negros.

—Porque creo que eres la clase de mujer por la que un hombre rompería *todas* sus reglas —sus palabras fueron pronunciadas con suavidad, pero con honestidad más que con seducción. Le sostuvo la mirada y ella vio las palabras que no había pronunciado.

Tyburn estaba solo, como ella. Entonces comprendió por qué había accedido a esto y lo que el deseo entre ellos podía ofrecerle. Compartiría una noche con él antes de que ambos regresaran a sus propios mundos. Él se adentraría en la niebla con su caballo y se convertiría en un simple recuerdo, al que Diana podría recurrir en las frías noches de invierno, y tal vez por unas horas podría desterrar el frío de sus huesos y el dolor de su pecho por cosas que estaban destinadas a no suceder nunca.

Él dejó su pecho al descubierto y Diana se quedó mirándolo, atónita ante la visión de tanta piel y las duras líneas de sus músculos. Tenía una cicatriz rosada y abultada en el hombro, pero no estropeaba la perfección de su cuerpo. Sin pensarlo, ella alargó la mano para tocarla y luego la retiró.

—Lo siento, no quería…

Él le cogió la muñeca y le colocó los dedos sobre la cicatriz.

—Está bien, muchacha. Es una vieja herida. Se siente mejor cuando la tocas —le frotó la muñeca con lentos y seductores movimientos de sus dedos, algo que la calmó y excitó al mismo tiempo.

—¿Cómo sucedió?

Sus labios se entrecerraron como si quisiera guardar silencio, pero luego habló.

—Hace unos años detuve un carruaje y robé a una mujer como tú, muchacha. Era una diablilla y llevaba una pistola escondida. Yo no esperaba que una dama viajara armada, así que después de recoger los objetos de los pasajeros, me alejé y ella me disparó. La bala me atravesó de frente… aquí —presionó su dedo índice contra la cicatriz. Diana se movió a su alrededor para ver la otra cicatriz en la parte posterior de su hombro, por donde había salido la bala.

—¿Permitiste que la mujer te atendiera? —una emoción que nunca antes había sentido con tanta intensidad se deslizó bajo su piel, haciéndola sentir incómoda y extrañamente enfadada.

Tyburn soltó una risita y le cogió la barbilla con los dedos, sonriéndole.

—¿Dejar que la diablilla me atienda? Desde luego que no, muchacha. Me alejé cabalgando como si el mismísimo diablo me pisaran los talones. Si me hubiera quedado cerca de ella, me habría metido otra bala.

El enfado de Diana se desvaneció. Él no había deseado a esa otra mujer, pero ¿deseaba a Diana? Necesitaba que él la *deseara* de verdad, era la única forma en que podía aceptarlo.

Como si pudiera leer sus estúpidos pensamientos, se inclinó hasta que su boca quedó a centímetros de la de ella.

—Eres la única mujer que me ha tentado, muchacha. Tanto que inventé una excusa para *robarte.*

Se le cortó la respiración.

—Creía que querías mi collar —su mirada se posó en la boca de él. Dios, quería que la besara, lo deseaba más que nada en su vida. Y era plenamente consciente de lo loco que era eso.

—No necesito más joyas bonitas, muchacha. Tengo cientos aquí en esta misma cabaña. No, cuando te reclamé esta noche, fue porque te quería. *Eres* la única perla que anhelo. Desde el momento en que te vi, tuve que tenerte. Estoy arriesgando mi vida y la de mis amigos, ¿sabes? ¿Sientes el poder que ejerces ahora? Tienes mi destino en tus manos, muchacha —murmuró un instante antes de que sus labios rozaran los de ella.

Los ojos de Diana se cerraron mientras un fuego cobraba vida en su interior. Era como si hubiera vivido antes en una cueva, viendo las sombras jugar en la pared, y ahora, por primera vez, se adentraba en la luz, sintiendo su hechizante ardor. Eso era lo que significaba besar a ese hombre. Era renacer en el fuego y ver un mundo que antes sólo había podido imaginar.

Sus labios separaron los de ella con suavidad. Diana lo saboreó y gimió sorprendida cuando su lengua se introdujo entre sus labios y acarició la suya. Él deslizó los dedos entre su pelo y le sujetó la nuca, convirtiéndola en una delicada prisionera de sus labios. Un repentino latido creció entre sus muslos, creando un dolor feroz que la llevó a aferrarse a sus hombros y gritar cuando las sensaciones se hicieron demasiado intensas. Él abandonó sus labios y le rodeó la cintura con un brazo, sosteniéndola cuando se le doblaron las rodillas.

—¿Estás bien?

—Me duele —exhaló en una confesión vergonzosa. Su ama de llaves nunca había mencionado esto, el dolor de su cuerpo, el dolor de *necesitar* a un hombre.

—¿Dónde te duele, muchacha? —deslizó una mano por su camisola a lo largo de la parte exterior del muslo, con dedos poderosos, firmes, dominantes, y luego los deslizó entre la unión de sus muslos y tocó su sexo desnudo donde más le dolía. Su toque curioso era ligero, un susurro de caricia—. ¿Aquí? —su voz era áspera, pero también tenía algo de dulzura.

—Sí, allí… *¡Oh!* —Diana dio un respingo cuando él deslizó un dedo en su interior. La repentina invasión, aunque suave, fue totalmente inesperada. Sentía su cuerpo como un barril de pólvora peligrosamente cerca del fuego. Se estremeció cuando él hundió aún más el dedo en su interior, empujando dentro y fuera a un ritmo que al principio le pareció aterrador y luego… *maravilloso.* Su cuerpo respondió a sus caricias con una repentina sensación de humedecimiento que la hizo enrojecer de vergüenza—. Yo… Lo siento —susurró, y enterró la cara contra su pecho.

—¿Por qué, muchacha? —le preguntó, sin dejar de acariciarla. Parecía no importarle la humedad que ahora cubría su dedo.

—Yo… estoy mojada —confesó, y luego cerró los ojos, aislándose de la creciente vergüenza.

—Es algo bueno, cariño —le dijo al oído—. Es natural. Cuanto más mojada estés, más fácil y mejor entraré en ti. Es señal de que me deseas, muchacha.

Levantó la cara para mirarlo, escandalizada.

—¿De verdad?

—Sí —soltó una risita—. Para ser una fiera, eres inocente ante las llamas —bajó la boca y la besó suavemente, y Diana se derritió en sus brazos con un gemido—. Dios mío, estás hecha para el placer, ¿verdad, muchacha? —su voz estaba cargada de pasión.

A Diana le resultaba difícil pensar, por no hablar de escuchar sus palabras. La sangre le latía con fuerza en los oídos mientras se movía contra él, buscando algo que no comprendía. Sólo sabía que quería seguir moviéndose, presionarse contra su cuerpo con la mano de él entre sus muslos.

—Me encanta cuando una mujer reclama lo que quiere —gruñó Tyburn mientras añadía un segundo dedo dentro de ella, hundiéndolos con *más fuerza*, hasta que ella se retorció y gimió. Una necesidad explosiva por sentir más fue creciendo hasta que estuvo a punto de *conseguirlo*, pero entonces él apartó la mano de entre sus muslos y Diana se desplomó con una decepción física tan fuerte que estuvo a punto de gritar de frustración.

Un momento después, la levantó y la colocó en el borde de la cama. Tyburn le quitó la camisola y colocó una mano en su pecho, presionándola suavemente para que se tumbara en la cama, desnuda ante él.

—Eres una maldita diosa, mujer, una maldita y hermosa diosa —gimió mientras la miraba fijamente.

Sus palabras la liberaron de una forma que nunca había imaginado. Este desconocido la había hecho sentir realmente especial. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero luchó contra el impulso de llorar de alegría silenciosa.

Sus ojos brillaban con fuego bajo la máscara que llevaba. Luego colocó las manos en la parte interna de sus muslos y le separó más las piernas. Diana esperaba que se le abalanzara de inmediato, pero en lugar de eso se arrodilló ante ella, con la cabeza inclinada. Un halo de luz de vela iluminaba su cabello dorado. Él presionó los labios contra su centro y besó la parte más sensible de su cuerpo. Ella no creía en los ángeles, ni en los caídos ni en los que no lo eran, pero este hombre la hizo preguntarse si alguna vez había tenido alas, porque sabía cómo hacerla volar.

Arrastró la lengua por los pliegues húmedos de su sexo y Diana gritó. Echó la cabeza hacia atrás y se sujetó a las sábanas mientras él le cogía las nalgas y hundía la lengua. La sensación de placer fue tan intensa que su cuerpo desató un torrente de calor húmedo. No podía articular palabra mientras se retorcía de placer.

—Muchacha, sabes a miel —murmuró en señal de aprobación mientras ella levantaba las caderas, deseosa de más de este beso tan pecaminoso.

—¡No pares! —las lágrimas le corrían por la cara. Necesitaba más, necesitaba *todo* con él. No había nada en su cabeza excepto que quería *más.*

—Suplícamelo, muchacha. Dime que te folle. Ordéname que reclame lo que quiera de ti —gruñó Tyburn antes de volver a saborearla. Sus palabras sexuales sólo hicieron que ella ardiera más y que su bajo vientre se estrujara con más fuerza.

—¡Oh, Dios! —gritó—. *Por favor*. ¡Reclama lo que quieras!

—Dilo, muchacha. Dime que te folle.

¿Por qué sus palabras la hacían sentir como si nunca fuera a saciar ese deseo que la dominaba? ¿Cómo podía él descontrolarla hasta el punto de doblegarse a su voluntad y rogarle que la poseyera?

—Dame las palabras —le ordenó de nuevo, y Diana perdió finalmente el control.

—Quiero que me folles. ¡Reclama lo que quieras, *por favor*!

Antes de hoy, nunca le habría suplicado nada a un hombre, pero ahora, con este hombre, la súplica, el deseo desesperado de que la poseyera, hizo que el fuego de su vientre ardiera. Quería estar bajo su control, sabiendo que él la haría volar a los cielos de placer y que ella le daría lo mismo a cambio. Era una unión con un mismo propósito, una que ahora ponía sus sedientos deseos en camino hacia la colisión.

Tyburn se levantó y se desabrochó los pantalones, dejándolos caer lo suficiente como para dejar su polla al descubierto. Diana la admiró, sorprendida por su tamaño. Sintió curiosidad, pero cuando la alcanzó, él le cogió la mano con una risita irónica.

—Muchacha, si me tocas ahora, no podré satisfacerte. No me había sentido tan tentado por una mujer desde… —se detuvo, su mirada se oscureció de deseo mientras sus ojos recorrían su cuerpo desnudo.

—Oh… Lo siento, yo no…

Él le soltó la mano y ella volvió a recostarse, intentando calmar su acelerado corazón.

—No quiero hacerte daño, pero no puedo evitarlo.

Diana asintió con la cabeza. Sabía lo suficiente como para esperar un poco de incomodidad, y ya estaba sintiendo dolor por él. ¿Qué más podía soportar su cuerpo si no conseguía que él saciara su apetito?

Tyburn la sujetó por las caderas y la acercó al borde de la cama, de modo que quedó abierta frente a él. Miró el enorme pene a lo largo de su cuerpo.

Nunca había visto uno excepto en las estatuas de los museos, y éstos nunca habían sobresalido hacia arriba ni parecían tan rígidos. Antes de que pudiera verlo mejor, él le cogió la cadera con una mano y utilizó la otra para introducirse en su interior. Empujó con fuerza, hasta el fondo, y la presión de su repentina presencia en el interior de su cuerpo le causó un destello de dolor. Resultó demasiado incómodo, le costaba respirar, todo era demasiado. Diana gimió por la incomodidad. Él se inclinó sobre ella, con la mirada clavada en la suya mientras se mantenía quieto, dejando que ella, manejara el dolor sin causarle más.

—Eso es, muchacha, *respira* conmigo —dijo suavemente.

Inspiró al mismo tiempo que él, y juntos repitieron la respiración dos veces más. La presión empezó a disminuir.

—Buena chica —le dijo, y la besó con avidez. Diana agradeció el contacto de su boca con la suya y la sensación de que él estaba tan fuera de control como ella. Esto que ardía entre ellos era

mucho más grande que cualquiera de los dos.

Volvió a gemir cuando Tyburn se movió dentro de ella, pero esta vez con un placer aturdidor más que con dolor. La besó un momento más, luego levantó la cabeza y le sujetó las muñecas, inmovilizándolas a ambos lados de su cabeza. Estaba indefensa, pero en lugar de sentir miedo, estaba encantada. Él la sostuvo, la retuvo cuando ella habría volado y se habría perdido.

—Eres mía, mi preciosa fiera, ¿sabes? —gruñó suavemente contra sus labios.

Sí; en ese momento era dueño de su alma.

Diana no estaba preparada para lo que ocurrió a continuación, cuando Tyburn empezó a embestirla. Se perdió en su mirada azul que la penetraba hasta el alma. Se convirtieron en un solo corazón palpitante, un solo aliento, un solo fuego ardiente mientras la penetraba una y otra vez. Eran un infierno imparable, con su deseo compartido como una intensa conflagración.

Una deliciosa locura arrastró a la vieja Diana hacia la noche, dejando atrás a una criatura nueva que no reconoció. Él aflojó su agarre sobre sus muñecas, pero no la soltó. En lugar de eso, la penetró más profundamente, con sus caderas martilleando tan fuerte contra ella que la cama crujió violentamente bajo ellos. Esto era algo bestial, salvaje, un ritmo ancestral que desafiaba las normas de la sociedad, y Diana quería reír por el puro placer de desafiar las reglas que la habían tenido atada con tanta fuerza. Se estaba liberando, adentrándose en los hermosos y oscuros bosques donde nadie la seguiría, nadie excepto este hermoso desconocido.

Sus labios se movieron y necesitó un momento para darse cuenta de que estaba susurrando la palabra *mía* una y otra vez mientras la miraba.

Diana levantó la cara y le devolvió el aliento con la palabra *mío*, lo que hizo que los ojos del hombre brillaran como un cálido lago que reflejaba la luz del mediodía en destellos brillantes.

—Sí, muchacha, tuyo —aceptó con brusquedad—. *Siempre*.

Ningún hombre la había poseído ni la poseería jamás como este hombre la poseía ahora. Para Diana sólo existiría este desconocido, en este momento, y en sus recuerdos para siempre. Nunca estaría verdaderamente sola. Tyburn siempre estaría en alguna parte, soñando con ella mientras se quitaba la máscara y recostaba la cabeza en la almohada cada noche. Como si tan sólo necesitara darse cuenta de eso, el placer se disparó aún más y Diana se deshizo, con la mente paralizada mientras su cuerpo se arqueaba bajo él y gritaba.

La penetró con más fuerza hasta que gritó roncamente con su propia liberación. Sus caderas se sacudieron por reflejo, y Diana percibió un destello de vulnerabilidad en esos astutos ojos azules. Por un breve instante, los muros del castillo interior de Tyburn cayeron y ella lo vio, *sólo* a él. No importaba que aún llevara una máscara. Vio lo que necesitaba ver, un atisbo del hombre que realmente era. Eso quedó grabado para siempre en su memoria.

Él comenzó a mover lentamente las caderas, entrando y saliendo de entre sus muslos, y Diana sintió el comienzo de un nuevo calor más suave. Cerró las piernas contra las caderas de él, deseando retenerlo en su interior para siempre. No quería perder esa conexión, y parecía que él tampoco.

Le acarició las mejillas con los labios y Diana se percató de que le estaba besando las lágrimas que le caían por la cara. Estaba llorando, pero no sabía por qué. No sentía dolor, pero se sentía expuesta, como si él tuviera su corazón palpitante entre las manos. Nadie había tenido nunca tanto poder sobre ella. Era aterrador y emocionante.

—¿Te he hecho daño, muchacha? —preguntó después de un momento—. A veces es mejor no ser suave la primera vez que un hombre penetra a una mujer. Es mejor atravesar la virginidad con rapidez que con demasiada lentitud.

Ella negó con la cabeza.

—Fue incómodo, pero sólo por unos momentos —admitió.

—Quédate quieta —le advirtió mientras se apartaba suavemente. Diana se estremeció al sentir el dolor en su sexo, y luego sintió más dolor al perderlo a él.

Tyburn apartó las mantas de la cama, luego la levantó y la acomodó en el centro. Se quitó el resto de la ropa. Una vez completamente desnudo, se metió en la cama junto a ella y apagó la vela. Aún llevaba la máscara, y era casi imposible verlo en la oscuridad. Atrajo su cuerpo cansado y saciado contra el suyo, sosteniéndola como si temiera que desapareciera en mitad de la noche. Una de sus manos le cogió suavemente un seno, y la sensación fue extrañamente reconfortante.

No supo cuánto tiempo permaneció en sus brazos, envuelta en el confort de la cálida cama y la oscuridad, mientras la lluvia golpeaba las ventanas y el techo de la cabaña. Diana sólo pensaba en la paz de estar piel contra piel con este enigmático bandolero. Un hombre que le había dado un regalo en lugar de robárselo. Y era algo a lo que se aferraría todo el tiempo que pudiera.

—Mañana temprano, te escoltaré a poca distancia del lugar al que te dirigías. Confío en que no esté lejos de donde detuvimos el carruaje.

El corazón de Diana se estremeció contra sus costillas ante la idea de partir. Pero no podía evitar esta conversación.

—No son más de cinco kilómetros —supuso.

—Usa mi brazo como almohada, si quieres —él extendió un brazo y ella acurrucó la cabeza contra su bíceps.

Qué extraño que durmiera tan cerca de un completo extraño, y además un bandido. Había dejado que Tyburn se llevara lo que nunca había planeado dar a nadie. Una dama decente nunca habría hecho eso, y si ella hubiera sido esa clase de dama, estaría llena de arrepentimiento y vergüenza. Pero Diana estaba tan cansada de las normas que la sociedad le había impuesto que ya no le importaba lo que pensaran.

Lo único que le importaba era su hogar y los sirvientes que le habían sido leales y se habían quedado para sacar adelante lo que pudieran con ella.

Todas las ofertas de matrimonio que había recibido en el último año procedían de hombres que sólo buscaban sus tierras y su dinero porque creían que era una heredera, y en cierto modo lo era. Los había rechazado todos, pero temía que algún día tuviera que elegir entre un matrimonio

sin amor o perder su hogar y la familia que tanto le había costado mantener.

¿Por qué los hombres nunca sufrían situaciones tan imposibles? Su padre le habría recordado que la vida no era justa, pero ¿no debería la gente querer luchar para hacerla más justa? ¿Qué sentido tenía todo si no se luchaba por la justicia en el mundo?

Tyburn, al parecer consciente de sus inquietos pensamientos, emitió un suave sonido reconfortante y acercó los labios a su frente. Le rodeó la cintura con el otro brazo, sujetándola.

—Lo que sea que estés pensando, puedes pensarlo mañana. Esta noche, mi pequeña fiera, me has conquistado. Deberías disfrutar de tu descanso y regodearte en tu triunfo.

¿Ella lo había conquistado? Diana no podía ver cómo eso era posible. Él la había raptado, la había violado; voluntariamente, sí, pero violada igualmente. Ella había sido la conquistada, ¿no?

—¿Te quitarás la máscara y me permitirás verte? —levantó la mano para tocarle la cara, encontró los bordes de la máscara y empezó a deslizar los dedos bajo ella, a lo largo de la línea de su mandíbula.

—No, muchacha. He hecho enemigos a los que no les importaría torturar a una mujer inocente para obtener mi identidad. Cuanto menos veas, menos sabrás, y eso es mejor —le cogió la mano y le besó la muñeca, lo que hizo que su cuerpo saciado se llenara de excitación.

—Pero sé tu nombre —le recordó—. Y sé que eres escocés.

—¿Lo soy, muchacha? —soltó una risita—. ¿O soy algo muy diferente? —ahora hablaba con acento irlandés.

—Entonces, ¿no te llamas Tyburn? —sobresaltada, levantó la cabeza para mirarlo en la oscuridad, donde solo podía ver la tenue luz de la luna que parecía reflejarse en sus ojos azules.

—Soy un hombre *cualquiera* —dijo, ahora con acento galés—. Puedo ser *todo* y *nada* —esta vez con acento de Yorkshire. Y no sólo había cambiado el acento. Era capaz de cambiar por completo el sonido de su voz, de modo que no sonaba como el hombre que ella había llegado a conocer en la última hora.

Diana quería saber su nombre, quería ver su cara. Merecía conocer al verdadero hombre, el que había reclamado su virginidad y le había provocado sueños prohibidos. Merecía saber quién había dejado en su interior la llama de una nueva vida. Se detuvo al darse cuenta de ello.

—Tengo derecho a saber quién eres en realidad. Lo que hemos hecho esta noche… podría terminar con una criatura.

Para sorpresa de Diana, esto lo hizo reflexionar. Se quedó callado un largo momento, como si comprendiera que no había pensado en las posibles repercusiones hasta ahora. Pero, ¿qué esperaba ella? Era un hombre marcado, condenado a la horca si lo descubrían. Era una tontería pensar que podría asumir la responsabilidad, aunque quisiera. Por eso sus siguientes palabras la sorprendieron.

—Me reuniré contigo dentro de dos meses, en el mismo lugar donde te dejaré mañana. Si estás preñada, discutiremos lo que haremos. Ahora acuéstate y duerme. Quiero tenerte en mis brazos —la acurrucó en su abrazo y acercó las sábanas a sus barbillas, manteniéndolos calientes.

Aunque él ardía como un incendio en el invierno más intenso de su alma, nuevos temores se extendían ahora como sombras frías e insidiosas entre las llamas. ¿Qué haría si diera a luz al hijo de este bandolero? Era un ladrón, un villano, un canalla de mala reputación. Su hijo sería hermoso y travieso, de eso estaba segura. Amaría a ese niño con cada fibra de su ser.

Pero no podía soportar el escándalo de tener un hijo fuera del matrimonio. Podría perder lo poco que le quedaba. Tyburn le colocó una mano en el vientre, acariciándola con ternura mientras le volvía a rodear la cintura con el brazo.

El corazón de Diana se estremeció. Un hijo propio, un hijo nacido del placer y del dulce y glorioso fuego. Oh, ese niño sería amado ferozmente. Exhaló un suspiro y cerró los ojos, disfrutando de las pocas horas que le quedaban para aliviar la soledad de su alma, y se preguntó quién era realmente el hombre que se ocultaba bajo la máscara.

CAPÍTULO 3



Diana se encontraba en una acogedora sala de estar, con un libro entre las manos, y el perezoso sol hacía que su piel resplandeciera de calor. La voz de su padre era un suave rugido mientras leía en voz alta una de sus novelas favoritas. Las glicinias púrpuras cubrían las ventanas como plumas. Mariposas de colores se movían entre los pétalos. El sonido de un piano resonaba en el salón mientras Eleanor practicaba escalas y luego empezaba a tocar canciones compuestas por ella misma.

El olor de las fresias llenaba el aire mientras su madre llevaba un jarrón lleno de ellas a la habitación y lo colocaba sobre una mesa cercana.

—Son unas flores preciosas, mamá —dijo Diana. El rostro de su madre brilló mientras le sonreía.

—Todo lo que hace la tierra es hermoso —respondió—. Cada nube efímera, cada trozo de piedra eterna.

Eleanor comenzó a tocar una nueva canción. Era una melodía que Diana nunca había oído, pero que le resultaba familiar.

Algo no iba bien. Se sentía… extraña. No era ella misma. Diana apartó el libro y se acercó al alto espejo dorado que colgaba del salón. La puerta contigua se abrió. Eleanor se deslizó junto a ella cuando entró en la habitación y se reunió con sus padres. La sensación de su presencia era como la de un fantasma.

La mirada de Diana pasó de su familia a su reflejo. Los demás estaban sentados a la mesa, hablando en voz baja y sonriendo como tantas veces lo habían hecho… años atrás.

Eso era, eso era lo que no tenía sentido. La mujer que la miraba en el espejo era demasiado mayor; debería tener trece o catorce años, no veintitrés. Miró por encima del hombro y vio que la mesa estaba vacía. La luz del sol, antes tan brillante en la habitación, había empezado a desaparecer. Su familia se había esfumado…

Se giró hacia el espejo y se quedó boquiabierta. Su familia seguía reflejada en la luz perfecta de la mañana, pero sólo en la plata centelleante del mundo del espejo. Tocó el cristal con mano trémula. Su insensato corazón se rompió en cuanto comprendió que no podría atravesar el espejo y entrar en la vida que quería recuperar. Pero el espejo sólo vibró bajo su toque, como si la

creciente desesperación de su corazón y de su alma pareciera tener la fuerza suficiente para fracturar este momento que sólo existía entre el tiempo y el espacio.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Eleanor, *por favor*! —apoyó la palma de la mano en el espejo, intentando entrar en su mundo. Sus mejillas se llenaron de lágrimas mientras la ignoraban y seguían con su feliz día. Sentía que se moría. ¿Por qué no la oían? ¿Por qué no la dejaban entrar?

Golpeó el cristal, intentando romperlo, intentando encontrar alguna forma de entrar en el mundo del espejo. La oscuridad crecía a su alrededor a medida que las velas se consumían, hasta que sólo el crepúsculo reinó a su alrededor. Pero no apartó la mirada del mundo del espejo. En el reflejo, sus padres y su hermana se levantaban para marcharse. La estaban abandonando…

—Permitid que yo vaya también —suplicó con dolor—. ¡Por favor! Dejadme ir con vosotros. ¡No me dejéis! —su madre y su padre se perdieron de vista en un soleado pasillo lejos de su alcance, con su hermana no muy lejos.

Gritó el nombre de su hermana. Eleanor se detuvo con una mano en el marco de la puerta. Se volvió para mirar a Diana por encima del hombro y sus miradas se cruzaron.

—Debes despertarte, Diana —dijo Eleanor—. ¡Debes despertar *ahora*!

Diana soltó un sollozo y se incorporó en la oscuridad. Era de noche y ya no estaba en el salón. Su familia y el espejo maldito habían desaparecido. Jadeando, tardó un momento en darse cuenta de que no estaba en casa, en Foxglove. Estaba en una cama extraña. Se movió y se estremeció al sentir dolor entre los muslos. Un desconocido yacía a su lado, con un brazo sobre su cintura. Las sombras dibujaban suaves líneas en ese brazo flexible y musculoso que la sujetaba.

Tyburn… el bandolero.

Tyburn continuó durmiendo. Diana se cubrió la boca, esperando que él no la sintiera temblar, ni oyera su llanto. El sueño aún se agitaba en el borde de su memoria, como las alas de una mariposa besando su piel. Había sido tan *real*, como si hubiera vuelto a estar con su familia.

Pero su madre y su padre estaban muertos, y Eleanor probablemente también. Esa era la verdad que intentaba negar constantemente, que algo le había ocurrido a su hermana. ¿Por qué Diana había sentido su presencia con tanta fuerza en aquel sueño? ¿Por qué había tenido la sensación de que podría haberse reunido con ellos si hubiera encontrado la forma de atravesar el espejo?

Se limpió los ojos y se apartó con cuidado de los brazos de Tyburn para sentarse a un lado de la cama. El ladrón estaba tumbado frente a ella, con la máscara aún en su sitio. Una pálida señal del amanecer brillaba débilmente en el borde de la ventana, donde las cortinas habían sido colocadas en su lugar.

Extendió la mano, casi tocando el rostro de Tyburn, pero se detuvo justo antes de llegar a su mejilla. Podía quitarle la máscara y ver su cara, pero algo la hizo detenerse. Tal vez él tenía razón. Era mejor no verlo. Era mejor no conocerlo. Mantener esta noche en el misterio sería lo mejor para ambos.

Decidida a desterrar tanto los fragmentos de sus sueños como su deseo de volver a acurrucarse en los brazos de Tyburn y dormir, enderezó los hombros y se recordó a sí misma que debía respirar. Se levantó de la cama, cogió su ropa y se vistió en silencio. Encontró la puerta hacia la recámara exterior sin llave.

Tyburn no se despertó a su salida y el resto de la cabaña estaba en silencio. Eso significaba que los otros dos bandidos, Oxford y Cambridge, estarían durmiendo en las otras habitaciones. Exploró la recámara principal mientras colocaba el collar de su madre de regreso a su sitio. Al ver una hilera de cofres contra una pared, se arrodilló y cogió la tapa de uno. Estaba abierta, así que la levantó y ahogó un grito de sorpresa. Joyas y monedas le guiñaron un ojo desde el interior. Entre sus tesoros había cientos de billetes. Debía de ser aquí donde los ladrones guardaban sus premios. ¡Qué no daría ella por tanto dinero!

Diana se detuvo mientras un plan surgía en su mente. No tenía que esperar a que Tyburn la llevara a casa. Podía coger uno de sus caballos y parte de este tesoro y volver a casa por su cuenta. Si se marchaba ahora, podría cabalgar lo bastante rápido como para perderlos aunque la persiguieran. Recordaba haber pasado por un arroyo de camino hasta aquí; podría cabalgar en el agua durante un tiempo para disimular su rastro antes de continuar hasta casa.

De ese modo, Tyburn y los demás no podrían recuperar el dinero que acababa de ganar. Buscó frenéticamente en la pequeña cocina de la cabaña, donde encontró dos costales de arpillera con ataduras de cordel. Se apresuró a meter todos los billetes que pudo en las dos bolsas. Dejó las monedas porque sabía que tintinearían, y el silencio era crucial.

Diana se detuvo junto a la puerta de la recámara donde aún dormía Tyburn. Un lazo invisible parecía retenerla. Si se marchaba ahora, ese lazo se rompería. Lo que estaba haciendo ahora no provenía de la codicia, sino de la supervivencia. Sin embargo, dudaba que Tyburn y sus amigos lo vieran como algo distinto a una traición. Lo mejor sería cortar todos los lazos con este hombre.

Pero no podía. Una parte de ella quería que él supiera que lo que había hecho no era para enriquecerse, y la única forma en que podía imaginarlo era renunciando a lo que ahora le era más preciado.

Cogió el collar de perlas de su madre y, con una repentina punzada, supo que debía dejarlo atrás. Su malvado bandido necesitaba una forma de recordar que no estaba solo, que, durante un breve espacio de tiempo, se habían acompañado el uno al otro y habían aliviado el dolor de sus corazones. Sólo esperaba que él lo entendiera, aunque no pudiera perdonarla.

Abrió el cierre de su collar y volvió sigilosamente a la habitación. Tyburn aún dormía profundamente. Le levantó la mano con cuidado para enroscarle el collar alrededor de la muñeca y luego volvió a cerrarlo para convertirlo en una pulsera. La perla brillaba como una gota de rocío helado en la muñeca del bandolero. Diana esperaba que la conservara, que quisiera llevar consigo algún pequeño vestigio de ella.

Dios, se había vuelto una romántica tonta. Todo porque se había entregado a un hombre cuyo

verdadero nombre ni siquiera conocía. Su mirada se desvió de la perla que descansaba sobre la piel de Tyburn al rostro del hombre. Tenía que marcharse. Era hora de dejar atrás todo lo que esto *podría haber sido.*

Cogió las bolsas y las llevó, una en cada mano, hasta la puerta principal de la cabaña.

El establo estaba a poca distancia. Dentro encontró seis caballos, desde negros hasta blancos como la nieve, cada uno con diferentes marcas en el hocico y los cascos. Seis caballos y tres hombres, al menos uno de los cuales podía cambiar de acento a su antojo. Ahora comprendía cómo Tyburn y sus amigos aún no habían sido capturados. No pudo evitar admirar la astucia del hombre. Eran bastante buenos en esto.

Y yo les habré robado, pensó con culpabilidad. Tyburn la había tratado bien, no le había quitado nada que ella no le hubiera dado libremente, y Diana estaba traicionando su confianza. Aun así, tenía que coger el dinero. Todos los que vivían en su hacienda contaban con ella para que los protegiera, para que los ayudara a superar estos días difíciles y los condujera a una época de seguridad financiera. Tyburn podía robar más, y probablemente lo haría pronto para cubrir esta pequeña pérdida. Aunque le dolía en el pecho la idea de marcharse, tenía que centrarse en su propio futuro y en el de sus sirvientes.

Eligió una de las yeguas marrones y la ensilló rápidamente, luego ató sus bolsas de arpillera a cada lado y la guio fuera del establo. La yegua era una criatura paciente, permitiendo a Diana utilizar un taburete para montar y sentarse a horcajadas. A los ladrones les faltaría un caballo, pero no se le ocurría cómo devolver la yegua.

La niebla cubría el amanecer mientras cabalgaba lejos de la cabaña de cazadores y del bandolero que había cambiado su vida para siempre. Alejó los pensamientos de la noche anterior, de cómo se había sentido cuando él la había tocado por primera vez y de cómo se había sentido cuando se había despertado en sus brazos, llorando por una vida que ya se había esfumado.

Tras la partida de su hermana, había tenido que renunciar a los sueños de su niñez. Se había convertido en la dueña y señora de su hogar después de la muerte de su padre. No tenía tiempo para el amor, no tenía tiempo para los sueños tontos que su corazón alguna vez anheló. Ahora era sensata, porque tenía que serlo.

A medida que se alejaba de la cabaña, se sentía segura de saber dónde estaba, a pesar de que le habían vendado los ojos. Conocía bien esta parte de la tierra, ya que no estaba lejos de Foxglove. Tenía un buen sentido de la orientación y, al cabo de un rato, encontró el camino por el que la habían llevado. No había rastro de la familia con la que había compartido el viaje ni del carruaje, pero era de esperar. Los bandoleros les habrían dejado seguir su camino una vez transcurrido el tiempo suficiente.

Tardó dos horas más en llegar por fin a las puertas de Foxglove. Estaba a mitad de camino por el sendero que conducía a la mansión cuando Nelson, su antiguo mozo de cuadra, salió a su encuentro. Montaba uno de los caballos de tiro de la finca, una hermosa bestia de pelaje gris pálido y grandes cascos emplumados. Una criatura estable y fiable para el viejo mozo de cuadra,

que ya no era tan ágil como antes.

—¡Señorita Fox! —Nelson se quitó la gorra de la cabeza al saludarla.

—Buenos días, Nelson —respondió, esperando ocultar cualquier signo de cansancio. Cabalgaron juntos el resto del camino hacia la casa. Cuando llegaron a los escalones de la puerta principal, él desmontó y cogió las riendas del caballo de Diana.

—Se suponía que llegaría ayer —reprendió el viejo mozo—. Hemos estado muy preocupados. Especialmente el señor Peele y la señora Ripley. Estaba a punto de cabalgar hasta la próxima estación de carruajes para encontrarla.

—Lamento haberos preocupado a todos. Pero estoy bien, Nelson.

—¿Tuvo un problema con el carruaje, señorita?

—Se podría decir que sí. Es una larga historia.

—Bueno, me alegro de tenerla de vuelta —entonces él notó que estaba sentada a horcajadas en un caballo que no pertenecía a Foxglove—. ¿Quién es esta belleza, eh? —le dio a la yegua una palmadita cariñosa.

—Será uno de nuestros nuevos caballos. La encontré en mi aventura de vuelta a casa.

Los ojos de Nelson se entrecerraron.

—Parece que no quiere que le haga preguntas al respecto, señorita.

Ella soltó una risita.

—No temas, Nelson, el dueño no está en posición de exigir a dónde se ha ido, ni en posición de encontrarme.

Nelson soltó una carcajada.

—*Es* igual a su padre.

—Me lo tomo como un cumplido —sonrió. Su padre había sido un hombre capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera, hasta su muerte. Una vez había tenido talento para juntar dos chelines y convertirlos en varias libras. Si las cosechas de un año eran escasas o las granjas arrendatarias tenían problemas con el ganado, su padre siempre tenía lo suficiente para mantener a flote a su familia y a sus arrendatarios. Diana se alegró al pensar que podría haber heredado las habilidades de su padre, aunque fuera en pequeña medida.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Nelson, señalando los dos costales de arpillera colgados en la parte trasera de la silla de montar.

—Nuestra salvación —respondió ella.

Él enarcó una ceja pero no hizo más preguntas mientras cogía los costales.

—Gracias —ella los cogió y él se marchó, acompañando a la yegua y a su caballo de tiro de vuelta a los establos.

Se echó al hombro las bolsas llenas de billetes y subió los escalones justo cuando la puerta fue abierta y un hombre de mediana edad; alto, delgado pero fuerte, con el pelo oscuro y moteado de canas, salió a su encuentro.

—¡Ahí está! —exclamó el señor Peele—. ¿Dónde está su valija, señorita Fox? Cielos, ¿qué

le ha pasado? —el mayordomo la sujetó por los hombros como lo haría un padre preocupado—. Parece como si hubiera estado fuera toda la noche bajo la lluvia.

—En cierto modo, sí. Es una larga historia, y estoy muy cansada. ¿Podrías buscar a la señora Ripley y reuniros conmigo en mi estudio? Me gustaría hablar con ambos sobre algo bastante urgente —señaló las bolsas con la cabeza—. Las llevaré conmigo —fue directamente a su estudio.

Se detuvo al entrar en la habitación. El estudio había pertenecido a su padre, y aún se percibía en él el aroma del humo de los puros, algo que siempre conmovía su corazón cuando se ausentaba de la habitación durante unos días.

Desde el fallecimiento de su padre, había ordenado sus papeles dispersos y rectificado su desorganizado sistema de registros hasta conseguir uno que funcionara para ella. Diana tenía quizás algo más de su madre cuando se trataba de organizar. Se dirigió al escritorio de roble situado frente a las ventanas que daban a los jardines traseros de la casa. En la pared de la izquierda había unas estanterías altísimas y a la derecha una chimenea con retratos de sus padres colgados a ambos lados. Tras la muerte de su padre, había trasladado los cuadros del gran salón a esta habitación. Se sentía reconfortada al verlos cada vez que trabajaba en asuntos de la finca.

El artista los había captado a la perfección. Una joven Florence y un joven Stephen Fox, capturados en plena juventud, con el amor y la energía calentando sus mejillas e iluminando sus sonrisas. Se le formó un nudo en la garganta cuando las vívidas imágenes de su sueño invadieron inesperadamente su mente. Sus manos se tensaron al recordar su intento de romper el espejo para llegar hasta su familia. ¿Por qué el sueño de anoche había sido tan diferente de todos los demás? Algo en el hecho de haber derribado sus muros con Tyburn había resucitado un viejo dolor. Diana se frotó el pecho con el puño y parpadeó para ahuyentar el ardor de las lágrimas recientes.

Deja de llorar, tonta. Tienes muchos pendientes.

El peso de los dos sacos de arpillera se había vuelto un poco incómodo debido a su propio cansancio, así que los dejó sobre el escritorio. Se volvió hacia la puerta justo cuando entraban el señor Peele y la señora Ripley. El mayordomo cerró la puerta tras ellos.

La señora Ripley respiró aliviada.

—Señorita Diana, gracias a Dios que está bien.

Aunque Eleanor llevaba años ausente, la señora Ripley seguía llamándola *señorita Diana* en lugar de señorita Fox, ya que ahora era la hija mayor y la señora de la casa. Pero esto no molestaba a Diana en absoluto. De hecho, le reconfortaba aquello que seguía igual después de haber perdido demasiado en los últimos años.

La señora Ripley se fijó en el aspecto de Diana. Su cabello oscuro era un terrible desastre, y su vestido de terciopelo estaba rígido por el agua de lluvia seca.

—Tiene un aspecto espantoso. El carruaje no se detuvo aquí ayer, y todos hemos estado muy preocupados. Nelson la esperó cuatro horas bajo la lluvia. El señor Peele tuvo que ordenarle que volviera a casa a por té y un baño caliente para que no cogiera un resfriado.

Diana sintió una punzada de culpabilidad al saber que el viejo mozo la había esperado tanto tiempo mientras ella experimentaba su primer contacto con la pasión en brazos de un bandolero. Ella había estado caliente y a salvo —relativamente hablando—, y su pobre mozo la había estado esperando bajo la lluvia.

Suspiró y les indicó que se sentaran en los dos sillones frente a su escritorio.

—Me temo que mi carruaje fue asaltado por tres bandoleros.

—¿Bandoleros? —el rostro de la señora Ripley palideció—. Señorita Diana, ¿qué le ha pasado? No le han hecho daño, ¿verdad?

—No, no, no lo hicieron —se apresuró a asegurar al ver que los ojos del señor Peele se endurecían—. Aunque cueste creerlo, eran, de hecho, caballeros.

—Pero usted ha estado fuera mucho tiempo —dijo el señor Peele—. ¿Se estropeó una rueda del carruaje después de la partida de los bandoleros?

—No, esa no es la razón por la que me demoré. Me vi obligada a acompañar a los ladrones hasta su escondite porque me negué a darles el collar de mi madre. Uno de ellos insistió mucho en tenerlo. Así que dejaron a los demás pasajeros y al conductor en el camino con el carruaje y me llevaron con ellos.

—¿Los bandidos te secuestraron? —Peele casi gruñó—. Pues claro que voy a matar…

—No me han hecho daño —le recordó a su protector mayordomo—. Por favor, permitidme que os cuente el resto de la historia.

El mayordomo y el ama de llaves intercambiaron miradas preocupadas, así que Diana continuó.

—Cuando la tormenta se desató, los hombres me refugiaron —se impidió a sí misma alcanzar el collar que ya no estaba allí, pero que había dejado atrás, tiernamente atado alrededor de la muñeca de su misterioso amante.

—¿Y después? —insistió el señor Peele.

Diana encontró la fuerza para sonreír a pesar de su agotamiento.

—Me desperté temprano, antes que ellos, y encontré *esto* mientras registraba su alojamiento —abrió uno de los sacos y vertió su contenido sobre el escritorio. Billetes y finas joyas cayeron sobre la superficie de roble.

La señora Ripley se cubrió la boca.

—Santo Dios.

—Señorita Fox, ¿usted *robó* esto a los bandoleros? —la tranquila voz del señor Peele tenía un profundo tono de preocupación.

—Sé que no es la acción que elegiría una dama, pero necesitamos el dinero. Creo que esto cubrirá las deudas que tenemos con los banqueros de Londres. Cuando haya podido descansar, me gustaría reunir toda la documentación de nuestras deudas y organizar el pago lo antes posible. Puedo llevarlo yo mismo a Londres y que el abogado se encargue del resto.

—Son buenas noticias, pero aún queda el asunto de nuestros gastos futuros —dijo el ama de

llaves—. Necesitaríamos que algo así llegara al menos cuatro o cinco veces al año si queremos mejorar la casa y poder ofrecer finalmente salarios decentes al personal.

—Estoy de acuerdo. Los granjeros arrendatarios nos han mantenido a flote, pero quiero que puedan conservar más de lo que ganan y que la casa y su personal dependan menos de los ingresos de los arrendatarios —Diana se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos. Estaba rígida por la tensión de la noche anterior, le dolía un poco la cabeza y el estómago le recordaba que llevaba más de un día sin comer. Pero podría comer después de contarles su idea—. Este calvario me ha dado una idea, bastante loca, pero quizá nos salve. Sin embargo, no quiero poner a nadie en riesgo por mis acciones sin vuestro acuerdo explícito de participar. Hasta que decidamos qué hacer a continuación, vosotros sois los únicos que podéis conocer mi plan. Si nos descubren, nos enjuiciarán y posiblemente os maten como cómplices.

—*¿Cómplices?* —pronunció el señor Peele—. ¿Qué es lo que está proponiendo?

Diana bajó aún más la voz. Confiaba en todos los que trabajaban en esta casa, pero no los pondría en peligro si podía evitarlo. No quería arriesgarse a que alguien pasara por delante de la puerta y oyera siquiera parte de la conversación.

—¿Y si yo misma me convirtiera en bandolera? Mantendré esta finca en funcionamiento y comida en nuestros estómagos hasta que encontremos otro medio de subsistencia.

Su mayordomo y su ama de llaves la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—Pero los ladrones son *colgados*. Hombres *y* mujeres —murmuró Peele—. Usted no puede hacer esto. Usted es una dama de cuna noble. Su padre…

—Mi padre querría que hiciera algo por nuestra situación, aunque significara correr un gran riesgo.

—¿Riesgo? —dijo bruscamente la señora Ripley—. No es un simple riesgo lo que sugieres aceptar. Es tu vida la que está en tus manos, y la nuestra si aceptamos ayudar. Este no es el camino, Diana —la voz de la señora Ripley se volvió suave, llena de preocupación maternal.

Entonces Diana comprendió lo mucho que habían llegado a significar para ella estos individuos en los últimos años. Se habían convertido en padres sustitutos, que se preocupaban por ella y le daban buenos consejos cuando los necesitaba. Su corazón estaba lleno de amor por los dos, pero su idea tenía sentido y, si lo hacía bien, estarían bien durante unos años hasta que encontrara una solución mejor, como invertir el dinero extra en fondos en Londres con alguien de la ciudad que supiera de esos temas.

—Sé que no es apropiado, pero es la única solución que tenemos en este momento.

—Suponiendo que estemos de acuerdo, ¿cómo lo harías? ¿Vestirte de hombre? ¿Actuar como uno? ¿Y qué hay de la ayuda? Muchos carruajes no sólo tienen un chófer, sino otros hombres que podrían intentar enfrentarse a ti. ¿Qué pasaría entonces? ¿Estarás armada? —preguntó la señora Ripley.

Diana había pensado bastante en esta situación durante su huida de la cabaña de cazadores, y estaba convencida de que sabía qué hacer.

—Los informes sobre bandoleros son fáciles de consultar. El *Morning Post* publica casi a diario relatos de varios robos cometidos. Leeré sobre ellos y fingiré ser como los hombres que me detuvieron ayer. Eran tres. Usaban apodos y tenían al menos seis caballos que creo que usaban indistintamente. Uno también hablaba con diferentes acentos en diferentes momentos. Puedo hacerlo, y si llevo dos hombres conmigo, debería ser bastante fácil de manejar. Los viajeros a los que paremos pensarán que somos esos otros tres hombres. Tendremos que llevar pistolas, y estoy preparada para usarlas si es necesario —era una tiradora decente, tenía que serlo, ya que a menudo habían cazado faisanes, conejos e incluso algún ciervo en sus tierras cuando los inviernos se mostraban difíciles—. Espero ahorrar lo suficiente para invertir el dinero extra y poder vivir de los dividendos —añadió al cabo de un momento.

Ambos la miraron fijamente antes de que Peele hablara.

—¿En qué hombres podrías confiar para hacer esto contigo? Seguramente ningún desconocido, ¿verdad? Las autoridades siempre ofrecen grandes recompensas por los bandoleros, y estoy seguro de que te delatarían en un instante.

—Pensé que podría hablar con Mateo y Lucas.

—¿Nuestros lacayos? —Peele la miró boquiabierto—. Pero apenas tienen más de veinte años. Son muchachos listos, sí, pero todavía corren como cachorros cuando están sobreexcitados. Es imposible mantenerlos bajo control durante una actividad tan peligrosa. ¿Arriesgarías sus vidas?

—Ambos son fuertes, buenos jinetes, y creo que el peligro de la situación podría ayudarles a concentrarse. Y lo que es más importante, también son leales a esta casa. Les ofreceré un porcentaje justo de lo que obtengamos para compensar el riesgo extra. Será su elección. No los obligaré y les recordaré los riesgos inherentes a una decisión así —suspiró y se frotó las sienes con los dedos—. Podemos hablar de esto con más detalle más tarde. Necesito un baño y desayunar. También tenemos que esconder esta nueva riqueza en un lugar seguro.

Peele miró las bolsas con aire pensativo.

—Tengo un lugar en mente.

—Bien —respondió Diana—. Coge las bolsas. Necesito encontrar la lista de nuestras deudas para el procurador.

Dejó a su mayordomo en el estudio con los costales de arpillera y subió la gran escalera que conducía a las habitaciones del ala este. Los dormitorios estaban vacíos, excepto el suyo. Había intentado convencer al personal de que se mudara del ala de los criados, pero se habían negado, insistiendo en que no era apropiado. La señora Ripley se había ofrecido a trasladar las cosas de Diana a la alcoba de sus padres, pero Diana no había querido. La casa aún conservaba la persistente presencia de espíritus apacibles dentro de aquellas habitaciones sin vida, y Diana no podía soportar ahuyentar a esos espíritus con modificaciones.

Entró en su alcoba, cerró la puerta y se apoyó en ella. El vestido de día de terciopelo que llevaba le resultaba rígido y pesado sobre la piel, haciéndola sentir aún más cansada que hacía

unos momentos. Tal vez se debía a que estaba en casa, sola, y ahora nadie la vería derrumbarse y llorar. Se cubrió la boca con una mano mientras las lágrimas se deslizaban por las comisuras de sus ojos y ahogaba un sollozo. Estaba tan cansada, tan cansada de todo lo que había tenido que afrontar en los últimos años. ¿Qué no daría por tener un *solo* momento sin verse impulsada por el miedo, la ansiedad, el hambre o la desesperación?

Limpiándose las lágrimas, miró hacia la habitación y enderezó los hombros. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas de gasa de los altos ventanales, difuminando un poco la luz. Las paredes azul pálido estaban pintadas con ramas adornadas con flores, pájaros y abejas. De niña, le había suplicado a su madre vivir en el jardín trasero de la casa. Su madre le había dicho amablemente que las señoritas no vivían en jardines como las hadas, pero que se encargaría de que su habitación pareciera un jardín. Había sacado sus pinturas y pinceles y durante dos semanas había pintado los elementos florales a lo largo de la base de las paredes. Su madre había añadido criaturas del bosque como zorros, erizos, tejones y conejos. Las bestias eran tan maravillosamente realistas, incluso después de tantos años. Diana nunca quiso dormir en otra alcoba, no cuando el toque de magia de su madre estaba por todas partes.

Desabrochó la parte delantera de su vestido. En la silenciosa alcoba, por fin se permitió sentir lo que su cuerpo había experimentado durante el último día y la última noche. Aún podía saborear el beso de Tyburn, como una presencia fantasmal cada vez que se atrevía a pensar en él. Aún sentía dolor entre los muslos, y se sonrojó al recordar la causa. Había sido amada, *muy amada*, la noche anterior, y ella le había correspondido de la única forma que sabía. Se había entregado a un desconocido sin ningún remordimiento.

Se rodeó la garganta desnuda con los dedos, echando de menos su collar y echando aún más de menos a Tyburn. Colocó la otra palma contra su abdomen, preguntándose, *esperando* que tal vez tendría algo más allá de sus recuerdos para impulsar su vida. Sería imposible ocultar su embarazo a las familias que vivían en las tierras que les rodeaban, pero soportaría encantada el escándalo a cambio de tener un fragmento de esa noche maravillosa entre sus brazos. Su mejor recuerdo tendría un nombre. Tendría unas adorables mejillas regordetas y una risa que desterraría las tormentas y haría brillar la mismísima luz del sol.

Sólo el tiempo diría si llevaba una vida así en su vientre. Tyburn nunca sabría su nombre ni si había tenido un hijo. No podía volver a encontrarse con él en dos meses, no después de lo que ella acababa de hacer.

Apartó la mano de su garganta. Era hora de ignorar sus emociones. Era hora de proteger su futuro. Tyburn y sus amigos le habían mostrado el camino. No defraudaría a sus sirvientes, a *su familia.*

CAPÍTULO 4



—¡Tyburn, despierta! —gruñó alguien—. ¡Nos han robado!

Rafe se levantó bruscamente de la cama con la pistola en la mano. Siempre guardaba una debajo de la almohada, por si lo atacaban mientras dormía. Tardó un momento en comprender las palabras que lo habían despertado y en darse cuenta de que la cama en la que yacía estaba vacía, salvo por él mismo. La encantadora belleza con la que se había acostado no aparecía por ninguna parte. ¿Adónde había ido su fiera? Tenía que encontrarla.

Saltó de la cama, enredando las piernas en las sábanas y a punto de tropezar.

—¿Qué demonios? —Rafe luchó por liberarse de la ropa de cama y salió disparado hacia la puerta, con la pistola en alto, pero un hombre le bloqueó el paso y le recordó amablemente que estaba completamente desnudo. Era William Amberly, conocido como Oxford cuando salían a robar carruajes.

—Ponte algo de ropa, ¿quieres?

Con el corazón latiéndole contra las costillas, Rafe bajó lentamente la pistola.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la mujer? —Rafe se pasó la mano por el pelo mientras se sacudía los vívidos sueños que había estado teniendo sobre la mujer que conoció anoche cuando habían asaltado ese carruaje. Ni siquiera sabía su nombre…

Dios mío, ¿había sido un sueño? ¿O realmente se había llevado a esa belleza morena a su escondite y la había seducido? Echó un vistazo a la alcoba, buscando algún rastro de su ropa esparcida por el suelo.

¿Quizá estaba en la recámara exterior, esperándolo?

—Parece que no lo entiendes —dijo William—. Esa chica que secuestraste anoche ha desaparecido… junto con casi todo el dinero que hemos confiscado en los carruajes. ¡Nos ha robado, joder! Y quítate esa máscara. Se ha ido —Will entró en la sala principal desde su escondite que compartían con un gruñido.

—¿Qué? ¿Cuándo se ha ido? —gritó tras Will. Entonces notó que algo estaba atado alrededor de su muñeca derecha. Un collar con una hermosa perla de agua dulce.

¿Ella le había dejado el collar de su madre?

Su pecho se estrujó con una repentina calidez, pero esa calidez se congeló cuando escuchó la

respuesta de Will, recordándole su terrible situación.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? La seguí medio kilómetro antes de perder el rastro. Lleva fuera al menos una hora —espetó Will—. No hay rastro de ella.

Rafe volvió a la cama y se desplomó sobre ella, tirando la pistola sobre las sábanas. Luego, con manos trémulas, se quitó la máscara de la cara. ¿Ella se había atrevido a mirarlo anoche mientras dormía? ¿Sabía qué aspecto tenía él ahora? *No.* Si lo hubiera sabido, ella no se habría molestado en volver a colocarle la máscara, y, más allá de eso, estaba experimentando una extraña sensación de confianza, dado que la muchacha le había dejado lo único que tenía de su madre. Eso significaba que había algo entre ellos, ¿no? Algo había nacido la noche anterior entre ellos, algo que ninguno de los dos podía negar, pero ahora había terminado, ella se había desvanecido igual que la bruma de la mañana.

Podía oír a Will abriéndose paso por la cabaña, provocando un alboroto mientras murmuraba maldiciones lo bastante alto como para llegar hasta la habitación de Rafe. Eso le recordó el problema real que debería estar por encima de sus preocupaciones en ese momento.

La pequeña y enérgica criatura le había robado… ¡Esa maldita muchacha! Frunció el ceño, con una nueva rabia ardiendo en su interior. Pero la rabia pronto empezó a desvanecerse ante la absoluta hilaridad de la situación. Su supuesta víctima había invertido los papeles y, en su lugar, le había robado a él. Suponía que había algo de justicia irónica en todo aquello, pero maldita sea, él y sus amigos habían luchado por todo lo que habían ahorrado en los últimos meses.

El verdadero problema era que, en lo que a él respectaba, ese dinero no era *suyo.* Era para otro. Era la primera vez no había actuado por motivos egoístas, y una muchacha cualquiera había llegado y le había robado todo su duro trabajo.

El dulce aroma de la mujer, mezclado con la tormenta de la noche anterior, aún permanecía en el aire, lo que no hacía más que agitar sus emociones contradictorias. Quería ponerse furioso con ella, pero tenía que admitir que también estaba impresionado, y quería decírselo… después de haberla besado salvajemente.

El acontecimiento de la noche anterior sido tanto un error como un regalo. Sonrió al darse cuenta de que esto era algo típico en él. Su vida siempre había sido enormemente complicada. Había querido sólo *una* noche de placer y conexión con una mujer, un momento en el que pudiera aliviar la soledad que crecía cada vez más profundamente en su alma, y eso le había producido un efecto indeseado. ¡Uno increíble!

Rafe sólo tenía un punto luminoso en la oscuridad y era una pequeña huérfana escocesa, Isla, a la que había hecho su pupila. Ella había empezado a llamarlo papá, y maldita sea si eso no lo hacía sentirse como un caballero tonto protegiendo a una joven princesa de los dragones del mundo. Haría cualquier cosa por esa niña. Y empezaría por localizar a su misteriosa mujer y recuperar su dinero. Fortalecido por una nueva determinación, Rafe se puso la ropa de un tirón, con la sangre bombeando con fuerza por su cuerpo.

Se reunió con sus compañeros en la sala principal, quienes esperaron a que se explicara.

Odiaba admitir que había metido cometido un error, pero nunca evitaba confesar algo así. Estudió detenidamente los rostros de sus amigos.

Will Amberley era el más moreno de su trío, y sus ojos ámbar en ese momento ardían de frustración. Por el contrario, el otro amigo de Rafe, Caspian, el vizconde Falworth, estaba sentado pacientemente, esperando una explicación y un plan sobre qué hacer a continuación. Mientras que Will era moreno, Caspian era rubio, con el pelo dorado y los ojos azul cielo. Los dos desempeñaban a menudo los papeles de diablo y ángel cuando se trataba de las decisiones de Rafe. Will siempre estaba dispuesto a lanzarse al peligro, mientras que Caspian siempre evaluaba primero las probabilidades.

Conocía a ambos hombres desde su época en Eton, y cuando decidieron esta vida, también eligieron apodos para ellos. Rafe había elegido Tyburn, Will Oxford y Caspian Cambridge. Él les confiaba su vida, y ellos siempre le habían confiado la suya. Ahora los había puesto a todos en peligro.

—¿Exactamente cuánto de nuestras reservas se ha ido? ¿Has dicho casi todo? —Rafe se unió a sus amigos cerca de los cuatro cofres que habían llenado casi por completo de botín. Los cofres estaban semivacíos. En el fondo aún brillaban las monedas y algunas joyas, pero los billetes, el dinero que más valor tenía para ellos, habían desaparecido.

Will gruñó mientras pateaba uno de los cofres.

—Aquí teníamos más de dos mil libras para repartir entre los tres. Ahora sólo tenemos un puñado de monedas y algunos malditos collares.

A Rafe se le formó un nudo en la garganta al darse cuenta de lo mucho que habían perdido. Todo por lo que habían trabajado había desaparecido, y todo porque él no había sido capaz de resistir la tentación de unos ojos tristes de mujer bonita. Era un tonto.

—Seis meses de trabajo para nada —Caspian suspiró y se cruzó de brazos mientras buscaba y sostenía la mirada de Rafe.

—¿Ella ha valido la pena? —preguntó Will sin rodeos—. Porque más vale que así sea por lo que hemos perdido.

Rafe no estaba acostumbrado a la culpa ni a la vergüenza. Con los años, había desarrollado una relación distante con esas emociones menos divertidas, pero justo ahora estaba sumergiéndose bajo la superficie de ambas y sentía como si se ahogara. Había cometido un terrible error al traer aquí a esa mujer, y ni siquiera sabía su nombre ni dónde vivía.

Pero el recuerdo de sus labios en los suyos, su pequeño jadeo cuando él se había hundido en su cuerpo esa primera vez, su mirada de miedo convertida en una de confianza cuando él le había hecho el amor… eso quedó grabado en su alma. De todas las mujeres a las que había seducido a lo largo de los años, sólo ésta, una virgen inexperta con el fuego de un encantador dragón en su alma, lo había tentado a ser imprudente con su vida y la de sus amigos. No podía arrepentirse de lo que había hecho, pero sí de las consecuencias y de su propia falta de previsión. Los tres habían necesitado el dinero que habían estado ahorrando para sacar sus vidas del caos en el que se

encontraban.

—Sí, ella ha merecido la pena —admitió Rafe—. Vosotros dos os repartiréis lo que queda. Creo que lo mejor es que abandonemos esta cabaña durante unos meses. Podemos mudarnos a la cabaña del sur.

—Estoy de acuerdo —dijo Amberley—. Ella tuvo que irse a caballo antes del amanecer, porque yo estuve en los establos al amanecer y fue entonces cuando me percaté de que nos faltaba un caballo. Uno de los tuyos, Rafe —consultó su reloj de bolsillo—. Ella tiene al menos una hora de ventaja. Podría tener ya un grupo de búsqueda dirigiéndose hacia aquí. No es seguro quedarnos.

Pero Rafe se preguntó si la bonita ladronzuela acudiría a las autoridades. Seguramente no sería tan tonta, dado que acababa de robar dinero ya robado, pero él no podía arriesgarse a adivinar lo que haría. Estaba claro que la pequeña fiera a la que había seducido no era en absoluto predecible. No cometería el error de pensar que podía controlarla o adivinar sus planes una segunda vez.

Caspian estuvo de acuerdo con Will.

—Deberíamos ausentarnos unas semanas y ver qué hacen las autoridades locales.

Will cabalgaría hacia el norte y regresaría a su desmoronada finca, Amberley Hall, y Caspian volvería a su residencia de soltero en Londres. Rafe permanecería en la región y los citaría cuando creyera que era seguro reanudar sus actividades. Tenían un lenguaje codificado que utilizaban en la correspondencia siempre que la ley andaba tras ellos, como ahora.

Los tres empacaron y se aseguraron de no dejar nada personal en la cabaña abandonada. Will y Caspian partieron con sus caballos de repuesto en distintas direcciones. Rafe sólo tenía a su yegua blanca, Nimbus. Siguió un camino que bordeaba varias granjas y un pequeño pueblo antes de dejar que Nimbus volviera a salir a una carretera decente. Durante varias horas, hizo todo lo posible por seguir la pista de la mujer y el caballo que le había robado, pero no pudo encontrar ningún rastro de su paradero. Finalmente, cuando la tarde dio paso al crepúsculo, supo que debía dejar descansar a su caballo. Así que se dirigió a la finca de su hermano.

Probablemente ya era hora de que él también descansara, reflexionó Rafe. Ya llevaba tres semanas fuera y echaba muchísimo de menos a Isla. La niña había abierto la oxidada puerta de su corazón y había entrado a empujones. Era absolutamente preciosa, con el pelo rojizo y grandes ojos azules. Le costaba creer que pronto cumpliría siete años. Lo que más le gustaba de ella era la fuerza y la profundidad de su capacidad de amar. Su madre y su padre habían muerto enfermos en Edimburgo. El cuñado de Rafe, Brodie Kincade, y su esposa, Lydia, habían rescatado a la niña de los ladrones de tumbas, que tenían fama de matar a gente fácil de olvidar cuando no se podían encontrar cadáveres frescos y venderlos para autopsias.

Desde el instante en que Isla había llegado a la vida de Rafe, la niña se había acercado a él, el sinvergüenza soltero que no tenía ni idea de cómo cuidar de sí mismo, y mucho menos de una niña pequeña. Pero cuando ella extendió por primera vez sus pequeños brazos, él la levantó, y

algo en él que había estado fuera de lugar desde que tenía memoria volvió a su sitio.

Este nuevo estado de paternidad accidental le había puesto restricciones a las que no había sido fácil adaptarse. Por primera vez en su vida, no quería la ayuda económica de su hermano mayor, Ashton, pero ahora necesitaba dinero más que nunca. No para él, sino para Isla. Había contratado a una niñera el mes pasado, ahora que Sabrina Talleyrand, la joven que había sido la institutriz temporal de Isla, se había casado. La niña necesitaba constantemente ropa nueva, libros, juguetes y todo tipo de cosas que requerían los niños. Este no era el mejor momento para que a Rafe le empezara a pesar la conciencia… de alguna manera. Prefería aceptar dinero de extraños que de su hermano mayor. Había pasado demasiados años suplicando fondos a Ashton, pero hacerlo ahora, bueno, ni pensarlo. Tenía que mantener a Isla él solo. Se lo debía como padre.

Ajustó las riendas en sus manos cuando se vio invadido por los recuerdos del pasado. Era una de las razones por las que despreciaba estar solo. Cuando no tenía más compañía que sus propios pensamientos, el pasado empezaba a susurrarle cosas oscuras al oído. Los recuerdos le quemaban el pecho como si el mismísimo diablo le hubiera clavado una lanza de fuego.

El día que su padre había muerto en sus brazos, Rafe había pasado de ser un niño con un futuro dorado al alcance de la mano a tener una vida sin luz solar. Su madre nunca había vuelto a ser la misma, al perder al hombre que había amado desde su juventud. Su hermana mayor, Thomasina, de diecisiete años en ese momento, se había convertido en una segunda madre para Rafe y Joanna. La pequeña Joanna había llorado durante meses y había estado tan frágil durante casi un año porque se había negado a comer. Sólo había tenido tres años, y aunque entendía la muerte por su definición, no había comprendido lo que significaba en realidad. Había estado esperando que su padre volviera a casa.

Todo había cambiado entre Rafe y Ashton después del accidente, ya que él había culpado a Rafe de la muerte de su padre. El maravilloso hermano mayor de Rafe, el joven al que había admirado toda su vida, sólo había tenido quince años en ese momento. Fue Ashton quien se vio obligado a cargar con las deudas de su padre. Había tenido que reducir gastos y personal y cerrar su finca durante dos años, mientras trabajaba para ganar lo suficiente para reabrirla. La carga de las deudas de su padre había vuelto frío a Ashton, pero había salvado a la familia. Incluso habían podido permitirse un debut decente para Thomasina al año siguiente. Pero Rafe había perdido a su hermano y su propia alma en el proceso.

Con el tiempo, la familia había salido de la amenaza inminente de la prisión de deudores y había vuelto a ganarse el respeto de la sociedad. Thomasina había contraído un brillante matrimonio, Joanna ahora estaba felizmente casada con un salvaje lord escocés, y Ashton se había casado con la hermana de ese hombre. Sus hermanos claramente sentían amor por los escoceses.

Incluso yo me he enamorado de una escocesa. Rafe soltó una risita al darse cuenta de que él sentía la misma fascinación, dado que la pequeña Isla era escocesa.

Pero a pesar de los felices matrimonios de sus hermanos, seguía habiendo tensiones en la familia, y Rafe era el causante de ellas. Aunque Ashton se había vuelto más cordial durante el último año, no había evitado por completo las críticas o reproches de su hermano. Y Joanna, quien siempre había amado a Rafe, seguía sin confiar en él como con Ash, a pesar de que él le había enseñado a luchar y la había apoyado en su huida a Gretna Green con su futuro marido.

Y luego estaba su madre. No podía mirarlo sin que el pasado ensombreciera sus ojos. Era la más difícil de enfrentar de su familia, así que la evitaba siempre que podía.

—*Rafe, ¿qué has hecho?* —esas palabras habían encerrado dolor, miedo y furia mientras ella se desplomaba en sus brazos esa noche mucho tiempo atrás.

Él sólo pudo responder:

—*Yo maté a padre…* —porque lo había hecho. Si no hubiera abandonado el carruaje en el que su padre lo había metido para volver a casa, no habría resultado herido y su padre no habría cruzado la calle para rescatarlo y no habría muerto pisoteado. Cada vez que su madre lo miraba, veía la muerte de su marido, no al hijo que una vez había amado.

Se le formó un doloroso nudo en la garganta e intentó tragar saliva. Rafe detuvo el caballo y miró hacia atrás por el largo y sinuoso camino que había recorrido. Un escalofrío asaltó su piel cuando la pregunta inquietante a la que tan a menudo se enfrentaba volvió a surgir en su mente.

¿Y si doy media vuelta? ¿Simplemente cabalgo lejos y nunca vuelvo a casa? ¿Le importaría a alguien?

La cara de Isla apareció en su campo de visión y pudo oír el eco de sus risitas.

—*¡Papá! ¡Ven a jugar conmigo!* —chillaría y correría por el frondoso césped de su casa familiar. Rafe la perseguiría hasta caer muertos de risa sobre la hierba, tumbados uno al lado del otro mirando las nubes.

Su hija lo necesitaba. Nunca podría abandonar a su querida niña, ni siquiera cuando esta lúgubre desesperación amenazara con ahogarlo. Rafe impulsó a su caballo una vez más y alejó los pensamientos oscuros, concentrándose en cambio en lo feliz que se sentiría cuando llegara a casa, levantara a Isla en el aire y la hiciera girar.

Cuando vislumbró la finca de los Lennox, estaba a punto de anochecer. La gran casa de arquitectura palladiana brillaba con el resplandor del sol poniente. El color esmeralda de los árboles estaba intensamente iluminado, y las pálidas piedras doradas parecían cálidas y acogedoras en una tarde como ésta.

El hogar. Por supuesto, ahora pertenecía a Ashton. Como hermano mayor, *todo* pertenecía a Ashton. Como segundo hijo, Rafe no tenía derecho a nada.

Atravesó por el largo camino hasta la gran casa, donde las alegres luces centelleaban en varias de las ventanas. Todos estarían listos para cenar pronto, incluida su enana. Se encontró con uno de los mozos de cuadra y le entregó a Nimbus. Recogió sus alforjas y se las entregó a Sam, un lacayo que lo había visto al llegar y lo había seguido hasta los establos.

—Gracias, Sam. ¿Están todos preparados para la cena?

—Sí, señor, será servida dentro de una hora —el joven se echó las dos bolsas al hombro sin esfuerzo.

—Excelente. ¿Podrías hacer que me preparen un baño?

—Por supuesto, señor —el lacayo se apresuró hacia la casa frente a él.

Los músculos de Rafe estaban muy doloridos por los últimos días de perseguir carruajes. La mayoría de la gente a la que robaban entregaba sus joyas y su dinero tranquilamente, pero de vez en cuando había un hombre que intentaba ser un maldito héroe. Rafe solía ser el que ponía fin a la tonta heroicidad de un solo puñetazo, pero a veces tenía que forcejear hasta que el pasajero del carruaje era sometido.

Cuando Rafe llegó a la casa ya estaba listo para el baño, la comida y la cama, pero sabía que no se acostaría tan temprano como deseaba.

El mayordomo, el señor Cheaves, lo recibió en la puerta.

—Es bueno ver que ha regresado, señor Lennox. Se le ha echado mucho de menos.

—¿Lo dice en serio? —soltó una risita mientras echaba un vistazo a la entrada vacía. No había esperado una fiesta de bienvenida, pero habría estado bien encontrarse con una persona contenta de verlo. A veces pensaba que Cheaves sólo intentaba ser cortés porque él seguía siendo un Lennox.

Cheaves le devolvió la sonrisa.

—Oh, sí, la señorita Isla ha estado mirando por las ventanas todos los días, esperando a que usted volviera a casa, señor. Usted decidió volver el único día que a ella no se le permitió hacer eso. Su señoría la ha mantenido ocupada hoy.

—¿Oh? —no pudo negar el calor que floreció en su pecho al pensar que al menos una persona lo echaba de menos.

—Por supuesto, ella lo adora, señor. Ella dijo…

Una voz retumbante interrumpió al mayordomo.

—¡Rafe!

Rafe se estremeció al oír el grito de su hermano mayor.

Ashton apareció en lo alto de las escaleras, con su aspecto de fiero vikingo de pelo rubio algo suavizado por la joven que llevaba en brazos. La niña de Rafe. En otro tiempo, se había dicho que él y Ashton parecían las dos caras de una misma moneda, ambos altos y rubios, con ojos azul brillante. Ashton se había dejado crecer el pelo, y Rafe lo había mantenido más corto conforme a la moda del momento. Era extraño pensar que Ash parecía más un guerrero bárbaro y Rafe el caballero elegante, considerando quién era el verdadero saqueador de la familia.

—Buenas noches, hermano —Rafe consiguió sonreír a Ashton mientras bajaba las escaleras.

Isla lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos mientras parpadeaba para apartar las lágrimas de sus mejillas sonrosadas. ¿Había estado llorando?

—Déjame cogerla —Rafe extendió los brazos, pues su cuerpo anhelaba la comodidad de su ligero peso entre sus brazos.

Ashton se la entregó, pero sus feroces ojos azules le lanzaron una acusación.

—Tres semanas es demasiado tiempo —dijo Ashton—. Rosalind y yo hemos tenido que turnarnos para dormir en su habitación casi todas las noches. Lloraba cada vez que se despertaba de pesadillas y tú no estabas allí para consolarla —el tono de su hermano era áspero, pero tranquilo, para no preocupar a la muchacha—. Espero que hayas resuelto cualquier asunto que tuvieras en Londres y puedas quedarte aquí por un tiempo.

—Por ahora —le aseguró Rafe, pero la mentira sabía amarga en sus labios.

Ashton nunca podría enterarse de que seguía robando carruajes. Se pondría furioso al saber que Rafe estaba arriesgando no sólo su vida sino la reputación de su familia, y nadie quería enfrentarse a un Ashton enfadado. El hombre podía lanzar un puñetazo tan fuerte como para tumbar a un elefante.

—¿Quizás deberíamos hablar de ello? —comentó Ashton.

—¿Podríamos discutirlo más tarde? Estoy cansado y quiero pasar tiempo con mi pequeña escocesa —balanceó juguetonamente a Isla entre sus brazos y ella se retorció con una risita—. Y hablando de escoceses, ¿dónde está tu diablilla?

La expresión pétrea de su hermano se suavizó hasta convertirse en la de un tonto enamorado.

—Se está vistiendo para la cena. Pasamos una larga tarde juntos en los jardines.

—¿Ah, sí? —bromeó Rafe. Sabía exactamente lo que su hermano y su cuñada habrían estado haciendo en los jardines, suponiendo que hubieran estado solos.

Rosalind, la mujer de Ashton, era una belleza morena a la que le gustaba el mundo de los negocios tanto como a su hermano. Los dos formaban una pareja feroz pero perfecta. Rafe no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Tener a alguien en quien confiar de esa manera, una mujer que rivalizaba con él en astucia y lo igualaba en sensualidad… Deseaba desesperadamente lo que ellos tenían. Pero una mujer que fuera la pareja perfecta de un hombre era tan difícil de encontrar como una estrella fugaz en el cielo nocturno. Uno podía esperar toda una vida y nunca ver ese destello de luz brillante.

Exhaló un suave suspiro mientras los recuerdos de la noche anterior invadían su mente. Esa mujer había sido un cometa, brillante y audaz, que surcaba los cielos lejos de su alcance. Pero él la había alcanzado y, por un momento, casi había tocado el mismísimo cielo.

—Hablaremos más tarde esta noche —dijo Ashton, y colocó una mano en el hombro de Rafe —. Ocúpate de Isla y cámbiate para la cena.

Rafe llevó en brazos a su hija a su habitación, donde la regordeta niñera, la señora Chesterfield, estaba sentada en una mecedora, zurciendo un pequeño jumper blanco con un rasgadura. Isla debió de haber estado trepando a los árboles del jardín otra vez. El gorro blanco con volantes de la niñera le cubría el pelo plateado, pero tenía una mente ágil y parecía necesitar dormir muy poco, lo cual, cuando se trataba de vigilar a un niño pequeño y activo, era un rasgo de valor incalculable.

—¡Señor Lennox! —la niñera se levantó con una sonrisa y dejó su trabajo a un lado—. Isla

lo ha echado de menos —miró cariñosamente a la niña y Rafe volvió a sentir ese agridulce dolor en el pecho.

Si tan sólo pudiera darle a Isla una madre, para que, en su ausencia, tuviera otro padre que la amara. Su anterior institutriz, Sabrina Talleyrand, había sido lo más parecido que Isla había tenido a una madre, pero se había casado con otro. Rafe había aprobado el matrimonio, por supuesto, pero al ver a Sabrina caminar hacia el altar, comprendió que podría haberse casado con ella, que podría haberse alegrado de tener una compañera, una compañera permanente. Habrían sido muy felices juntos, y quizá algún día ese afecto natural se habría convertido en amor. Pero el corazón de ella había pertenecido a otro, y él no podía interponerse en su camino.

Si tan sólo su pequeña fiera se hubiera quedado toda la mañana. Había planeado despertarla de la forma más satisfactoria. Luego habría conseguido que le dijera su nombre y la habría acompañado a casa. Pero sabía que, lógicamente, como ella le había quitado el dinero, no habría querido que él supiera su nombre o dónde podía encontrarla por esa misma razón.

Si era sincero, una parte de él había esperado descubrir que estaba preñada, que había algún vínculo entre ellos que la mantendría en su vida. Pero no tenía ni nombre, ni idea de adónde había ido… ni forma de saber si su unión había dado fruto. Si ambos hubieran elegido otro camino, Isla podría haber tenido un hermano. La idea hizo que su duro corazón se ablandara. Podía sentir el collar de perlas oculto aún enredado en su muñeca, un recordatorio constante de lo que había perdido. Podía sentir el collar de perlas oculto, todavía enrollado alrededor de su muñeca, un recordatorio constante de lo que había perdido.

Joder, supongo que mis días de libertino están llegando a su fin, musitó mientras se sentaba en la cama de Isla. Cada vez pensaba más en el amor y en quererlo para él y para Isla. Pero encontrar un amor que igualara el de sus hermanos, un amor que hiciera que su vida pareciera extenderse hasta un verano infinito… parecía un sueño imposible. El destino ya había golpeado tres veces a los niños Lennox. ¿Qué posibilidades había de un cuarto golpe? Sin embargo, anoche había estado a punto de alcanzar ese sueño, estaba seguro de ello. Qué maldito tonto era.

Miró la cama que había comprado para Isla. Era de álamo blanco y tenía un intrincado tallado de hadas y flores en el cabecero. Las primeras noches que la había llevado a la cama en casa de los Lennox, él le había enseñado las hadas y le había hecho trazar las formas talladas con sus pequeños dedos. Le había susurrado historias de las hadas hasta que su pequeña mano enroscada alrededor de la suya terminaba por liberarse mientras ella se quedaba dormida. Se había convertido en un ritual para ellos, compartir historias de magia y belleza antes de acostarse. Isla había sufrido muchas pérdidas en su corta vida y seguía teniendo muchos miedos. Era su deber cuidarla y demostrarle que la vida podía ser bella y segura. Que era amada y cuidada y que nunca volvería a quedarse sola.

—La vestirá para la cena, señora Chesterfield? —preguntó. Era bastante inusual tener niños en la cena, pero a Rosalind y Ashton les gustaba que Isla cenara con ellos, y Rafe se alegraba. Le complacía enormemente la compañía de su hadita y la echaba de menos cada vez que no podía

cenar con ellos cuando Ashton y Rosalind tenían invitados.

—Por supuesto, señor —la niñera se dirigió a la cómoda que guardaba la mayor parte de la ropa de Isla. El dinero robado de Rafe había comprado esos vestidos, pero muy pronto encontraría una forma de ganar dinero sin robar. Hablaría con Ash esta noche. Era hora de tragarse su orgullo. No pediría un préstamo, sino un consejo a su hermano sobre cómo invertir. Una vez que hubiera reunido lo suficiente, podría invertirlo inteligentemente. Acomodó a Isla firmemente en su regazo y le levantó la barbilla con dedos suaves.

—¿Papá? —suspiró ella.

—¿Sí, gatita?

—Pensé que no volverías —ella cerró los ojos y volvió a hundir la cara en su pecho.

—Tonterías, nunca te dejaría en las crueles garras del tío Ash —bromeó.

Ella soltó una risita, pero su rostro volvió a tornarse serio.

—Pero mis primeros papá y mamá lo hicieron.

Rafe dirigió una mirada al par de pequeños retratos pintados de los padres biológicos de Isla que había en la mesilla junto a la cama. No siempre los tenía a la vista, pero cuando dejaba a Isla durante algún tiempo, se aseguraba de que sus padres estuvieran pendientes de ella. Los retratos habían estado entre las posesiones recogidas de la habitación en la que se había alojado la madre de Isla. Su padre tenía el pelo oscuro y unos ojos amables y serios. El rostro de su madre era apacible, con una pizca de picardía en los ojos. Lamentó su pérdida tanto como Isla, a pesar de que eran desconocidos para él. Ellos habían sido los que habían traído a esta niña al mundo, y nunca dejaría de agradecerles el regalo que le habían hecho, aunque hubiera sido a costa de sus vidas.

Necesitó un momento para encontrar las palabras adecuadas.

—Entiendes que ellos no querían dejarte, ¿verdad? Y haré todo lo que esté en mi mano para volver siempre a ti —besó los rizos castaño rojizos de Isla y la abrazó un poco más fuerte. Ash tenía razón, tres semanas habían sido demasiado tiempo para estar lejos.

Isla soltó un suspiro que amenazó con romperle el corazón. ¿Cómo podía parecer tan cansada del mundo a tan temprana edad? Su pobre hija estaba destinada a albergar el alma de una mujer de un siglo de edad, no de una enana en plena juventud.

—Ve a que la nana te vista para la cena, y luego tú y yo nos sentaremos juntos a la mesa. Esta noche te leeré un cuento antes de acostarte. Y si somos *muy* astutos, podríamos robarle unas tartas de manzana a la señora Gibbs en la cocina —volvió a besarle la frente y la puso en pie—. Ahora debo ir a bañarme, gatita. El tío Ash se disgustará si aparezco en la cena oliendo a caballo.

Isla sonrió mientras lo miraba.

—*Sí* que hueles a caballo —aceptó—. Pero me gusta el olor.

Soltó una risita mientras la entregaba a su niñera y salía de la habitación.

Sus aposentos estaban a dos habitaciones de distancia, y estaba feliz de estar en casa. La cabaña de cazadores era bastante cómoda, pero echaba de menos la comodidad de los baños

calientes y las camas más blandas que los colchones rellenos de heno del escondite. Se quitó con cuidado el collar de perlas de la muñeca y lo guardó en un joyero de plata que había en la repisa de la chimenea.

La bañera de cobre en su vestidor ya estaba llena de agua humeante, así que se quitó la ropa y se metió. Dios, se estaba haciendo demasiado viejo para pasearse por el campo durante semanas seguidas. Había estado tan cerca de dejar de ser ladrón, hasta que aquella zorra morena le robó. Aún estaba furioso porque la mujer lo había engañado, pero le había quitado la virginidad. Ella le había quitado el dinero que él pretendía invertir con Ashton. Tal vez se trataba de un precio justo; su futuro por el regalo de la confianza de la muchacha.

Cerró los ojos, se recostó en la bañera y sonrió. A pesar de todo, no podía seguir enfadado con ella. Sin embargo, imaginó todas las formas en que la torturaría de placer cuando volviera a encontrarla, cómo haría que se arrepintiera de haberle robado atándola a su cama y provocándola hasta que suplicara que la reclamara y la volviera a reclamar. Por cada billete que había robado, la muchacha pagaría con besos; por su caballo, pagaría *montándolo* hasta correrse tan fuerte y perder la voz.

Estaría dispuesto a vender hasta su alma por pasar una noche más con esa encantadora ladronzuela; su fiera escupe fuego, su perla luminiscente, su estrella fugaz surcando el cielo nocturno.

CAPÍTULO 5



El agua fría salpicó a Diana. Escupiendo, se agitó en el borde de la bañera en la que se había quedado dormida y se deslizó bajo la superficie. El agua, ahora tibia, penetró en su piel y en lo más profundo de sus huesos, helándola.

—¡Señorita Diana, debe venir de inmediato! —el susurro aterrado de su mayordomo atravesó la puerta cerrada de la alcoba.

Ella parpadeó y se quitó el agua de los ojos.

—¿Qué pasa, Peele? —se acercó al pequeño taburete que había junto a la bañera y cogió un paño limpio para secarse. Al levantarse, su cuerpo se estremeció por el frío del aire. El agua se deslizó por su piel, y tembló mientras se secaba con el paño lo más rápido posible.

—Debe darse prisa. El juez ha venido a verla y lo acompañan dos caballeros. Afirman saber que fue secuestrada por los bandoleros y exigen verla —la voz habitualmente tranquila del señor Peele contenía una pizca de temor—. Les dije que hoy no recibía visitas, pero el juez fue firme en su exigencia de hablar con usted.

Un relámpago de pánico recorrió a Diana mientras buscaba ropa en su cómoda. Si Peele estaba conmocionado, debía de tratarse de algo serio. Nunca había conocido al juez local y ni siquiera estaba segura de saber su nombre. Se había mantenido alejada de los círculos sociales en el campo, excepto de su mejor amiga, Rachel Merton.

Se colocó un vestido de día de color lila pálido que se abotonaba por delante, y se recogió el pelo húmedo en un nudo antes de atárselo con una cinta. No se había arreglado a la altura de una reunión así, pero tendría que bastar.

Diana enderezó los hombros y salió de su alcoba, preparándose mentalmente para recibir a los caballeros. La presencia de caballeros en su casa cuando vivía sola, soltera y sin la debida compañía, podía causarle bastantes problemas. Aunque sus tierras no estaban vinculadas a ningún heredero varón, estaban enterradas en deudas, y siempre existía el temor de que esas deudas pudieran ser compradas en cualquier momento por un caballero sin honor. Podían echarla a la calle, y sus sirvientes podían perder también su casa y su trabajo. Así que tenía que mantener las apariencias lo mejor posible. Por eso habían mantenido las habitaciones delanteras, donde recibía a los invitados, con la decoración y el mobiliario más recientes posibles, mientras que el

resto de la casa se encontraba en un estado mucho peor.

Peele la acompañó al salón más grande. Diana se detuvo al ver a los tres hombres que estaban allí. Reconoció enseguida a dos de ellos: padre e hijo de su viaje en carruaje el día anterior, Edwin y Claude Fellows.

—Señorita Fox, gracias a Dios, ¿se encuentra bien? —Claude se abalanzó sobre ella y le cogió las manos de una forma demasiado familiar para lo poco que se conocían. Ella retrocedió, pero él no le soltó los dedos.

—Estoy bien. Gracias por preguntar, señor Fellows.

El tercer hombre habló ahora, con voz fría y mirada apreciativa.

—Señorita Fox, soy lord Caddington, el juez local. Me han informado de que fue secuestrada de un carruaje hace dos días.

—Sí, milord, así fue —podía sentir la mirada de lord Caddington sobre ella, evaluándola. ¿Qué estaba buscando? O más bien, ¿qué *esperaba*? Porque estaba claro que buscaba algo.

—¿Sufrió alguna agresión contra su persona? —preguntó Caddington. Entonces, Diana lo vio, un destello de excitación en sus ojos mientras la examinaba. ¿*Quería* saber que había resultado herida de alguna manera?

Un escalofrío inquietante recorrió la espina dorsal de Diana. A este hombre le gustaba el dolor. No tenía muy claro cómo lo sabía, pero estaba segura de ello. Siempre había sido capaz de leer a la gente, incluso de niña, y el tiempo que había pasado trabajando con sus sirvientes, intentando mantener vivo su hogar, había perfeccionado esa habilidad. Caddington vestía bien, hablaba bien, tenía un título y sin duda poseía una buena fortuna, además de sus poderes de juez. Sería fácil para la mayoría de la gente depositar su confianza en un hombre así para luego descubrir que no era un buen hombre.

—No resulté herida, lord Caddington, pero aprecio su preocupación por mi bienestar —mantuvo su tono cortés—. Tuve la suerte de escapar y encontrar el camino a casa por mi cuenta, pero afortunadamente no sufrí ningún daño.

Por favor, que sus preguntas acaben ahora, rezó.

—¡Pero ese canalla la amenazó! —insistió Claude, sin soltarle las manos—. Cuando usted no quiso entregarle su collar, dijo que le quitaría la ropa para llegar hasta él —declaró el joven, con el rostro enrojecido por la rabia y la vergüenza que sentía por ella.

Diana tiró delicadamente de sus manos para liberarlas del agarre de Claude.

—El ladrón dijo eso, sí, pero era una simple fanfarronada. No cumplió su amenaza.

—¡Pero la *secuestró*! —continuó Claude—. Pudo haberle hecho cualquier cosa.

—Y, sin embargo, os digo que él no me hizo daño. Estoy bastante segura de que lo recordaría una agresión así.

El padre habló:

—Si puede recordar, señorita Fox, ¿a dónde la llevó el bandolero? Informamos a lord Caddington de todo lo que sabemos, incluyendo la dirección general que él y sus compañeros

siguieron. Habríamos venido antes para comprobar su salud y seguridad, pero no estábamos seguros de conocer la ubicación de su residencia. Vivimos a varios kilómetros de distancia. No fue hasta que una de las sirvientas de nuestra casa mencionó que conocía su finca que pudimos informar a su señoría al respecto.

Diana deseó profundamente que esa sirvienta no hubiera dicho nada, pero seguramente pensó que estaba siendo de ayuda. Diana tendría que tener cuidado con lo que revelara a Caddington a partir de ese momento.

—Al principio tuve los ojos vendados y me llevaron a una pequeña cañada a unos dos kilómetros de distancia del sitio donde nuestro carruaje fue detenido. Soy muy mala con las distancias —mintió—. Y las direcciones. Creo que me llevaron hacia el oeste. La puesta de sol era por el este… —se tocó las sienes con las puntas de los dedos, como si le doliera recordarlo.

—El sol se oculta por el *oeste*, señorita Fox —dijo Caddington—. ¿Así que cabalgó en la dirección del sol poniente o en contra de él?

Diana agitó las pestañas, lista para fingir un desmayo. No era la primera vez que tenía que interpretar el papel de una dama delicada. La última vez había sido en un baile dos años atrás, y había intentado desesperadamente evitar bailar con el hijo del vicario. Ese muchacho parecía tener manos de más, y no podían evitar andar donde no eran invitadas.

—Por favor, siéntese, señorita Fox —Claude tiró de ella hacia un sofá y se sentó a su lado. Se enfadó para sus adentros con el joven que tenía la osadía de ofrecerle un asiento en su propia casa.

—Piénselo bien, señorita Fox —le ordenó Caddington—. ¿Hacia dónde se dirigió, hacia el sol poniente o alejándose de él?

—Fue hacia el sol poniente, estoy segura —Tyburn, de hecho, la había llevado hacia el este, pero no estaba dispuesta a dar esa información a Caddington ni a ninguna otra autoridad.

Por supuesto, su protección hacia un rebelde criminal no se basaba totalmente en un deseo secreto de proteger a su misterioso amante de la horca, aunque eso jugaba un pequeño papel. La verdad era que si Tyburn era capturado, podría decir a las autoridades que ella le había robado la mayor parte de su botín. Entonces Diana también se enfrentaría a la horca.

—Cuénteme su relato del robo —dijo Caddington—. ¿Qué pasó cuando fue detenida en el bosque?

El hombre caminó hasta donde Diana estaba sentada y se detuvo a escasos centímetros para cernirse sobre ella, sin duda esperando que se debilitara ante su presencia. Se recordó a sí misma que tenía que seguir interpretando el papel de mujer indefensa. Prefería a los hombres que la subestimaban.

Diana se aclaró la garganta, dejando que las lágrimas brillaran en sus ojos.

—Al principio estaba muy asustada. Hubo un fuerte crujido, que creímos que era un trueno. Sólo que resultó ser un disparo de pistola. Un hombre enmascarado apareció y nos obligó a todos a bajar del carruaje. Me exigió que le entregara mi collar. Me negué y lo escondí en un lugar

donde pensé que no intentaría recuperarlo. Me equivoqué —levantó la mano para tocarse el cuello y palpar la perla que normalmente colgaba de él, pero ya no estaba. Rezó para que aún estuviera sujeta a la muñeca de Tyburn—. Me llevó en su caballo lejos del camino y me dejó claro que yo no tenía elección en el asunto. Por suerte, Por suerte, pude sacarlo de mi escondite sin que los hombres me vieran. Se lo entregué a los ladrones y se apiadaron de mí.

—¿Apiadarse de usted? ¡Ja! —resopló Caddington—. Ese trío de desgraciados me ha robado más de cuatro mil libras sólo este año. Cada vez que estoy cerca de encontrarlos, se esfuman.

Ah.… pensó Diana con una triste comprensión.

Ahora comprendía por qué Caddington estaba interesado en su historia. Quería capturar a los astutos ladrones que le habían robado repetidamente. Si alguna vez volvía a ver a ese seductor —o más bien terrible—, Tyburn, podría besarlo por haber causado tantos problemas a un hombre tan vil.

—Lord Caddington —le advirtió Claude—, estamos en presencia de una joven dama. Le aconsejo que lo recuerde.

—No censuraré mis palabras delante de nadie, ni siquiera de una *dama* —lo dijo como si pensara que ella era todo lo contrario a una dama. Siguió con su interrogatorio—. ¿Qué hicieron cuando la soltaron? ¿Adónde la llevaron? ¿La trajeron de vuelta a esta casa? —le arrojaba sus preguntas como lanzas con púas, acercándose cada vez más, invadiendo su espacio mientras una energía casi maníaca parecía desprenderse de él.

—Cielos, no —Diana negó con la cabeza, abriendo los ojos y fingiendo sorpresa—. Simplemente se marcharon y me dejaron sola en el bosque. Vagué durante unas horas, di vueltas, y cuando encontré el camino principal pude volver andando hasta aquí ayer por la mañana.

—¿Caminó toda la noche? —el pobre y dulce Claude parecía devastado ante la idea.

Diana le dio una palmadita en la mano. Lo último que necesitaba era tratar con un joven a punto de llorar.

—Dormí varias horas en un campo. No fue tan terrible.

—¿Un campo? —Claude casi chilló—. ¿Una dama noble en un campo? Es inaceptable —gruñó el joven, intentando comunicarle su carácter protector. Diana estuvo a punto de reírse. El pequeño gruñido de Claude bien podría haber sido un maullido. Ella tenía un gruñido diferente marcado intensamente en su memoria. Un gruñido de placer y satisfacción mientras un hombre enmascarado en particular se hundía profundamente en su cuerpo.

Su rostro se encendió ante el salvaje y escandaloso recuerdo de cómo le había entregado su cuerpo y su alma. ¿Alguien podía culparla? La voz retumbante de Tyburn, áspera por su intenso acento escocés, la había cautivado. ¿Y la forma en que sus ojos azules la habían mirado como si fuera todo su mundo? Ninguna mujer podía resistirse a ese tipo de seducción.

—*Ninguna* mujer debería ser obligar a dormir en el campo, sea o no de noble de nacimiento —dijo. Claude parpadeó, sin entender lo que quería decir—. Mi espalda no es más delicada que la de una sirvienta.

Claude entreabrió los labios y enarcó las cejas.

—Seguramente bromea, señorita Fox, ¿verdad? Es solo que una dama como usted no podría… Es decir, no está acostumbrada a lo que una sirvienta podría…

Dios mío, ¿de verdad creía que las mujeres nobles eran diferentes a las demás?

—¿Volvemos a asuntos más *importantes*? —Caddington lanzó al pobre muchacho una mirada reprobatoria—. Ahora, señorita Fox, ¿puede decirnos algo sobre estos hombres? ¿Sus caras, sus acentos, sus nombres quizás?

—Yo… —ella no quería decir nada, pero iba a tener que decir algo porque Claude y Edwin habían oído a los hombres usar nombres.

—Como le he dicho, lord Caddington, mi padre y yo oímos que dos de los hombres se llamaban Tyburn y Oxford —dijo Claude con orgullo—. Creo que Tyburn es escocés, basándome en su acento, y Oxford podría ser irlandés.

—Sí, eso me parece correcto —coincidió Diana—. Debe perdonarme, he olvidado esos detalles. Simplemente estaba tan asustada que mi mente se paralizó.

Caddington entrecerró los ojos.

—Sí, es lamentable que las mujeres sean tan delicadas —la forma en que dijo *delicadas* le erizó la piel. Se estremeció al pensar qué le había hecho formarse una opinión tan negativa de las mujeres, considerando que la mayoría de las mujeres que ella conocía eran fuertes tanto de mente como de cuerpo.

—Si recuerdo algún otro detalle, ¿a dónde debería escribirle, lord Caddington? —Diana no tenía intención de escribirle, pero tenía que fingir correctamente; de lo contrario, él podría darse cuenta de su engaño.

Le entregó una tarjeta de visita con su nombre y el de su finca.

—Puede escribirme aquí —estaba a unos dieciséis kilómetros de Foxglove, y ella agradeció que no estuviera más cerca.

—Bueno, como la joven no está herida, deberíamos permitirle que siga con su día —Edwin se aclaró la garganta y dirigió a su hijo una mirada significativa—. Tienes que visitar a la señorita Appleyard esta tarde, ¿recuerdas?

El semblante de Claude se ensombreció y lanzó una mirada tímida a Diana.

—¿Puedo visitarla mañana, señorita Fox?

—Oh, eso no… —empezó ella, pero Edwin la interrumpió.

—Estoy *seguro* de que la señorita Fox tiene mucho que hacer, y tú has hecho una promesa a otra joven —Edwin se aclaró la garganta.

¿Así que Diana no era una dama apropiada para el hijo de Edwin? Se sintió aliviada e insultada a la vez. Tal vez no tenía ni un centavo, pero los Fox eran un linaje noble que databa de hacía más de trescientos años.

—Padre… —Claude casi parecía un niño lloriqueando.

Edwin dirigió una mirada pétrea a su hijo y luego se volvió hacia Diana.

—Es un alivio que se encuentre bien, señorita Fox, pero debemos irnos.

Diana se levantó y le dedicó una breve reverencia.

—Por supuesto, señor Fellows. Lo comprendo —con su tono, hizo saber al padre de Claude que había escuchado su advertencia.

Claude le cogió la mano una vez más. Se inclinó sobre sus nudillos y le besó los dedos. Se detuvo y frunció el ceño.

—¿Son callos? —preguntó. Diana apartó la mano, con la vergüenza calentándole las mejillas. Maldita sea, se suponía que no debía dejar que nadie los viera. Ahora tenía que inventar otra maldita mentira.

—¿Qué? Ah, sí, de montar a caballo. A menudo olvido ponerme guantes —estaba construyendo una catedral de mentiras, temiendo el momento en que colapsara sobre ella.

Un día normal para Diana consistía en transportar baldes de agua y carbón. Fregaba el suelo sobre manos y rodillas junto a las criadas. Se rompía la espalda casi todos los días para mantener esta casa —*su hogar*—, en funcionamiento.

—Ya veo. Debe recordar llevar guantes, señorita Fox. Es muy importante tener las manos suaves. No querrá que ningún caballero que la corteje piense que está trabajando en el campo —Claude la amonestó como si fuera una niña. Si tan solo él supiera lo que ella hacía día tras día. Apostaría a que era el doble de fuerte que él después de todo el trabajo que había hecho en los últimos años.

Tuvo el deseo de golpearlo por su descaro, pero en su lugar, logró arrancar una sonrisa amable de algún rincón desconocido.

—Tiene toda la razón, por supuesto. Me esforzaré por hacerlo mejor, señor Fellows. Permítame que lo acompañe a la puerta —mantuvo la sonrisa mientras salían del salón. El señor Peele les abrió la puerta principal y sus mozos de cuadra ya tenían los caballos esperando.

El señor Fellows acompañó a su hijo fuera de la casa. Lord Caddington se quedó en la puerta. Su presencia seguía erizándole la piel.

—Si recordara algo, haría bien en informarme de inmediato.

—Por supuesto, lord Caddington. He guardado su tarjeta y no la extraviaré —le mostró la tarjeta para que la viera.

Fulminándola con la mirada, bajó la voz, pero no ocultó la amenaza.

—Cualquiera que sepa algo sobre fugitivos de la ley será ejecutado, incluso las jóvenes hermosas como tú —le sonrió, mostrando demasiados dientes.

—Desde luego, no me gustaría apoyar a *fugitivos*, milord —respondió con seriedad. Diana esperó pacientemente a que se marchara, con una expresión anodina en el rostro.

Él se colocó los guantes de montar antes de inclinarse hacia ella y susurrarle:

—Puede que usted crea que es inteligente, señorita Fox, pero le aseguro que no es más que un medio para que los hombres sacien sus bajas pasiones. Y no dudaría en recordárselo —con eso, Caddington bajó los escalones hacia su caballo, como si no acabara de amenazarla con

violarla.

Diana se quedó quieta, con el corazón golpeándole las costillas. Peele se paró a su lado.

—Podría dispararle y enterrarlo en los jardines traseros —sugirió el mayordomo, con tono gélido. Debió haber oído las palabras de Caddington. Peele era excelente para esconderse en las sombras y pasar desapercibido a menos que se le necesitara, y Caddington no era de los que se fijaban en los criados.

—Me siento tentada a permitirlo —dijo Diana mientras Caddington se alejaba. Tenía la terrible sensación de que lo vería mucho más de lo que le gustaría. Y entonces tuvo una idea bastante perversa. Si Caddington poseía demasiado dinero, tal vez ella también podría despojarlo de un poco. Ciertamente era un hombre al que no se sentiría culpable por robarle.

—Por favor, dile a los lacayos que se reúnan conmigo en mi estudio. Es hora de formular nuestro plan.

Le mostraré a Caddington lo inteligente que puedo ser.



RAFE ESTABA SENTADO EN EL GRAN SOFÁ DE LA BIBLIOTECA LENNOX. ISLA ESTABA ACURRUCADA a su lado mientras se daban un festín con una bandeja de tartas que habían robado de la cocina. Lo más probable era que la señora Gibbs dejara deliberadamente la bandeja desprotegida para ellos. Le encantaba mimarlo, y ahora también a Isla. La querida anciana.

—¿Qué dices, gatita? ¿Es mejor la cereza que la manzana? —estiró un brazo sobre el respaldo del sofá. Su pequeña se chupó los dedos y le sonrió. La bandeja que habían robado contenía una mezcla de tartas de manzana y de cereza.

—La de cereza está mucho mejor, papá. La manzana es dulce, pero me gusta la acidez de la cereza —su adorable acento hizo que se le estrujara el corazón.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Hablas como una verdadera experta.

Ella bostezó y apoyó la cabeza en su brazo.

—¿Qué es una ej-eperta?

—Significa que eres una especialista en cuestiones de gusto.

—Hmmm… —Isla se acercó más a él—. ¿Eres un experto, papá?

Rafe consideró su pregunta.

—Supongo que soy un experto en damas bellas y tesoros brillantes —respondió con una risita. Llevaba todo el día pensando en la pequeña zorra convertida en ladrona que había secuestrado la noche anterior. Desde luego, sus ojos destellaban con el mismo brillo de las joyas más valiosas que había robado.

Isla levantó su pequeña cara para mirarlo.

—¿Me encontrarás una nueva mamá?

—¿Una nueva mamá? ¿A qué viene todo esto ahora? —Rafe deslizó el pulgar por sus mejillas.

—El tío Ash dice que necesito una buena mamá, pero cree… cree que no sabes cómo encontrar una.

—El tío Ash es un entrometido —musitó Rafe—. Y sí sé cómo encontrar una mamá para ti, pero aún no he encontrado a la perfecta. Y te mereces la mejor mamá, ¿no crees?

—Supongo… si es muy amable y muy lista —murmuró Isla—. Y si le gusta contarme cuentos y come tartas de cereza… con nosotros —bostezó mientras sus pestañas caían sobre sus mejillas.

—Muy bien, gatita, es hora de que te vayas a la cama —Rafe la cogió en brazos y se levantó. Subió a la niña a su habitación y, bajo los cuidados de su niñera, pronto estuvo lista para irse a la cama. Ella abrazó la muñeca que él le había comprado en Edimburgo mientras la arropaba y le daba un beso en la cabeza.

—Debes besar a la señora Crumpet —exigió, y le tendió la muñeca.

Riéndose, Rafe también le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, gatita. Y buenas noches, señora Crumpet —le apartó el pelo de la cara a Isla.

Pero Isla aún no había terminado de luchar contra el sueño.

—¿No volverás a irte?

—No por un tiempo —prometió.

Isla se frotó los ojos con un puño.

—¡Di que nunca!

—No puedo prometerlo —dijo él con tristeza—. Pero cuando vuelva, te traeré juguetes maravillosos.

—No quiero juguetes. Quiero que te quedes aquí —gimoteó. Él se inclinó y le dio otro beso en la frente.

—Madre mía, qué feroz eres, mi pequeña tigresa. No me iré nunca más, a menos que tú lo permitas —tendría que encontrar la forma de convencerla para que lo dejara marchar cuando llegara el momento. Tal vez lo tenía a su merced, pero él aún puede encantarla cuando lo necesitara. Satisfecha con su promesa, se acurrucó entre las mantas y se quedó dormida.

—Oh, poder ser así de joven y dormir tan profundamente —reflexionó la señora Chesterfield desde su mecedora.

—Sólo los que tienen una inocencia pura pueden dormir así —dijo Rafe con tristeza. De pronto, sus pensamientos se calmaron. Eso no era cierto. La vida de Isla no había estado exenta de tragedias. Al contrario. Había visto morir a sus padres y, sin embargo, de alguna manera había encontrado un camino hacia la paz, hacia la confianza y el amor otra vez.

¿Por qué él no podía hacer lo mismo? ¿Era incapaz de curarse? ¿Estaba roto?

El oscuro pensamiento se deslizó por su pecho, enroscándose como una víbora negra alrededor de su corazón, ahuyentando a todos aquellos que intentaran acceder a él. Sólo Isla había sido capaz de deslizarse bajo las escamas de la víbora.

Rozó con un dedo índice la nariz de su hija y se levantó.

—Debo retirarme —dijo a la niñera—. Es muy tarde.

Ella asintió y volvió a su tejido.

—Buenas noches, señor —el suave chasquido de las agujas en la silenciosa habitación era extrañamente reconfortante.

Rafe salió al pasillo, pero la sensación de paz que había tenido se hizo añicos. Ashton estaba apoyado en la pared justo al otro lado de la puerta. El corazón de Rafe se estremeció por la sorpresa.

—¿Listo para esa charla, hermano?

—Maldita sea, Ash, no debes andar merodeando así. Si quieres matarme, al menos ten la decencia de usar una pistola o una espada. Asustar a alguien hasta la muerte no es propio de un caballero. No es digno de un barón —replicó Rafe.

—Quería verte antes de que te retiraras. Veo que estás cansado, pero cansado ¿de qué, me pregunto? ¿Pasaste varias semanas de juerga en Londres, tanto que pareces muerto de cansancio? Creía que esos días habían quedado atrás.

La acusación, aunque habría sido correctamente aplicada al Rafe que había sido años atrás, todavía escocía.

—Han quedado atrás —Rafe cerró suavemente la puerta de la habitación de su hija y se dirigió a sus aposentos. Ashton le siguió el paso, hombro con hombro.

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué asuntos estabas arreglando en Londres? Madre estuvo allí, y me escribió diciendo que no te había visto.

Maldita sea, no había pensado en su madre.

—No me quedé en tu casa, sino con Caspian —debería haber recordado que a madre le gustaba pasar el otoño en Londres, en la residencia principal de los Lennox, pero su trabajo con Will y Caspian lo había distraído por completo.

—¿Falworth? ¿Cómo está? —preguntó Ashton.

—Ha estado mejor. La muerte de su padre le ha creado algunas complicaciones financieras. Él y yo estuvimos fuera buscando oportunidades de inversión. Eso es lo que me tiene agotado.

—¿Oportunidades de inversión? —los ojos de Ashton se agudizaron, y acarició su corta barba dorada.

—Dios, sí que te excita hablar de negocios, ¿verdad? —bromeó Rafe.

—Lo que me excita no es de tu incumbencia, hermanito.

—En eso estamos de acuerdo. Ese es el deber de la pobre Rosalind, no el mío.

El gruñido de Ashton era más juguetón que amenazador.

—Calla, novato.

¿Quién iba a pensar que el matrimonio podría domar al león de su hermano? Cuando Rafe había engañado a Rosalind para que jugara y luego perdiera una partida de ajedrez contra Ashton, lo que había provocado que ella tuviera que casarse con Ashton, el único deseo de Rafe había sido castigar a la descarada escocesa por dispararle. Desde luego, no había planeado que ambos se enamoraran y fueran felices en lugar de desgraciados. Pero, ¿alguna vez Ashton le dio crédito por hacer de Cupido? ¡Por supuesto que no!

—Dime, Rafe, ¿en qué quieres invertir? ¿Y por qué no acudiste a mí primero?

Ahora estaban en el dormitorio de Rafe. Hizo un gesto a su hermano para que lo acompañara dentro y se dirigió al carrito de bebidas que había en una esquina del lugar. Les sirvió a ambos un vaso de whisky y se acomodaron en un par de sillas junto a la chimenea. Algún sirviente atento había pasado por allí y había encendido el fuego, y él agradeció enormemente el calor de las llamas. Ashton se recostó en su silla, esperando una respuesta a su pregunta anterior.

—Porque has dejado claro que no deseabas que acudiera a ti en busca de ayuda.

—Rafe, eso no es cierto. Te habría ayudado, pero no quería simplemente arrojarte dinero cuando eras más joven e imprudente. No quería que acabaras como… —Ashton se detuvo, pero Rafe sabía a qué se refería.

—Como papá —contestó Rafe, con la voz apagada—. No hablemos del pasado, Ash. Ya he tenido bastante.

—Estoy de acuerdo. Has cambiado en los últimos años, sobre todo desde que Isla llegó a tu vida, y quiero ayudarte. Dime en qué estás pensando.

No había forma de evitar esta conversación: Rafe conocía demasiado bien a su hermano. Dejó escapar un suspiro.

—Quiero invertir en algo, pero invertir inteligentemente —empezó—. Algo que produzca unos ingresos fiables para mí y para Isla. También quiero ahorrar algo de dinero cada mes para crear una dote para ella. No es que vaya a permitir que se case, ningún hombre es lo bastante bueno para mi hija, pero podría utilizar el dinero como quisiera cuando tenga edad suficiente.

Ashton dio un sorbo a su whisky y estudió el fuego, pensando en las palabras de Rafe.

—Bueno, para empezar, podríamos poner invertir algo de dinero en algún activo, pero necesitarías una buena cantidad para esperar rendimientos sólidos. ¿Cuánto tienes listo para invertir?

—De momento no mucho, pero para finales de año espero posee… ¿mil libras? —Rafe calculó que podría robar esa cantidad si él, Will y Caspian extendían más su territorio y trabajaban aún más duro. Durante años, habían perfeccionado su estrategia para centrarse en los viajeros ricos, ofreciendo dinero a las sirvientas de tabernas y a los mozos de cuadras para obtener información. Las criadas y los mozos de cuadra siempre eran ignorados y, sin embargo, lo veían todo, especialmente los barriles de monedas de oro o los pesados monederos. Mientras siguieran siendo buenas fuentes de información, él y sus amigos podrían volver a conseguir más

dinero.

—¿Mil? ¿Cómo vas a conseguir esos fondos? —Ashton apoyó los brazos a los lados de la silla y se inclinó hacia delante—. ¿Pedirías un préstamo o sumarías a otro inversor?

—Creo que los préstamos son una idea terrible, al igual que sumar a otro inversor —replicó Rafe. Conocía a Ashton demasiado bien. Si Rafe decía que quería cualquiera de las dos cosas, Ashton bien podría presionarlo para que aceptara su dinero, y él estaba harto de eso. Nunca le habían dado mucho, pero Ash había estado apoyando a Rafe con fondos desde que asumió la tutela de Isla. Aunque Rafe aceptó algo de dinero al inicio para cubrir necesidades básicas como vestidos y juguetes, ahora quería encargarse de todo por su cuenta, pues su orgullo no le permitía aceptar más ayuda de su hermano mayor.

—Encontraré la manera de reunir los fondos. Cuando los tenga… ¿me aconsejarías sobre la mejor manera de invertirlos? —no era fácil pedir consejo a su hermano mayor, pero sabía que Ashton era el más indicado.

Asintió.

—Por supuesto, pero Rafe, *podrías* tener el dinero. Te lo daría enseguida.

Rafe se removió inquieto en su silla, al tiempo que veía cómo los viejos y dolorosos recuerdos brotaban hacia la superficie. Ashton gritándole, portazos, cartas de demanda del carnicero, la modista y el sastre arrojadas sobre él en una lluvia de facturas impagadas.

—No —dijo Rafe con firmeza. Si algo había aprendido en su vida, era que quienes le importaban creían que se aprovechaba de ellos, cuando en realidad solo había necesitado un poco de apoyo y confianza. Su madre, Thomasina, Ashton e incluso la joven Joanna lo habían abandonado o rechazado cuando más los necesitaba. Por mucho que le doliera el rechazo de su madre, al menos podía entender las razones que había detrás. Pero Joanna había sido demasiado joven para recordar por qué no confiaba en él, y ella nunca había entendido por qué seguía apartándose instintivamente de él. Ashton ni una sola vez le había dejado explicarse, ni una sola vez le había dedicado un momento de compasión. Hasta ahora… y ahora simplemente era *demasiado tarde.*

Ashton dejó escapar un fuerte suspiro, terminó su whisky y se levantó.

—Muy bien, pero mi oferta sigue en pie. Si consigues los fondos que deseas invertir, estaré aquí para ti.

—Gracias —dijo Rafe, con un nudo insoportable en la garganta.

Estaré aquí para ti. Esas palabras podrían haber salvado su alma en otro tiempo, pero ahora habían llegado demasiado tarde. Estaba atascado con el hombre que era, no con el que podría haber sido, y dependía de él abrirse camino hacia algo mejor. Aunque fuera a costa de los bolsillos de otros.

Esperó a que la puerta de su alcoba se cerrara para inclinarse hacia delante y apoyar los codos en las rodillas, cubriéndose la cara con las palmas de las manos. Empezó a estremecerse. Las lágrimas humedecieron las palmas de sus manos mientras intentaba contener sus emociones.

No lloraba. Ahora no. Ni nunca más.

Ya no era un niño. Era un hombre…

Se secó las lágrimas y se levantó para caminar de un lado a otro junto a la chimenea. Al cabo de un momento, cogió una pequeña caja plateada de la repisa de la chimenea y la abrió. Allí, entre los preciados recuerdos de su vida, estaba el colgante de perla de agua dulce que había escondido unas horas antes. Estrujó la perla con la palma de la mano y cerró los ojos. Recordó el aspecto de la dueña de la perla mientras giraba en sus brazos, casi sin ropa, con la luz de la luna iluminando su piel mientras lo miraba con inocencia y confianza. Ahora parecía más un sueño que una realidad.

Había estado sola, *muy* sola. Él lo había visto en sus ojos. Esa silenciosa desesperación, ese hambre de una caricia suave, ese deseo de cualquier señal de afecto o deseo. Dios, había visto su propia alma en los ojos de esa muchacha. No había sentido la punzada de las tontas flechas de Cupido, sino más bien la agonía punzante de tener su propia alma desnuda ante la de ella y entregarse por completo a una desconocida cuyo nombre ni siquiera sabía. Aunque viviera mil años, sabía con una certeza agridulce que no volvería a conocer una angustia tan hermosa como la de pertenecer a esa *mujer*.

Rafe suspiró en la oscuridad y volvió a colocar la perla en la caja de recuerdos, junto al medallón de su madre y un pequeño reloj de bolsillo que había pertenecido a su padre.

Había escondido ambos objetos durante el tiempo en que su madre y su hermano insistieron en vender todo lo que tenía valor en las semanas posteriores a la muerte de su padre. Era sentimental por su parte conservar esas cosas, lo sabía, pero era todo lo que le quedaba de la vida de antes. La vida en la que había matado a su padre.

CAPÍTULO 6

La luna llena era como una pesada perla colgando entre nubes bajas. La luz de la luna jugaba con las sombras sobre la carretera. Era una noche *perfecta* para robar un carruaje.

Diana sujetó las riendas de su caballo, el mismo que le había arrebatado a Tyburn, y miró a los hombres que esperaban su señal a ambos lados. Matthew y Luke, sus dos leales lacayos.

—¿Listos? —les preguntó. Su corazón se llenó de un feroz amor fraternal. Al pedirles que formaran parte del plan para salvar a Foxglove, habían aceptado sin pensárselo dos veces.

—Oxford reportándose para el deber —dijo Matthew con un acento irlandés que, sinceramente, podría mejorar un poco. Su sonrisa brillaba blanca en la oscuridad de los árboles donde se encontraban al acecho.

—Cambridge está listo para seguirla hasta las puertas del infierno —Luke, en cambio, sonaba perfectamente galés. Usarían los mismos nombres que Tyburn y su banda con la esperanza de que la gente a la que robaban asumiera que eran los mismos hombres.

—Entonces pongámonos en posición —Diana se cubrió la cara con la máscara de dominó y se ajustó la peluca de su disfraz. Sus hombres se pusieron las máscaras, acercaron los caballos al camino y esperaron a que el carruaje atravesara una curva lejana y se dirigiera hacia ellos.

Diana estaba segura de que en este carruaje viajaban tres hombres ricos y *muy* borrachos y una mujer que era la amante de uno de los pasajeros masculinos. Diana había esperado dos horas en la posada más cercana, escuchando, observando y eligiendo cuidadosamente su primera presa. Había visto a los hombres y a su compañera cenando y bebiendo en exceso. Eso la había ayudado a elegir. Los hombres borrachos eran menos propensos a presentar una pelea decente si decidían defenderse. Al oír a los hombres pedir que acercaran el carruaje, ella, Matthew y Luke habían corrido a los establos, montado y cabalgado para mantenerse al acecho.

El corazón de Diana latía como tambores de guerra cuando dio la orden de montar. Dirigió el ataque, con la pistola en alto, mientras detenía su caballo delante del carruaje, bloqueándole el paso en el camino. El cochero tiró de las riendas y detuvo el vehículo.

—¡En pie y a cumplir! —bramó con su voz más grave, haciendo todo lo posible por imitar el acento escocés de Tyburn. Incluso la peluca rubia estaba hecha al estilo de Tyburn. Le molestaba un poco, pero le daba el aspecto de Tyburn a distancia. Sólo sus ojos marrones y su baja estatura

la delatarían si alguien la mirara demasiado de cerca. Había decidido que permanecería sobre su caballo siempre que fuera posible.

—Quédese donde está, cochero, y levántese —Matthew mantuvo su arma apuntando a la puerta del carruaje. Hizo un gesto con la cabeza para que Luke se uniera a él. Luke se bajó de la silla, golpeó la puerta con el cañón de la pistola y la abrió de golpe, sin dar tiempo a los ocupantes a resistirse.

—Vosotros cuatro, fuera, *ahora* —ordenó Luke.

Tres hombres muy borrachos y confundidos salieron a trompicones. Luke ofreció la mano a la única pasajera. Ella miró con los ojos muy abiertos al trío de ladrones, tembló y su rostro palideció.

¿Así lucía yo? se preguntó Diana mientras miraba a la mujer. A diferencia de sus compañeros, ella pareció comprender el peligro que corrían.

—Sacad vuestro dinero y objetos de valor —ordenó Luke, levantando unas bolsas de cuero delante de los hombres.

—¡Bueno! —comenzó uno de los caballeros borrachos—. No tenéis derecho a llevaros nuestro dinero —apuntó con el dedo a Luke, pero se tambaleó debido a los efectos de la bebida.

—La presencia de nuestras armas dice lo contrario —replicó Diana, acercando su caballo. La altura y la fuerza natural de la bestia hicieron que los hombres retrocedieran por reflejo.

Con gruñidos entre dientes, los hombres entregaron su dinero y sus relojes de bolsillo. La mujer, una criatura bastante bella de unos treinta años, entregó sus joyas sin rechistar. Cuando Diana hizo retroceder un poco a su caballo, la mujer le habló repentinamente.

—¿Es usted él? ¿De quien escribe lady Society? ¿El encantador bandolero? —había una pizca de interés femenino en la voz de la mujer.

Diana casi se rio. Al parecer, su plan de hacerse pasar por Tyburn estaba funcionando.

—Milady, soy simplemente un simple canalla. Sinceramente dudo que alguien se molestara en escribir sobre mí —lanzó una mirada a sus hombres. Matthew y Luke estaban listos para partir. Se habían repartido las dos bolsas y las habían atado a las monturas de sus caballos. De ese modo, si uno de ellos era capturado, evitarían que todo el botín se perdiera—. Cochero, debe esperar un cuarto de hora antes de continuar su camino. Alguien estará vigilando —con una rápida inclinación de cabeza a sus hombres, ella desvió su caballo del carruaje. Cada uno debía seguir una ruta diferente para volver a casa.

Diana cabalgó en la oscuridad, adentrándose en el bosque fuera de la vista del carruaje. Ella se dirigió al este, mientras que el vehículo iría al norte. Matthew iría hacia el sur y Luke hacia el oeste. Cada uno de ellos cabalgaría recto durante unos dos kilómetros antes de dar la vuelta hacia casa. Rezó para no haber dejado nada al azar, pero sólo el tiempo lo diría. Una vez que confiaran en la ejecución del plan, se sentiría más cómoda ajustando su estrategia, pero justo ahora estaba lo bastante nerviosa como para que el estómago le siguiera dando vueltas.

Diana cabalgó durante un kilómetro y medio, mirando una y otra vez por encima del hombro

hasta que le dolió el cuello. Nadie la seguía. Se volvió hacia su casa y se maravilló de la belleza de la noche, de las nubes y de los destellos de las estrellas que la luna absorbía durante su recorrido por el cielo.

El pánico en su estómago se convirtió en un aleteo nervioso. Finalmente, divisó Foxglove. No se dirigió por el camino principal, sino que atravesó los campos. Conocía los caminos que conducían a la casa mejor que nadie. Había derramado sangre en estas tierras. Había derramado lágrimas en la tierra mientras trabajaba junto a sus arrendatarios. Había dado todo menos su vida por este lugar y por la gente que lo habitaba. Se negaba a pensar en el hecho de que acababa de robar un dinero que no le pertenecía. ¿Qué importaba un pecado más si con él cuidaba a estas personas y el hogar que amaba? No podía rendirse, simplemente no podía.

Los establos estaban iluminados por una sola linterna, atrayéndola como un faro. Nelson estaba allí, esperándola.

—Milady —dijo el anciano mozo de cuadra cuando ella se adentró en la penumbra que cubría la entrada de los establos.

—He llegado —había tanto silencio en el exterior que sólo se atrevió a susurrar su siguiente pregunta—. ¿Los otros han regresado sanos y salvos?

—Sí, los dos muchachos han entrado a pasar la noche. Querían quedarse aquí fuera, pero no lo permití. Hay muchas posibilidades de que os vean vestidos de negro como la noche. Permítame llevarme a esta belleza —sujetó las riendas de la yegua, la cual relinchó suavemente y golpeó el hombro del viejo mozo con evidente afecto. Todas las bestias, incluso los cerdos, amaban a Nelson.

—Gracias, Nelson —se bajó de la silla y besó la mejilla del viejo—. ¿Los mozos tuvieron problemas esta noche?

Sus otros dos mozos se habían repartido las tareas, haciéndose pasar por lacayos mientras ella y los demás estaban fuera. No quería que ningún visitante, como Caddington, llegara sin avisar y notara la ausencia de lacayos en la casa. Parecía el tipo de hombre que se daría cuenta de un detalle como ese.

—No, milady. Ha sido una noche tranquila.

—Menos mal.

Nelson acarició cariñosamente el cuello del caballo.

—Pondré a esta dama en su establo.

—Y luego tú también debes irte a la cama —le recordó ella antes de salir de los establos.

Justo detrás de la puerta principal, el señor Peele y la señora Ripley la estaban esperando. El ama de llaves la estrechó en un fuerte abrazo.

—¡Lo has conseguido! Los muchachos llegaron antes que tú y temimos lo peor —la señora Ripley se cubrió la boca con una mano trémula—. No sabía que teníais intención de volver por separado. No debes volver a hacerlo.

—Temimos que te hubieran capturado —añadió Peele.

—Cogí la ruta más larga, la más fácil de seguir. No quería exponer a Matthew y Luke a más peligro del que enfrentaba yo misma.

Su mayordomo emitió un resoplido de desaprobación, pero no discutió con ella.

—¿Dónde están Luke y Matthew?

—En el salón, esperándote —dijo Peele—. Ahora comprendo que, si seguimos con esto, necesitaremos un lugar adecuado para esconderos cuando regreséis, por si os siguen y lo descubrís demasiado tarde. ¿Quizá la bodega? Tiene un viejo agujero de sacerdote que se adentra en el bosque detrás de los establos.

Diana asintió.

—Sí, es una idea excelente. Lo investigaremos mañana —se quitó la máscara, la peluca y los guantes y se los entregó a la señora Ripley, quien se apresuró a esconderlos.

Diana fue al salón y encontró a sus cómplices todavía vestidos con sus pantalones y chalecos negros como ella. Peele tenía razón. Necesitarían un lugar para cambiarse de ropa y ocultar sus disfraces de bandoleros antes de regresar a la casa. Matthew, el moreno, estaba sentado, mientras que Luke, el rubio, se paseaba de un lado a otro junto al fuego. Parecían jóvenes lores de la luz y la oscuridad. Los dos se sobresaltaron cuando ella entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Y bien? ¿Alguien intentó seguiros?

—No —respondió Matthew—. Vigilé el carruaje. La mujer parecía insistir en que los caballeros se quedaran quietos como les habíamos ordenado.

Luke soltó una risita.

—La impresionamos, no hay duda. La muchacha parecía aterrorizada y fascinada a la vez, especialmente por usted, milady.

Diana resopló.

—Colocadle una peluca a una mujer y lucirá tan atractiva como cualquier hombre —replicó.

Matthew y Luke se rieron.

—Ella *sí* llegó a pensar que usted era el tipo de Tyburn del que todo el mundo habla. Supongo que eso significa que su plan funcionó muy bien, milady.

En realidad, no estaba orgullosa, sólo… aliviada. Aliviada de que nadie hubiera resultado herido, capturado o asesinado.

Luke sacó las bolsas de la chimenea y se las entregó a Diana.

—¿Vemos cómo nos fue? —ella vertió el contenido en una mesa de lectura cercana y luego separó las joyas de las monedas y los billetes—. Para vosotros —les dio a cada uno su parte de monedas y billetes—. Haré que Peele venda los otros artículos y os pagaré vuestros honorarios por el riesgo una vez que reciba el dinero por ellos. El resto irá a la finca.

Los dos hombres aceptaron agradecidos sus pagos.

—Debéis aseguraros de esconder el dinero —advirtió ella en tono bajo—. Nadie puede saber dónde está. ¿Entendido? No lo escondáis en las dependencias de la servidumbre.

—¿Milady? —Luke frunció el ceño—. ¿Crees que alguien que trabaja aquí lo robará?

—No, por supuesto que no. Nadie en esta casa. Pero si alguien sospecha de nosotros, registrarán esta casa, especialmente vuestros aposentos. Que os encuentren con demasiado dinero os pondrá bajo sospecha.

—Ah —Matthew suspiró, comprendiendo—. Porque somos *sirvientes.* Sospecharán de nosotros primero.

—Desafortunadamente, lo harán —coincidió Diana—. Pero mi posición financiera no estará oculta por mucho tiempo. Puede que me enfrente a un nivel similar de escrutinio. Nadie sospecharía de mí por cabalgar con vosotros, pero pueden sospechar que he contratado a otros para que roben por mí. Yo también ocultaré mi parte.

Un brillo de emoción encendió los ojos de Luke.

—¿Cuándo volveremos a cabalgar?

—Debemos esperar y observar durante unos días. Quiero ver cómo las autoridades manejan la situación. Eso nos dirá cómo será nuestra próxima… adquisición. Ahora, es tarde y ambos necesitáis descansar. A la cama.

Despidió a los lacayos de la habitación, se retiró a su alcoba y se despojó de sus ropas negras, que tendría que esconder cuidadosamente al día siguiente. Estaba demasiado agotada tras la ansiedad de este primer robo para preocuparse por ello esta noche.

La señora Ripley había dejado cuidadosamente un camisón para ella, ya que no tenía dama de compañía. Tras la muerte de su padre, varios criados habían buscado trabajo en otros lugares, y su criada había sido una de las que había tenido que despedir con lágrimas en los ojos. Una vez se hubo puesto el camisón, se cepilló apresuradamente el pelo y se tumbó en la cama.

Diana permaneció tumbada, incapaz de conciliar el sueño, observando cómo la luz de la luna se movía lentamente por las paredes. Sus temores y la tensión de la noche tardaron varios minutos en desaparecer. Tal vez, después de todo, este loco plan funcionaría.

Una bandolera.

Todo un escándalo. Intentó no pensar en lo que habrían dicho sus padres si aún estuvieran vivos. En lugar de eso, sus pensamientos abrazaron al misterioso Tyburn. ¿Él habría aprovechado la luz de la luna para llevar a cabo también sus nefastos robos? ¿Habría detenido a otra pasajera y la habría mirado con deseo como a Diana? ¿Besaría a esa otra mujer? ¿O estaba tumbado solo en una cama, preguntándose por ella y dónde estaría? ¿Podría estar soñando con ella?

Habían pasado tres semanas desde su secuestro y, en ese tiempo, había vuelto a sangrar, dejándola decepcionada. Después de todo, no iba a tener ningún hijo. Eso sólo parecía aumentar su secreto deseo de volver a encontrar a Tyburn, aun sabiendo lo imposible y peligroso que sería. Probablemente querría estrangularla por haberle quitado el dinero. Pero eso no le impedía echar de menos sus caricias… su beso.

Las puntas de sus dedos rozaron sus labios mientras evocaba el ahora sagrado recuerdo del beso del bandolero. Cómo sus labios se habían movido sobre los suyos, cómo sus manos habían

recorrido su cuerpo, y cómo se había sentido al tumbarse bajo su musculosa figura y sentir su fuerza bajo las puntas de sus dedos. El cuerpo del hombre había contenido el calor del sol, y había desvelado sus sueños más profundos y dulces, del mismo modo que las flores se abrían bajo la luz del sol.

Aún podía oír su tembloroso aliento en su oído mientras él se corría, recordando cómo su cuerpo se había iluminado al escalar esa hermosa montaña y cómo un vasto universo de placer había estallado en ella.

Con un suspiro, Diana se colocó de lado y miró el hueco vacío de la cama junto a su cuerpo. Dos palabras resonaron de manera agridulce en su pecho.

Si tan sólo…



DIANA SE SENTÓ SOBRE SUS TALONES AL BORDE DE LOS JARDINES TRASEROS, DONDE ESTABA eliminando la maleza de un césped antiguamente impecable. Los jardines nunca llegarían a ser tan perfectos como los de su madre, pero si conseguía mantenerlos libres de maleza, se daría por satisfecha. Por supuesto, si alguna vez volvían a poder permitirse un equipo de jardineros, podría conseguir que fueran tan bonitos como antes. Perdida en fantasiosos pensamientos sobre lo que haría con toda la ayuda extra que podría contratar, no oyó hablar a su mayordomo hasta que éste se aclaró la garganta.

—Se acerca un jinete, milady —anunció Peele mientras se aproximaba a ella, sorteando una caja de herramientas de jardinería que había dejado allí.

—¿Oh? —no estaba segura de si debía preocuparse o no.

—Parece ser la señorita Merton —añadió Peele.

Una sonrisa encantada curvó sus labios mientras se quitaba los guantes de jardinería y se alisaba el delantal manchado de tierra que protegía su delicado vestido de día color lila.

—¿Rachel?

—Sí, señorita Diana. A juzgar por su velocidad, parece que está ansiosa por verla —Peele le cogió los guantes y la pala de jardinería mientras volvían juntos a la casa.

Entró por la terraza trasera y oyó la voz de Rachel resonando por los pasillos. Fue un sonido muy agradable. Encontró a su querida amiga en plena conversación con la señora Ripley justo en la entrada.

Rachel Merton era una mujer morena increíblemente bella, con unos impresionantes ojos marrones que irradiaban la calidez de su alma. Llevaban conociéndose desde que los seis años, y todos los que hablaban con ella se sentían acogidos en la confianza de la mujer, y eso se extendía también a los criados. Tanto el señor Peele como la señora Ripley estimaban enormemente a

Rachel Merton.

Rachel se volvió para ver a Diana y casi jadeó.

—Cielos, Di, ¿tienes las mejillas sucias? ¿Qué demonios has estado haciendo? —en la pregunta había más alegría que reproche.

Diana esbozó una gran sonrisa a su amiga.

—Excavando hasta China, ¿qué más estaría haciendo? —era una vieja broma entre ellas. Al conocerse, Diana había estado bajo la base de un gran ciprés viejo, cavando un camino alrededor del vasto sistema de raíces. Estaba cubierta de tierra y los adultos que la observaban la habían olvidado por completo. Entonces apareció Raquel con su perfecto y pequeño vestido y ojos brillantes, y se arrodilló junto a Diana para unirse a la excavación sin más preocupación que la de ayudarla en su objetivo de llegar al Lejano Oriente a través de un túnel que atravesara el centro de la tierra.

—¿De verdad? ¿Puedo acompañarte? —Rachel apartó la cola de su vestido azul oscuro y se acercó para coger el brazo de Diana, sin preocuparse por la suciedad del jardín que se aferraba a la manga de Diana.

—¡Por supuesto que vendrás! ¿Qué haría yo sin mi segunda al mando? —bromeó Diana.

—Bueno, entonces, ¿cuáles serán mis deberes en las profundidades de estos túneles? —Rachel soltó una risita, un sonido que siempre provocaba el deseo de Diana de bailar.

—Serás la encargada principal de vaciar baldes —Diana lo dijo con un tono tan serio que Rachel se echó a reír. El corazón de Diana volvió a saltar de alegría. Había echado mucho de menos a Rachel. Su amiga había pasado los últimos seis meses en Londres. Su madre y su padre seguían intentando casarla, a pesar de que tenía veintitrés años, igual que Diana, y ya había cruzado la edad en que la mayoría de los hombres la consideraban una candidata seria para el cortejo.

—Bueno, eso suena infinitamente mejor que estar sentada en un sofocante salón esperando a ver si algún caballero viene a visitarme. Esta temporada sólo me han visitado unos pocos. Mamá no paraba de rezar para que recibiera al menos un ramillete antes de asistir a algunos de los bailes. Pero, por desgracia, no recibí ninguno.

Rachel no parecía muy disgustada, pero Diana sabía que la señora Merton deseaba desesperadamente tener nietos. Rachel era hija única, de una belleza radiante y poseedora de una gran fortuna, lo que debería haber atraído a muchos caballeros hacia ella. Pero Rachel tenía una astuta manera de alejar a los hombres con su rápido ingenio y su mente brillante. Pocos hombres estaban interesados en una esposa que no solo pudiera hablar, sino también pensar más rápido que ellos. Y Rachel estaba decidida a no conformarse con alguien que se sintiera amenazado por ella.

—Qué tontos son esos supuestos caballeros —declaró Diana, y estrujó el brazo de Raquel.

Rachel suspiró con dramatismo.

—Ya lo creo. Ahora ponme al día de todas las aventuras que me he perdido desde que partí a

Londres.

—Bueno, como puedes ver, mis habilidades de jardinería no han mejorado mucho —dijo Diana mientras entraban en la biblioteca. Matthew les proporcionó una bandeja con té y unos sándwiches de pepino antes de retirarse en silencio.

—Querida, ¿*tan* aburridas somos ahora? ¿De verdad no hay otro tema para nuestras habladurías? —reflexionó Rachel con amargura.

Diana estuvo a punto de contarle a Rachel sobre su osada cabalgata a la luz de la luna disfrazada de bandolera, pero la confesión murió en sus labios. La advertencia de Tyburn sobre la necesidad de ocultar la propia identidad asaltó su memoria, y la abierta amenaza de lord Caddington también brotó a la superficie. Rachel era su mejor y más querida amiga, pero no podía poner en peligro su vida simplemente por tener a alguien con quien hablar. No podía arriesgarse a contarle sus planes. Pero podía contarle a Rachel lo de su propio robo a manos de Tyburn.

—Tristemente, debemos ser así de aburridas. No he hecho más que preocuparme por el dinero y el trabajo… y fui secuestrada por un bandolero.

—¿Qué? —jadeó Rachel—. ¿Cuándo? —les sirvió una taza de té a cada una mientras esperaba a que Diana continuara.

Entonces, le contó a su mejor amiga todo lo que había pasado, el encuentro con Tyburn e incluso el secuestro. Respiró hondo e hizo su última confesión.

—Yo… compartí su cama, Rachel —susurró.

—Tú… ¿Te acostaste con este caballero llamado Tyburn? —las mejillas de Rachel se encendieron y se inclinó un poco hacia delante—. ¿Cómo fue?

—Maravilloso —confesó Diana—. Fue tan perversamente maravilloso como te puedas imaginar. No me extraña que no permitan que las debutantes se escapen a los jardines con hombres. Ahora entiendo el peligro. Una vez que me besó… perdí la cabeza.

Rachel suspiró y sonrió de manera soñadora.

—Eso es mucho mejor que cavar hasta China. Es una pena que probablemente no lo vuelvas a ver.

—Sí —coincidió. Aunque sabía que Rachel quería hablar más del tema, Diana necesitaba hablar con su amiga de otras cosas—. Fui a Londres unos días —añadió—. Visité al abogado de mi padre para comprobar las deudas de la finca. Lo que quiero… —se detuvo y meditó sus palabras antes de continuar—. Lo que *deseo* es invertir algo de dinero dentro de unos meses, pero me temo que sería una cantidad pequeña. Necesitaría un banquero que me considerara seriamente.

Rachel asintió en señal de comprensión.

—¿Y supongo que ningún hombre hablará contigo?

Diana dio un sorbo a su té.

—Eso es lo que temo —no había visitado a ningún banquero en este viaje en particular, pero

sabía muy bien que, aunque lo hubiera hecho, no le habrían hablado sobre inversiones.

—Di, ¿has considerado una idea que podría ser poco… poco convencional? —un brillo iluminó los ojos de Rachel y se inclinó hacia delante en su silla—. Por ejemplo, ¿una banquera?

Diana parpadeó.

—¿Una qué?

—Una *mujer* banquera. Existen, ya sabes —Rachel sonrió por encima del borde de su taza de té—. Y da la casualidad de que vives no muy lejos de una.

—¿En serio? —Diana dejó la taza sobre la mesa y su mano tembló. Estaba sedienta, agotada y ahora emocionada. No era una buena combinación si quería preservar la integridad de su taza de té.

—Lady Lennox.

Diana frunció las cejas.

—Regina Lennox no es banquera.

—Has entendido mal. No Regina, la baronesa viuda, sino *Rosalind*, la esposa de lord Lennox.

—Oh… —el rostro de Diana se encendió de mortificación—. Me temo que no he asistido a ningún acto social estos últimos años. Recuerdo haber oído hablar de una boda precipitada entre lord Lennox y una escocesa, pero eso es todo.

—Pues entonces, estás de suerte. Esa es una de las razones por las que vine esta tarde. Estás invitada a nuestro baile mañana. Habríamos enviado una invitación antes, pero ha sido un poco caótico volver de Londres. Mamá envió todas las invitaciones desde Londres, y cuando le recordé lo tuyo, se enfadó bastante por haberlo olvidado.

—Tu madre es un encanto. Es fácil olvidarse de mí. No he salido desde la muerte de mi padre. Dile que no se aflija por mí.

Rachel golpeó la taza de Diana con la suya en un brindis.

—Bebe y haz que la querida señora Ripley prepare tu mejor vestido. Te presentaré a lady Lennox y podrás preguntarle sobre la inversión. Tengo la sensación de que ella podría ser la respuesta que has estado buscando.

Animada por un torrente de esperanza, Diana abandonó su taza de té y se levantó para abrazar a Rachel.

Rachel soltó una risita mientras frotaba la espalda de Diana.

—Dios mío, *estás* muy contenta por esto, ¿verdad?

—No tienes ni la menor idea de cuánto —confesó Diana—. Eres un ángel, enviada del cielo.

Al oír esto, Raquel soltó una risita maliciosa.

—No me llames ángel, porque se divierten mucho menos.

Diana volvió a su asiento, terminó de beber el té y escuchó los relatos de Rachel sobre Londres. Por primera vez en más de un año, la fría chimenea en su corazón volvió a arder con pequeñas chispas de esperanza.

CAPÍTULO 7



—Debes explicar muchas cosas, hermano —declaró Rafe. Estaba sentado junto a Ashton en una mesa de la terraza trasera que daba al jardín sur de la casa Lennox. Un lacayo le ofreció refrigerios, pero Rafe los rechazó cortésmente. Si él y su hermano iban a discutir, no quería estar lleno de té y pasteles.

Ashton continuó hojeando su periódico y ni siquiera miró a Rafe mientras pasaba la página.

—Dime, ¿qué es lo que debo explicar? —preguntó Ashton tras un momento de silencio.

—Parece que el viejo y querido tío Ash le ha estado sugiriendo a Isla que yo le busque una madre —Rafe observó a su cuñada, Rosalind, jugando al bádminton con Isla en el césped verde brillante frente a ellos. Las dos golpeaban el volante sin ninguna intención de seguir las reglas, riéndose todo el rato. Rafe estaba totalmente de acuerdo. Las reglas están hechas para los tontos.

El periódico que cubría la cara de su hermano se debilitó, dejando al descubierto el habitual rostro solemne de Ashton, pero hoy había un atisbo de picardía tras él.

—¿Y si yo *hubiera* sugerido tal cosa?

Rafe arqueó una ceja. Dos podían jugar a este juego. Sabía que se parecía tanto a su hermano mayor que a menudo los confundían con gemelos, lo que significaba que normalmente podía leer las expresiones de su hermano porque era como leer su propia cara en un espejo.

—En ese caso, *te* sugiero que vayas a entrometerte en otro sitio.

Los labios de Ashton se crisparon, pero su inquebrantable autocontrol impidió que mostrara alguna sonrisa.

—Bueno, si es así, lamento tener que informarte de que nuestra querida mamá me ha encargado tal intromisión.

—¿Mamá? ¿Qué tiene ella que ver con esto? —Rafe dejó de lado las hipótesis. ¿Qué había hecho para atraer la atención de su madre? No había forma de que esto acabara bien. Cuando Ashton había estado en el punto de mira de su madre, ella había intentado emparejarlo con cada mujer elegible dentro de un radio de ochenta kilómetros.

—Ella cree que necesitas una compañera adecuada ahora que eres padre. Dice que Isla necesitará una figura materna en su vida. Y lo que es más desafortunado para ti, Rosalind coincide plenamente con ella. Creció con un padre cruel, y aunque sus hermanos son buenos

caballeros, ciertamente no eran maternales. No había nadie que entendiera sus problemas, especialmente al alcanzar la edad adulta. Ella habría dado cualquier cosa por haber tenido una madre en esos momentos cruciales de su vida.

La mirada de Rafe se desvió hacia Rosalind, quien había arrojado el volante al suelo y perseguía a una chillona Isla por el césped perfectamente cortado. Terminó por coger a la niña y levantarla en brazos. Algo se estrujó en el pecho de Rafe, y su mano cerrada en un puño presionó contra su corazón como si eso fuera a aliviar el dolor que sentía.

—Para un hombre al que le encanta apostar, ciertamente no puedes ocultar bien tus sentimientos —Ashton dobló su papel y lo dejó sobre la mesa, señal inequívoca de que estaba comprometido con esta incómoda discusión.

Joder. Rafe apartó el rostro de él. Maldito sea el hombre por tener razón. Rafe *sí* quería una mujer en su vida, como esposa, como amante, e Isla necesitaba una madre. Necesitó un momento para ordenar sus pensamientos agitados antes de hablar.

—No puede ser *cualquier* mujer, Ash. Sea quien sea, debe ser excepcional. Brillante, hermosa, amable, valiente y cariñosa.

—Esperar la perfección es algo peligroso —advirtió Ashton.

—Eso nunca te ha detenido —los hombros de Rafe cayeron—. Además, no deseo la perfección. El cielo sabe que no la merezco. Tú y yo sabemos que pocas personas pueden ofrecerte todo.

Y yo ofrezco muy poco. La oscura reflexión hizo que su mundo se sintiera más gris de lo que debería, aunque era un día claro y soleado.

—Es cierto, pero también debes preguntarte qué le ofrecerías a cambio a esta mujer. Un buen matrimonio es un matrimonio entre iguales. Si encuentras a esta mujer realmente excepcional, ¿qué te hará digno de ella? —y ahí estaba, Ashton, siempre como adivino leyendo los pensamientos más profundos, oscuros y vergonzosos de Rafe.

—Nunca soy lo bastante bueno, ¿verdad? —murmuró Rafe, incapaz de ocultar la amargura en su tono—. Sin título, sin dinero, sin casa propia. Quizá Rosalind y tú deberíais llevaros a Isla y…

—Rafe —gruñó Ashton con frustración—. Tú y yo sabemos que Isla es tu hija; no podría vivir sin ti. Y en cuanto a lo de poseer un título o dinero, nada de eso le importa a la mujer *adecuada*. Lo que ella necesita son las mismas cosas que tú deseas de ella: valentía, bondad y, lo más importante, amor —los ojos de su hermano se suavizaron—. Reconocerás a la mujer adecuada cuando la conozcas. Quizá no sea amor a primera vista, pero sentirás algo más allá de las palabras, algo que te atraerá hacia ella. Incluso cuando Rosalind y yo nos peleábamos por las empresas de fletes cuando nos conocimos, existía esa chispa salvaje que me hacía imposible alejarme de ella. No podía borrarla de mi mente. Algunos hombres confunden la lujuria y la obsesión con las señales que hay que buscar, pero debe ser algo más profundo que el impulso de tu cuerpo por poseerla. Es la diferencia entre simplemente querer acostarte con una mujer y

querer estar a su lado después, ansioso por escuchar sus susurros mientras comparte contigo sus pensamientos, sus sueños y sus esperanzas.

Qué insoportable debe ser siempre tener razón en todo, pensó Rafe. Vio cómo Rosalind e Isla se desplomaban sobre la hierba. Isla levantó su pequeña mano, señalando las nubes sobre sus cabezas. Eso hizo que los pensamientos de Rafe se trasladaran a aquella noche en la cabaña de cazadores, a la mujer que había confiado en él y cuya alma brillaba en sus ojos.

Quería decirle su nombre, quería hablarle de Isla, de su familia, de todo. Quería hacerle mil preguntas sobre su propia vida. Ansiaba conocerla, pero no podía. Mientras más supieran el uno del otro, más peligroso sería para ambos, y él no podía arriesgar la vida de esa joven. Su pequeña fiera… su astuta ladronzuela. No pudo evitar sonreír.

—Eso es algo que no he visto en mucho tiempo —musitó Ashton.

—¿Qué?

—¿Estás sonriendo con un deleite, me atrevería a decir, pícaro? Rafe se recostó en su silla.

—Sonrío. Sonrío bastante a menudo.

—Sí, sonríes a Isla, sonríes a Rosalind, e incluso me sonríes en alguna ocasión. Pero ese tipo de sonrisa *en particular*… Hace años que no la veo. Desde antes… —Ashton hizo una pausa—. Desde antes de que papá muriera.

Rafe no dijo nada. Pensar en quién solía ser antes de esa terrible noche era demasiado para soportarlo.

—Bien, bueno —Ashton se aclaró la garganta—. Puedes empezar a buscar esposa mañana por la tarde.

—¿Mañana por la tarde? —no le agradó en absoluto la expresión divertida de su hermano mayor, ni el hecho de que hubiera acudido a esta conversación preparado para el resultado.

—Sí, hemos sido invitados a un baile. He aceptado la invitación en tu nombre.

—Ash, *no* estoy de humor para ponerme unos malditos pantalones hasta las rodillas y correr de un lado a otro llevando bebidas para jóvenes mozas durante varias horas seguidas.

Las cejas de su hermano se alzaron.

—¿Preferirías buscar a alguien en Londres? Podría enviarte fácilmente a casa de madre. Estoy seguro de que ella misma estaría *más* que feliz de encargarse de tan noble misión.

Rafe se puso en pie, frunciendo el ceño.

—¡Por Dios, hombre! Eres un demonio sin corazón.

La risa de Ashton lo siguió mientras cruzaba el césped hacia Isla y Rosalind, quienes ahora estaban examinando un anillo de setas en el borde de uno de los parterres.

—Mira, papá, ¡hemos encontrado hadas! —proclamó Isla mientras señalaba el anillo de setas.

Él se acuclilló a su lado, sonriendo. Como siempre, su hija había conseguido devolverle la luz del sol en sus días más nublados.

—Entonces, debemos asegurarnos de dejarles un bizcocho con pasas esta noche, o de lo

contrario se colarán en tu alcoba y te llevarán a su reino mágico.

Los ojos de Isla se abrieron de par en par.

—¡Por favor, papá, no dejes que me lleven! —la pequeña se levantó de un salto, dejando al descubierto su pichi manchado de hierba, y se aferró a su pierna.

—Vaya, ¿qué es esto? ¡Mi hija se ha convertido en un pequeño y lindo mono! —jadeó de manera dramática y la miró con un terror fingido—. ¡Las hadas ya la han hechizado! ¿Qué vamos a hacer?

Rosalind intentó no reír, con sus ojos grises brillando de placer.

—¡Oh, cielos, creo que debes llevar al mono a las cocinas y darle de comer bizcochos con pasas ahora mismo!

Rafe avanzó varios pasos con su pequeño mono aún aferrado a su pierna. Luego apartó a la pequeña y la alzó en brazos. Se dirigieron al interior en busca de la cura mágica de los bizcochos con pasas. Isla se rio durante todo el camino, y el asunto del temido baile campestre quedó, por el momento, en el olvido.



ASHTON GOLPEÓ EL PERIÓDICO DOBLADO CON LOS DEDOS MIENTRAS MIRABA A RAFE LLEVAR A LA pequeña huérfana dentro. Se corrigió a sí mismo. No, ya no era huérfana. Tal vez Isla no era hija directa de Rafe, pero lo *era* en todos los aspectos que realmente importaban.

Ashton se había preocupado con el regreso de Escocia de Rafe cuando declaró su intención de adoptar a un huérfano. Ashton supuso que Rafe había encontrado a algún niño caprichoso, pero cuando le dijo que se trataba de una niña y le contó la triste historia de ésta, Ashton se sintió aún más desconcertado por la respuesta paternal de su hermano menor. Rafe no se había interesado antes por los niños. Pero cuando Rafe pidió que Brodie y Lydia trajeran a Isla para que conociera a Ashton, descubrió finalmente lo que había cautivado enormemente el corazón de Rafe. Isla resultó ser brillante, valiente y tan puramente inocente que era imposible no adorarla. El simple hecho de estar cerca de ella había disparado los instintos protectores de Ashton. Se había convertido en su «tío Ash» casi de la noche a la mañana.

Sin embargo, lo que había convencido a Ashton de aceptar el deseo de Rafe de adoptar a Isla había sido el momento en que la niña se había reunido con Rafe. La forma en que se había aferrado ferozmente a su cuello, con la cara manchada de lágrimas. Su pequeña nariz se había puesto roja por el llanto, y Rafe la había abrazado con fuerza, con una mano acariciando sus brillantes rizos rojizos y la otra sosteniendo su pequeño cuerpo mientras cerraba los ojos y le susurraba algo solo para ella. Ashton había presenciado algo que nunca antes había visto en el rostro de su hermano pequeño.

Paz.

¿Cómo podía Ashton siquiera considerar negarle esa paz a su atormentado hermanito? Dios sabía que Rafe se la merecía después de todos estos años, considerando los demonios que lo habían perseguido. Y demonios, Ashton tenía algo de culpa en todo esto.

—Estás frunciendo el ceño —dijo Rosalind, uniéndose a él. Ashton rodeó la cintura de su esposa con un brazo y tiró de ella hacia su regazo. Su esposa escocesa jadeó y se aferró a sus hombros. Era una mujer fuerte, pero Ashton disfrutaba haciéndola sentir preciosa y deseable. A ella le gustaba especialmente su lado dominante cuando se trataba de sus momentos íntimos. A pesar de que Rosalind había dado a luz a su hijo, Malcolm, a principios de ese año, la pasión entre ellos no había disminuido en absoluto; en todo caso, compartir un hijo no había hecho más que intensificar su amor y su pasión. Aunque adoraba a su hijo, le alegraba que estuviera durmiendo la siesta de la tarde para poder disfrutar de este momento con su mujer.

—Hombre malvado —dijo antes de besarle la mejilla. El calor brilló en sus ojos y el fuego de su beso le quemó la piel. Dios, ¿cómo había podido vivir más de treinta años sin esta mujer en su vida?

Ashton suspiró y acercó a Rosalind.

—Soy malvado y, por primera vez, no estoy orgulloso de ello —no podía evitar eso que lo había agobiado por la culpa, pero sabía que podía hablar con ella de cualquier cosa y pedirle consejo.

Ella levantó la cabeza y lo estudió. Era hermosa, de ojos grises y reluciente cabello oscuro, recogido ligeramente en la nuca y atado con una cinta de color caqui que hacía juego con su vestido. Pero la belleza exterior de su esposa ni siquiera se comparaba con la belleza interior. La abrazó con más fuerza y respiró lentamente. Era un hombre malditamente afortunado.

—Dime qué te preocupa —dijo Rosalind. Su acento escocés era más ligero que el de la pequeña Isla porque se esforzaba mucho por integrarse en la sociedad inglesa. Quizá por eso quería proteger a Isla, porque le recordaba a su esposa. Ambas habían vivido tragedias terribles a una edad temprana, pero Isla aún tenía la oportunidad de tener una infancia feliz, y si podía dársela y velar por la felicidad de su hermano pequeño al mismo tiempo, él haría lo que fuera necesario para ayudarlos a ambos.

—Supongo que estoy en esa edad en la que uno mira hacia atrás en su vida, y sólo veo mis errores. Pasan ante mis ojos como una espantosa puesta en escena en Drury Lane.

Rosalind le acarició el pelo con los dedos. Enamorarse de ella le había hecho darse cuenta de lo frío y distante que se había vuelto a lo largo de los años. Lentamente, poco a poco, su amor feroz había disparado cañonazos a través de los muros que él había construido para mantener aislados a los demás. Algún día su fortaleza no sería más que polvo y él quedaría desnudo ante el mundo. Pero Rosalind estaría a su lado, y Ashton podría sobrevivir a cualquier cosa mientras ella estuviera con él. Siguió tocándolo, su amor hacía que este momento fuera menos agonizante.

—¿Qué errores has cometido?

No sería fácil decirle expresarle sus sentimientos, pero tenía que intentarlo.

—Era joven cuando murió mi padre. Me sentía terriblemente solo, y el mundo fue un lugar frío y miserable para mí hasta que pude irme a Cambridge. Me alegré mucho de conocer a mis amigos en la universidad.

—¿Te refieres a la Liga? —preguntó Rosalind.

Él sonrió.

—Efectivamente —de no haber sido por sus amigos, Godric, Lucian, Cedric y Charles, se habría perdido en su rabia y su dolor tras la muerte de su padre. La Liga de Pícaros se había convertido en sus hermanos, incluso cuando había perdido su conexión con Rafe—. Pero eso no cambió el error que cometí la noche de la muerte de mi padre. Dejé que madre pensara que Rafe tenía la culpa, que era culpa suya que nuestro padre muriera.

—¿La culpa de qué?

—De que él era la razón por la que papá había sido atropellado. Pero no creo que fuera culpa de Rafe. Aquella noche fue un desastre; yo había ido tras padre para traerlo a casa, pero Rafe debió haberme seguido Estaba herido al otro lado de la calle cuando padre y yo salimos del garito de juego. Padre había recibido golpes en la cabeza y no se mantenía en pie. Simplemente avanzó y… Dios, gran parte de esa noche aún está borrosa. Cuando Rafe y yo volvimos a casa con el agente de policía, yo estaba tan enfadado, tan… dolido que no corregí a Rafe cuando se culpó a sí mismo, y mamá lo oyó asumir la culpa. Debería haber dicho algo para corregir su impresión, pero no lo hice. Estaba furioso porque me había seguido cuando le dije que se quedara en casa. Y al día siguiente, supe que nuestra familia estaba en una situación desesperada. Peor de lo que sospechaba. Estábamos muy endeudados con varios bancos y todo estaba gravemente hipotecado. Era… —luchó por encontrar palabras, pero no tuvo éxito.

No podía describir la forma en que el pánico se había apoderado de su pecho, y había tenido problemas para respirar durante meses. Gritaba furioso a Rafe sólo para encontrar la manera de limpiar sus pulmones y poder respirar de nuevo.

Y su hermano había recibido toda aquella rabia y la había absorbido con ojos silenciosos y llenos de dolor, pero Ashton no había podido detenerse. No podía gritarle a su madre ni a sus dos hermanas; ellas no habían tenido la culpa de la muerte de su padre. Rafe era el único lo bastante fuerte como para soportar eso, pero no por ello había estado bien, por mucho que Rafe hubiera tenido posiblemente la culpa de lo sucedido aquella noche.

—Descargué toda mi ira con él, al igual que mamá. Thomasina, bendita sea, nunca culpó a Rafe como yo. Y la pequeña Joanna presenció todo eso con demasiada frecuencia. Ama a Rafe, pero nunca ha podido confiar en él. Sin duda, eso es culpa mía.

Rosalind guardó silencio, permitiendo que él descifrara sus propios sentimientos.

—La verdad es que… Fui demasiado cobarde para preguntarle a Rafe la verdad sobre los hechos de aquella noche con nuestro padre. Y Rafe cargaba con demasiada culpa como para que yo lo considerara inocente. Mi madre sigue sin hablar de ello conmigo ni con nadie. Sólo dijo

que Rafe estuvo implicado en el incidente, y sólo lo dijo la noche que volví para enterrar a mi padre. Después de eso, usamos ese silencio como escudos y lanzamos flechas de púas sobre ellos. Sólo sé que mi padre murió al salir de un garito de juego, atropellado por un carruaje. Hay más sobre aquella noche, pero no me atrevo a preguntar ni a mi madre ni a Rafe. Permití que mi propia debilidad destrozara a mi familia, incluso mientras luchaba por salvarla —Ashton contuvo la respiración, esperando a que Rosalind emitiera su juicio. Pero su esposa continuó acariciándole el pelo, tranquilizándolo—. Rafe necesita a ese niña pequeña en su vida, pero aún está destrozado —confesó—. No veo la forma de arreglarlo.

Rosalind sonrió, con una expresión suave y tierna.

—Uno no arregla a los que ama. Los ayudas a sanar. Atiende las heridas de su corazón, Ash. Dile todo lo que me has dicho a mí. Discúlpate. Pídele perdón. Te sorprenderá lo lejos que puede llegar eso.

Ashton atrajo su cabeza hacia la suya, cogiendo su nuca.

—Lo que realmente necesita es una esposa como tú —le acarició la nariz con la suya y luego la besó, mostrándole todo lo que había en su corazón, un corazón que le pertenecía por completo.

Rosalind emitió un pequeño sonido de placer contra sus labios y soltó una risita.

—Pícaro malvado —presionó la frente contra la suya—. ¿Eres consciente de lo afortunado que eres por tenerme?

Él se rio, mostrándole una sonrisa destinada a ella y solo a ella.

—Sí, soy consciente. Eres un regalo que nunca mereceré, pero que me esforzaré por ganarme cada día.

Ella lo besó, y su lengua jugueteó contra la suya de una forma que siempre lo encendía por dentro. Pero aún tenía algo más que decir.

—¿Eso significa que aceptas ayudarme a hacer de casamentero?

Ella se mordió el labio, fingiendo considerarlo detenidamente.

—Tenemos que encontrar a una joven muy inteligente y muy brillante que pueda lidiar con un antiguo bandolero.

Ashton gimió.

—No me lo recuerdes. Tengo suerte de que no lo mataras aquella noche en que os conocisteis.

—Ciertamente lo intenté —admitió ella—. Y en aquel momento, estaba más que feliz de disparar a alguien que estaba convencida de que eras tú.

Maldita sea ese asombroso parecido con Rafe. A pesar de la diferencia de años, muchos habían bromeado con ellos al considerar que podían pasar por gemelos.

—Al menos se dedica a actividades más respetables estos días —dijo Ashton.

—Desde luego.

Los pensamientos de Ashton volvieron a la búsqueda de pareja.

—Estaba pensando. La chica Merton. Mamá siempre intentaba emparejarme con ella. Podría

ser buena para Rafe.

Las oscuras cejas de Rosalind se arquearon con sorpresa.

—¿Rachel Merton?

—Sí. Por lo que dicen, la joven es inteligente, calmada, bonita y posee una gran fortuna. La conocí hace dos años, pero el matrimonio me importaba un bledo y por eso le presté poca atención. Ahora desearía haberlo hecho.

—¿Oh? —Rosalind arqueó una ceja oscura y le frunció el ceño de manera burlona.

—Por Rafe, claro —él soltó una risita y le estrujó el trasero.

—Hmmm —su esposa finalmente sonrió, como si aprobara dónde estaba su mano y lo que estaba haciendo.

Entonces, Rosalind consideró su sugerencia.

—La conocí hace unos meses cuando estuve en Londres. Es muy divertida, pero también amable. Me encantaría tenerla como cuñada.

—Entonces está decidido. Los presentaremos en el baile de esta noche.

Rosalind acarició con una mano el pecho de Ashton, bajando las pestañas.

—Nuestro hijo no se despertará hasta dentro de una hora. Creo que *puedes entretenerme* mientras tanto, mi malvado barón.

—Malvada esposa —dijo Ashton con satisfacción mientras volvía a besarla.

Se levantó y llevó a Rosalind a la casa. Sin duda, entretendría a su pequeña escocesa hasta que se quedara afónica de tanto gritar su nombre y le dejara marcas de uñas por toda la espalda.



La dulce sinfonía de gritos se vio interrumpida cuando el señor Phelps abrió la puerta de la habitación privada de Andrew Caddington.

Los ojos de Phelps se apartaron cuidadosamente del joven atado a una tosca cruz con cadenas de hierro.

—Milord.

Andrew frunció el ceño mientras bajaba su vara y esperaba a que Phelps explicara su interrupción. Sabía que no debía hacerlo a menos que fuera importante.

—Ha habido otro robo. Tres caballeros viajaban por el mismo camino en el que nuestros carruajes son asaltados una y otra vez. Según todos los indicios, fueron los mismos tres bandoleros: Tyburn, Oxford y Cambridge.

Andrew apoyó la vara en la palma de su mano y contempló el laberinto de dolor que había esculpido en la carne del joven lacayo, permitiendo que el placer circulara por sus venas, calmándolo cuando las noticias de Phelps normalmente lo habrían hecho pensar en matar. Ya

había dos tumbas en lo profundo del bosque porque había perdido el control. Con más, la gente podría empezar a hacer preguntas incómodas.

—Han vuelto, ¿no es así? Duplica los guardias en nuestro próximo transporte con dinero a Londres —ordenó Andrew—. Y diles que maten en el momento en que sean detenidos por cualquiera que lleve una máscara. Quiero a esos ladrones muertos.

—Sí, milord —Phelps salió de la habitación y cerró la puerta, dejando a Andrew mirando fijamente a su último juguete.

El joven se había derrumbado demasiado pronto, había llorado al primer golpe en su carne. Irritado, Andrew golpeó el bastón contra la palma de su mano, cerró los ojos y evocó la imagen del chico Lennox de hacía tantos años. Una cara tan bonita y joven, con una gran fuerza y desafío en esos ojos azules. Andrew se había sentido invadido por el deseo de clavar un cuchillo en el pecho del muchacho, para ver si gemía o luchaba en silencio hasta el momento en que la vida se desvaneciera de aquellos ojos. ¿No había nada más dulce que apoderarse de una criatura joven y linda y destruirla por dentro y por fuera?

Había cazado al muchacho a su manera, pero éste había evitado los garitos de juego que su padre había frecuentado. Rafe había esquivado todas las trampas, todos los astutos engaños de Andrew. No había contraído deudas. Era demasiado astuto para ser secuestrado, aunque lo había intentado varias veces a lo largo de los años. Rafe era más difícil de capturar que cualquier zorro, pero su persecución merecía la pena, porque su dolor era exquisito de ver, y Andrew no podía apartar de su mente el dolor de Rafe.

¿Quién iba a imaginar que el asesinato del inútil del padre del niño iba a crear un sorprendente cúmulo de sufrimiento? Su sueño era herir a alguien de una forma muy profunda, y ni siquiera había tenido que tocar al chico. Eso le hizo desear aún más a Rafe, y lo que quería siempre lo conseguía, aunque le llevara años. Como una araña posada en la esquina más alejada de su tela, no podía esperar a sentir el primer estremecimiento de su presa al pisar los pegajosos hilos de su trampa. El simple hecho de pensarlo lo hizo vibrar de emoción.

Pronto.

CAPÍTULO 8



—Quédate quieto —gruñó Ashton.

Rafe frunció el ceño mientras seguía tirando del pañuelo que le rodeaba la garganta, el cual había sido tensado como la soga de un verdugo. *Estaba* inquieto, pero no dejaría que su hermano mayor le diera órdenes, sobre todo mientras estaba atrapado en el interior de un carruaje de camino a un baile al que no tenía el menor deseo de asistir.

Rosalind estaba sentada junto a Ashton, con el brazo entrelazado con el suyo, sonriéndole a Rafe desde el asiento de enfrente.

—Rafe, sólo es un pequeño baile campestre.

Su ligero acento escocés provocó en él un repentino deseo de volver a casa con Isla. Ella había querido venir a verlo bailar esta noche, pero era joven y, por desgracia, no estaba bien visto que una niña asistiera a bailes. Al menos, no a bailes de este tipo, los glorificados rituales de apareamiento a los que se sometían los adultos. Tal vez podría convencer a su hermano de organizar un pequeño baile familiar para poder bailar con su hija. Ahora estaría metida en su cama, durmiendo mientras su niñera la vigilaba.

—Lo estás disfrutando demasiado —le murmuró Rafe a Rosalind mientras se obligaba a quedarse quieto.

El carruaje se estrelló contra un surco y se inclinó hacia un lado, obligándolo a apoyarse contra la pared del vehículo.

—Maldita sea, ¿el conductor está apuntando a *todos* los agujeros del maldito camino? ¿Cuándo vamos a llegar? —Rafe ya había hecho esa pregunta tres veces, y quería salir de este carruaje.

Ashton compartió una mirada con Rosalind, y el ceño de Rafe se frunció aún más. Se divertían a su costa.

Rafe sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje para ver si la casa de los Merton, a lo lejos, estaba más cerca. Había antorchas encendidas en fila a lo largo del largo camino de entrada, y la luz que desprendían bailaba contra la hilera de carruajes frente a ellos. Contó casi veinte. Eso significaba que el baile estaría repleto de docenas de mujeres elegibles. Se recostó en su asiento e hizo una mueca al percatarse de que su hermano y su cuñada lo obligarían a conocer a la mitad

de ellas esta noche.

—No tendremos que quedarnos mucho tiempo, Rafe —lo tranquilizó Ashton, pero su tono era burlón—. *Sólo* el tiempo suficiente para que encuentres esposa.

Aunque a Rafe le gustaba esta nueva faceta más suave de su hermano, no disfrutaba siendo el blanco de sus burlas.

—Si Rosalind no estuviera aquí, te golpearía, hermano —gruñó Rafe. Sus manos se cerraron en puños sobre sus muslos.

—Lo intentarías —dijo Ashton.

—Oh, pero debes pensar en Isla —dijo Rosalind—. Esta noche, podría haber aquí una joven maravillosa que sería la persona perfecta para ti y tu hija.

Joder. Rosalind sabía cómo clavarle un cuchillo en las costillas con la verdad. Él debía pensar en Isla, y ella sí necesitaba una madre. Aun así, no se atrevía a aceptar la idea de casarse con una mujer sólo por su hija. Necesitaba encontrar a alguien que se adaptara a ambos, y no estaba seguro de que existiera una mujer así.

—Buscaré, pero si no encuentro ninguna que me interese, me iré, por muy temprano que sea —cruzó los brazos sobre el pecho y miró con demasiada petulancia por la ventana hacia la oscuridad.

—Baila con diez mujeres y te dejaré marchar —dijo Ashton.

—Cinco —replicó Rafe. No era que Ashton pudiera evitar que se marchara de aquí, pero le encantaba regatear.

Ashton lo miró fijamente, con acero tras sus ojos azules.

—Ocho.

—Bien —los hermanos estrecharon sus manos al llegar a un acuerdo, y Rosalind puso los ojos en blanco, murmurando algo que sonaba sospechosamente como una palabra escocesa para referirse a los tontos.

Finalmente, cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de los Merton, dos lacayos ayudaron a Rosalind a bajar y cogieron su capa y sus guantes. Ashton y Rafe la siguieron escalones arriba hacia la multitud.

La luz dorada llenaba el vestíbulo cuando se unieron a la hilera de invitados que esperaban a ser anunciados antes de entrar en el salón de baile. Una vez dentro, Rafe examinó el salón de baile Merton con una curiosidad leve y algo hastiada. Cuadros con marcos dorados colgaban de las paredes, y un cuarteto de cuerda ejecutaba una pieza en la parte delantera de la habitación. Desde luego, era un salón de baile que podía competir con algunos de los mejores de Londres. El señor Merton era realmente rico por tener una casa de campo tan bien amueblada y diseñada. La música se deslizaba con una placentera calma por la habitación mientras las personas bailaban. Por un momento, Rafe se permitió olvidar su pasado y disfrutar de este momento alegre que lo rodeaba.

A él le había encantado bailar, pero la oscuridad de su alma había acabado por ahogar incluso

las alegrías más sencillas de la vida, como un vals con una mujer hermosa.

Ashton le puso una mano en el hombro.

—*Ocho mujeres*. Seguro que hay una entre estas bellas damas que podría ser tu destino.

¿Destino? Hasta que no había secuestrado a aquella bonita criatura y se la había llevado a su cabaña, no había creído en esas cosas. Luchó contra el impulso de coger el collar de perlas que se había enrollado en la muñeca y guardado bajo la manga del abrigo. Quería sentir aquella perla, el único trozo de ella que poseía, rozando su piel. Aquella mujer le había hecho pensar que el destino podía existir. Pero no podía casarse con una mujer así, una mujer que robaba, una mujer como él. Isla necesitaba una madre, no una ladrona, porque su padre ya lo era.

Rafe se tragó una carcajada y se limitó a responder a su hermano con un movimiento de cabeza. Luego Ashton se llevó a su esposa para saludar a sus anfitriones, los Merton, dejando a Rafe sólo, pensando en cuán rápido podría atraer a ocho mujeres para que bailaran con él y así poder escapar.

Una voz familiar gritó:

—Rafe, ¿qué demonios haces aquí?

Se giró para ver a Graham Humphrey, el hermano menor del conde de Lonsdale, quien era uno de los amigos de Ashton. Como hermanos menores de miembros infames de la Liga de Pícaros, Graham y Rafe se llevaban espléndidamente siempre que sus caminos se cruzaban.

—Graham —estrechó la mano de su viejo amigo—. No esperaba verte aquí. Graham era muy parecido a Rafe y prefería pasar el tiempo con cantantes de ópera y bailarinas de ballet o con la última actriz que estaba arrasando en Londres. Un baile con jovencitas que esperaban propuestas de matrimonio era el último lugar en el que normalmente estaría el menor de los hermanos Humphrey.

Graham se encogió de hombros.

—Me comprometí a buscar esposa este año, aunque sólo fuera para que mi madre me dejara en paz una temporada más. ¿Y tú?

—El mismo destino, me temo, aunque mi madre ha recurrido a mi hermano para que termine encadenado a un matrimonio. ¿Qué tal las perspectivas para esta noche? ¿Alguna muchacha con la que valga la pena un baile?

Graham se rio.

—Bueno, la chica Merton ciertamente merece un baile. La encontré muy vivaz, pero sin ese brillo tonto en los ojos. Una criatura sensible con curvas impresionantes.

—¿Cuál es ella? —Rafe recordaba vagamente a Rachel Merton, ya que habían sido vecinos. Había asistido a picnics familiares y había ido de compras al pueblo cercano con Joanna, pero Rafe había prestado muy poca atención a las mujeres más jóvenes por aquel entonces. Sus ojos se habían fijado en las cortesanas experimentadas de Londres, mujeres que no esperaban más que pasión de un joven viril. Esta noche, sin embargo, bailaría con mujeres jóvenes que soñaban con encontrar marido, lo que significaba que tenía que comportarse lo mejor posible. Cualquier señal

de flirteo podría ser malinterpretada y él podría acabar enfrentándose al padre, a la espera de su permiso para cortejarla.

—Rachel Merton es la belleza morena del vestido blanco y dorado —Graham ladeó discretamente la cabeza y Rafe siguió su mirada por el salón de baile.

Una criatura ciertamente despampanante bailaba con un caballero. Llevaba el pelo oscuro recogido a la moda, con una tiara de oro adornada con diamantes entre sus mechones. Su vestido estaba a la última moda y su rostro resplandecía de entusiasmo mientras se reía de algo que había dicho su pareja de baile.

—Bastante hermosa —admitió Rafe, pero nada en aquella mujer le encantaba como lo había hecho su pequeña dragona de fuego cuando le había desafiado deslizando aquel collar de perlas en su corpiño. ¿Iba a comparar ahora a todas las mujeres con *ella*? Dejó escapar un suspiro de decepción mientras miraba a los demás invitados.

Un escalofrío recorrió su piel, como la sensación de una tormenta de verano que se avecinaba.

Allí, en las sombras al borde de la luz, había una mujer que pasaba desapercibida para los hombres que la rodeaban. No era de extrañar, dado lo poco que llamaba la atención. Llevaba el pelo oscuro recogido en un peinado sencillo y no llevaba adornos en las orejas, el cuello o la frente. Su vestido, claramente anticuado, era algo sencillo, pero a la vez muy llamativo en ella. El vestido azul oscuro estaba cubierto por una brillante red plateada que tenía cientos de estrellas cosidas en patrones de las constelaciones del cielo nocturno.

Cuando la mirada de Rafe se dirigió al rostro de la mujer, aspiró al sentir un puño invisible clavándose en su vientre.

La astuta ladronzuela. La seductora con la que había hecho el amor en su escondite. La dragona de fuego que le había robado el botín y le había hecho desear sacudirla y besarla a la vez. Era *ella*.

Cogió el antebrazo de Graham.

—¿Quién es? —dijo en un susurro desesperado.

Graham miró a su alrededor, claramente confundido sobre a quién se refería Rafe.

—¿Quién?

—La mujer que está ahí. La del vestido azul con malla plateada.

Graham estudió a la chica un momento.

—No tengo la menor idea. La vi hablar con la chica Merton y creo que podrían ser amigas, pero no me la han presentado. Esta noche ha sido como una alhelí. Tanto que apenas me he fijado en ella.

¿Alhelí? No, ella no era una tímida alhelí, era una exuberante hiedra verde que crecía y cubría toda su oscura alma.

—Ella es… —no había palabras que pudieran abarcar lo que ella era. Era tan hechizante como el cielo nocturno que adornaba su cuerpo.

—Imagino que es tan pobre como un ratón de iglesia —dijo Graham—. El vestido es demasiado viejo. Ni siquiera lleva joyas de pasta para fingir que vive en una mejor situación. Será mejor que tengas cuidado, viejo amigo. La ratonera de ese párroco podría cerrarse sobre ti si te acercas demasiado.

¿Pobre? ¡Ja! Esa mujer les había robado una fortuna a él, a Will y a Caspian. No pudo evitar preguntarse por qué ahora estaba jugando al pobre ratón de iglesia. ¿Era lo suficientemente inteligente como para saber que mostrar un crecimiento repentino en su riqueza siendo una mujer soltera sin miembros masculinos en su familia sería muy sospechoso? Sí, claro que lo era. De hecho, era demasiado lista, y la idea de que su astucia se orientara en la dirección correcta hacía que su sangre ardiera de lujuria. Oh, las cosas que podría enseñarle, las cosas que ella abrazaría con perversa excitación…

Rafe empezó a abrirse paso entre los invitados, acechando a su presa. Nunca había imaginado en mil años que se encontraría con ella, y menos en un baile campestre.

Todas las fantasías que había tenido con ella en el último mes, lo que haría cuando la encontrara, pasaron por su mente como un caleidoscopio deslumbrante y tentador.

La mujer miraba con resignación a las parejas que bailaban, sin saber qué hacer, pero sin querer llamar la atención. Aún no le había visto, lo que le dio tiempo para admirarla. ¿Cómo no iba a atraer las miradas de todos? Era como una estrella en el cielo nocturno. Incluso sin el artificio de la luz de las velas, brillaba. No necesitaba adornos, ni joyas, pero aquí, oculta bajo los apliques y candelabros, su brillo celestial se atenuaba. Pero él la vio, y esta vez no dejaría que su estrella brillante se le escapara. La tendría en su cama y recuperaría el dinero robado.

Su vista fue bloqueada cuando Rosalind y Ashton se acercaron a hablar con ella. Rafe cambió de posición para verla mejor y vio que su rostro había palidecido, tanto que su piel había adquirido un preocupante tono de alabastro. ¿Qué le estaba diciendo Ashton para que pareciera repentinamente enferma?

Una mano palmeó el hombro de Rafe a modo de saludo, impidiéndole continuar mirando en dirección a la mujer.

—Ah, señor Lennox, qué amable por unirse a nosotros.

Se giró para ver al señor Merton sonriéndole jovialmente. Rafe contuvo un gruñido. Maldita sea, tendría que hablar con el anfitrión, y rápido, para poder volver a su caza.

—Buenas noches, señor Merton. Le agradezco la invitación —invocó una sonrisa y luchó contra el impulso de mirar hacia su lejana y brillante estrella.

—Nos complació saber por su hermano que asistiría. Mi hija, Rachel, se sentiría muy honrada si la invitara a bailar —le hizo una seña a su hija, quien acababa de hacer una reverencia ante su pareja al terminar de bailar. Cruzó la sala flotando y aceptó el brazo de su padre. Sonrió cálidamente a Rafe y pareció comprender instantáneamente la situación, muy probablemente porque su padre la había estado poniendo en el camino de los caballeros toda la noche.

—Señor Lennox, hace unos años que no nos vemos.

—En efecto, han pasado algunos años, señorita Merton.

—Imagino que mi padre le ha pedido que me invite a bailar.

—Estaría encantado de invitarla a bailar —le ofreció su mano, esperando que ella aceptara. Sería una mujer menos, quedarían siete, y podría agasajarla con su encanto y ver si podía saber algo de su amiga. Al menos, *esperaba* que fueran amigas. Tenía que encontrar a alguien que supiera quién era la ladronzuela.

—Sí, claro —dirigió a su padre una mirada divertida pero cariñosa. Sin duda su paciencia estaba siendo puesta a prueba mientras su padre intentaba emparejar a su hija con alguien esta noche, pero ella lo manejaba con gracia y humor más que con frustración.

Puso su mano en la de Rafe y él la condujo de nuevo a la pista de baile. El baile era muy animado, lo que significaba que él tenía pocas oportunidades de acercarse lo suficiente para hablar con ella.

—Gracias por complacer a mi padre —dijo mientras giraban el uno alrededor del otro, juntando sus manos.

—El placer es mío —respondió. Tenía que admitir que era una bailarina encantadora.

—Entiendo que ésta no es su rutina habitual, señor Lennox —dijo ella cuando volvieron a verse.

—Tiene razón. Así como usted complace a su padre, yo lo hago por mi hermano.

—Ah, así que él también desea casarlo —rio ella—. Es una lástima que no seamos compatibles.

Rafe enarcó una ceja.

—¿Ni siquiera *fingirá* que me encuentra el soltero más atractivo y codiciado de esta sala? —preguntó, un tanto ofendido y burlón.

Ella soltó una risita.

—Atractivo, desde luego, pero los canallas *nunca* son elegibles. Cualquier mujer que suponga eso tiene lana en lugar de cerebro.

—Cuánta razón tiene. Estoy enamoradísimo de mi libertad —convino él, feliz de estar en términos tan honestos con una mujer.

—Yo también —replicó ella.

Rafe se quedó de piedra.

¿De verdad no tienes ningún deseo de casarte?

Ella se encogió de hombros, siendo su gesto naturalmente elegante.

—Estoy contenta como estoy. Si aparece un caballero que me convenga, quizá me case. Pero no sufro por mi soledad, ni debo doblegarme a ninguna exigencia del deber familiar de casarme. Mi hermano heredará los bienes de mi padre, y él y yo somos buenos amigos, no sólo hermanos. Entre el fideicomiso que mi padre dejó para mí y mi hermano, estaré bien cuidada. Quitándome ese peso, soy libre de hacer lo que quiera.

Rafe reprimió el repentino brote de envidia. ¿Cómo sería tener un hermano que apoyara así a

su hermano? Apartando ese melancólico pensamiento, se recordó a sí mismo que estaba persiguiendo la identidad de su ladronzuela. Podría volver a tenerla en su cama y recuperar su dinero si era astuto.

Todo se reducía a qué naturaleza poseía realmente. ¿Era una joven inocente que se había aprovechado de una situación? ¿O era mucho más ingeniosa e intrigante de lo que él hubiera podido imaginar? Se sentía atraído por ambas versiones de ella, por muy loco que sonara. Le fascinaba por completo, y tenía que saber cuál de esas versiones era ella realmente.

Volvió a centrarse en la mujer que tenía delante.

—Señorita Merton…

—Rachel —corrigió ella con una risita—. Nos conocemos desde hace bastante tiempo como vecinos como para no ser tan formales.

—Rachel, entonces. He visto a una joven esta tarde y me han dicho que tal vez la conozcas.

—¿Ah, sí? ¿Alguien ha llamado tu atención, entonces, oh canalla sin corazón?

—Eso parece —admitió Rafe, sintiendo que tal admisión podría ganarse la ayuda de Rachel ahora que sabía que ella misma no se había fijado en él—. Esa mujer de ahí… la del vestido azul oscuro con red plateada —señaló con la cabeza a su ladronzuela, quien seguía hablando con Ashton y Rosalind. El color había vuelto al rostro de la joven, y parecía más relajada ahora.

—¿Quién? ¿Di?

—¿Di? —repitió.

Rachel se corrigió mientras se sonrojaba.

—Diana Fox. Vive en las tierras que están justo al lado de las nuestras. ¿No has visitado Foxglove Hall?

Había oído mencionar el nombre antes, pero no recordaba exactamente en qué contexto. Esta zona de Inglaterra nunca había sido su hogar, su tierra ni su gente, al menos así lo había sentido desde la muerte de su padre. Ese era el privilegio de Ashton como hijo mayor. Rafe había alejado cualquier deseo de conocer a la gente que vivía aquí. No quería perder más amigos cuando finalmente tuviera que abandonar la casa de Ashton y mantenerse a sí mismo y a su hija. No estaba seguro de cuándo llegaría ese día, pero no podía imaginarse a Ashton dejándole vivir allí para siempre.

—¿Vive en la finca justo al sur de la tuya? —preguntó.

—Sí —los agudos ojos de Rachel brillaron—. ¿Qué interés tienes *realmente* en mi querida amiga?

Escuchó la advertencia en su tono y supo que debía andarse con cuidado. Sonrió a Rachel, asegurándose de que fuera una de sus sonrisas más encantadoras.

—Curiosidad, nada más.

—Hmmm… la curiosidad de un canalla a menudo tiene consecuencias nefastas para las damas que llaman su atención. Permítame ofrecerle un consejo, señor Lennox. Diana no es alguien con quien entrometerse. Ella tiene cosas en su vida que necesitan su atención, y un

hombre que desee atraerla a su cama por diversión sería muy tonto. También tiene amigos que castigarían a ese hombre.

—¿Amigos como tú? —preguntó Rafe. Tal vez fuera el acero en la mirada de Rachel o el hielo en su voz, pero se encontró considerando seriamente la advertencia de la mujer.

—Sí. Amigos que te retarían a duelo o te expulsarían de Inglaterra sin pensárselo dos veces.

Rafe estaba convencido de que Rachel haría exactamente eso.

—Tiene suerte de tenerte como amiga —dijo Rafe en voz baja, y lo dijo en serio. Estaba claro que Rachel era una guerrera con faldas.

Rachel se suavizó un poco ante el cumplido.

—No, la afortunada soy *yo*. Diana es una de las almas más puras que he conocido. Haría cualquier cosa por los que ama, y ha sufrido tantas pérdidas.

Se le oprimió el pecho.

—¿Qué ha perdido? —sabía que no tenía a nadie íntimo en su vida, ni marido, ni amante. Había sentido claramente su dolor cuando estuvo con ella, pero saber que se debía a una pérdida…

—Perdió a su madre cuando sólo tenía quince años. Su querida hermana se escapó de casa unos años más tarde, y todos estamos seguros de que debe de estar muerta. Estaban muy unidas cuando eran niñas, pero hace varios años que Diana no recibe ni siquiera una carta suya. Y el año pasado, su padre falleció. Ella no merece más dolor, señor Lennox —hizo una pausa. Su mirada fue directa al corazón de Rafe—. Tú me agradas bastante. Sería una pena meterte una bala en el corazón por herir a mi amiga.

El baile terminó y ella hizo una reverencia a Rafe antes de marcharse. Sus pensamientos no paraban de dar vueltas. Su estrellita estaba sola, *su* Diana, y sí, era suya. La había tenido una vez, y la tendría una y otra vez. Sí, necesitaba su dinero de vuelta, y no tenía ni una maldita idea de lo que iba a hacer al respecto ahora que comprendía mejor la situación de Diana. Pero primero, la tendría, antes de volverse loco de deseo. Y cuando ambos estuvieran tan saciados de pasión que ninguno de los dos pudiera abandonar su cama, decidiría qué hacer con esta mujer que lo mantenía cautivo. Porque dejarla ir ya no era una opción.



DIANA MIRÓ FIJAMENTE A TYBURN. ÉL LE SONRIÓ CÁLIDAMENTE MIENTRAS LE PRESENTABA A SU esposa.

Su esposa.

Dios mío, qué tonta había sido al pensar que un hombre que robaba dinero sería sincero. Pero él nunca había fingido ser sincero. Incluso le había dicho descaradamente que Tyburn no era su

verdadero nombre. El pánico le oprimió el pecho.

¿Y lo que era peor? No era un hombre pobre que vagaba por el campo en busca de alguien con quien compartir sus noches solitarias. No… Tyburn era el barón Lennox. El hombre que había asaltado su carruaje y robado su virginidad era un poderoso lord que no necesitaba el dinero que se había llevado.

De pronto se sintió mareada y lord Lennox extendió sus brazos para cogerla. Se tambaleó y él la sostuvo en pie. Pero no se produjo entre ellos una oleada de sensaciones cuando él la tocó, no hubo una descarga eléctrica que llenara el aire como aquella noche en que habían estado juntos.

Él… él no podía ser Tyburn. Cada vez que él la tocaba, se producía una tormenta bajo su piel. La voz de este hombre era un poco más grave, un poco más áspera que suave y tersa. Y era quizás una pulgada más alto… Oh, qué tonta fue al hacer una suposición tan rápidamente basándose sólo en los ojos del hombre. Aprovechó la oportunidad para estudiarlo más de cerca.

Tyburn tenía el pelo más corto y no llevaba barba. Lord Lennox parecía más bien un vikingo salvaje, con una barba dorada. Un hombre no podía dejarse crecer tanto el pelo en sólo tres semanas. Debían de ser los ojos del hombre los que la habían convencido de que estaba viendo lo que había deseado ver durante el último mes. Había estado buscando cualquier indicio de Tyburn cada vez que se encontraba con un hombre en el camino o cuando iba al pueblo con la señora Ripley. Pero el hombre debía de haberse marchado hace mucho tiempo, probablemente temiendo que ella hubiera dicho a las autoridades dónde estaba su escondite. Pero aun así, buscaba en vano cualquier señal de él. Tal era la profundidad de su insensato anhelo.

Varios de los hombres que había conocido esa noche tenían ojos azules que le recordaban vagamente a los de Tyburn. Los ojos de Lennox eran tan brillantes, tan intensos, tan parecidos a los de él. Pero ahora estaba segura de que no era él. Los ojos de este hombre estaban llenos de interés e inteligencia, pero carecían de ese doloroso anhelo de compartirse con alguien que tanto había cautivado su corazón aquella noche.

Estoy viendo fantasmas de él en todo el mundo, y debo detenerme.

—¿Se encuentra bien, señorita Fox? —Lennox aún la sujetaba suavemente, con gentileza, pero sin la intimidad que le habría dicho que éste era el hombre que había cambiado su vida para siempre.

—Lo siento muchísimo, milord. Me temo que no comí lo suficiente antes de venir y…

—Entonces insisto en que deje que mi marido le traiga algún refrigerio—dijo lady Lennox—. Ash, por favor, tráenos ponche, junto con cualquier cosa pequeña y fácil de comer.

—Por supuesto. Volveré en un momento —Lennox hizo una reverencia y se marchó.

Mientras Diana se recuperaba, lady Lennox enlazó su brazo con el de ella.

—Ciertamente sufrió una fuerte conmoción al ver a mi esposo. ¿Puedo preguntar si hay alguna razón para que la asustara tanto?

—¿Asustarme? No, como ya he dicho, no… —las palabras se extinguieron en sus labios.

Lady Lennox había visto claramente algo en su reacción que su marido no había visto—. Simplemente me recordó a alguien —dejó que lady Lennox la acompañara lejos del borde de la pista de baile, a un rincón apartado, a una distancia segura de los bulliciosos bailarines.

Así que ésta era la mujer que Rachel creía que podía ser su salvación. Rosalind Lennox tenía unos rasgos encantadores y delicados, pero también era innegablemente una fiera formidable. Eso le granjeó el respeto de Diana al instante. No era una flor marchita. Era una mujer fuerte que había sobrevivido a muchas cosas.

—¿Rachel Merton mencionó que estaba ansiosa por conocerme?

Y la dama fue directamente al grano. Diana también apreció eso.

—Sí, esperaba que estuviera dispuesta a hablar conmigo sobre algunas oportunidades de inversión…

Lady Lennox soltó una risita.

—Así que ella le dijo que yo era banquera, ¿cierto?

—Lo hizo —admitió Diana—. Espero no haberla ofendido, lady Lennox.

—En absoluto —respondió—. Por favor, llámeme Rosalind. Somos vecinas, después de todo, o eso he oído.

—Lo somos. Debo disculparme por no haberme presentado antes cuando supe que lord Lennox se había casado —Diana cogió aire—. Dirijo sola la hacienda de mi familia.

—¿Sola?

—Sí, mis padres han muerto y soy soltera. Me he mantenido ocupada administrando los bienes que me dejaron como herencia, y mi luto por mi padre sólo terminó hace unos meses.

Rosalind le apretó el brazo.

—Señorita Fox, nunca tiene que disculparse por esas cosas. El dolor puede pasar factura, sobre todo cuando uno tiene que soportar la carga solo.

—Por favor, llámame Diana —dijo ella—. Me gustaría mucho contar contigo como amiga.

Rosalind sonrió, haciendo brillar sus ojos grises.

—Amigas, desde luego. Ahora dime, ¿por qué necesitas una mujer banquera?

Diana estaba en medio de la explicación de su grave situación financiera cuando Lord Lennox regresó y le proporcionó dos sándwiches de pepino y un vaso de ponche.

—Cómetelos y le contaré a mi marido lo que me has dicho.

—Oh, no es necesario que lo agobies con…

—Tonterías —dijo lord Lennox—. Acepto cualquier carga que mi esposa desee que comparta —le dirigió a su esposa una mirada tan prolongada y profundamente afectuosa que a Diana le dolió el pecho al desear tener algo igual.

Se comió los bocadillos rápidamente y rezó para que no le diera hipo después de tragar rápidamente su ponche.

Cuando Rosalind hubo terminado, lord Lennox dijo:

—¿Cuántas deudas tiene actualmente?

—De momento, ninguna. Pude saldar las deudas de mi padre vendiendo todo lo que tenía de valor, aparte de las tierras y la casa —no era mentira, si a uno no le importaban las verdades a medias.

—¿Y qué hay de las necesidades actuales de tu patrimonio? ¿Tienes alguna forma de hacer frente a los próximos gastos? ¿Qué hay de los granjeros arrendatarios? —preguntó Rosalind.

—Tengo algunos planes, algo que llevará tiempo, pero creo que empezaré a disponer de algo de dinero, que espero invertir enseguida. En cuanto a los granjeros, he estado aceptando alquileres nominales porque muchas de las cabañas y el equipo necesitan reparaciones. Los arrendatarios se han hecho cargo de los gastos. Estoy haciendo todo lo que está en mi mano para no tener que vender mis tierras o mi casa.

—Entiendo, señorita Fox. ¿Nos atrevemos a preguntar cómo va a adquirir esos fondos? —los ojos de Lennox se entrecerraron ligeramente al sentir que ella estaba ocultando algo.

—Es bastante embarazoso y preferiría no decirlo —Diana se tragó el nudo que tenía en la garganta. ¿Cómo era posible que pedir ayuda le resultara infinitamente más difícil que robar carruajes?

—Ash, por favor, no la presiones con esos detalles —Rosalind miró a su marido con severidad—. Yo me encargaré de sus inversiones, y he decidido no preguntar. A veces una mujer hace lo que debe para sobrevivir, y cómo lo hace es asunto suyo.

La dureza de las facciones de Lennox se desvaneció.

—Muy bien, corazón mío. Harás lo que creas conveniente —le guiñó un ojo a Diana, con expresión burlona. Siempre le había parecido un hombre muy frío, al menos por lo que recordaba de sus escasos encuentros con él en el pasado. Siempre había estado centrado en los negocios, pero ahora su intensidad se había suavizado. O mejor dicho, había cambiado a una intensidad emocional. Era un cambio muy agradable. ¿De verdad había pensado que este hombre era Tyburn? Era una tontería pensar ahora en su error inicial, pero en realidad no tenía ni idea de cómo era Tyburn. Sólo sus ojos estaban fijos en su memoria, sus ojos y la forma en que hablaba con ese suave acento escocés. No podía imaginarse a lord Lennox poniéndose una máscara y cambiando su acento.

—Gracias, Rosalind, de verdad. Y gracias, lord Lennox, por los refrigerios. Me han ayudado inmensamente —el ponche y los sándwiches la habían tranquilizado un poco. No había mentido sobre no haber comido antes. Había evitado el desayuno y el almuerzo para asegurarse de que todavía podía entrar en un vestido que no se había puesto en tres años.

—Ashton, por favor —dijo—. Si estás en términos tan íntimos con mi esposa, entonces debo insistir en que me incluyas.

Diana asintió. Aunque lord Lennox no era más que un barón dentro de la nobleza, era por su naturaleza e influencia, financiera y de otro tipo, uno de los hombres más poderosos de toda Inglaterra. Se rumoreaba que hasta el mismísimo rey George se acobardaba cada vez que este hombre entraba en la misma habitación.

—Lamenté lo de tu padre —dijo Ashton—. Me disculpo por no haber ido yo mismo a tu casa y velar por tu bienestar.

—Tu madre y Joanna vinieron a verme —el rostro de Diana se sonrojó. No estaba acostumbrada a este tipo de interés por su bienestar, tal vez porque últimamente estaba sola muy a menudo. Aparte de las visitas de Rachel, era una reclusa. Excepto por sus sirvientes, estaba fuera de contacto con la sociedad—. Fueron muy amables —habían traído comida y flores y se habían quedado con ella mientras lloraba. Nunca había sentido que desearan estar en otro lugar en ese momento, cosa que muchas personas suelen hacer cuando están presentes en momentos de dolor.

—Me alegro de que hayan ido a verte. Sé que las tierras de los Merton nos separan, pero quiero que sepas que eres bienvenida a nuestra casa en cualquier momento —las palabras de Lennox fueron pronunciadas con tan clara honestidad que Diana no dudó de que hablaba en serio.

—¿Quizá te gustaría venir a tomar el té mañana por la tarde? —dijo Rosalind—. Podemos discutir los detalles de tu primera inversión.

—Me encantaría. Tengo algo de dinero listo para invertir.

Rosalind asintió.

—Estupendo. Encantada de conocerte, Diana —se volvió hacia su marido y le miró de arriba abajo—. Y *tú* me debes un baile.

—Desde luego que sí —inclinó la cabeza hacia Diana y llevó a su mujer a la pista de baile.

Diana se sintió aliviada. Había conseguido lo que había venido a hacer. No había nada más para ella esta noche. Era hora de volver a casa.

CAPÍTULO 9



Rafe maldijo en voz baja cuando Ashton asintió en dirección a otra joven, indicándole que se acercara a ella para bailar. Él arqueó una ceja hacia Ashton en señal de desafío, pero su hermano se limitó a sonreír.

—Bien —murmuró Rafe. Cuanto antes acabara con esos bailes, antes podría buscar a Diana. Había desaparecido al terminar la cuadrilla con Rachel y ya no la veía entre la multitud. Lo más probable es que estuviera escondida en algún rincón, lejos de la multitud. Y cuando la encontrara entre las sombras, disfrutaría de ese momento con tanto placer que ya podía saborear su beso.

Diana.

Su nombre estaba grabado en su alma, y cada sílaba sabía dulce en su lengua. Esta noche cazaría a su astuta cazadora. Se descubrió a sí mismo ocultando una sonrisa ante la variedad de apelativos cariñosos que había conseguido ponerle a esta mujer en tan poco tiempo. *Dragona de fuego, ladronzuela, estrella* y ahora *cazadora*. Ella era todo eso para él, una fascinante mezcla de cualidades que le hacían querer saber más sobre ella.

Había un hecho que le rondaba por la cabeza y que le dificultaba pensar en otra cosa. Ella había estado tan cerca todo este tiempo. Sólo una propiedad los había separado, y él nunca lo había sabido. ¿Cómo no la había visto antes en ningún baile o cena?

Ashton se acercó a Rafe cerca de la mesa de refrescos y se aclaró la garganta.

—Rafe, la señorita Coventry está lista para un baile. Hazle un favor a la joven, ¿quieres?

Rafe lanzó una mirada maliciosa a Ashton, y luego esbozó una agradable sonrisa. Se dirigió hacia una educada joven de brillante cabello rojizo anaranjado quien. Según había averiguado, era Amelia Coventry. Ella estuvo a punto de desmayarse cuando la invitó a bailar, pero la valiente joven aceptó y se dirigieron a la pista.

Entabló conversación con ella y descubrió que no era tan horrible como esperaba. La chica no era tan lista ni tan obstinada como Rachel Merton, pero era una criatura dulce. Un grupo de jóvenes lo había estado observando con interés, pero Rafe estaba acostumbrado a que lo observaran así. Los hombres más jóvenes querían emular su naturaleza temeraria. Tal vez ésta era una de esas ocasiones en las que podía utilizar su reputación para el bien y no para la maldad. Sintiéndose caritativo, se inclinó una vez terminado el baile e hizo un comentario audible sobre

lo agradable que era bailar con ella y que era justo el tipo de mujer que tentaba a un hombre de la mejor manera.

Sonrió mientras dos jóvenes discutían sobre quién sacaría a bailar después a la señorita Coventry. Cuando terminó el último de sus bailes obligatorios, captó la mirada de Ashton a poca distancia y levantó ocho dedos, cuatro en cada mano, moviéndolos de forma burlona. Ashton puso los ojos en blanco y, con un exagerado gesto de la mano, dio su renuente consentimiento para que Rafe se marchara.

Pero aún no estaba listo para irse. Recorrió la sala, buscando en cada rincón, en cada recoveco, y una vez, cuando nadie miraba, se asomó discretamente bajo el mantel de la mesa de los refrigerios. No había rastro de Diana. Frunció el ceño y se escabulló a continuación a los jardines, registrando las serpenteantes hileras de setos y molestando a algunas parejas sorprendidas en escandalosos abrazos. Diana seguía sin aparecer. Como un zorro astuto, había vuelto a escaparse.

Se detuvo frente a la entrada del salón de baile y permaneció allí un momento, observando a los bailarines mientras consideraba sus opciones. Ella vivía cerca. Podía coger un carruaje hasta su casa y luego cabalgar hasta la finca de Diana. Sí, eso es lo que haría.

Volvió al frente de la casa e hizo que trajeran el carruaje de los Lennox. Informó al conductor de que, después de que hubiera llevado a Rafe a casa, debería regresar a la casa Merton para recoger a Ashton y Rosalind.

Rafe se acomodó en los cojines del carruaje, finamente decorado, y se permitió soñar despierto sobre cómo sorprendería a Diana esta noche. Tres semanas era simplemente demasiado tiempo para tener que esperar sin ella entre sus brazos.

Diana, mi ladronzuela.

Por primera vez en una eternidad, sintió un hálito de esperanza en el pecho. Pero no se atrevió a mirar demasiado de cerca lo que esa esperanza podría significar.



DIANA ESTABA MUERTA CUANDO POR FIN LLEGÓ A CASA. HABÍA TARDADO UNA HORA CAMINANDO desde la casa de los Merton. Podría haberle pedido a Rachel que le prestara uno de los carruajes de los Merton, pero despreciaba tener que depender tanto de los demás. A su familia le daría un ataque cuando supieran que había vuelto a casa a oscuras, pero ella disfrutaba de la tranquilidad y la soledad de un buen paseo. Además, la fresca noche de otoño le había ayudado a despejarse.

La introducción con Rosalind Lennox había ido muy bien y la vería mañana por la tarde para tomar el té. Las cosas iban bien, pero no era tan tonta como para permitirse la autocomplacencia. Lady Lennox podía ayudarla a aumentar sus ingresos, pero sólo si tenía dinero para empezar.

Dentro de unos días habría otra luna llena, y sería una buena noche para llevar a cabo un segundo asalto a algunos carruajes de paso. Lo había estado pensando bastante. Necesitaban a alguien que pudiera quedarse en las posadas ciertas noches y que les avisara de los carruajes que debían atacar. La última vez habían tenido suerte, pero esta vez necesitaban un plan bien definido.

Volvió a entrar en la casa por la puerta cubierta de un paño verde de la entrada de servicio, en la parte trasera de la casa, donde encontró al señor Peele esperándola. Había insistido en que ningún miembro del personal esperara a que ella regresara a casa y que todos debían irse a la cama, ya que siempre había mucho trabajo que hacer con tan poco personal. Pero, como siempre, su mayordomo nunca se iba a dormir a menos que supiera que ella había vuelto sana y salva a la casa.

—¿Qué tal el baile? —preguntó él.

—Bien, bastante bien. Parece cansado, señor Peele, por favor suba a la cama. Voy a buscar algo de comer a la cocina.

Él intentó reprimir un bostezo y la saludó con la cabeza antes de dejarla sola.

Ella se detuvo en la cocina para robar unas galletas y un vaso de leche fría. Parches de luz de luna se colaban por las ventanas mientras ella se apoyaba en una de las encimeras de la cocina, su mente ahora felizmente tranquila y su cuerpo maravillosamente cansado. No se había dado cuenta de lo ansiosa que se había vuelto desde que había comenzado su plan para convertirse en bandolera. Había saldado sus deudas, sí, pero sin una orientación financiera adecuada temía tener que recurrir al robo para siempre. El peligro que representaba la aterrorizaba. Pero ahora, con la ayuda de Rosalind, las cosas estaban encajando y los pensamientos acelerados de su mente preocupada habían empezado a calmarse.

Después de terminar su refrigerio de medianoche, subió las escaleras del servicio hasta la planta principal de su casa. No había movimiento y no había luces encendidas, pero conocía el camino a su alcoba con los ojos vendados. Una vez allí, abrió la puerta y cogió la vela de la mesita que había junto a la cama. Encendió el junco y lo colocó en ángulo en un soporte de plata antes de engancharla firmemente en su sitio. Si la dejaba encendida hasta que se gastara, le daría una hora de luz, más o menos, y no gastaría sus preciadas velas. A continuación, se desató el pelo y lo dejó caer suelto por los hombros y la espalda. Con las horquillas ordenadas sobre la mesa, se quitó los enredos con los dedos y, con un suspiro, se volvió hacia la cama.

Diana ahogó un grito y se tapó la boca con una mano.

Un hombre estaba sentado en la silla al otro lado de su alcoba, apuntándola con una pistola. Por un momento, pensó que no era más que una sombra, un producto de su mente cansada. Pero era real. Su rostro estaba cubierto por una máscara de dominó, pero la luz de la luna iluminaba su pálido cabello, haciéndola reconocer al instante de quién se trataba.

Tyburn.

Se sentó en la silla como si hubiera estado allí durante horas, esperando pacientemente su regreso.

—Buenas noches, muchacha —su acento escocés sonó como un trueno suave y distante. Siempre le habían gustado las tormentas, sobre todo en verano, cuando podía acostarse en un prado y escuchar el suave retumbar de los truenos a varios kilómetros de distancia y ver cómo las láminas de lluvia cubrían el campo con cortinas grises mientras la tormenta se dirigía hacia ella.

Menos mal que no había gritado. Lo último que quería era traer a todo el servicio a su alcoba. Tyburn necesitaba ser manejado con suma discreción.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto, tratando de endurecer su tono.

—Visitándote, por supuesto. ¿O es que has olvidado que la última vez que nos vimos podríamos haber hecho un bebé? Se suponía que me dejarías acompañarte a casa para que supiera dónde encontrarte dentro de dos meses —su tono resonó con el de ella, en un choque de acero, como las espadas de dos esgrimistas al encontrarse, generando chispas en el aire.

—No lo había olvidado, pero no te preocupes: mi periodo llegó la semana pasada. No hay ningún bebé por el que preocuparse.

—*Oh* —pronunció la palabra en voz tan baja que ella creyó que él *deseaba* que estuviera embarazada. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué haría un bandolero con un bebé? Seguramente era mejor para ambos que ella no estuviera encinta.

—Bueno, dado que no estoy esperando un bebé, no tienes ninguna razón para estar aquí. Deberías irte. Y por cierto, ¿cómo has averiguado dónde vivo?

Él sonrió en la oscuridad.

—Sería un ladrón miserable si no pudiera encontrar lo que más desesperadamente busco.

—Deseo acostarme, *sola*. Así que, por favor, vete —pero la mentira le supo amarga en la lengua. No quería estar sola, no quería echar de su alcoba al único hombre por el que había sentido algo. Pero tenía que hacerlo. Si no mencionaba el dinero robado, tal vez él no le preguntaría. Era una débil esperanza desear que él y sus compañeros se hubieran culpado mutuamente por el dinero desaparecido, pero ella sabía que Tyburn no era tonto.

La dureza volvió a su tono.

—No lo creo, muchacha. Aún tenemos *mucho* que discutir antes de que pueda marcharme.

—Desde luego que no —argumentó ella, aunque se le formó un nudo en el estómago.

A él se le escapó una risita suave y siniestra.

—Oh, claro que sí, ya sabes. Me quitaste algo cuando te fuiste y debo recuperarlo.

Diana frunció los labios, pero se negó a admitir lo que había hecho.

—Devuélvemelo, muchacha, todo, y no tendrás que temer esto —movió ligeramente la pistola, recordándole que estaba armado. Ella lo había olvidado. Se había sentido sorprendida, encantada y luego consternada al verle así, y la existencia de aquella pistola se le había olvidado por completo.

Realmente he sido una tonta, pensó. Había albergado sueños románticos tan tontos sobre su única noche juntos que se había olvidado de quién era él en realidad. Claro que a le interesaba más el dinero. Tyburn se incorporó lentamente, una sutil tensión llenando las delgadas líneas de

su cuerpo mientras la estudiaba.

—No me digas que te lo has gastado, muchacha. ¿En qué? ¿Vestidos, joyas, una montura nueva para mi caballo que robaste?

Ante aquella acusación, Diana se estremeció. Ahora no era sólo una ladrona, también era una ladrona de caballos, algo que la llevaría a la horca dos veces. Desde luego, no le gustaba que pensara que era tan tonta como para gastar dinero en cosas finas cuando su supervivencia estaba en juego. No es que se atrevería a decírselo, al menos voluntariamente.

—No le hablé a nadie de ti, y tampoco llevé a las autoridades hasta tu cabaña. Creo que está bastante claro que no tienes nada que temer de mí —ella esperaba que el cambio de tema lo distrajera. Pero no fue así.

—Por supuesto que no se lo dijiste a nadie, porque entonces tendrías que entregar mi botín a las autoridades, para que no te tacharan de ladrona. Te lo preguntaré otra vez, ¿*dónde* está el dinero?

Diana puso las manos en las caderas.

—*Se ha ido*. Todo se ha ido —a pesar de la penumbra de la habitación, le pareció ver sus ojos entrecerrarse bajo la máscara que llevaba.

—¿Se ha ido?

—Sí. Utilicé cada chelín para pagar deudas. No tengo nada… —se atragantó con las palabras que estaba a punto de decir—. *No tengo nada más que darte* —en lugar de eso, le dio la espalda —. Te dejé lo único de valor que tenía como intercambio.

¿Había vendido el collar de su madre? La perla de agua dulce era lo único de valor monetario que le quedaba de su madre. Nunca le había mentido sobre eso. Se giró al oír el crujido de la silla y vio que él se retiraba la manga del abrigo negro para mostrarle la muñeca y el collar de perlas que la rodeaba. Su corazón dio un vuelco salvaje y traicionero al saber que él no había regalado algo tan preciado para ella. ¿Era por lo que sentía o simplemente quería burlarse de ella?

Se giró hacia él, levantando la barbilla.

—Me temo que no puedo darte nada más.

El diablo sonrió.

—Ah, pero sí puedes. Tienes en tu poder la piel más suave que jamás he tocado, los labios más dulces que jamás he besado, y eso vale más para mí que todas las riquezas que robaste.

Una oleada de calor le recorrió el vientre y pronto se extendió por el resto de su cuerpo. Sus palabras eran escandalosas, sus intenciones ruinosas, pero que Dios la ayudara, estaba cayendo bajo su hechizo por segunda vez.

Tyburn se inclinó hacia delante, su mirada penetrante, y su pistola se balanceo ligeramente mientras le hacia un gesto.

—Quítate el vestido.

—¿Qué? No…

—Me robaste todo lo que tenía y me abandonaste mientras aún dormía, ¿y ahora no me

ofreces ni siquiera esta pequeña recompensa? Me hieres, pequeña dragona de fuego. Y sí, también pareces olvidar quién sostiene la pistola. Desnúdate, muchacha. *Ahora* —la profunda autoridad en su voz hizo algo en ella y ya no pudo resistirse. Con manos temblorosas, abrió la abertura oculta de la parte delantera del vestido para desabrochar los cordones y dejó caer la prenda al suelo. Se abrazó a sí misma, aunque seguía llevando la ropa interior.

Tyburn soltó un silbido y se acomodó en la silla. Ella notó el bulto en sus pantalones y recordó lo grande y gruesa que había sido su polla. El calor la recorrió como si de repente hubiera estado bajo la luz del sol.

—Ahora el resto —su voz fue casi suave mientras le hacía señas con la pistola para que continuara.

Con un arrebato de rabia y deseo a partes iguales, se quitó las enaguas y las zapatillas, luego las medias y finalmente el corsé.

—Y la camisola, muchacha. Te quiero desnuda ante mi mirada hambrienta —su voz había perdido parte de su suavidad y ahora era áspera, como si estuviera perdiendo el control. Bien. Quería torturarlo todo lo que pudiera como una pequeña forma de venganza.

Tiró de los cordones que le rodeaban los pechos y dejó que la camisola se abriera a la altura de su cuello antes de quitársela. El aire de la noche recorría su piel desnuda como una caricia fantasmal, pero no refrescaba su carne acalorada ni calmaba el fuego de su vientre. Tyburn la estudió como un hombre desesperado por encontrar agua frente a un río helado de las Tierras Altas.

—Ven aquí —señaló un lugar justo delante de él. Ella caminó hacia él, completamente desnuda. Tyburn se desabrochó el collar de la muñeca y se lo tendió.

—Ponte esto. Quiero que lo lleves puesto mientras te folle.

Sus muslos se apretaron cuando sus palabras pintaron una imagen salvaje y erótica en su mente. Tyburn posado sobre ella, aún vestido, mientras ella yacía postrada bajo él, un sensual sacrificio al dios del inframundo, con el collar de su madre en la garganta como única protección contra la furiosa lujuria del dios.

Tyburn la contempló un largo momento, su mirada era como una caricia tangible. Abrió un poco las piernas y se palmeó el muslo con la mano que tenía libre.

—Siéntate aquí.

Diana se habría irritado ante tal orden, pues no era una spaniel adiestrada, pero sentía deseos de tocarlo. Con no poca vergüenza, se dejó caer sobre su regazo. El suave cuero negro bajo sus muslos era suave y cálido, y de algún modo muy erótico. Su cuerpo estaba duro de una forma que la mareaba deliciosamente, sabiendo que él podía dirigir toda esa fuerza a complacerla y a obtener su propio placer de ella. Contuvo un gemido cuando empezó a palpitar por un deseo prohibido.

Él la cogió por la cintura y ella oyó cómo la pistola caía al suelo alfombrado mientras él le acariciaba la nuca. Con un gruñido desesperado, tiró de ella hacia abajo. Sus labios se llenaron

de furia al apoderarse de su boca. Ella jadeó sorprendida por el sabor de su furia sensual, pero cuando su lengua se deslizó entre sus labios sobresaltados, él suavizó su ataque erótico. Ella le devolvió el beso, hambrienta de lo que pudiera obtener de él. Hundió los dedos en su pelo. Cuando Diana tocó las cintas negras que sujetaban su máscara, él se apartó de un tirón.

—No, muchacha, *no* —dijo con firmeza, aunque le faltaba el aire.

—Pero…

—Es por tu seguridad. No se te pueden obligar a contar lo que has visto si nunca me has visto.

—¿Es ésa la verdadera razón? —preguntó ella. Su cabello era espeso y sedoso al tacto, y ella temblaba por el deseo de verlo bañado por la luz del sol. Seguramente brillaría como un halo—. ¿Tienes cicatrices?

—¿Cicatrices? Sí, pero las cicatrices están dentro. Tengo una feroz belleza angelical que te haría llorar al verme.

Diana resopló, estaba claro que se estaba burlando de ella.

—Así que eres tan común como yo en apariencia, entonces —no le importaba si él tenía cicatrices o un aspecto común. El misterio de su aspecto le importaba poco. Lo que le importaba era lo que decía, lo que hacía y cómo sus besos la hacían sentir que podía respirar de nuevo.

La mano de él en su nuca se movió para deslizarse en su pelo suelto, y ella se preguntó si él estaba poseído por la misma necesidad desesperada de tocarla, de crear recuerdos frescos de los momentos que podían robar en el santuario del crepúsculo.

—Eres lo más alejado de lo común, muchacha. Nunca he visto tanta belleza como cuando te miro.

Diana quiso reprocharle sus falsos halagos, pero su tono fue honesto, y contenía un atisbo de veneración hacia ella que la hizo temblar de nuevo.

—No soy una belleza. No me comparo con otras damas.

—Muchacha —gimió exasperado y divertido—, si pudieras verte como yo, nunca dudarías de ti misma. *Brillas* —inspiró—. Como una estrella lejana, tan fuera del alcance de un mortal. Me pregunto cómo debe ser brillar para siempre en la oscuridad, arder sin cesar, dando a un pobre desgraciado como yo la luz para encontrar el camino a casa.

Sus palabras contenían una intensidad que hizo que su corazón se expandiera, llenándolo de tal calidez que realmente *dolía*. Nunca había imaginado que alguien la viera así. Lo que él veía de ella era una versión de sí misma que no estaba cansada, que no había sido abatida y aplastada por la vida. Sus palabras le dieron fuerzas. Le dio lo que más necesitaba, pero no se atrevió a ponerle nombre. Había venido aquí esta noche por ella, la había localizado, y sí, había llevado una pistola y preguntado por el dinero, pero todo eso no era más que una misión secundaria para él. Eso estaba claro por el desesperado anhelo de sus labios y sus ojos. Si acaso era realmente una estrella, sentía que brillaba lo suficiente como para iluminar la más oscura de las noches.

—Bésame, estrella, antes de que me pierda en la oscuridad —susurró.

Ella se inclinó hacia él, entregándole su boca, dejando que le enseñara todas las formas en que un beso podía tejer nuevos sueños sobre rayos de luz estelar. Después de lo que parecieron siglos cubiertos de polvo de estrellas, sus labios se separaron y él apoyó la frente en la de ella. Ella cerró los ojos y apretó y soltó los dedos en los pliegues de las mangas de la camisa de él mientras intentaba tranquilizarse. Toda la tierra se había movido bajo ella. Nada volvería a ser igual ahora que conocía el beso de este hombre.

Diana nunca hubiera imaginado que un beso tendría el poder de hacer que su alma se mareara tan maravillosamente. Volvía a ser una niña, dando vueltas en un prado, cada vez más deprisa, y de repente cayendo sobre la hierba para quedarse quieta mientras el cielo giraba sobre ella.

—Dios mío, eres magnífica —murmuró Tyburn entre beso y beso. Su boca bajó por su garganta, luego por su clavícula y, por último, por sus sensibles pechos. Acarició uno de ellos, besándolo hasta la cima antes de llevarse el pezón a la boca y chuparlo. Unas dulces oleadas de deseo la recorrieron desde sus pechos hasta su vientre, y ella gimió en la oscuridad. En algún lugar lejano de su mente, era consciente de la locura que suponía estar desnuda en el regazo de un bandolero mientras él le chupaba el pecho. Nunca había soñado que se sentiría tan deseosa o tan libre.

—Por favor… —suplicó cuando la boca de él se dirigió al otro pecho, prestando la misma atención al otro pezón.

Volvió a subir hasta su boca, haciéndola perder la cabeza de nuevo. Ella jadeó cuando él se levantó de la silla, llevándola consigo. La colocó sobre la cama y siguió hacia abajo con su boca aún hambrienta e insistente. Ella se abrió a él, gimiendo mientras él bajaba por su cuerpo, sus labios dejando un rastro de dulce fuego antes de saborearla entre los muslos. Sus palmas mantuvieron sus rodillas abiertas mientras sus hombros se acomodaban entre ellas y él lamía y mordisqueaba todos aquellos lugares prohibidos.

Diana se sintió atesorada, deseada, incluso cuidada de una forma que sólo tenía sentido a un nivel íntimo e instintivo.

—Tyburn… —susurró su nombre mientras se derrumbaba bajo él, llegando a un clímax rápido y agudo. Quería llorar, sabiendo que este momento con él terminaría demasiado pronto. Y la abandonaría una vez más.

Tyburn la calmó mientras se incorporaba.

—Shhh… Todavía no me iré, muchacha.

Diana le cogió la muñeca, aferrándose desesperadamente a él, temerosa aún de que aquel príncipe de la luz de la luna desapareciera ante sus ojos y se despertara de un sueño, añorándolo.

—Muchacha… —la emoción se apoderó de aquel cariñoso gesto, como si él comprendiera demasiado bien lo que ella temía—. Estoy *aquí*, no es un sueño.

Ella le soltó la muñeca y le dio un gesto de ánimo. Ninguno de los dos podía dar marcha atrás. Algún día tendría el valor suficiente para decirle lo que necesitaba de él.

Tyburn se desabrochó los pantalones y se liberó.

—Prometo no dejarte, muchacha, no en mucho tiempo —prometió mientras la montaba y la penetraba con una embestida que hizo que ambos compartieran un gemido de satisfacción. Ella estaba mojada, y sus paredes internas aún apretadas por el orgasmo anterior, lo que la hacía aún más sensible mientras él la reclamaba ahora.

Ella echó la cabeza hacia atrás, retorciéndose de placer cuando él se retiró y volvió a penetrarla. Le dio mordiscos juguetones en la garganta, la barbilla y el lóbulo de la oreja antes de sujetarle las muñecas a la cama por encima de la cabeza. El colgante de perlas de su cuello parecía contener la mismísima luz de las estrellas de su alma.

Le hizo el amor con una desesperación casi cruel, como si cuanto más se hundiera en ella, más se convertirían en un solo ser en lugar de dos. Ella quería eso, sentir que compartían un mismo corazón palpitante, un alma tan llena la una de la otra que ninguna soledad pudiera volver a herir a ninguno de los dos.

Susurraba cosas esperanzadoras, tontas y románticas en la oscuridad a ese hombre cuyo verdadero nombre desconocía mientras él la llevaba a tales alturas de tal gozo que supo que nunca desearía a otro hombre tanto como lo deseaba a él.

Tyburn embestía contra ella como si durando sólo unos segundos más pudiera borrar tanto el pasado como el futuro y capturar este momento entre ellos para siempre, y Diana sentía todo eso. Era como si ella pudiera leerle la mente, tal era su conexión. Sus labios se juntaron y ella juró que él susurró: “Te amo, mi pequeña estrella” justo antes de que ella se corriera con un grito que él se tragó con un tierno beso.

El calor floreció en lo más profundo de su ser y Diana apretó las piernas alrededor de las caderas de él, estrechándolo contra ella, desesperada por hacer lo que no habían conseguido la última vez.

Que de esta noche surja una vida. Dirigió una plegaria silenciosa a las lejanas estrellas y luego se quedó sin fuerzas, sintiéndose exhausta.

Tyburn le acarició la mejilla y le dio un suave beso antes de quitarse de encima. Haciendo uso de sus últimas fuerzas, ella luchó por cogerle del brazo.

—Por favor, no te vayas… *por favor.*

—Sólo voy a cerrar la puerta, muchacha. No quiero que tus criados me encuentren aquí al amanecer.

Se bajó de la cama y cruzó la alcoba para cerrar la puerta. Luego volvió a la cama y la metió bajo las sábanas. Ella lo miró con los ojos entornados mientras él se quitaba la ropa y se acomodaba a su lado. Con una risita, tiró de ella y la arropó contra su costado, moviéndola hasta que tuvo una postura cómoda acurrucada a su lado, encajando perfectamente. Quería quedarse así para siempre.

Ella quería preguntarle cómo la había encontrado y qué pasaría mañana, pero estar en sus brazos ahora mismo era un alivio y una alegría tan serena que esas preguntas ya no parecían importantes. Rápidamente se quedó dormida.



RAFE ABRAZÓ A DIANA, NEGÁNDOSE A MOVERSE O A RESPIRAR PARA NO DESPERTARLA. LA DÉBIL luz de la luna hacía brillar la perla de su collar como una gota de rocío del reino de las hadas. El poder que esta mujer ejercía sobre él era antinatural. Tal vez fuera un hada, una princesa de los jardines de los seelie de los cuentos que siempre le contaba a Isla antes de dormir.

—Oh, princesa hermosa, dame tu corona de laurel y enséñame el camino del amor inmortal —le murmuró al oído. Se había olvidado, por el momento, de utilizar el acento escocés de Tyburn, pero ella estaba demasiado dormida para oírlo. Acarició los mechones de cabello oscuro que danzaban por sus mejillas, y algo en su interior pareció despertar brasas apagadas hacía mucho tiempo en su corazón—. Diana… —susurró su nombre. El mero sonido parecía arrojar nuevas chispas de anhelo y deseo a aquellas brasas, provocándolas hasta hacerlas arder.

Esta hermosa, inteligente, ingeniosa y valiente diablesa que se atrevía a lanzar fuego contra un malvado bandolero era también una criatura tan frágil que dudaba de su propia fuerza y belleza asombrosas. No tenía sentido. La luz que había en ella era tan brillante que anulaba la oscuridad que había en él.

Había realizado una docena de fantasías que había tenido con ella esta noche, pero aún tenía mil más. Podría acostarse con esta mujer para siempre y aun así no sería suficiente. Habría dado su alma por un regalo así. Pero, por desgracia, era demasiado consciente de lo mortal que era y de que no tendría una vida eterna con ella. Pero juró apreciar cada segundo que la vida le diera con esta mujer.

Mi Diana.

Rafe dormitaba ligeramente, demasiado asustado por la llegada del amanecer como para entregarse por completo al sueño. Cuando por fin supo que no podía esperar más, la dejó en la cama, acurrucada cálidamente bajo las sábanas. Le dio un beso en los labios, le quitó el collar de perlas del cuello y se lo volvió a atar a la muñeca. Ella le había dado ese trozo de sí misma y él nunca se desprendería de él.

No le dio tanta importancia al dinero que ella le había robado. Robaría más para él y para Isla. Porque había visto su rostro cuando habló de sus deudas, y había visto la vergüenza y el miedo que le había causado no tener dinero. Lo último que Rafe haría sería presionarla para conseguirlo, no cuando estaba tan claro que ella realmente lo necesitaba, quizás mucho más que él. Incluso dejó el caballo que ella había cogido aquella mañana de los establos. Después de todo, tenía algunos más. ¿Qué importaba dejar uno al cuidado de Diana?

En realidad, venir aquí esta noche, encontrar dónde vivía, encontrarla a ella, era lo único que importaba, no el dinero. Había necesitado verla, besarla, comprobar si el fuego entre ellos no había ardido sólo durante una noche, y ahora tenía su respuesta. Ella estaba en su sangre, en su

alma, llenando cada parte de él de asombro y anhelo. No había imaginado nada fantástico sobre lo que había sucedido entre ellos hacía un mes; todo lo que había sentido aquella noche era tan cierto como lo que sentía *esta* noche.

Mientras se escabullía por la ventana y se deslizaba por el enrejado cubierto de enredaderas que había bajo su ventana, se sintió como un Romeo tonto, pero no podía dejar de sonreír. Encontró su caballo pastando en el campo donde lo había dejado, se subió a la silla y cabalgó hacia su casa.

CAPÍTULO 10



Diana nunca había estado en casa de la familia Lennox. En todos los años que habían sido vecinos, ninguna de las dos familias había compartido nunca una comida o asistido a un baile en casa de la otra. Las muertes del anterior lord Lennox y de la madre de Diana habían causado mucho dolor a ambas familias. Ella y su padre se habían encerrado en sí mismos después de la muerte de su madre y de que Eleanor huyera para casarse. Tal vez había ocurrido lo mismo con la familia Lennox.

Sabía que la madre del actual lord Lennox se entretenía en Londres, pero el propio Lennox mantenía su finca bastante tranquila en lo que se refería a bailes y fiestas. Era como si los Fox y los Lennox… se hubieran *olvidado* el uno del otro.

Ahora, Diana tuvo la oportunidad de contemplar la casa de los Lennox con otros ojos. El césped estaba bien cuidado, las flores perfectamente plantadas y los setos recortados en maravillosos diseños. Era el aspecto que tenía Foxglove antes de la muerte de su madre. Aunque ella trabajaba tan duro como el resto de su personal, lo mejor que podía hacer era evitar que sus terrenos parecieran un caos. Esta finca, en cambio, le cantaba directamente al alma. Esa punzada de añoranza por el pasado se clavó en su corazón, pero no podía entrar en el mundo del espejo de sus sueños y volver a estar con su familia. El único camino ahora era hacia delante.

Se bajó del lomo del caballo antes de que el mozo de cuadra saliera a su encuentro.

—Mis disculpas, señorita —jadeó al llegar y coger las riendas. Prácticamente había corrido hacia ella en cuanto la vio, pero estaba tan acostumbrada a desmontar sola que había olvidado que se esperaba que alguien la ayudara.

—No, yo lo siento. Tenía tanta prisa por entrar —acarició el cuello de su caballo antes de dejar que el mozo de cuadra se lo llevara.

El mayordomo la guio dentro de la casa. Respiró hondo para calmar los nervios. Había pedido a la señora Ripley que le preparara su mejor vestido de día, el cual era uno de muselina de un delicado color rosa con flores bordadas en las mangas, el dobladillo y el corpiño. La señora Ripley había disimulado hábilmente el desgaste del vestido añadiendo adornos como abejas y colibríes a lo largo de las mangas, allí donde la tela se había desgastado.

Diana apartó la vergüenza y levantó la barbilla. Era digna de estar en aquella hermosa casa,

con sus muebles nuevos, sus tapices caros y sus estatuas de mármol. Su mirada recorrió la entrada, despertando su curiosidad. Había oído que lord Lennox era un hombre frío, pero esta casa no tenía nada de frialdad. A pesar de la delicadeza de todo lo que la rodeaba, seguía pareciéndole cálida y acogedora.

Tal vez se debiera a la presencia de Rosalind. Lennox había sido intenso, pero al mismo tiempo muy amable y comprensivo cuando lo conoció en el baile de la noche anterior. Si alguno de ellos se fijaba en su vestido viejo y desgastado, no creía que la juzgaran con demasiada severidad. Al fin y al cabo, Rosalind había extendido esta invitación y era muy consciente de la situación de Diana después de lo de anoche.

Diana fue acompañada a un salón decorado con colores vivos y la dejada sola mientras el mayordomo iba a buscar a su ama. Un alto retrato de Lennox y su esposa colgaba de la pared frente a ella, con aquellos ojos azules centelleantes, que tanto le recordaban al par de ojos con los que había empezado a soñar todas las noches. Le recordó cómo se había despertado y descubierto que Tyburn se había ido esta mañana… y que él se había llevado su collar. Se llevó la mano a la garganta, acariciando con los dedos la piel desnuda. De repente, sintió el calor y el picor del vestido contra su sensible piel, que anhelaba ser tocada por las manos de Tyburn en lugar de por la tela.

Se ruborizo al recordar lo que había sentido al hacer el amor de forma tan deliberada con Tyburn la noche anterior, y cómo había dormido mucho mejor en sus brazos de lo que había dormido en años. Se había sentido liberada de una forma que nunca creyó posible. Había hecho cosas que habrían sonrojado a las cortesanas más experimentadas, pero no se arrepintió ni un momento. Se había mostrado vulnerable de mil maneras la noche anterior y había estado tan ansiosa por complacerlo y satisfacerse a sí misma, pero la experiencia había sido más que física. Anoche se habían *necesitado* el uno al otro, abrazados en la oscuridad, con las extremidades entrelazadas y la respiración entremezclada mientras compartían su cama.

Cuando su mano cruzó la cama y sólo encontró una almohada fría, una parte de su corazón se encogió. ¿Siempre iba a echar de menos a aquel misterioso desconocido con un dolor tan profundo? Se frotó los brazos y lamentó no haber traído un chal. Esperaba que sus mangas largas fueran suficientes si el tiempo se volvía más frío.

Miró por las altas ventanas, dejando que la luz del sol la calentara mientras se preguntaba qué estaría haciendo Tyburn ahora. ¿Estaría durmiendo después del largo viaje de vuelta a su nuevo escondite? Seguramente él y sus amigos habrían abandonado el pabellón de caza, lo que significaba que estaba apoyando la cabeza en otra almohada.

Pero no en la mía.

Mientras contemplaba el césped verde oscuro, sintió un extraño cosquilleo en la nuca, como si la estuvieran observando. El mayordomo había dejado abierta la puerta del salón al salir, pero ella no vio a nadie. Sin embargo, la sensación de ser observada no la había abandonado. Con cuidado de no asustar a su vigilante invisible, se apartó de la ventana y se acercó a las estanterías

de libros situadas contra una pared, fingiendo estudiar los títulos.

Un suave golpe sonó detrás de ella. Miró por encima de su hombro y ocultó una sonrisa al ver que una cabecita adornada con rizos rojizos se agachaba detrás del sofá. Era una niña. Diana fingió terminar de examinar los libros y se dirigió hacia el sofá. Se sentó, se arregló las faldas y soltó un sonoro suspiro dramático.

—Qué *pena* no tener a *nadie* con quien hablar mientras espero.

Se oyó otro golpe justo detrás de ella y una vocecita susurró:

—Señora Crumpet, dice que quiere hablar con alguien —la voz era escocesa y absolutamente adorable. Diana se mordió el labio, conteniendo una risita. Esperó pacientemente hasta que, por el rabillo del ojo, vislumbró la cabeza de una muñeca de porcelana que se alzaba detrás del sofá, justo por encima del hombro de Diana, como si la estuviera mirando. Luego, la muñeca desapareció de su vista.

—¿Qué ha visto, señora Crumpet? —preguntó la vocecita—. ¿Es una dama simpática?

Más silencio.

Diana no pudo ocultar la sonrisa esta vez. La niña estaba conversando con su muñeca.

—Estoy segura de que la señora Crumpet te diría que soy muy simpática —dijo Diana al respaldo del sofá.

—¿Has oído eso? —susurró la niña a su muñeca.

—Si sales, estaré encantada de hablar contigo —Diana se inclinó sobre el respaldo del sofá justo cuando la niña se levantaba. Se quedó paralizada ante la niña más hermosa que había visto en su vida. Sus solemnes ojos azules despertaron algo en lo más profundo de ella, algo que le oprimió el pecho con un dolor y un amor que no podía comprender.

—¿Está aquí para ver al tío Ash? —preguntó la niña.

—¿Tío Ash? —Rosalind tenía tres apuestos hermanos, y todos ellos estaban casados. Este angelito debía de ser de uno de ellos. Le ofreció la mano a la niña—. Soy Diana.

La niña la miró fijamente antes de cogerla con una fuerza sorprendente.

—Yo soy Isla.

Diana la estrechó suavemente.

—Isla, es un placer conocerte. ¿Ella es tu amiga? —la niña miró a su muñeca y asintió—. ¿Me la presentas?

Isla sonrió a Diana y mostró su muñeca con orgullo.

—Ella es la señora Crumpet. Es una dama refinada… ¡una duquesa!

—¿Una duquesa? Vaya, vaya. ¡Así que estamos en presencia de una dama del reino! Es un placer conocerla, su gracia —inclinó la cabeza respetuosamente ante la muñeca.

—¿Su gracia? —repitió confundida la niña.

—Ah, sí. Cuando conozcas a un duque o a una duquesa, debes dirigirte a ellos como *su gracia*.

Isla rodeó el sofá y se sentó junto a Diana, colocando la muñeca en su regazo.

—¿Has oído eso? —le dijo a su muñeca con asombro—. ¡Su gracia!

Diana se acercó a la muñeca y acomodó el vestido azul en su sitio.

—Y veo que está vestida para un baile.

Isla asintió y miró tímidamente a Diana. Algo se agitó dentro de ella con un anhelo tan potente que se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Usted asiste a bailes? —preguntó la niña.

—Sí, a veces —respondió. Se quedó mirando el rostro de la niña, preguntándose por qué esta chiquilla le oprimía tanto el corazón. Era una criaturita encantadora. ¿Por qué estaba en esta habitación y no jugando con otros niños?—. ¿Tienes hermanos?

Isla negó con la cabeza.

—Sólo estoy yo.

—Oh, bueno, yo también estoy solo —no habló de su hermana ni de sus padres. No quería agobiar a la niña hablando de pérdida y dolor. Diana se sentía hija única en muchos sentidos. Los recuerdos que tenía de su hermana mayor, incluso de sus padres, se habían convertido en los últimos años en una especie de sueño muy triste, más que en una realidad.

Isla le sonrió.

—Quizá podamos estar juntas. Tú, yo, la señora Crumpet y papá.

—¿Tu mamá no?

Isla suspiró profundamente para ser tan pequeña.

—Murió.

—Oh… Lo siento mucho… —Diana puso un brazo alrededor de los hombros de la niña. ¿Un hermano de Rosalind había perdido a su mujer? No podía haber sido hacía tanto tiempo, y aún debía de ser un tema terriblemente doloroso. Sería mejor no mencionarlo a menos que Rosalind lo hiciera primero.

Rosalind entró en la habitación en ese preciso momento.

—¡Oh, Diana! Siento mucho el retraso —luego vio a la niña y sonrió—. Ah. Ya veo que has conocido a Isla.

—Y a su gracia, la señora Crumpet —Diana le guiñó un ojo a Rosalind, y las dos mujeres compartieron una sonrisa cómplice.

—Bueno, Isla, me temo que Diana y yo debemos hablar de cosas de negocios muy aburridas. ¿Por qué no vas a despertar a tu padre? Ya ha dormido la mitad del día. Luego puedes volver a bajar y tomar el té con nosotras si quieres.

Isla abrazó a su muñeca y se bajó del sofá. Salió corriendo de la habitación con un chillido de felicidad.

—Espero que no te haya importado entretenerla. Aquí no tenemos más niños que mi pequeño Malcolm, pero sólo tiene seis meses. Así que la pobre Isla acaba corriendo sola por toda la casa.

—Es una niña muy dulce. No me importó en absoluto.

Rosalind entró directamente en materia.

—Ahora, cuéntame en qué quieres invertir y cuáles son tus objetivos fiscales. Seguro que puedo hacer algo para ayudarte.

Diana sacó de su retícula los billetes que había traído. En total, había ahorrado cien libras. Para ella era mucho, pero se imaginaba que debía ser muy poco cuando se trataba de inversiones.

—Tengo cien libras aquí… —notó una expresión de preocupación en el rostro de Rosalind y añadió rápidamente—. Pero debería tener más en unas semanas. Esperaba poder invertir de forma segura y al mismo tiempo ganar algo de dinero que pudiera utilizar para mantener mi finca. Ese sería mi objetivo.

—Bueno —Rosalind se dio unos golpecitos en la barbilla—. Los bonos perpetuos del gobierno ofrecen un rendimiento del 3%, que es bastante decente y seguro, pero creo que los bonos de la India rendirían un 10%. Como son más arriesgados, yo, como tu banquera, cubriré el riesgo de pérdida en un 80% durante el primer año.

Los ojos de Diana se abrieron de par en par.

—¿Cubrirías tanto?

Rosalind se encogió de hombros con elegancia.

—Tengo mucho dinero de sobra en caso de que los bonos se devalúen. Pero deseo ayudarte y estoy dispuesta a asumir ese riesgo.

—Pues te estoy inmensamente agradecida —Diana le entregó los billetes.

—Y aparte de mi marido, te prometo que nadie sabrá de este acuerdo —le aseguró Rosalind.

—Gracias —mientras tanto, discutieron algunas estrategias más para asegurarse de que Diana dispondría de algo de dinero para sus gastos hasta que los bonos empezaran a amortizarse.

—Ahora, tomemos el té en la terraza —Rosalind sonrió—. Hace demasiado buen tiempo para estar dentro, al menos por ahora. Creo que se avecinan tormentas, pero no las tendremos hasta dentro de un rato.



ISLA ESCUCHÓ EN SILENCIO A LAS DOS MUJERES HABLAR DE NEGOCIOS AL OTRO LADO DE LA puerta. Había oído hablar mucho de negocios desde que se había mudado a la casa de los Lennox. Al tío Ash y a la tía Rosalind parecía encantarles hablar de esas cosas y, siempre que lo hacían, solían acabar besándose. Isla siempre se reía cuando lo hacían.

El tío Ash no era tan aterrador y serio como pretendía ser. Cuando papá tenía que irse, tío Ash y tía Rosalind le leían cuentos, la llevaban de paseo y jugaban con ella en los jardines. Tío Ash incluso le daba galletas de más a la hora del té y la llevaba a hombros, fingiendo ser un gigante. Rosalind la dejaba tener al pequeño Malcolm en su regazo y mecerlo hasta que se dormía. Sentía que esta era su familia, aunque sus verdaderos padres ya no estuvieran.

Isla se abrazó a la señora Crumpet mientras recordaba la primera vez que había visto a su nuevo papá, cuando había sido rescatada por el tío Brodie y la tía Lydia. Su nuevo papá se había sentido solo. Enseguida se había dado cuenta de que la necesitaba y se apegó a él. Aquella primera noche él le había leído un cuento para irse a dormir, y ella había soñado con mamá de pie en la habitación observándola con su nuevo papá. Su mamá había sonreído y susurrado: "*Sí*". Isla sabía que a su madre le gustaba mucho su nuevo papá.

Pero ahora era consciente de que también necesitaba una nueva mamá. Tío Ash le había dicho a tía Rosalind que Rafe, como papá, necesitaba una esposa para que Isla tuviera una nueva madre. Ella no entendía por qué papá necesitaba una *esposa*, pero estaría contenta de volver a tener una mamá.

Pero si necesitaba una mamá, quería una como la dama que estaba de visita. *Diana*. Era bonita y amable. Había tratado a la señora Crumpet como a una duquesa. ¿Quizás querría tener una hija? ¿Pero querría un marido como papá? Isla adoraba a papá, pero ¿lo haría su nueva mamá? ¿Se besarían como el tío Ash y la tía Rosalind?

Agobiada por estas profundas preguntas, Isla subió las escaleras corriendo y chocó con el tío Ash en lo alto.

—¡Vaya, Isla, qué prisa tienes! —se rio mientras la cogía a ella y a la señora Crumpet en brazos—. ¿Adónde vais? —preguntó.

—A despertar a papá. ¡Tiene que conocer a la nueva dama! ¡Puede ser mi nueva mamá!

—¿Hay una nueva dama y quieres que Rafe la conozca? —el bigote de Ashton se crispó al darse cuenta de qué más había dicho—. Espera, ¿a estas horas todavía está en la cama? —frunció el ceño.

Ella asintió y se retorció, deseando que la bajara para ir a despertar a su papá.

—Supongo que debería dejarte seguir con tu misión, entonces. Despierta al canalla de su sueño.

La dejó en el suelo y ella corrió directamente a la alcoba de papá. Abrió la puerta y entró sigilosamente en la oscura habitación. Las cortinas estaban cerradas para oscurecer la habitación. A veces, él salía muy tarde por la noche y tenía que dormir hasta tarde.

Tío Ash y tía Rosalind no se sabían de todas las veces que salía tarde por la noche, pero Isla sí. A veces, cuando tenía pesadillas, iba a su alcoba, deseando que la abrazara hasta que volvía a dormirse, pero papá ya no estaba. Una noche, se escondió en su armario detrás de unas capas y se quedó dormida. Se despertó poco después, cuando él regresó justo antes del amanecer. Tuvo que esperar a que se durmiera para salir del armario y meterse en la cama a su lado. Siempre se sentía segura cuando su padre estaba cerca. A él nunca parecía importarle que lo despertara por la noche. En cambio, la arropaba bajo las mantas y le decía: "¿Has tenido pesadillas, gatita? Duerme ahora. Estás a salvo conmigo".

Y entonces, como si hubiera hecho un hechizo mágico, se quedaba dormida al instante.

Ahora Isla estudiaba a su papá. Dormía boca abajo, con un brazo colgando a un lado de la

cama, respirando suavemente. Con una risita que apenas pudo contener, metió a la señora Crumpet bajo un brazo y se subió al diván a los pies de la cama. Luego, con un chillido, saltó directamente a la espalda de su padre.

—¡Uff! —éste resolló y se despertó sobresaltado.

—¡Hace un día estupendo, papá! Tienes que despertarte.

—Pequeña bribona —le dijo. Se dio la vuelta y ella salió volando para rebotar en la enorme cama. Isla ya no pudo contener la risa y su carcajada le hizo soltar una carcajada áspera a él.

Se tapó los ojos con un brazo mientras se tumbaba boca arriba.

—¿Qué hora es, gatita?

—Son las tres —declaró ella con orgullo. Había estado aprendiendo a leer la hora en el reloj de pie con el tío Ash cada mañana durante el desayuno. Papá solía sentarse con ella y practicar la lectura de cartas más tarde por la mañana. Él escribía historias sobre hadas, sapos mágicos y otras tonterías, y ella repetía las palabras. Le gustaba leer, sobre todo con papá.

Él soltó otro gemido de disgusto.

—Ugh. Me siento como si me hubiera atropellado una cuadriga.

—¿Qué es una cuadriga? —preguntó Isla.

—Un carruaje muy grande tirado por cuatro caballos —explicó su padre—. ¿A qué viene tanto alboroto, gatita?

—Hay una dama bonita abajo —anunció.

—Bonita, ¿eh? —su padre se quitó el brazo de los ojos para mirarla—. ¿Qué *tan* bonita?

Ella sonrió.

—*Muy* bonita. La señora Crumpet dice que podría ser nuestra nueva mamá.

—Oh, eso dice, ¿verdad? —arqueó una ceja, escéptico—. Bueno, dile a la señora Crumpet que tu papá es muy selectivo. Sólo considerará a una nueva mamá si tú y yo estamos de acuerdo en que nos gusta.

—Pues a *mí* me gusta —dijo Isla sin vacilar.

—A menos que haya estado dormido mucho más tiempo de lo que pensaba, aún no puedes conocerla tan bien, gatita. Debes pasar tiempo con alguien para aprender más sobre ella. ¿Entiendes?

Ella vio cosas en la mirada de papá que no acababa de entender, pero quería fingir que sí.

Isla se sentó sobre sus talones, sintiéndose derrotada. Estaba segura de que papá querría conocer a la nueva dama. A él le gustaban las mujeres bonitas y Diana era la más bonita que había visto nunca. Cuando se había levantado y la había visto bien, algo la había hecho sentir muy extraña, como si se *supusiera* que conocía a esa mujer. Pero nunca se habían visto. Al menos, Isla creía que no. Algo en su interior le había dicho que aquella mujer debía ser su nueva mamá. Ahora sólo tenía que convencer a su padre.

—¿No quieres una esposa, papá? —preguntó con voz tranquila.

Rafe se incorporó, la cogió en brazos y suspiró.

—Es complicado, pequeña. Pero sí quiero. Créeme, lo quiero —le acarició el pelo antes de besarle la frente.

—¿Vendrás al menos a verla? —preguntó esperanzada.

—Está bien. Primero tengo que vestirme. ¿Por qué no bajas y me esperas? —le dio una suave sacudida y le hizo cosquillas en la cintura hasta que ella se rio. La dejó en la cama y ella se deslizó por el lateral, llevándose consigo a la señora Crumpet al salir.

A papá le gustaría la nueva dama, ella lo sabía. La señora Crumpet le había dicho que eran perfectos el uno para el otro. Isla no estaba segura de lo que eso significaba cuando se trataba de mamás y papás… *Perfectos*. Pero sonaba bien.

Salió de la alcoba tarareando suavemente para sí misma. Luego fue a buscar a la tía Rosalind y a la nueva dama.

CAPÍTULO 11



Rafe se ajustó el abrigo, admirando el tono verde botella y lo bien que le sentaba. No era un dandi, ni mucho menos, pero prefería vestir elegante cuando quería impresionar a una dama.

Sus manos se detuvieron en los bordes de su abrigo. ¿Quería impresionar a esa desconocida con la que Isla parecía tan encaprichada? Sinceramente, no lo sabía. Isla no había conocido a muchas mujeres, aparte de las de su familia.

—¿Está todo bien, señor Lennox? —preguntó su ayuda de cámara mientras levantaba un pequeño cepillo y lo pasaba por la espalda de Rafe para eliminar cualquier resto de polvo que pudiera estropear el perfecto aspecto del abrigo.

—Sí, así es, gracias, James —James y él llevaban años juntos, en los tiempos de vacas flacas en los que Rafe apenas tenía nada. Tenían una edad similar, y aunque James podría haber llevado su talento como ayuda de cámara a otra parte, había elegido permanecer leal a Rafe. Era la única otra persona que conocía su carrera como bandolero fuera de su familia, y la única persona aparte de Will y Caspian que sabía que *seguía* haciéndolo. El ayuda de cámara había guardado bien el secreto y se había ganado por completo la confianza de Rafe.

—¿Señor? —James, como siempre, podía sentir que algo no iba bien con él.

—Al parecer, abajo hay una joven con la que Isla desea que considere casarme.

La mirada de James se suavizó.

—Ah. ¿La pequeña quiere una nueva madre?

—Sí —Rafe se tocó su perfecto pañuelo y suspiró. La mirada de su ayuda de cámara se encontró con la suya en el espejo y compartieron una mirada cómplice.

—Algún día, cuando sea seguro, se casará —dijo James, refiriéndose a su otra vida sin arriesgarse a decir las palabras.

—Pero todavía no. No hasta que tenga lo suficiente para cuidar de una esposa y un hijo.

Con un asentimiento, James salió de la alcoba, con los brazos llenos de la ropa de Rafe del baile de la noche anterior.

Rafe aún estaba cansado por lo que había pasado anoche, pero no podía negar el deseo de Isla de que conociera a aquella “bonita dama”, así que se dirigió escaleras abajo. Sin duda era otra de las amigas de Rosalind. La diablilla escocesa tenía talento para hacer amigos allá donde iba, y a

menudo venían a visitarla a la casa de campo. También era posible que la joven estuviera aquí a propósito. Ashton y Rosalind estaban empeñados en casarle. No cabía duda de que aquellos maestros de la intriga le estarían lanzando mujeres elegibles a diestro y siniestro, con la esperanza de que tropezara y se abriera paso hasta las puertas de la iglesia con una licencia matrimonial en la mano.

—Rafe, hablemos —la voz de Ashton, fría y dura, le hizo tropezar en el último peldaño de la gran escalera. Esa voz era la forma en que su hermano solía sonar cuando hablaba con Rafe, antes de que Isla entrara en sus vidas y ablandara el corazón de Ashton. Su hermano mayor estaba en la puerta de su estudio, con los brazos cruzados y el ceño profundamente fruncido.

—¿Hablemos? —Rafe no podía imaginar qué había hecho para provocar el disgusto de Ashton… a menos, por supuesto, que Ashton, tan listo como era, se hubiera dado cuenta de que había vuelto a robar carruajes. Dios, esperaba que no fuera eso.

Entró en el estudio y Ashton cerró la puerta tras él. Su hermano rodeó el escritorio y se colocó junto a su silla.

—Me dijiste que habías terminado —dijo Ashton.

—¿Terminado? —preguntó con cautela—. ¿Terminado con qué?

Ashton empujó un papel por el escritorio y señaló un artículo con el dedo índice.

—*Aquí.*

Rafe leyó el título del artículo en voz alta:

—Banda de salteadores de camino ataca de nuevo. Lord Caddington declara que está decidido a atraparlos —leyó el resto del artículo en silencio, y un escalofrío le recorrió los huesos. Caddington era el hombre que había causado la muerte de su padre, aunque Ashton no lo sabía. Rafe había hecho todo lo posible por evitar a aquel hombre desde aquella horrible noche. Sólo con oír su nombre, se ponía enfermo. Sintiéndose débil, se sujetó con tanta fuerza al respaldo de una silla cercana que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Rafe? —la voz de Ashton perdió parte de su fría dureza—. ¿Qué te pasa?

—Yo… —inclinó la cabeza, respirando lentamente para calmar su acelerado corazón y así evitar que vomitara sus zapatos—. Lo siento, Ash, de pronto me encuentro bastante mal —confesó.

Su hermano lo acomodó en la silla y luego se apoyó en el borde del escritorio.

—¿Así que *has* estado robando otra vez?

—¿Qué? No —Rafe señaló el artículo—. Mira las dos fechas en que los ladrones atacaron… Yo estaba aquí contigo y con Rosalind —eso no era mentira, al menos. Quienquiera que hubiera robado aquellos carruajes no había sido ni él ni sus amigos. Había sido otra persona utilizando sus métodos, incluso sus seudónimos.

Ashton volvió a coger el papel y pareció hacer algunos cálculos mentales.

—Tienes razón. No había pensado en las fechas, sólo en las zonas donde ocurrieron los robos. Están en tu territorio habitual —puso una mano en el hombro de Rafe—. Te pido

disculpas por la acusación.

Rafe asintió. Se le revolvió el estómago y cerró los ojos. Intentó no pensar en el hecho de que técnicamente estaba mintiendo a su hermano y que seguía robando carruajes. Sólo que no en estas dos incidencias en concreto.

—Rafe, ¿qué pasa? Si no es por los robos, ¿entonces qué es?

—Cad… —el nombre le dejo un sabor amargo en la lengua—. *Caddington*. El hombre mencionado en el artículo. Lo conozco. Es peligroso, Ash. Un hombre que es mejor evitar a toda costa —no podía decirle a Ashton lo que Caddington había hecho. No quería hablar de esa horrible noche nunca más, ni quería recordarle que era culpa de Rafe que su padre estuviera muerto.

—He oído hablar de él, pero nunca le he conocido. Es un magistrado local, con fama de imponer castigos severos. ¿Qué te ha hecho? —los dedos de Ashton apretaron ligeramente a Rafe mientras los hermanos cruzaban sus miradas.

—Le conocí una vez, hace años —los recuerdos salieron a la superficie—. Es un hombre sin alma. Sus ojos están vacíos de todo excepto de la necesidad de causar dolor a los demás. Prométeme… —cogió la muñeca de Ashton—. Prométeme que te mantendrás alejado de él —Rafe nunca le había suplicado nada a su hermano, pero ahora lo estaba haciendo.

Los ojos de Ashton se abrieron de par en par.

—Le evitaré si puedo, lo prometo.

Rafe suspiró y se dejó caer contra la silla. Aquel horrible nombre le había hecho retroceder al pasado, cuando había sido un joven insensato.

Ya no soy ese chico. Puedo protegerme a mí mismo y a Isla, se recordó a sí mismo.

—¿Tal vez deberías dar un paseo por los jardines un rato para despejarte? —sugirió Ashton.

—Sí, es una idea excelente —todavía le temblaban las piernas cuando se levantó, pero se sentía mejor.

Ashton le acompañó hasta una de las puertas que daban a los jardines.

—¿Quieres que te acompañe?

—Te agradezco la oferta, pero estaré bien —le aseguró a su hermano.

—Muy bien, pero no te quedes fuera hasta muy tarde. Parece que va a llover esta tarde.

Rafe salió a los jardines y miró al cielo. Unas altísimas nubes oscuras parecían no tener fin. El sol de la tarde, desafiando a la tormenta que se avecinaba, brillaba dorado sobre los árboles y la hierba. Caspian siempre se había burlado de Rafe desde sus días de universidad por ser un ceraunófilo, un amante de las tormentas. Le encantaba la forma en que la lluvia cubría la tierra y golpeaba los cristales, cómo los truenos sacudían las puertas y los marcos mientras los árboles se doblaban ante la fuerza de sus vientos. Las tormentas podían arrasar y destruir, pero también limpiaban todo lo que tocaban.

Volviéndose hacia el sendero del jardín, Rafe caminó en dirección a aquellas nubes descomunales, sintiéndose más fuerte a cada paso. Volvió su mente al asunto de esta nueva

banda de salteadores de caminos. Los robos se habían cometido en noches en las que él había estado en casa, y ni Will ni Caspian cabalgarían sin él. El artículo decía que tres hombres habían participado en los robos. Tres no era un número inusual, pero los testigos habían oído los nombres de los hombres. *Tyburn*, *Cambridge* y *Oxford*. Esa coincidencia no podía ser ignorada. Entonces, ¿quiénes eran esos impostores?

Rafe lo averiguaría, pero eso llevaría tiempo, e incluso podría necesitar la ayuda de Will y Caspian. Lo último que podía permitirse era perder pronto la oportunidad de reiniciar sus robos. Sus actividades de bandolero eran su única fuente de ingresos por el momento, y no podía ponerla en peligro. Ya se había visto obligado a retrasar sus actividades un mes, y había perdido todos los ingresos que había ahorrado durante los meses anteriores, ya que Diana Fox se lo había robado todo.

Le dio la vuelta a la casa, tomándose su tiempo para caminar por el laberinto de setos, cuando oyó voces femeninas justo al otro lado de los arbustos donde se encontraba.

—Creía que Rafe aparecería pronto —le dijo Rosalind a alguien.

—¿Rafe? —respondió la otra mujer.

Rafe se quedó quieto, con la respiración entrecortada.

Reconoció aquella voz, porque era una voz que atormentaba sus sueños con fantasías pecaminosas. No había forma de que pudiera olvidar aquel jadeo cómo había sido seguido por un gemido mientras él se introducía en el calor húmedo de su cuerpo, mientras ella apretaba las piernas alrededor de su cintura. La venganza y la lujuria se apoderaron de él y le robaron el aliento. Quería sujetar a la mujer, besarla y reprenderla al mismo tiempo.

—Ah, sí —continuó Rosalind—. Olvidé hablarte de él. ¿No recuerdas haberlo conocido?

—No. Sólo conocí a Joanna. Sé que la mayor de los Lennox es la hermana mayor de Ashton. Se casó antes de que yo hiciera mi debut. Thomasina, creo que era… Pero en cuanto a Rafe, el nombre me es familiar, pero…

—Es el hermano menor de Ashton. Es mayor que Joanna por siete años, pero menor que Ash por cinco.

—¿Así que tiene treinta? —Diana soltó una risita como si le hiciera gracia que Rosalind hablara de la edad de un hombre con tanta delicadeza—. Había olvidado que Joanna tenía otro hermano. Nunca habla de él. La conocí a ella y a Regina en la ciudad hace poco. Y nunca tuve el placer de conocer a tu marido hasta anoche. A pesar de vivir cerca, mi familia no era mucho de cenas o bailes. Los Merton son los únicos vecinos que conozco bien.

A Rafe le irritaba y divertía a la vez pensar que su ladronzuela no le conocía como su verdadero yo, y sin embargo anoche había sido una hermosa y descarada sirena en sus brazos.

—Bueno, debo advertirte que es un ligón empedernido —dijo Rosalind—. Pero ha abandonado sus costumbres de canalla. Desde que llegó Isla, ha sido un padre devoto.

Diana lazó un pequeño jadeo.

—¡Oh! ¿Isla es *su* hija?

—Oh, sí.

—Creía que era hija de uno de tus hermanos. Es escocesa, ¿verdad?

—Isla nació en Escocia, sí. Vino a Inglaterra hace tan sólo un año.

—Ah… Ya veo. Qué tonta he sido.

—Tonterías —se rio Rosalind—. Fue una suposición bastante racional.

Rafe oyó el movimiento de la grava en el camino cuando las dos mujeres reanudaron la marcha. Entonces, cuando estuvo seguro de que venían hacia él, aceleró, doblando la esquina a gran velocidad, decidido a chocar con ellas. Y así fue. Su cuerpo chocó contra la mujer más cercana y él la cogió en brazos, aferrándose a ella.

—¡Oh! Lo siento muchísimo —ahora estaba cara a cara con nada menos que su ladronzuela. Sus ojos castaños estaban iluminados por la sorpresa, y por un instante creyó ver en ellos un destello de reconocimiento. Pero luego fue sustituido por confusión y vergüenza.

—¡Rafe! —gritó Rosalind, obligándole a recordar que estaba actuando como un educado caballero. Soltó a Diana y retrocedió hasta situarse a una distancia adecuada.

Rosalind se apresuró a hacer una presentación.

—Diana, él es el señor Rafe Lennox. Rafe, ella es la señorita Diana Fox.

—¿Diana? —él observó sus ojos atentamente, pero no vio en ellos ninguna de esas primeras señales de reconocimiento. Por supuesto, cuando usaba el acento de Tyburn, no sonaba como él mismo en absoluto. Cuánta diferencia podía hacer un acento.

—Encantada de conocerle —Diana agachó ligeramente el rostro.

¿Su pequeña dragona de fuego era tímida? Qué interesante. Decidió en ese momento que no quería que ella supiera quién era él, no todavía. Tyburn era su amante oscuro, pero ¿qué pensaría ella de Rafe? ¿Un caballero, un padre, un antiguo granuja que era extremadamente educado con las damas? ¿Le gustaría por lo que era, o perdería el interés? Era una tortura poner a prueba su interés, pero necesitaba saber que lo que había entre ellos no era simplemente el fruto de sueños de medianoche y la emoción del peligro.

—También es un placer conocerla. ¿Es usted una de las amigas de Rosalind de Londres? —le preguntó. Qué diferente lucía ahora, casi dulcemente recatada, con las mejillas sonrosadas y las pestañas caídas, cuando por la noche cobraba vida con su desafío, su mirada inquebrantable, sus labios insistentes, sus manos hambrientas. Le entraron ganas de quitarle aquella capa de cortesía junto con la ropa y llevarse a su pequeña diablilla a los jardines para saciar su mutua lujuria sobre el bien cuidado césped.

—No, vivo en Foxglove Hall, la finca más allá de las tierras de los Merton. ¿La conoce?

—Creo haber oído hablar de ella, pero no la he visitado.

Rosalind sonrió cálidamente a Diana.

—Acabamos de conocernos, pero Diana es sin duda una amiga.

Diana se sonrojó ante el cumplido, y Rafe adoró la visión de su piel ruborizada. Era aún más hermosa a la luz del día. Llevaba un peinado recogido con cintas de ricos colores, y sus ojos eran

tan brillantes y cálidos. La luz de las velas la había adornado la noche anterior, pero la luz del sol la embelesaba y la hacía resplandecer. De pronto le ardieron los pulmones al olvidarse de respirar. Cuando se dio cuenta de que Rosalind le observaba con los ojos muy abiertos, se aclaró la garganta.

—Cualquier amigo de Rosalind puede contarse entre los míos —dijo, incapaz de disimular el placer en su voz.

Los ojos de Diana se clavaron en los suyos mientras hablaba, con la voz ligeramente entrecortada.

—Rosalind me ha dicho que tiene una hija.

Él asintió.

—Ah. ¿Ha conocido a mi gatita?

—Sí, hace poco. Es una niña adorable.

—Se parece a mí, ganando corazones a cada paso —se burló él, y Rosalind resopló una carcajada.

—Es mejor jugadora que tú, Rafe —dijo Rosalind, y luego le guiñó un ojo—. Al menos para ganar corazones.

—Pronto será mejor que yo al whist, pero la niña tiene un don para leer los rostros. Siempre puede descubrir un engaño.

—Estábamos a punto de tomar el té en la terraza, si deseas unirse a nosotras.

—Por supuesto que sí —Rafe hizo un gesto a las damas para que le precedieran. En parte porque era un caballero y en parte porque quería ver cómo se contoneaba el trasero de Diana con aquel precioso vestido color de rosa.

En la terraza se encontraron con la niñera, quien le fue presentada como la señora Chesterfield. La niñera llevaba en brazos al pequeño Malcolm y a Isla, que se aferraba a sus faldas con una mano.

—Oh, tienes que conocer a mi hijo, Diana —Rosalind tiró de Diana hacia la niñera, y cogió al bebé de manos de la señora Chesterfield y le mostró su carita a Diana.

—Oh, es un *encanto* —respondió Diana con sincera admiración.

Isla corrió hacia Rafe y éste la cogió en brazos.

—¿Ves? Es la dama bonita, papá —le susurró Isla al oído.

—Sí, ya veo —contestó Rafe—. ¿Qué te parece?

—Es muy simpática.

—¿Lo es? —antes sólo había visto pasión y fuego en Diana. Ahora tenía la oportunidad de ver su lado más dulce. ¿Podría amar a una huérfana que él había adoptado? Si no podía, tendría que poner fin a su obsesión por ella. Luchó por no fruncir el ceño ante ese pensamiento, pero no lo consiguió. Isla trazó su ceño fruncido, lo que le hizo sonreír. Ella soltó una risita y él la apretó, besándole la frente, y luego la dejó en el suelo.

—Anda, cómete unas galletas —le dijo dándole un empujoncito. Isla corrió hacia Diana y

tiró de las faldas de la mujer. Rafe esperó a ver si ignoraba a la niña y seguía arrullando al bebé. Pero enseguida se arrodilló y prestó toda su atención a Isla. Ella no tardó en llevarla de la mano hasta la mesa y sentarla en una de las sillas, junto con su muñeca, la señora Crumpet. ¿Quizá su pequeña dragona tenía un corazón sensible después de todo?



DIANA SE CONCENTRÓ EN AYUDAR A ISLA CON SU VASO DE LECHE Y SUS GALLETAS Y MANTUVO LA mirada apartada del señor Lennox… *Rafe*.

Santo cielo, el hombre era encantadoramente apuesto. Cuando la había agarrado en los jardines, se había perdido completamente en sus ojos. Había visto lo que anhelaba ver. *Tyburn*. Su misterioso amante. Pero tuvo que recordarse a sí misma que era otro truco de su mente, como lo había sido lord Lennox. Este caballero inglés no era un granuja escocés. Vivía en una buena casa. No tenía necesidad de robar a nadie.

Y tenía una hija. Un hombre con una adorable hija nunca arriesgaría su vida en algo imprudente, como ser un bandolero. Y un hombre con Isla en su vida nunca podría sentirse tan solo como lo estaba su malvado bandolero.

Sin embargo, cuando miró a Rafe Lennox, algo dentro de ella se tornó muy tranquilo, muy quieto, excepto por el salvaje revoloteo de excitación en su vientre. ¿Qué demonios le ocurría? Nunca antes había tenido fijación por los hombres, y ahora tenía a dos hombres en los que no podía dejar de pensar.

Aceptó la taza de té que le había servido un lacayo y miró subrepticiamente a Rafe, quien había elegido el asiento más cercano a ella. El abrigo color verde botella que llevaba hacía que sus ojos azules resplandecieran aún más que el sol, y su pelo dorado pálido se miraba bronce bajo los rayos de la tarde.

—Isla, gatita, ¿por qué no vienes y te sientas a mi otro lado? —Rafe palmeó el asiento a su otro lado—. Estoy seguro de que la señorita Fox no desea que la molesten…

—No hay ningún problema, señor Lennox, se lo aseguro. Estaría encantada de sentarme con ella y con la señora Crumpet.

Los ojos azules de Rafe eran cálidos y amables, llenos de preocupación por su hija. Este hombre no era Tyburn. Tyburn no tenía hijos, o de lo contrario ella no habría percibido ese atisbo de esperanza cuando él le había preguntado si se había quedado embarazada después de su primera noche juntos. Rafe Lennox tenía su hija. Tenía un legado. Era lo más alejado de la soledad.

—¿Ves, papá? —le susurró Isla a su padre, y soltó una risita. Él emitió un pequeño gruñido que provocó otro ataque de risa en la niña, y Rafe se aclaró la garganta. Rosalind llevó a Malcom

a la terraza, arrullándolo suavemente mientras lo mecía, lo que permitió a Diana y a Rafe pasar unos minutos a solas.

—Así que, Foxglove… —él parecía esforzarse por entablar una conversación trivial y, por alguna razón, eso tranquilizó a Diana.

Tenía hombre tenía un aspecto demasiado perfecto y su voz suave podría haber seducido a una mujer en cuestión de segundos. Ejercía un poder demasiado pecaminoso como para que ella no se sintiera afectada por él. Diana necesitaba que *algo* en él no alcanzara la perfección para no sentirse tan desfavorecida. Rezó para que él no se diera cuenta de lo viejo que era su vestido ni se extrañara de la curiosa colocación de los bordados, diseñados como parches sobre las zonas rotas y deshilachadas de la tela. Pero incluso si lo hacía, sabía que sería un caballero y no lo mencionaría. Aun así, la idea de que se preguntara por sus circunstancias la llenaba de vergüenza.

—Sí, es mi casa. Dirijo la finca ahora que mi padre ya no está. Me mantiene bastante ocupada.

—Le doy el pésame por lo de su padre —levantó el azucarillo de porcelana azul y blanca y se lo ofreció. Ella negó con la cabeza. Se había acostumbrado a negarse esos pequeños placeres si eso ayudaba a la cocinera a ahorrar dinero. Cuando usaban azúcar, era para las recetas necesarias y no para el té.

—Murió hace poco menos de un año. Mi madre murió cuando yo tenía quince años. Me he acostumbrado a estar…

—¿Acostumbrada a qué?

—A estar por mi cuenta —añadió, evitando la palabra *sola*—. ¿Y usted?

—¿Yo? —levantó una ceja dorada oscura.

—Eh… —se sonrojó y sorbió su té, habiéndose dado cuenta de lo que acababa de preguntar, pero entonces decidió seguir adelante y hacer la pregunta difícil—. La madre de Isla, ¿está…?

—Murió —dijo Rafe en voz baja—. Hace un año, en Edimburgo —miró a lo lejos y a ella le dolió el corazón.

—Lo siento, no debería haberlo mencionado…

Rafe se las arregló para sonreír.

—No pasa nada. Isla sabe que su madre se ha ido y que la quería mucho.

Isla los observaba con ojos graves y silenciosos mientras comía sus galletas. Diana se sintió desgraciada por hacer una pregunta tan dolorosa delante de la niña.

—Señora Chesterfield, ¿le importaría cuidar a Isla unos minutos? Necesito dar un paseo —Rafe se levantó e hizo una reverencia a Diana, justo cuando Rosalind volvía a la mesa. Luego se alejó a grandes zancadas por uno de los senderos del jardín.

—Vaya. Parece que he metido la pata—le confesó Diana a Rosalind—. Debe de echar mucho de menos a su esposa.

Rosalind parpadeó.

—¿Esposa? —acunó a Malcolm en sus brazos mientras se inclinaba hacia delante para susurrar—. Nunca ha estado casado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Diana, confundida.

Rosalind volvió a negar con la cabeza y miró a la niñera.

—¿Le importaría llevar a Isla a las fuentes y dejarla jugar un rato?

—Sí, milady —la señora Chesterfield cogió la manita de Isla y se llevó a la niña a los jardines. Rosalind se volvió hacia Diana.

—Rafe nunca ha estado casado —empezó—. Isla es su hija adoptiva. La encontraron en Escocia Rafe, mi hermano mayor Brodie y su mujer, Lydia. La madre de Isla murió de una enfermedad. Su cuerpo fue robado por unos hombres que vendían cadáveres a los médicos. Los hombres habrían matado a Isla porque había sido testigo del robo, pero Lydia la rescató y la trajo a casa. Se encariñó con Rafe como un polluelo al salir del cascarón y desde entonces son inseparables. No estoy muy segura de quién rescató a quién, la verdad.

La niñera y la niña habían desaparecido entre los setos. Había algo en Isla que tocaba fuertemente el corazón de Diana. Una niña que había perdido a su familia pero había encontrado -o más bien *elegido*- a otra. Era una niña fuerte y se convertiría en una mujer fuerte. Los Lennox eran personas maravillosas, la familia perfecta para cuidar de una niña tan valiente.

—Creo que eres la primera mujer que ha irritado a Rafe de esa manera —dijo Rosalind.

Diana parpadeó.

—¿Perdón?

—Rafe, mi cuñado, es un granuja -o más bien está en proceso de dejar de serlo-, pero nunca ha dejado que una mujer le afecte. Siempre responde como si se tratara de un desafío y, sin embargo, ante una pregunta tuya, huye a los jardines.

—¿Afectarle? Querrás decir que le *disgusté*. Le pregunté por una mujer que había muerto, la madre de la niña que tan claramente quiere. Siento como si hubiera apuñalado al hombre en el corazón… —el rostro de Diana se sonrojó por la mortificación.

—¿Por qué no vas a hablar con él? —sugirió Rosalind.

—No he podido. Nos dejó un momento a solas. Lo último que desea es que le moleste.

Rosalind acarició el trasero de Malcolm mientras éste hacía suaves sonidos de succión con su boquita.

—Tonterías. Él necesita hablar de los padres de Isla. Necesita sentirse cómodo con el pasado de la niña para que ella también pueda sentirse cómoda con él. Si ayudas al hombre, ayudas a la niña.

Diana se mordió el labio.

—¿De verdad crees que debería ir a buscarlo?

—Lo creo. Y este pequeño necesita que lo alimenten y lo acuesten a dormir la siesta. Así que me retiraré mientras buscas a Rafe —Rosalind se levantó y un lacayo le abrió la puerta de la casa.

Diana estaba a medio camino de los jardines cuando se dio cuenta de lo escandaloso que era buscar a un hombre por su cuenta. Sin embargo… esto no era Londres, y su anfitriona, casada, había insistido en que buscara al caballero. Por no mencionar que el caballero en cuestión era el cuñado de su anfitriona. Seguramente no podía ser tan escandaloso… Y no era como si ella tuviera una reputación por la que preocuparse.

Las nubes empezaron a eclipsar el sol y un viento helado corrió entre los árboles y las flores. Tembló y se frotó los brazos. Agradeció haberse puesto un vestido de manga larga, pero la repentina pérdida de luz solar fue como el beso inesperado del invierno en un día de verano. Los truenos retumbaban, aún lejanos, pero ahora se veían muros de lluvia que fluían por los lejanos prados dorados, tiñendo la hierba de un bronce oscuro. Miró hacia atrás por donde había venido, preguntándose si debería volver a entrar en la casa. Pero no, aún tenía que disculparse con Rafe, y no era ajena a un poco de lluvia. Le encontraría y volverían juntos.

Llegó a una hermosa fuente con una estatua de piedra de Neptuno en el centro, con agua brotando de sus manos y un gran pez tallado a sus pies. Se detuvo para admirar la obra de arte, pero no había ni rastro de la niñera ni de la niña que esperaba ver.

—¡Socorro!

Un grito recorrió los jardines. Diana giró y corrió hacia el sonido, rodeando los arbustos hasta que encontró a la niñera en el camino delante de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó al llegar junto a la señora Chesterfield.

La mujer se agarraba el pecho y jadeaba, con la cara roja y los ojos empañados por las lágrimas.

—El bebé. He perdido al bebé.

—¿El bebé? Rosalind se lo acaba de llevar dentro para que durmiera la siesta.

—No, a Malcom no. La pequeña Isla. ¡Se ha ido!

Diana giró en círculo, buscando cualquier indicio del vestidito azul y blanco que llevaba Isla. No había ni rastro de ella. Un momento después, la lluvia cayó sobre los jardines, golpeando la tierra con violencia. Los truenos se acercaban cada vez más.

—¡Tenemos que encontrarla! —gritó la niñera—. Morirá con este tiempo.

La señora Chesterfield tenía razón. Tenían que encontrar a Isla, y rápido.

CAPÍTULO 12



Diana obligó a la niñera a sentarse en el borde de la fuente antes de que la pobre mujer se desmayara.

—Espere aquí. Yo la encontraré.

—Oh… pero —protestó la señora Chesterfield.

La lluvia arreció aún más sobre los jardines en otro violento torrente, y Diana comenzó a sentir el peso de su vestido.

—Pensándolo mejor, vuelva a la casa de inmediato e informe a lady Lennox de que estoy buscando a Isla.

—Debería ir y ayudar… —la señora Chesterfield trató de arreglar su capota empapada. Era evidente que la mujer adoraba a su pequeña, pero Diana pensaba que no debía arriesgarse con este tiempo.

—Por favor, entre. Lady Lennox debe saber que la niña ha desaparecido. Si la atrapa la tormenta, necesitará ropa seca, mantas calientes y un fuego en su alcoba. Por favor, haga que todo eso esté listo para cuando volvamos.

La señora Chesterfield se secó la lluvia y las lágrimas de la cara.

—De acuerdo.

Una vez en camino, Diana comenzó su búsqueda en serio.

—¡Isla! —gritó mientras se adentraba en el jardín. Miró debajo de cada rama, detrás de cada ramo de rosas, y seguía sin encontrar a la niña. Llegó al final de los jardines y se encontró con una enorme colina ondulante. *¡Allí!* Vio el destello de un delantal azul y blanco entre la hierba dorada.

—¡Isla! —se levantó las faldas y corrió por la hierba que le llegaba hasta las rodillas. La niña estaba muy lejos. Un trueno y un relámpago la invadieron de terror. La tierra tembló bajo ella por la fuerza del trueno y estuvo a punto de tropezar colina abajo. Pero recuperó el equilibrio. Los últimos años de trabajo con sus sirvientes habían fortalecido su cuerpo y su espíritu. Siguió adelante hasta que encontró a Isla, con los ojos cerrados, abrazada a su muñeca.

—¡Mamá! —gimió la niña. Diana se arrodilló para rodear a la niña con los brazos y la estrechó contra su pecho.

—Shhh, no pasa nada, cariño —la oleada de instintos protectores que sintió ahora la dejó atónita. Hacía años que había dejado de pensar en tener hijos, casi al mismo tiempo en que había dejado de esperar encontrar el amor.

—Mamá —volvió a susurrar Isla y se acurrucó en ella.

—¿Qué hacías aquí afuera? —preguntó Diana mientras se acurrucaban en la hierba, intentando encontrar algún refugio temporal.

—La señora Crumpet me dijo que diera una vuelta y me perdí. No pude volver a encontrar a mi niñera.

Isla lloró con más fuerza tras su confesión. A Diana le dolía el pecho por la necesidad de proteger a la niña.

Un repentino destello brillante seguido del crujido de la madera al explotar hizo que Diana se lanzara al suelo, cubriendo a la niña con su cuerpo. Sentía como le hubieran tapado los oídos con algodón. Después no pudo oír nada, excepto un fuerte y sordo zumbido. Debía de haber caído un rayo en un árbol.

Su mente trató de procesar el peligro inmediato. No era seguro permanecer de pie, y mucho menos correr hacia la casa. De niña le habían dicho que se mantuviera agachada durante las tormentas y que nunca se pusiera debajo de los árboles. Un rayo había alcanzado a uno de los trabajadores del campo que había trabajado parte de las tierras de su familia mientras se refugiaba bajo un árbol.

—No pasa nada —le tranquilizó. Isla se había quedado muy callada, pero temblaba con fuerza bajo el cuerpo de Diana—. Debemos quedarnos aquí hasta que sea seguro movernos.

Un profundo bramido resonó en la pradera y pareció sacudir las nubes sobre ellas.

—¡Isla!

Diana levantó la cabeza. Una figura alta se acercaba a ellas a gran velocidad a través de la hierba espesa y húmeda. Rafe Lennox.

—¡Regrese! Es demasiado peligroso —gritó ella. Si se arriesgaba a correr hacia ellas, podría morir. Como si la tormenta hubiera oído su advertencia, sintió que el aire chisporroteaba a su alrededor, y se percibía un olor extraño. Se acercaba otro impacto…

—¡No!

Su mirada se clavó en la de Diana cuando pareció darse cuenta del peligro, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Ella vio la determinación de proteger a su hija, que estaba por encima de todo lo demás. Él se lanzó hacia delante y su cuerpo chocó contra la hierba resbaladiza de la empinada colina.

Una ráfaga de blanco puro cegó su visión y un trueno ensordeció sus oídos una vez más. A través de la bruma de su desorientación, consiguió levantar la cabeza, asustada de ver a Rafe yaciendo muerto frente a ella. Pero él estaba corriendo de nuevo, a no más de una decena de metros y acercándose rápidamente. Se había agachado justo a tiempo, pero ahora…

Se deslizó, con los pies por delante hacia su dirección, se detuvo junto a ellas y las rodeó a

ambas con su cuerpo. Un instante después, otro rayo golpeó parte de los jardines, muy por encima de ellos. Sus musculosos brazos las rodearon como si fueran de hierro.

—Agachaos —les ordenó. Diana se movió bajo su cuerpo, asegurándose de que Isla estuviera completamente protegida. Los tres permanecieron agachados bajo la furiosa tormenta, contando los segundos que transcurrían entre los relámpagos y los truenos durante lo que pareció una eternidad antes de que Rafe se atreviera a moverse.

—La tormenta se dirige hacia el norte —dijo él—. Creo que ya podemos salir corriendo.

Diana levantó la cabeza y sus narices se rozaron al mirarle.

—¿Estás seguro?

Rafe asintió. La lluvia le caía por la nariz y las gotas cubrían sus pestañas doradas. Su pelo rubio mojado caía sobre sus ojos, que contenían tales tormentas que rivalizaban con los cielos de arriba.

—He estado en muchas tormentas. Ésta ha acabado con nosotros por ahora.

Diana quería quedarse donde estaban para estar completamente segura, pero Isla tenía frío y temblaba.

—Creo que tiene razón. Debemos llevar a Isla adentro —mantuvo un tono tranquilo mientras hablaba con Rafe. Los ojos de él se entrecerraron mientras evaluaba a su hija.

—Démela. Yo la llevaré —se levantó y Diana destapó a la niña lo suficiente como para deslizarla hasta los brazos de su padre—. ¿Isla? —susurró. Los ojos de su hija estaban cerrados. Temblaba con fuerza mientras yacía flácida contra su pecho. Miró entonces a Diana, su rostro mostraba claramente lo que quería hacer—. Ojalá pudiera cargarla a usted también —era muy noble por su parte, pero una tontería. La niña estaba enferma e importaba mucho más que ella.

—¡Cójala y váyase, rápido! Yo estaré bien —Diana lo empujó cuando él aún vacilaba—. ¡Vaya!

Rafe volvió corriendo colina arriba con Isla en brazos. Diana se levantó las faldas y empezó a seguirle, aunque más despacio. Con la ventaja de tener piernas más largas y pantalones, él llegó a la casa mucho más rápido que ella.

Cuando Diana llegó a la terraza trasera, un lacayo salió corriendo a su encuentro con un gran paño blanco que le puso sobre sus hombros mojados.

—Señorita Fox, le han preparado un baño en una de las habitaciones de invitados. Si lo desea, le mostraré el camino.

—Gracias, pero me gustaría ver a Isla primero. ¿Ella está bien?

—La niña… no está bien. Lord Lennox fue a buscar al doctor. Volverá tan pronto como pueda —el rostro del lacayo estaba pálido por la preocupación. Estaba claro que todos en esta casa adoraban a Isla.

Ella cogió la mano del lacayo con seriedad.

—Por favor, déjame verla enseguida.

Finalmente cedió.

—La llevaré. Está en su alcoba—llevó a Diana escaleras arriba y al pasillo. Las paredes estaban adornadas con imponentes tapices que representaban soleados jardines y luminosos días de verano, en marcado contraste con la penumbra del cielo exterior.

El lacayo se detuvo ante una puerta y llamó.

—Señor Lennox, es la señorita Fox. Ha venido a ver a la niña.

—Permite que pase —gritó la voz de Rafe al cabo de unos segundos.

Cuando el lacayo abrió la puerta, Diana pasó a la habitación y se sobresaltó al encontrar a Rafe sentado en el suelo con Isla cerca del fuego. Le había puesto un camisón blanco y estaba envuelta en gruesas mantas de lana.

Rafe sostenía a la niña en su regazo, rodeándola con los brazos mientras la mantenía lo bastante cerca del fuego para que entrara en calor. Sus ojos azules brillaban con lágrimas cuando se encontró con la mirada de Diana. Ella se sentó en el suelo de piedra junto a él. Él estaba en estado de shock, eso era lo que Diana podía ver. Su rostro estaba pálido y sus labios entreabiertos mientras respiraba entrecortadamente. La niña en sus brazos estaba inmóvil, pero sus temblores habían disminuido.

—¿Cómo está? —preguntó Diana, su voz apenas por encima de un susurro.

Rafe parpadeó, su mirada parecía perdida en su rostro.

—No se encuentra bien… y no sé qué hacer para ayudarla.

—Me han dicho que el médico está en camino. ¿Lord Lennox irá a buscarlo?

Rafe asintió.

—Sí, Ash lo traerá. Él lo arreglará —parecía tener plena fe en su hermano. Diana le envidiaba esa confianza inquebrantable en un hermano. Había pensado que Eleanor siempre estaría cerca de ella, pero cuando huyó y se fugó, nunca le llegó ninguna carta, nada que le dijera qué había sido de ella.

¿Por qué no había escrito al menos una carta? Ese pensamiento la hirió profundamente, porque sólo se le ocurría una razón. Su querida hermana *debía* de estar muerta. No habría permanecido tan silenciosa a menos que hubiera ocurrido algo terrible.

La voz de Rafe irrumpió su melancolía.

—Gracias…

—¿Hmm?

Él dejó escapar un suspiro tembloroso.

—*Usted* la salvó. Acababa de volver a la terraza y Rosalind parecía aterrorizada. Dijo que Isla había desaparecido y que usted había ido tras ella. Me temí lo peor. Yo… —acarició a la niña, metiéndole las mantas bajo la barbilla.

Diana intentó sonreír, pero le dolía el cuerpo por el frío de la tormenta que se instalaba en sus huesos.

—Usted pudo haber muerto —replicó—. No debería haber corrido hacia nosotras en el campo de esa manera.

Una dura mirada de acero marcó sus rasgos.

—Nunca le fallaría a mi hija. *Nunca.*

Entonces supo que alguien le había fallado a este pobre hombre hacía mucho tiempo. ¿Habría sido su madre o su padre? Diana no estaba segura de si era el peso de su vestido empapado o la aterradora intensidad del juramento de Rafe, pero un escalofrío la recorrió. Esta niña era amada, profunda y *ferozmente*. Rafe era un padre que haría cualquier cosa por su hija, incluso entregar su propia vida.

—¿Puedo sentarme con usted y esperar al doctor? —preguntó Diana.

Él no contestó, simplemente alargó una mano y le cogió los dedos con firmeza, sin soltarla.

Aquel simple contacto hizo que algo cambiara en ella. Casi sintió que estaba en casa. Por primera vez en más de un mes, no pensó en Tyburn ni en sus besos. Sólo pensó en ese hombre… y en la ferocidad de su amor, aunque no fuera para ella.



RAFE OBSERVABA AL DOCTOR EXAMINAR A SU HIJA, PARALIZADO DE UNA FORMA QUE SÓLO HABÍA experimentado una vez. El doctor Rainsgate era un hombre enérgico y de complexión robusta que estaba en sus treintas. No le asustaban las tormentas, y había subido corriendo las escaleras hasta la alcoba nada más llegar. Ahora Rafe contenía la respiración, asustado por lo que pudiera decir el hombre.

Isla estaba sentada en la cama, pero parecía estar semidormida mientras el médico le auscultaba el corazón. Él suspiró y guardó los instrumentos en su maletín.

—Creo que la conmoción de la tormenta es lo que más ha afectado a la niña, más que la lluvia y el frío. Manténgala caliente, aliméntela con caldos y pollo durante un día. No la deje pasar hambre. Si tiene hambre, dele de comer. Si no, haga que coma un poco. Y que siga bebiendo agua. No debe estar mucho tiempo sin agua —se puso de pie y miró a las personas que ahora llenaban la habitación. Ash y Rosalind estaban detrás de Rafe, y la señora Chesterfield merodeaba cerca. Diana estaba a su lado, y su presencia le daba una extraña sensación de paz, como si todo fuera a ir bien mientras ella estuviera con él.

—Gracias, doctor Rainsgate —dijo Rafe.

—Volveré mañana para ver cómo se encuentra —dijo el doctor.

—Déjeme acompañarle a la salida, doctor —Ashton señaló hacia la puerta y siguió al doctor fuera de la alcoba.

Rosalind apretó suavemente el hombro de Rafe mientras se marchaba.

—Hablaré con la cocinera y haré que traigan caldo y leche dentro de un rato. Si Diana y tú necesitáis algo más, tirad de la cuerda de la campana. Se ha avisado a los lacayos para que estén

preparados.

La señora Chesterfield se sentó en su silla junto a la cama de Isla y cogió la mano de la niña mientras ésta se acostaba de nuevo a dormir.

—Descansa ahora, pequeña —tranquilizó la niñera y arropó a la niña. A Rafe se le oprimió el pecho y por un momento no pudo respirar.

Podría haberla perdido, haber perdido a su pequeña. Aquella espantosa verdad lo paralizó, incapaz de moverse, de pensar. La idea de vivir sin Isla… no era vida. Ella lo había salvado de una manera que él no sabía que necesitaba, ¿y fallarle como lo había hecho, al no pensar en el peligro de la tormenta y llevarla inmediatamente de vuelta al interior? Su error casi había matado a su hija. Y ahora tenía otra cosa que perder si no tenía cuidado: la mujer que estaba a su lado.

—Debería quitarse la ropa mojada, señor Lennox —dijo Diana, y su voz lo sobresaltó—. Lleva demasiado tiempo con ella puesta y no podemos permitir que caiga enfermo.

—*Rafe*… me llamó Rafe en la tormenta —contempló a la extraordinaria mujer que tenía a su lado. Su ladronzuela, su estrella brillante… su feroz y protectora dragona de fuego.

El rostro de Diana se sonrojó.

—Lamento mucho mi falta de decoro. No pensaba con claridad en ese momento. Pero aun así, no debería haber…

—*Rafe* —dijo él suavemente—. Soy Rafe para usted, *ahora y siempre* —cogió su mano y se la llevó a la mejilla, apretando sus dedos helados contra su piel antes de besarlos. Estaba en sus labios revelarle que era su oscuro amante, que podía confiar en él ahora, igual que lo había hecho la noche anterior cuando había interpretado el papel de Tyburn. Pero algo lo mantuvo en silencio. Quería ganarse su confianza siendo él mismo, no el pícaro salvaje en el que se había convertido por necesidad. Quería ser amado por ser él mismo, no por la peligrosa vida que ya no deseaba llevar.

Dios, si Ashton descubriera alguna vez que estaba pensando en el amor de esta manera, se moriría de risa.

—Rafe, entonces —aceptó Diana, y el sonido de su nombre en sus labios recargó su alma como si le hubiera alcanzado un rayo—. Tienes que cambiarte —le recordó—. Si deseas permanecer junto a su cama, ella necesitará a su padre sano y salvo.

—No puedo dejarla… —empezó él.

—Me quedaré aquí hasta que vuelvas. Entre la señora Chesterfield y yo la mantendremos a salvo.

Dudó un momento hasta que Diana le apretó la mano. Entonces le soltó los dedos y se marchó rápidamente a su alcoba para cambiarse.

Cuando regresó, encontró que Diana había movido dos sillas junto a la cama de la niña, y ella ocupaba una de ellas.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó ella.

Él asintió.

—Inconmensurablemente. Ahora le toca a usted.

Ella se encogió de hombros como si no le importara su condición. Los mechones húmedos de su larga melena oscura le caían sobre los hombros, pero ella no parecía darse cuenta.

—No tengo nada que ponerme y estoy bastante bien. No es la primera vez que estoy calada hasta los huesos.

No, desde luego que no. Había estado empapada la noche que la secuestró y la llevó a la cabaña, pero él había insistido en quitarle la ropa, igual que haría ahora.

Rafe miró a Diana de pies a cabeza.

—Rosalind y usted tenéis una talla parecida. Estoy seguro de que ella le prestaría un vestido —empezó a irse, pero ella le cogió la muñeca.

—Rafe, por favor, no la molestes. Ya se ha portado maravillosamente al ayudarme.

—¿Ayudarla? ¿En qué?

Ella vaciló.

—Es algo de naturaleza personal. No podría pedirle otro favor.

—Tonterías. Ha salvado a *mi hija*. Isla es la sobrina de Rosalind. Haría cualquier cosa por usted, igual que yo —lo decía en serio. Cualquier duda que tuviera sobre si Diana podría encajar en su vida y en la de Isla había sido resuelta por sus valientes acciones. Él y su familia se lo debían todo.

Algún día me casaré contigo, Diana.

—Espere aquí. Volveré en un momento —encontró a un lacayo en el pasillo y le indicó que buscara a Rosalind y le pidiera prestado un vestido de repuesto, luego regresó a la alcoba de su hija y se sentó junto a Diana en una silenciosa vigilia junto a la cama de Isla.

Cuando Diana regresó, llevaba una bata azul oscuro atada a la cintura con un cinto blanco anudado en la espalda. Su pelo estaba húmedo y mechones sueltos le rodeaban la cara y le caían por los hombros.

Lucía tan salvaje e indómita como la noche en que él había sacado de aquel carruaje. Aquella noche se había ensañado con Diana, y ella se había mostrado apasionada, salvaje, fuera de control. Pero ahora… ahora sólo quería sentir su mano entre las suyas y la promesa que le ofrecían sus suaves ojos marrones si se atrevía a rodearla con sus brazos, pero siendo Rafe y no su malvado Tyburn.

Él le tendió una mano. Cuando ella la cogió, él quiso tirar de ella hacia su regazo para abrazarla. Era difícil recordar que ella no sabía que era Tyburn. Sólo Tyburn era libre de besarla, de hacerle el amor. Rafe estaba sujeto a otras reglas y no se atrevía a romperlas por miedo a perderla.

Para ella, Rafe seguía siendo un extraño, y podría espantarla subiéndola a su regazo y besándola con la adoración y gratitud que guardaba en su corazón. Así que se contentó con cogerla de la mano mientras veían dormir a su hija.

Era casi medianoche cuando Isla recuperó el color de sus mejillas y su respiración se hizo

más profunda. Parte de la tensión que se acumulaba en el interior de Rafe finalmente se alivió.

—La señorita Fox está dormida, señor Lennox —susurró la niñera—. Debería llevarla a la cama. Necesita descansar.

Se dio cuenta de que la cabeza de Diana estaba ahora apoyada en su hombro, su brazo flojamente entrelazado con el suyo. Sonrió. El calor que sentía en el pecho le hizo sentir somnoliento de felicidad, pero también le produjo una sensación agridulce que no podía explicar. Como si fuera a perder todo esto demasiado pronto.

—Tiene razón, señora Chesterfield. Gracias. Volveré en un momento.

—Usted también debería descansar, señor Lennox. Yo puedo quedarme. No le hará ningún bien a la niña si usted está exhausto.

Se volvió, cogió a Diana en brazos y se levantó para sacarla de la alcoba. Uno de los lacayos seguía despierto y caminaba por el pasillo.

—¿Qué alcoba tenía Rosalind preparada para la señorita Fox? —preguntó él.

—La alcoba del jardín.

—Gracias —Rafe llevó a su dama durmiente por el pasillo, justo al lado de su propia alcoba. Era una de las alcobas más bonitas, diseñada para damas, con paredes verde pálido y lujosas flores estampadas en caóticos pero encantadores dibujos dorados contra el papel pintado de satén verde.

Acostó a Diana en la cama y ella se despertó ligeramente.

—¿Qué ocurre? —Diana se frotó los ojos e intentó incorporarse—. ¿Dónde está Isla?

—Ahora está mucho mejor —a Rafe se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de que sus primeros pensamientos habían sido sobre su hija—. La señora Chesterfield nos ha ordenado a usted y a mí que descansemos. Duerma. Avisaremos a Foxglove de lo sucedido y les informaremos de que se quedará aquí esta noche.

Diana parpadeó lentamente, y luego se acostó en la cama mientras él le subía las mantas alrededor del cuerpo, arropándola como si fuera una niña.

—¿Eras realmente un granuja? —preguntó Diana en un susurro—. Pareces demasiado…—bostezó—, *encantador*… para ser tan peligroso.

Sus pestañas se cerraron y él supo que estaba dormida.

¿Lo consideraba encantador? ¿Por qué se le oprimió el corazón y quiso reír al mismo tiempo?

Su pecho se contrajo al mirarla. Esta mujer tan fogosa se convertía en un gatito indefenso y dulce cuando se sentía segura, y maldita sea si eso no le hacía sentirse como un héroe.

Rafe se inclinó y le besó ligeramente los labios, deseando mucho más y sabiendo que no podía atreverse.

—Pronto —susurró en su lugar—. *Pronto.*

Puso un leño nuevo en la hoguera recién encendida, aseguró la rejilla a su alrededor y regresó a su propia alcoba para dormir solo.

CAPÍTULO 13



Lo primero que pensó Diana al despertarse fue en la niña, en cómo había pasado frío, temblando y llena de terror. Se puso el vestido limpio que alguien le había dejado a los pies de la cama y salió corriendo al pasillo, cogiendo el brazo de un lacayo que pasaba por allí.

—¿Cómo se encuentra Isla? —preguntó mientras su corazón latía con fuerza. La casa estaba demasiado silenciosa. Según su experiencia, una casa silenciosa significaba que la muerte había hecho una visita.

—Ella se encuentra bien, señorita Fox —le aseguró el joven—. Ha dormido toda la noche y esta mañana ha comido un abundante desayuno. Todavía está en cama. El doctor la visitó esta mañana y dijo que estaba mucho mejor. Cree que fue más el susto de la tormenta que la lluvia lo que la enfermó.

—Gracias —Diana se apoyó en la pared, con las piernas temblorosas. Un pensamiento llegó a su cabeza—. Cielos —murmuró al sentir que el mundo empezaba a girar—. Mi personal debe estar frenético. No pretendía pasar la noche aquí.

El lacayo sonrió.

—No se preocupe, señorita Fox. Ayer se les comunicó que se quedaría como invitada después de haber salvado la vida a la señorita Isla. Su mayordomo respondió con un agradecimiento y dijo que le comunicara que debía descansar. También le envió una selección de vestidos y otras cosas necesarias para que se ponga.

¿Peele quería que descansara? Imposible. Tenían mucho que hacer. Había que planear otro robo porque tenían bocas que alimentar y una casa aún por administrar. Pagar las deudas actuales no les salvaba de las futuras. Su cabeza comenzó a dolerle por la repentina oleada de ansiedad. Diana se llevó una mano al pecho y cerró los ojos con fuerza, obligándose a respirar y rezando para que su mente se despejara.

El lacayo le puso una mano en el brazo con cautela.

—¿Señorita Fox? ¿Se encuentra mal?

Una voz profunda y suave interrumpió su repentino pánico.

—¿Qué ocurre?

Diana levantó la cabeza y vio al señor Lennox -*Rafe*- de pie en el pasillo, con los ojos fijos en

ella con clara preocupación. Fue un gran alivio verlo allí, a pesar de la vergüenza que sintió al tener tal muestra de debilidad frente a él.

—Parece que no se encuentra bien, señor Lennox —dijo el lacayo, lo que no hizo sino aumentar el rubor de la vergüenza en las mejillas de Diana. Ella no se sentía mal, nunca. No podía permitírselo.

—Gracias, Sampson. La acompañaré a un sitio donde pueda sentarse —Rafe le ordenó al lacayo que se retirara y se colocó junto a Diana. Le cogió el brazo y lo colocó sobre el suyo, y ella se inclinó hacia su cuerpo para absorber el calor que emanaba de él. No llevaba abrigo y ella pudo sentir sus firmes músculos a través de la tela de las mangas. Él seguía mirándola con aquellos insondables ojos azules. El aroma de la lluvia y una tenue colonia masculina llegaron a su nariz, haciéndola querer inclinarse más hacia él e inhalar profundamente.

Permanecieron juntos hasta que ella recuperó el equilibrio, y él siguió sujetándola por la cintura y dejando que ella se aferrara a su brazo. El calor de su rostro disminuyó y la ansiedad de su pecho se calmó.

—Ahora luces mejor, cariño. ¿Te importaría unirte a mí en el desayuno? —dijo la palabra *cariño* con tanta dulzura que tuvo que morder su labio inferior para ocultar el temblor de este antes de poder responder. Lo miró a la cara, embelesada por aquellos ojos azules brillantes, unos ojos que secretamente deseaba que pertenecieran a otra persona… Sin embargo, al mismo tiempo, deseaba que aquel hombre fuera este hombre.

Pero era imposible que un hombre de la posición de Rafe Lennox recurriera a robar carruajes. Pertenecía a la nobleza terrateniente, dotado de todas las comodidades que un hombre puede necesitar, y tenía una familia cálida y cariñosa. No había necesidad de que se convirtiera en un bandolero, y esa realidad le dolía en el alma.

Pero tuvo que admitir que aquel hombre le resultaba igual de atractivo, igual de fascinante y atrayente, aunque de un modo muy distinto al misterioso Tyburn. Rafe poseía una intensidad salvaje incluso cuando interpretaba el papel de un caballero elegante. En los últimos años, había olvidado lo excitantes que podían ser esos sentimientos. Había tenido la cabeza gacha, el cuerpo agotado por la sobrecarga de trabajo, la mente atormentada por el miedo y la ansiedad ante el futuro. Pero cada vez que Rafe estaba cerca, parecía volver a ser la persona que quería ser.

—El desayuno sería estupendo. Creo que eso me pondría a tono.

Los ojos de Rafe brillaron.

—Muy bien, pero me privará del placer de atender todas sus necesidades si ya no se encuentra mal.

¿Satisfacer todas sus necesidades? Nadie lo había hecho en años… nadie se había ofrecido excepto aquel malvado bandolero. La idea era tan tentadora, dejarse cuidar, pero no podía.

Como si el caballero pudiera leer su mente, Rafe se rio.

—Ya van dos veces esta mañana que las mujeres de mi vida me indican que no me necesitan. Isla insistió mucho en que era una dama, y las damas no necesitan mimos de sus padres. Creo

que estaba un poco avergonzada después de todo el lío que montamos ayer. La abracé de todos modos, y es una pena que no pueda ofrecerle el mismo trato. A menos que lo desee, por supuesto. En cuyo caso, me pondré a su entera disposición para todos los mimos que desee.

El hombre la estaba provocando de la forma más escandalosa, y sin embargo, la idea de que la abrazara, la besara, le susurrara pensamientos reconfortantes… Hizo que su pecho se apretara con desesperado anhelo.

Estaban a mitad de la escalera cuando ella se detuvo de repente.

—¿Diana? —dijo Rafe, preocupado—. ¿Qué ocurre?

Volvió a mirar a Rafe a la cara y se dio cuenta de que no había pensado en Tyburn ni anoche ni esta mañana. Había estado pensando en *este* hombre, Rafe, besándola.

Qué corazón tan voluble debía de tener para dejarlo vagar entre dos hombres. Sin embargo, una vocecita le susurraba que el señor Lennox era un hombre con el que *podría* casarse, un hombre que podía ofrecerle un futuro y seguridad, incluso amistad. No podía decirse lo mismo del misterioso Tyburn. Sería prudente dejar de lado la fantasía de Tyburn y pensar en un posible futuro real con este hombre, suponiendo que Rafe la considerara siquiera como posible esposa. Pero acababan de conocerse. No era como si él fuera a proponerle matrimonio, o como si ella fuera a aceptar tal propuesta. Estaba dejando que su mente se adelantara, como solía hacer.

—Yo… estoy bien —dijo ella, y él la condujo hasta el comedor.

—¿Me permite que le prepare un plato? —preguntó Rafe—. ¿Hay algo que le disguste especialmente?

—Arenques. Nada de arenques, por favor —se sentó en una silla mientras Rafe quitaba las tapas de los calientaplatos, servía la comida en un plato y se lo llevaba. Un lacayo le sirvió una taza de té y luego salió al pasillo para hablar con el mayordomo, y Rafe se unió a ella una vez hubo servido su propio plato. Se sentó frente a ella en la mesa. De pronto, ella fue muy consciente de que sólo estaban ellos dos.

—Quiero darle las gracias —dijo Rafe—. Ayer le salvó la vida a mi hija —a ella se le puso la piel de gallina mientras los acontecimientos del día anterior se repetían en su mente. La lluvia feroz, los relámpagos y los truenos. Era un milagro que ninguno de ellos hubiera resultado herido —. No puedes saber lo que esa niña significa para mí. Ella es… —su voz se llenó de emoción—. Ella es mi mundo. Me salvó cuando estaba al borde de la oscuridad. Me devolvió a la luz. El mundo subestima el valor del amor de un niño. Es incondicional, no tiene límites. Un amor así puede salvar a cualquier alma perdida.

Diana se sintió conmovida por su franqueza.

—Tienes toda la razón. Cuando crecemos, empezamos a limitarlo todo en nuestras vidas, incluso nuestro amor —miró fijamente su plato—. Me alegró mucho ayudarte ayer. Hay algo en Isla que… —no encontraba las palabras para decir lo que deseaba—. Cielos, no sé qué es lo que quiero decir, pero siento una *conexión* con ella.

Algo de la preocupación y la inquietud en los ojos de Rafe se desvaneció bajo su encanto

natural.

—Esa es la magia de los adorables huérfanos —dijo Rafe—. Uno no puede negar el impulso de quererlos y sentirse conectado a ellos. Nunca antes había tenido mucho tiempo o interés por los niños, pero en cuanto conocí a Isla, simplemente me robó cualquier reserva que pudiera haber tenido.

Diana le devolvió la sonrisa, recordando cómo había deseado abrazarla al instante y escucharla hablar de la señora Crumpet.

—Es imposible no adorarla.

—Estaba pensando que tal vez podría acompañarla a casa —Rafe se ofreció—. Cuando se sienta con fuerzas, claro.

Cualquier protesta que pudiera haber tenido se extinguió en sus labios cuando sus miradas se cruzaron a través de la mesa y ella se encontró diciendo:

—Sí.

—Bien —Rafe entabló conversación con ella y levantó su ánimo un tanto decaído. La acribilló a preguntas, desde su flor favorita hasta el libro que había estado leyendo últimamente. Ella confesó que no había tenido mucho tiempo para leer últimamente, pero adoraba las novelas, y en cuanto a las flores, se sentía bastante cautivada por el amaranto. Sus tallos rojizos a menudo tenían espinas que los protegían de ser arrancados, pero eran unas flores silvestres de aspecto exótico que, bien plantadas, podían crecer en coloridas brácteas y deslumbrar los sentidos con una lluvia de inflorescencias.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó ella mientras comían.

—Bueno, mi flor favorita… ¿Cómo elegir? Quiero decir, ¡hay tantas! Estoy obsesionado con las flores, como cualquier hombre serio lo está. Es todo en lo que podemos pensar ¿y me pide que elija? —empezó Rafe, haciéndola soltar repentinas risitas.

—No, me refería a tu *libro* favorito —corrigió ella, y volvió a reírse cuando él la miró con fingido descaro.

—¿Quieres decir que no te importa saber cuál es mi flor favorita? Me hieres, mi querida Diana —acarició su nombre con una intimidad amistosa que ella no había oído en boca de nadie en mucho tiempo. La hizo sentir como si ya no estuviera en el exterior contemplando un mundo cálido e íntimo. Ese simple uso de su nombre la había acogido y rescatado del frío.

—Bueno, ¿cuál es? —preguntó, intentando desesperadamente no reírse.

—*The Sketch Book of Geoffrey Crayon*, de ese tal Irving. Sobre todo su cuento “La leyenda de Sleepy Hollow”, una historia mágica. También aterradora… ¿Qué? —se detuvo cuando ella volvió a soltar una carcajada.

—Me refería a tu *flor* favorita —Diana tuvo que limpiarse las lágrimas de los ojos porque se estaba riendo demasiado, probablemente en parte para aliviar el estrés de los últimos días, pero también porque él era tan divertido.

—Cambias de opinión con bastante rapidez. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez?

—¡No es verdad! —insistió ella—. Supongo que sí… no, la verdad es que no.

Rafe soltó una risita.

—Bueno, es tu prerrogativa de mujer.

—Sí, lo es. En cuanto a esas flores… —dijo ella, incapaz de resistirse a bromear con él.

—Oh, eso… bueno, me gustan los narcisos. Los pequeños. Son tan fuertes, dado su tamaño —contestó él con bastante seriedad—. Me recuerdan a Isla.

—Estoy bastante de acuerdo —dijo ella con una sonrisa—. Es una niña encantadora.

Terminó su té y comió el último trozo de su pan tostado, luego se lamió la mermelada de las yemas de los dedos. Los ojos azules de Rafe se iluminaron con interés y Diana carraspeó cohibida, lo que hizo que la mirada de él se elevara para encontrarse con la ella.

—Debo dar las gracias a tu hermano y a su esposa, y a ti por vuestra hospitalidad y cuidados, pero creo que ya me encuentro lo bastante bien como para irme a casa. ¿Todavía deseas acompañarme?

—Por supuesto —se levantó de la silla al mismo tiempo que ella—. Permíteme pedir que traigan mi faetón. Después de ver a Isla, partiremos.



Rafe pidió que trajeran su faetón y el caballo de Diana mientras subía a la alcoba de Isla para verla antes de partir. Su hija estaba sentada en la cama, el color había vuelto a sus mejillas de querubín. Hablaba con su muñeca, la señora Crumpet, mientras su niñera la observaba, con un libro abandonado en su regazo. Isla vio que él llevaba puesto su abrigo, sombrero y guantes, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Te *vas*, papá?

—¿Qué? No, claro que no —se apresuró a sentarse en el borde de la cama—. Sólo acompañaré a la señorita Fox a casa, eso es todo.

Isla empezó a empujar la colcha que estaba arropando su pequeño regazo.

—¿Puedo ir?

—La próxima vez, gatita. Se supone que hoy tienes que descansar —maldita sea, era difícil decirle que no a esta niña cuando resoplaba y apretaba su muñeca contra el pecho.

Isla logró asentir con valentía.

—Pero le *diré* a la señorita Fox que tú y yo la invitaremos pronto a tomar el té, si está disponible.

El rostro de Isla se iluminó al oír esto, y Rafe se inclinó hacia delante para besarle la frente. Luego se estiró por encima de ella para coger los retratos de sus padres de una pequeña estantería junto a la cama y los colocó sobre su regazo. Los había sacado esta mañana, cuando la había

examinado por enésima vez.

—Ahora ellos te harán compañía hasta que vuelva —le enseñó los retratos y luego se los puso en el regazo para que pudiera mirarlos.

Envió una plegaria silenciosa a las dos personas que habían traído a esta niña al mundo y les dio las gracias por permitirle tener a Isla en su vida. La señora Chesterfield le aseguró que no apartaría los ojos de la niña, y Rafe salió de la alcoba para reunirse con Diana en el piso de abajo.

Era extraño estar con Diana siendo él mismo, sin esconderse detrás de un dominó negro ni disfrazar su voz. Pero por extraño que fuera, también era fácil estar con ella. Era callada, es cierto, pero una vez que la hacía hablar, se abría como una flor después de una lluvia muy necesaria. Se reía a menudo, y era un sonido delicioso y adictivo para sus oídos. Sin el peligro de su identidad secreta, parecía más relajada.

—¿Lista? —le preguntó mientras bajaban los escalones y se dirigían hacia su faetón. La cogió por la cintura y la subió al vehículo. Era ciertamente atrevido tocarla así, pero después de todo lo que habían pasado, simplemente lo hizo sin pensar. Ella se sonrojó pero no dijo nada mientras él subía al otro lado del carruaje. Su caballo estaba atado a la parte trasera del faetón para que pudiera ir detrás de ellos.

—Supongo que uno de los dos debería comentar lo inapropiado de que viajemos juntos siendo dos personas solteras y sin parentesco alguno —dijo ella, con un deje de diversión en su tono.

—No se lo diré a nadie si tú no lo haces —Rafe le dedicó otra sonrisa—. No es ni mucho menos lo más escandaloso que he hecho —admitió—. En realidad es bastante insulso comparado con algunas de mis hazañas pasadas.

Diana lo miró.

—He oído que eras todo un granuja.

—¿Ha estado Rosalind desvelando mis profundos y oscuros secretos? —preguntó con una risita.

—Más bien cantando tus alabanzas. Creo que te adora en secreto.

—¿De verdad? —guio al par de caballos por el camino, ajustando las cintas de cuero en sus manos enguantadas—. Nunca pensé que ella… Bueno, tuvimos un comienzo un poco duro, ella y yo. A ninguno de los dos nos agradó el otro al conocernos.

—Sea lo que fuera lo que ella pensaba de ti antes, ha cambiado —le aseguró Diana.

—Supongo que me he acostumbrado a que los demás piensen mal de mí. Son gajes del oficio, siendo la oveja negra —maldita sea, la verdad siempre salía de sus labios cuando esta mujer estaba cerca de él.

—¿Oveja negra? Yo no veo a ninguna oveja negra aquí. Podemos cambiar lo que somos, ¿sabes? —dijo Diana con sabiduría.

Él le sostuvo la mirada un momento antes de volver a la carretera.

—¿Tú crees eso?

—Sí, lo creo. A veces el destino nos obliga a convertirnos en alguien por necesidad; otras veces encontramos la fuerza dentro de nosotros mismos para hacerlo por nuestra cuenta. Yo era una joven tonta cuando era pequeña, pero cambié para mejor.

La mente de Rafe volvió al pasado.

—¿No se supone que todos somos tontos cuando somos jóvenes? ¿No es ese el don de la juventud? ¿Vivir sin miedo a las consecuencias?

—Supongo que sí, pero uno no puede ser joven o inocente para siempre —él notó cierta tristeza en su voz, lo cual le recordó todo por lo que ella había pasado.

—He oído lo de tu familia. Lo siento —dijo él tras un momento de silencio.

—Gracias. No ha sido fácil. Estoy agradecida de que la finca no cayera en manos de un pariente lejano que al final terminara apoderándose de todo. Mi padre tuvo el acierto de dejármela como parte de mi herencia.

Diana no dejaba de sorprenderle, haciéndole imaginar de la manera más fascinante de lo que realmente era capaz. Había aprendido mucho sobre ella en el último día. Había vivido sola, sin familia, y se había ganado la férrea lealtad de sus sirvientes, quienes se habían convertido en su nueva familia. Era una mujer valiente, una ladrona astuta, una mujer que arriesgaría su vida por una niña a la que apenas conocía, y era simplemente… *magnífica*. Ashton había dicho una vez que cuando miraba a Rosalind, ella parecía brillar como el sol. Él había pensado que su hermano estaba loco en ese momento, pero ahora entendía que una mujer *podía* brillar. Incluso una mujer que creía que el mundo le había dado la espalda y estaba lo bastante cansada como para rendirse, pero no lo había hecho. Esa clase de mujer brillaba, aunque ella no pudiera ver su propio brillo.

Rafe juró en ese momento encontrar la forma de demostrarle lo increíble que era en realidad. Pero más allá de eso, quería estar ahí para ella, ayudarla, darle cobijo entre sus brazos. Cubrirle la cara de besos cuando quisiera llorar y arrancarle sonrisas en su lugar. Estaba desconcertado por este repentino cambio en sí mismo, pero no podía negar la verdad. Quería pensar en un futuro con alguien. Y no con cualquiera, sino con esta mujer.

—¿Considerarías casarte algún día? —Rafe sintió que se le trababa la lengua. Esta era una pregunta que nunca pensó que haría, ni siquiera de forma indirecta, a ninguna mujer.

—Yo… —ella hizo una pausa, mientras sus ojos recorrían el campo—. Si estuviera segura de poder confiar en el hombre con el que me casara. Tendría que estar dispuesto a ayudarme a cuidar de mi casa, mis tierras y mis sirvientes, quienes han sido mi familia. Necesitaría que entendiera que el matrimonio no le convierte en mi amo, diga lo que diga la ley. Sería mi socio, mi igual —ella se atrevió a mirarlo y él vio un destello de esperanza en sus ojos, pero fue rápidamente sustituido por resignación. Sin duda, debido a su reputación, esperaba que él fuera como todos los hombres que había conocido—. Me temo que es mucho pedir para la mayoría de los caballeros —continuó—. Se creen con derecho a instalarse en mi casa y en mi mundo sin demostrar que merecen estar allí. Es una arrogancia que no puedo soportar —se alisó la falda con nerviosismo—. ¿Y tú? ¿Te *plantearías* alguna vez el matrimonio?

Él sabía que ambos estaban rondando una pregunta muy importante que conllevaba el peso de sus destinos, así que su respuesta tenía que ser cuidadosa.

—Sí. Si encontrara a una mujer en la que pudiera confiar tanto conmigo como en Isla. Sé que mi reputación es cuestionable, pero… —dudó.

—A la mujer adecuada no le importará tu reputación. La reputación es lo que los demás piensan de ti. A la mujer adecuada sólo le importará tu carácter, *quién* eres realmente —las palabras de Diana se deslizaron directamente en el centro de su pecho, enroscándose allí en un cálido remolino que le hizo sentir… ligero de una forma que no había sentido en mucho tiempo.

La noche en que murió su padre, había perdido el rumbo, pero la noche en que Isla lo había elegido a *él* como padre, había vuelto a tropezar con el camino que le llevaría a casa. Y la noche que llevó a Diana a la cama en el pabellón de caza, fue como si por fin tuviera su hogar a la vista. Estaba tan cerca de encontrarse a sí mismo, de ser el hombre que debería haber sido hace tantos años. Sin embargo, también temía lo mucho que esta mujer le importaba. Se había acostado con él cuando era Tyburn, y ahora estaba a solas con él como Rafe. Él conocía el secreto de su ladronzuela, pero ella no conocía el suyo. ¿Y si él le pedía que eligiera a Rafe y ella secretamente deseaba a Tyburn? Era muy duro encontrarse celoso de sí mismo. Tal vez debería hacer lo que siempre había hecho y lanzarse a lo desconocido, confiando en el destino, o al menos en la suerte.

—Diana… sé que acabamos de conocernos, pero me gustaría verte más a menudo.

—¿Qué estás preguntando? —respondió ella, un tanto jadeante.

—Supongo que estoy preguntando, de una manera terriblemente incómoda… si me permitirías… cortejarte.

Sus ojos se clavaron en los de ella, y él deseó saber qué buscaba allí.

—¿Deseas *cortejarme*?

—¿Es demasiado pronto? Puedo fingir esperar —intentó bromear con ella con sus palabras, pero sonó demasiado serio.

—Um… yo… —su vacilación se sintió como la espada de Damocles sobre su cabeza.

—No respondas ahora. Tómate tu tiempo para pensarlo. Por ahora, simplemente disfrutemos de nuestro paseo juntos. Hace un día espléndido y a veces lo mejor es disfrutar del sol y recordar respirar.

Cabalgaron en agradable silencio hasta su casa, y él tuvo la oportunidad de contemplar el lugar con nuevos ojos. Sólo lo había visto de noche y al amanecer.

Foxglove era *magnífico*. La vieja casa solariega de piedra estaba cubierta de exuberante hiedra por un lado, y los jardines se extendían salvajemente por el opuesto. Estaba impregnada de carácter, con sus hermosos gabletes y una belleza salvaje y antigua que sólo algunas casas antiguas podían conseguir. Las ventanas centelleaban a la luz del sol, como dándole la bienvenida. No le extrañaba que Diana luchara por conservar este lugar. *Era* un hogar.

Rafe detuvo el faetón frente a los escalones cuando un anciano mozo de cuadra salió a

recibirlos.

—Buenas tardes, Nelson —dijo Diana con una sonrisa.

—Me alegro de verla de vuelta, señorita Diana —el viejo mozo dirigió a Rafe una mirada valorativa mientras se hacía cargo de los caballos.

—¿Se quedará aquí, señor? —le preguntó a Rafe.

Rafe miró a Diana. Era su elección, pero esperaba que ella se lo pidiera.

—Sí. Es decir, si así lo deseas —Diana miró a Rafe, con la cara un poco enrojecida—. Puedo ofrecerte té.

—Un té sería maravilloso —aunque acababan de desayunar hacía una hora, no rechazaría ninguna oportunidad de conocer mejor a Diana y ver su mundo.

—Nelson, ¿podrías ocuparte de los caballos del señor Lennox y del mío? —señaló a su propio caballo, que estaba atado a la parte trasera del faetón.

—Sí, señorita Diana.

Un mayordomo los recibió en la puerta, y de nuevo Rafe tuvo la sensación de que aquel hombre lo estaba evaluando. En lugar de tomárselo como algo personal, Rafe se alegró de que los criados fueran tan protectores con su pequeño dragona de fuego.

—Señor Lennox, él es mi mayordomo, el señor Peele. Señor Peele, él es el señor Rafe Lennox, el hermano pequeño de lord Lennox. Ha tenido la amabilidad de acompañarme a casa y le he invitado a tomar el té.

—Señor Lennox —dijo Peele gravemente y cogió el sombrero y los guantes de Rafe.

—Un placer, señor Peele —respondió Rafe. Diana lo guio hasta el salón de visitas. Sus agudos ojos observaron el estado del interior de la casa. Estaba bien cuidada, pero se dio cuenta de que necesitaba reparaciones. Había que volver a pintar las paredes, lijar y volver a lacar las puertas. Los muebles necesitaban telas nuevas. Sabía que Diana probablemente no deseaba que él viera nada de esto, así que fingió no hacerlo. Parecía que incluso con las deudas pagadas no quedaba suficiente para renovar la casa, lo que le hizo preguntarse si no acabaría endeudándose de nuevo muy pronto. El coste de mantener una casa como ésta en buenas condiciones era ciertamente caro. Lo sabía muy bien porque Ashton le recordaba a menudo los gastos de su propia finca.

Parecía que Diana y él tenían más en común de lo que él creía.

Ella señaló un sofá.

—Siéntate, por favor —tiró de la cuerda de una campanilla que había junto a la puerta para llamar al servicio de té y se sentó en una silla frente a él. Se ajustó las faldas del vestido, claramente nerviosa.

—Diana, no tienes por qué preocuparte —dijo él—. Me temo que te he puesto en un aprieto al sacar el tema del cortejo tan pronto. Es sólo que… después de lo que pasó en el campo, y de cómo te quedaste conmigo e Isla, siento como si te conociera desde hace años —sabía que sonaba desesperado, quizá incluso un poco loco. Pero cuando ella habló, lo dejó atónito.

—Yo siento lo mismo, como si siempre te hubiera conocido, aunque *apenas* lo hago. Creo que eso es lo que me inquieta. No sé nada de tu vida, ni tú de la mía.

Rafe se arriesgó y se puso en pie. La cogió de la mano y tiró suavemente de ella para que se sentara a su lado en el sofá.

—Entonces háblame de ti, Diana. Déjame asomarme a tu corazón y tú al mío, para que nuestras almas queden satisfechas —cogió su mano temblorosa entre las suyas.

Soy tu malvado bandolero. Tu Tyburn. Puedes confiar en mí. Quería decir esas palabras, pero era demasiado peligroso para ella saber la verdad, y lo último que quería hacer era ponerla en peligro. Los ojos castaños de Diana se encontraron con los suyos, y una chispa saltó de ella a hacia él. Diana lo miró a la cara, buscando respuestas que él desearía poder darle.

—El destino me dio a Isla —dijo Rafe—. Y ayer, creo que el destino te trajo a mí. Estoy dispuesto a volver a confiar en el destino.

Ella se lamió los labios, su suave aliento se escapó de golpe. Sus rodillas chocaron cuando se inclinó hacia él.

—¿Me lo contarías todo? ¿Sin secretos? —le preguntó.

—Sin secretos… —la mentira era agridulce y sólo la suavizaba el hecho de que algún día, cuando fuera seguro, le contaría toda la verdad.

—Cuéntamelo todo, desde el principio. Cuéntame la historia de tu vida —ella le apretó las manos, y algo parecido a una ola en las profundidades del mar se movió a través de él, llenando cada parte de él con su esencia, y todo lo que ella había hecho era dejarle desnudar su propia alma sin miedo.

Le habló a Diana de su infancia, de la noche en que murió su padre y de cómo todo había cambiado en su familia. Le habló de Caddington y Phelps, y de cómo su padre lo había enviado a casa, pero él había saltado del carruaje, se había hecho daño y había visto cómo un carruaje atropellaba a su padre. Nunca se lo había contado a *nadie* más. Aunque Ashton había estado allí aquella noche, nunca habían hablado de lo ocurrido. Ella guardó silencio hasta que él tomó aire.

—¿Has dicho lord *Caddington*? —preguntó ella, mientras sus ojos castaños como la miel se llenaban de turbulentas tormentas.

—Sí, un hombre tan sucio como peligroso. He mantenido las distancias con él desde aquella noche.

—Eso me parece sensato —convino ella—. No es de fiar.

El miedo lo invadió.

—¿Lo conoces?

—He tenido el disgusto de encontrarme con él una vez, hace aproximadamente un mes. Me interrogó después de que fuera víctima de un asalto en un carruaje en la carretera.

Rafe se tensó.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Lo desprecié tanto al conocerlo que lo engañé a propósito. Por desgracia, dos de los

hombres que viajaban en mi carruaje cuando me asaltaron recordaban algunos detalles que yo había ocultado. Pero, por mi parte, espero que nunca atrapen a esos ladrones.

La tensión en los hombros de Rafe se alivió. Así que así era como Caddington sabía sus nombres. Ese hecho le había estado rondado por la cabeza desde que Ashton le había enseñado el artículo del periódico. Por supuesto, cualquiera de sus otras víctimas podría haber compartido esa información, pero ahora sabía que no había sido Diana. Ella había mantenido su promesa a Tyburn.

—Caddington está empeñado en atraparlos —continuó Diana, con voz aún tranquila—. Han robado varios carruajes suyos, en los que había dinero que le pertenecía.

Las cejas de Rafe se alzaron. Había tenido unas cuantas noches de suerte con Will y Caspian en los últimos meses, en las que había cofres de dinero en los carruajes que habían robado, pero no tenía ni idea de que estuvieran relacionados con Caddington. Tuvo que ocultar la oleada de sombrío orgullo de saber que había dañado el bolsillo del bastardo más de una vez.

—No deberíamos hablar más de él —dijo Diana.

—De acuerdo. Y ahora es tu turno —él se levantó y ella lo hizo también—. ¿Te parece bien si caminamos y me hablas de ti?

—De acuerdo —la puerta de la salón se abrió y una mujer de mediana edad entró con una bandeja de té.

—Oh, señora Ripley, lo siento mucho —dijo Diana—. Pero creo que vamos a dar un paseo. Lo beberemos cuando volvamos.

El ama de llaves asintió.

—Sí, por supuesto, señorita Fox. Siento mucho el retraso. Lo recalentaré para cuando vuelvan.

Rafe se dio cuenta de que ningún lacayo o criada había traído el té antes, y habían hablado un buen rato. Le hizo preguntarse cuán escasa de personal estaba la casa de Diana para que incluso un simple servicio de té se retrasara tanto.

—Por aquí… —Diana condujo a Rafe al pasillo, y cuando ella volvió a disculparse por no haber servido el té, él la detuvo y sonrió, inclinándose para susurrarle.

—Me importa un bledo el té, cariño. Estoy aquí por *ti*. Y es tu turno. Cuéntamelo todo, y simplemente debes empezar por el principio.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Diana brillaba con una luz estelar interior que él adoraba con locura.

Podía oír la mezcla de amor y dolor en su voz mientras compartía su infancia con él. Entraron en una galería de cuadros y ella se detuvo ante uno de dos niñas pequeñas.

Diana señaló el retrato con la cabeza.

—Somos mi hermana Eleanor y yo.

Reconoció a la morena como Diana. Había sido una niña adorable, con las mejillas rosadas y un vestido verde brillante. Tendría unos cuatro años. Su mirada se dirigió a la niña mayor y se le

oprimió el pecho. Le recordaba a Isla, o más bien al aspecto que tendría Isla cuando fuera unos años mayor, cuando su rostro pasara de ser el de una niña pequeña al de una jovencita. Ese día le entusiasmaba y a la vez le aterraba.

Su hija iba a crecer muy deprisa y temía perdérselo cada vez que cerraba los ojos. Muchos padres anhelaban que sus hijos fueran niños para siempre, pero la madre de Rafe le había dicho cuando era joven que la alegría de tener niños no era mantenerlos como niños, sino verlos convertirse en las personas que estaban destinados a ser. Lo que importaba era el camino, no el principio. La verdadera alegría de un padre es ver a su hijo en cada etapa de su vida.

—Me recuerda un poco a Isla —reflexionó Rafe mientras estudiaba los rasgos de la niña mayor. Había algo en la forma de sus ojos y su boca que le parecía fascinante.

Diana se quedó mirando el retrato de su hermana, sonriendo tristemente.

—Las dos tienen la misma mirada traviesa, ¿cierto? Eleanor era ciertamente traviesa cuando éramos pequeñas. Pero a medida que crecíamos y mamá se ponía enferma, Eleanor se alejaba de todos. Aunque mamá estaba enferma, papá seguía teniéndola. Pero cuando Eleanor se alejó… Yo me sentí perdida. En cierto modo, supongo que aún lo estoy.

Rafe cogió la barbilla de Diana y giró su rostro hacia el suyo.

—No estás perdida. Has hecho una vida aquí. Y me atrevería a decir que aún tienes una familia —señaló con la cabeza a los lacayos que la observaban preocupados.

De repente, los ojos de Diana se llenaron de lágrimas y levantó su mano para apartarlas.

—Permíteme —con delicadeza, Rafe apartó las lágrimas de sus mejillas.

—Más bien siento que estoy a un momento de fracasar en todo —confesó Diana. El corazón de Rafe fue atravesado por el agudo eco de su dolor.

—Conozco muy bien esa sensación. Mi hermano y yo éramos muy unidos alguna vez, pero mi madre me culpó de la muerte de mi padre, igual que yo me culpé a mí mismo. Al final, la perdí a ella, a Thomasina, a Ashton e incluso a la pequeña Joanna. Nunca fui lo suficientemente bueno. No ganaba dinero, sólo problemas. Nunca demostré mi valía, no como Ashton.

Diana tomó aire cuando él la rodeó con sus brazos.

—¿No sería maravilloso simplemente ser suficiente para aquellos a quienes amamos? —preguntó ella.

Él le frotó la espalda, sintiendo las miradas de los lacayos detrás de él, sabiendo que se estaba tomando demasiadas libertades con ella. Pero ya había abrazado a Diana antes, ya había besado sus lágrimas antes. Le había hecho el amor y sabía con clara convicción que ella no era simplemente suficiente, sino que lo era *todo*. Era un cosmos en sí misma, envuelta en misterio y majestuosidad.

Quería cortejarla con palabras, con flores, con paseos por los jardines, pero algo en su interior le advertía que no disponía del lujo del tiempo. Así que la cortejó con un beso.

Rafe inclinó la cabeza, sus labios acariciaron los de ella, y una dulce agonía lo recorrió, tan fuerte que tembló. Nunca había pensado que un beso pudiera tener el poder de salvar una vida,

pero en ese momento ella salvó la suya. El beso de Diana contenía todas las suaves promesas del amor y el fuego de la pasión. Saboreó un juramento tácito de comprensión y aceptación y él lo correspondió con el suyo.

Somos iguales, mi pequeña estrella. Brilla sobre mí para que no tema a la oscuridad que llevo dentro.

Cuando sus labios se separaron, ella lo miró con sus grandes ojos marrones que contenían el cielo nocturno y todas las estrellas. Diana se humedeció los labios y habló.

—¿Estás seguro de que no nos conocemos?

CAPÍTULO 14



Rafe, Will y Caspian esperaban bajo la noche lluviosa, no muy lejos de la carretera, con sus caballos inquietos mientras se escondían entre un bosquecillo de árboles.

¿Estás seguro de que no nos conocemos?

Incluso una semana después, la inocente pregunta de Diana seguía atormentándolo.

Se las había arreglado para convencer a Diana de que nunca se habían visto antes del día que ella vino a ver a Rosalind para tomar el té, aunque la mentira supo amarga en sus labios. La forma en que ella lo había mirado, aquellos ojos castaños que aún buscaban un indicio de Tyburn que él se había visto obligado a ocultar, hizo que su corazón se estrujara de dolor. Todos sus instintos le exigían que le confesara todas sus verdades.

Nunca le había molestado demasiado decir mentiras, pero mentir a Diana, incluso para protegerla, parecía profundizar la negra mancha que yacía en su alma. Sin embargo, era una carga que merecía la pena soportar para protegerla. Algún día le contaría toda la verdad, cuando terminara con esos ataques, cuando fuera seguro, pero ese era un día lejano e incierto.

—Molly prometió que el carruaje pasaría por aquí esta noche —susurró Caspian mientras ajustaba el agarre de las riendas.

Molly, una de sus informantes de confianza que trabajaba en la taberna de la posada Wild Boar, estaba más que feliz de contar lo que sabía sobre los pasajeros que entraban por la puerta de la posada, siempre y cuando Caspian la llevara escaleras arriba y compartiera su cama. Caspian, mucho más reservado que Will, siempre bajaba las escaleras después de tales encuentros con la cara enrojecida por la vergüenza, pero con los ojos aún entrecerrados por la satisfacción.

—Un día de estos, esa pobre moza esperará que le pidas matrimonio —dijo Will con una risita.

Caspian mantuvo la mirada fija en la carretera.

—No lo hará. Le he dicho que no puedo casarme nunca. Además, cree que soy un pobre diablo de Yorkshire —añadió esto último con acento de Yorkshire, lo que hizo que Rafe y Will soltaran una risita. Sin embargo, Rafe oyó el dolor en su voz, el cual reflejaba el suyo propio. Llevaban vidas solitarias y peligrosas. Se alegraba de poder proteger a Diana de ello, aunque eso

significara arriesgar su propia vida para encontrar la manera de cuidar de ella y de Isla.

Por desgracia, las noticias de Molly no habían sido del todo buenas. Les había advertido que la guardia de este carruaje se había duplicado de dos a cuatro, así que lo más probable era que tuvieran problemas. Tenía sentido, dados los impostores que trabajaban en la misma zona. Más robos significaban más esfuerzos en seguridad.

—¿Está Molly segura del número de guardias? —preguntó Rafe.

—Ella nunca nos ha fallado antes —dijo Caspian—. Lo más probable es que Caddington esté cansado de que le robemos su dinero.

Esto debería haber preocupado a Rafe. Más guardias significaba que probablemente tenían órdenes de contraatacar. Debería haberse centrado en Caddington, en el carruaje que pronto robarían y en que esta vez sería mucho más peligroso. Pero sólo podía pensar en Diana.

La había visitado todos los días durante la última semana, cortejándola en serio. Ella había tenido sus dudas cuando él se había presentado con ramos de flores, invitándola a dar largos paseos o a cabalgar por el campo, pero al final había accedido. El tiempo que habían pasado juntos había sido tan satisfactorio como nunca lo había sido acostarse con una mujer.

Su hermano había notado un cambio en él y no se burlaba cada vez que mencionaba que iba a ver a Diana. Simplemente sonreía y asentía. Hacía años que Rafe había dejado de intentar ganarse la aprobación de su hermano, pero ahora que la tenía, no estaba seguro de cómo reaccionar. Lo único que sabía era que necesitaba estar con Diana. Poco más le importaba aparte de Isla.

Sentía el mismo deseo de verla tanto cuando se alejaba de la casa como cuando llegaba. Ella se había convertido en su obsesión, pero de una manera más silenciosa y profunda que cualquier otra cosa que le hubiera fascinado en su vida. Había sido capaz de desnudar su alma ante ella, de contarle casi todos sus secretos, excepto el que le hacía llevar la máscara esta noche.

Dos veces había llevado a Diana e Isla de picnic. Todo había sido tan fácil entre los tres, tan perfecto. Le sorprendió lo mucho que Isla se parecía a Diana, cómo giraba la cabeza en diagonal o cómo mordisqueaba las tartas o las galletas. Cada vez que miraba a las dos mujeres de su vida, le invadía una sensación de dichosa satisfacción.

Las cosas iban tan bien que estaba comenzando a frustrarse.

No debería permitir que sus pensamientos le distrajeran del aquí y ahora. Ahora que sabía que Caddington estaba enviando dinero a Londres, atacaría al hombre de la única forma que podía hacerle daño: vaciándole los bolsillos una y otra vez. Y si eso lo ayudaba a mantener a Isla y Diana, tanto mejor.

Ahora se podía escuchar el ruido de cascos y ruedas.

—Ahí viene —susurró Will, llevando de nuevo la atención de Rafe hacia la carretera.

Rafe y Caspian sacaron sus pistolas. Cada uno llevaba dos más escondidas bajo la capa debido a la advertencia de Molly. Ya se habían enfrentado antes a otros tantos hombres, dispuestos a luchar por conservar sus carteras. Will y Caspian estaban tan bien entrenados como

Rafe en el arte del manejo de la espada como de las pistolas. Serían capaces de lidiar a los hombres adicionales esta noche, pero era importante no confiarse.

El carruaje llegó a la curva del camino. Justo cuando Rafe se disponía a ordenar el ataque, el ruido de un disparo lo interrumpió.

Imposible. No podían haber sido vistos ya, ¿cierto?

Justo entonces, tres jinetes encapuchados salieron del bosque por el lado opuesto de la carretera, más cerca del carruaje que Rafe y sus acompañantes.

—¿Quién *demonios* son? —gruñó Will mientras su caballo se encabritaba y pisaba los cascos con furia por haber sido retenido.

—Espera —dijo Caspian—. ¿No creerás que son…?

—Me temo que sí —gruñó Rafe—. Parece que los hombres que se hacen pasar por nosotros ya no se contentan con quitarnos nuestras identidades, ahora también nos están quitando nuestros objetivos.

—Malditos sean —dijo Will—. Robando lo que nos corresponde robar por derecho.

Rafe observó a los tres impostores rodear el carruaje. Sus gritos se perdían en el viento, pero él sabía lo que estaba pasando. La noche aún no era demasiado oscura, el crepúsculo sólo había pasado hacía una hora, y las nubes de lluvia sólo estaban parcialmente dispersas por el cielo.

¡Crack! Sin previo aviso, los cuatro guardias armados abrieron fuego, el humo salía por las puertas parcialmente abiertas del carruaje y los disparos se veían como ráfagas de luz blanca. Una vez que los impostores fueron sorprendidos, los guardias saltaron del carruaje y aprovecharon su ventaja en el campo de batalla.

—Los tontos no venían armados como nosotros —dijo Rafe al comprender lo que estaba pasando. Aflojó un poco las riendas mientras su caballo se movía agitado.

—Vale la pena tener a una Molly de tu lado, ¿eh? —dijo Will con una mirada maliciosa a Caspian.

Rafe empezó a avanzar, pero Caspian lo cogió del brazo.

—Rafe, ¿no pretenderás ayudarles? Seguramente…

—Nunca me gusta una pelea injusta. Podríamos haber sido nosotros fácilmente —Rafe se soltó de la mano de Caspian y clavó los talones en los flancos de su caballo, saliendo de su escondite hacia la carretera.

La escena ante él era un caos. Los hombres gritaban y disparaban, iluminando la penumbra con breves destellos. La lluvia había hecho que las ruedas del carruaje se hundieran en el barro. Los caballos chillaban y uno de los tres impostores se cayó de la montura. Rafe detuvo su caballo a veinte metros de distancia y levantó su pistola, apuntando a uno de los hombres armados del carruaje, y disparó con un estruendoso chasquido.

El hombre cayó, gritando mientras se sujetaba la pierna. Otros dos se concentraron en un segundo impostor que había acudido en ayuda del primero.

—¡Atrás! —Rafe sacó su segunda pistola y disparó a uno de los guardias. El impostor, quien

se había agachado junto a su camarada herido, se giró y arremetió con una esbelta espada, obligando a uno de los brutos armados a retroceder un paso.

Pero no se dejó intimidar tan fácilmente. El guardia se acercó y golpeó al ladrón en la cara con su puño carnoso, dejándolo inconsciente junto a su compañero. El guardia se abalanzó hacia delante, llevando una cuchilla en la mano, decidido a terminar el trabajo.

Rafe sacó una tercera pistola de su capa y disparó a la espalda del hombre. El guardia se desplomó sobre el camino embarrado. No había tiempo para rumiar sobre sus pecados. El sonido de los cascos tras él le indicó que Caspian y Will se habían unido a la batalla.

Su llegada dio a Rafe la oportunidad de ocuparse de los ladrones heridos. Primero revisó al hombre al que habían disparado. El que había quedado inconsciente ya empezaba a volver en sí y gemía, tocándose la cara. Los impostores se tensaron cuando Rafe se acercó y se bajó del caballo, aún con la máscara puesta.

—Será mejor que lo levantéis, lo montéis en su caballo y os vayáis o moriréis todos —espetó Rafe con su acento escocés—. Os ayudaré —cogió al hombre al que habían disparado y lo ayudó a montar en su caballo. Luego se volvió hacia el otro hombre, quien montó en su propio caballo —. ¡Fuera de aquí, ahora! —espetó.

El hombre que se sujetaba el hombro herido silbó con fuerza, y el sonido se extendió por el camino, y el tercero de los ladrones impostores hizo girar su caballo y se dirigió directamente hacia ellos.

—Gracias…

Rafe sintió el repentino impulso de asegurar al hombre que estaría bien, siempre y cuando pudiera alejarse de aquí, y rezó para que así fuera.

—Limpia esa herida a menos que desees una larga y dolorosa muerte. ¡Vete! —Rafe golpeó con la mano el flanco del caballo, haciendo que la bestia saliera volando hacia la noche. Luego giró y se lanzó de nuevo a la lucha. Volteó la pistola que le quedaba para cogerla por la empuñadura y se la lanzó a uno de los hombres a la cara. Este cayó con fuerza, y Rafe golpeó a otro hombre en el estómago, haciendo que se doblegara.

—¡Oxford! Coge la hucha —le gritó a Will, que estaba más cerca de las puertas abiertas del carruaje.

Will se adentró y cogió una caja de unos treinta centímetros de largo. Caspian le ayudó a llevarla hasta los caballos y a asegurarla a la parte trasera de la silla de Will.

El guardia herido le gritó a Rafe desde donde estaba arrodillado, sujetándose la pierna herida.

—¡Lo has matado! —señaló con un dedo al hombre que yacía boca abajo en el barro. El hombre al que Rafe había disparado por la espalda—. ¡Te colgarán por esto!

—Algún día. Pero no hoy —dijo Rafe con frialdad. Sentía poca simpatía por cualquier hombre que trabajara voluntariamente para alguien como Caddington. Volvió a su caballo y montó. Se volvió a reunir con Will y Caspian en el bosque, a una distancia segura.

—Llevad el dinero a la casa Lennox. Ocultadlo en los establos hasta que podamos resolver

todo esto. Decidle a Rosalind algo sobre que os invité a quedaros en la casa.

—¿Y tú? —preguntó Caspian.

—Voy tras esos tontos. Tengo que advertirles. Tuvimos suerte. Con Caddington poniendo trampas como esta, es probable que los maten la próxima vez. No tendré eso sobre mi conciencia.

—Ten cuidado —dijo Will.

—Lo tendré —Rafe giró entonces su caballo hacia el oeste.

No tardó en encontrar el rastro de los otros tres bandoleros. En su prisa por huir y su necesidad de llevar a su hombre herido a casa, habían cabalgado juntos en línea recta alejándose directamente del carruaje. La lluvia borraría su rastro en pocas horas, pero Rafe tenía suficiente conocimiento de la zona para determinar la ruta que seguían. Una vez que los tuvo a la vista, mantuvo la distancia para evitar ser detectado. Siguiéndolos hasta una zona boscosa, se detuvo cuando se dio cuenta de dónde estaba exactamente.

Estaba en terreno colindante con Foxglove.

Hellfire. Diana tenía hombres peligrosos viviendo cerca de ella. ¿Y si esos ladrones se cruzaban con ella cuando cabalgaba sola? Rafe era demasiado consciente de que él y sus compañeros eran la excepción a la regla en lo referente a bandoleros. Ella podía estar en peligro si esos hombres no eran de fiar.

Los tres jinetes dejaron sus caballos en un pequeño establo al borde de la finca y parecieron desaparecer en la tierra. Cierto que el cielo estaba oscureciendo y la lluvia se había intensificado, pero Rafe estaba convencido de lo que veía. Uno de los hombres había removido la tierra y todos habían desaparecido bajo ella. ¿Un escondite subterráneo, quizás? Una idea inteligente.

Dejó su caballo en el establo con los demás, rezando para que no le pasara nada a su montura mientras seguía investigando.

Llegó al lugar donde los hombres habían desaparecido y encontró una trampilla. Estaba cubierta de barro y hierba, pero pudo encontrar el borde de la puerta con los dedos y levantarla. Se asomó al agujero y, tras una cuidadosa inspección con su bota, encontró los peldaños de una escalera que descendía hacia la oscuridad.

Contempló la posibilidad de seguir al trío de hombres de inmediato, pero decidió que sería mejor avisar primero a Diana. Si volvía a la luz del día, se sentiría más seguro al momento de seguir a hombres desconocidos por un túnel subterráneo. Aunque había ayudado a estos hombres a escapar esta noche, seguía sin conocerlos ni confiar en ellos, y mucho menos como para acercarse a ellos él solo en un oscuro pasadizo en una noche de tormenta.

Volvió a colocar la trampilla en su sitio y sacó a su caballo del pequeño establo, luego cabalgó hasta los establos de Diana detrás de su casa solariega. Estaban oscuros y no había ningún mozo de cuadra a la vista. Metió a su caballo en un establo vacío, sabiendo que sería peligroso si alguno de los trabajadores revisaba los caballos y encontraba uno que no pertenecía a la cuadra, pero era un riesgo que tendría que correr.

Salió del establo y se dirigió al enrejado que había bajo la ventana de la alcoba de Diana. Trepó con cuidado por la celosía de madera cubierta de hiedra y abrió el ventanal tal como había hecho la primera noche que fue a verla siendo Tyburn. Se dejó caer silenciosamente en la habitación y miró a su alrededor. Había una vela de junco recién encendida, pero no había rastro de Diana. Tal vez aún no se había ido a la cama y un sirviente atento había encendido la vela.

Un alboroto en el pasillo hizo que Rafe se escondiera detrás de las cortinas que cubrían la mitad de la ventana. *¡Maldición!* Después de todo, ¿habían notado su llegada? La puerta de la alcoba se abrió y unas voces llegaron hasta él.

—Siéntala en la silla —Rafe reconoció al hombre que hablaba como el mayordomo de Diana, el señor Peele—. ¿Qué ha pasado, Matthew?

—Fuimos emboscados —dijo con voz temblorosa un hombre que presumiblemente era Matthew—. Era una trampa. Esta vez había el doble de guardias. Era como si supieran que atacaríamos. No pensamos… señor, no pensamos…

El corazón de Rafe se detuvo. Los propios sirvientes de Diana habían sido los ladrones. Pero, ¿por qué llevar al hombre herido a la habitación de Diana?

Entonces recordó que el mayordomo le había pedido a Matthew que *la* sentara en la silla.

—Levántale el brazo hacia la luz —le ordenó Peele—. Necesito ver mejor la herida.

No podía ser.

—¡Auch! —la voz de Diana sacó a Rafe de su atónito silencio.

Echó la cortina hacia un lado, dejándose ver. Pero cualquiera que fuera el efecto que su impactante revelación pudiera haber tenido sobre los ocupantes de la habitación, era insignificante en comparación con la conmoción que sentía él ahora mismo.

Diana estaba sentada en una silla junto a la cama, vestida con un pantalón, una camisa y chaleco negros. Su pelo oculto bajo una peluca rubia que tenía cierto parecido al propio pelo de Rafe. Su mayordomo, en bata, y un joven que vestía la misma ropa negra que Diana miraban a Rafe con la boca abierta.

Vio la manga ensangrentada y rota del brazo izquierdo de Diana, que dejaba al descubierto el lugar donde le habían disparado. Había sido a ella a quien había ayudado a subir al caballo, por quien había matado a un hombre para salvarla. La mujer a la que amaba más que a su propia vida. Y esa comprensión lo golpeó como una bala. Ella lo miró fijamente con una expresión de estupor y dolor que lo dejó sin aliento.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —le espetó a la mujer cuyo corazón tenía la llave del suyo y corrió hacia ella.

DIANA PARPADEÓ, CON EL AGUA DE LA LLUVIA AÚN RESBALÁNDOSE EN LOS OJOS. ¿TYBURN estaba *aquí*? ¿Cómo era posible? Hacía media hora le había salvado la vida arrojándola a lomos del mismo caballo que ella le había robado. Luego había reanudado la lucha contra los hombres armados que habían atacado cuando ella y sus lacayos habían detenido el carruaje. Era imposible que hubiera llegado a su casa tan rápido, era imposible que supiera que ella era uno de los ladrones que se habían hecho pasar por él y sus cómplices. Entonces, ¿cómo había llegado? La pregunta retumbó en su cabeza casi tan fuerte como los latidos de su corazón. A continuación, sintió una punzada de dolor en el corazón. Creyó que no volvería a verlo. No eran más que extraños en la noche, y ella se había enamorado de Rafe Lennox, un hombre bueno, un hombre *perfecto*, un hombre que le dio a la luz del sol lo que Tyburn sólo podría darle a la luz de la luna.

Sus entrañas se agitaron con un calor traicionero al verlo, pero una profunda tristeza sustituyó rápidamente su alegría. Esta noche sería la última vez que lo vería. No podía haber otra noche, no cuando estaba enamorada de Rafe.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —gruñó Tyburn mientras corría por la habitación hacia ella.

Peele y Matthew se pusieron delante a ella, con los puños en alto.

—Un paso más, señor, y lo noqueo —le gruñó Peele a Tyburn.

Diana tiró de la manga de Peele con su brazo ileso, pero este la ignoró, ya que estaba concentrado en el intruso.

Tyburn se detuvo y su mirada pasó de Peele a Diana, y fue una advertencia silenciosa que ella comprendió. Más le valía que sus hombres se movieran, o él los obligaría.

—Está bien, Peele, Matthew. Tyburn y yo nos conocemos.

—¿Tyburn? —Matthew jadeó—. ¿No *el* Tyburn? —su mirada suspicaz se convirtió en una de admiración—. Tú eres realmente él, ¿cierto? El verdadero bandolero.

—Lo soy —Rafe apartó a Peele y Matthew para poder inclinarse sobre Diana—. ¿Qué demonios has hecho, muchacha? Vine a advertirte sobre ladrones peligrosos en tus tierras y descubrí que eres *uno* de ellos. Te has metido en un lío más gordo de lo que crees —se arrodilló y sacó una larga cuchilla de su bota. Peele intentó acercarse a él, pero Rafe le lanzó una mirada que lo detuvo en seco.

—No le haré daño —Tyburn cortó la camisa manchada y dejó la cuchilla en el suelo para poder examinar la herida. Su rodilla rozó la de ella mientras se inclinaba. Él aún desprendía el aroma de la lluvia, lo cual le recordó a Diana la noche en que se habían conocido. De pronto, dejó de importarle su brazo. Sólo le importaba que ésta sería la última vez que lo vería, que lo olería, que sentiría la magia de su presencia. Sus dedos exploraron su brazo y su mirada pasó de la herida a su rostro. Empezó a acercarse a él, pero se detuvo.

—Gracias a Dios, muchacha. Sólo te ha rozado —se volvió hacia Matthew—. Trae agua caliente, brandy y paños limpios que podamos cortar en tiras.

Peele empezó a protestar, pero luego recapacitó y le hizo una seña a Matthew.

—Haz lo que dice.

Diana se estremeció cuando los dedos de Tyburn examinaron cuidadosamente la piel que rodeaba su herida. Contempló sus ojos azules mientras estudiaban su herida, y la forma en que sus labios lucían tan suaves y besables. Era una distracción agradable, e incluso le recordó cómo la hacía sentir Rafe. Era una maldición añorar a dos hombres tan hermosos y tan diferentes a la vez.

—No podemos llamar a un médico. Haría demasiadas preguntas. Pero no creo que necesites puntadas, siempre que mantengas la herida limpia y bien cuidada —él hablaba con calma, pero ella percibió el miedo en los ojos del bandolero. Temía por ella, porque se *preocupaba* por ella.

Su mirada se cruzó con la de ella mientras apretaba los labios y su ira regresaba.

—¿En qué estabas pensando, muchacha? No te bastó con robarme a mí, ¿tenías que ir a robar también a todo el pueblo? Podrían haberte matado —susurró Tyburn—. ¿No sabías lo que eso le haría a tu casa, a tu personal, a *mí*? —su corazón dio un vuelco traicionero al pensar que, de algún modo, se había ganado un lugar en el corazón de este hombre misterioso.

Diana levantó la barbilla, picada en su orgullo.

—Hemos tenido bastante éxito en nuestros intentos, hasta esta noche. Este habría sido nuestro tercer robo.

—Oh, lo sé. Leo los periódicos. Imagina mi sorpresa cuando leí sobre esos robos que ni siquiera recordaba haber cometido.

—Parecía una forma más segura de hacer las cosas —se quitó la peluca rubia y suspiró mientras la dejaba sobre la mesa a su lado—. No sé cómo esos hombres estaban preparados para atacarnos, pero lo estaban —ahora le dolía el brazo con un dolor casi paralizante, y todo su cuerpo estaba cansado.

—Oh, ¿no sabes cómo es que ya os estaban esperando? Bueno, tal vez pueda ayudarte con eso. Ponte en el lugar de Caddington. Antes estaba acostumbrado a perder cierta cantidad de dinero, pero de pronto comienzan a robarle el *doble*. ¿Cómo crees que respondería?

Diana parpadeó. Había esperado ocultar su identidad haciéndose pasar por Tyburn, pero ahora veía que, en lo que respecta al público, Tyburn simplemente había redoblado sus esfuerzos y se había convertido en una amenaza mayor.

—Era inevitable, supongo —dijo Tyburn—. Caddington sabe que sus carruajes son un objetivo ahora, muchacha. Estaba preparado para cualquier cosa esta noche.

Diana se sintió como una tonta por no darse cuenta de que Caddington tomaría precauciones después de tantos robos, pero su mente había estado tan llena de distracciones deliciosas… que implicaban a Rafe Lennox. Entonces miró a Tyburn y sintió el calor de la vergüenza por estar tan contenta de verlo esta noche, incluso cuando otra persona tenía su corazón.

En los últimos días, se había enamorado perdidamente de Rafe. Él se había abierto a ella, le había revelado toda la oscuridad que llevaba dentro, y Diana no se había alejado, porque él había visto esa misma oscuridad dentro de ella. Ambos se habían ofrecido el uno al otro sin

condiciones. Eso era amor en estado puro. Conocer a alguien y que esa persona te conozca, sin secretos, y aún así querer quedarse.

Por eso nunca podría estar con Tyburn. Él no podría conocerla como Rafe lo hacía, y ella nunca podría conocerlo de verdad. Sin embargo, su magnética presencia seguía despertando algo dentro de ella, y se sentía como una traición a Rafe.

Diana estaba a punto de decir algo, aunque no estaba segura de qué, pero la puerta de la alcoba se abrió y Matthew regresó. Le entregó las provisiones a Peele y Tyburn, quienes trabajaron juntos en silencio para limpiarle la herida.

El brandy vertido sobre la herida abierta ardía como las mismísimas llamas del infierno, pero Diana no se atrevió a gritar. Apretó el brazo de Tyburn, sabiendo que tenía que estar haciéndole daño. Él se había quitado los guantes, y ella agradeció el calor de su mano alrededor de la suya cuando él cogió suavemente sus dedos entre los suyos y dejó que los apretara. Peele terminó de vendarle el brazo un minuto después.

—Toma, bebe esto. Aliviará tu dolor —Tyburn le acercó la botella a los labios. Diana bebió varios tragos largos, gruñendo por el ardor que le producía en la garganta, pero enseguida la hizo sentir menos dolor que minutos antes.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —le preguntó Peele. Diana vio en sus ojos el amor paternal que sentía por ella. Sus propios ojos se llenaron de lágrimas mientras negaba con la cabeza.

—Tú y Matthew deberíais ir a ver a Luke. Estaba cuidando los caballos. Luego deberíais irse todos a la cama.

—Sí, señorita Fox —Matthew lanzó una mirada más a Tyburn antes de marcharse. Peele, sin embargo, permaneció en su lugar.

—No debería quedarse a solas con este… caballero —dijo su mayordomo. Tyburn soltó una risita.

—Tyburn y yo tenemos un acuerdo —dijo Diana—. No hará nada inapropiado, te lo aseguro.

Peele miró fijamente a Tyburn.

—Hazle daño y te arrepentirás. No me importa quién seas.

El bandolero asintió en señal de comprensión.

—Si le hago daño, me mismo me arrojaré en mi propia tumba.

Sólo entonces, Peele los dejó solos a regañadientes. Una vez que se hubo ido, Tyburn comenzó a sermonearla de nuevo.

—¿Te has vuelto loca, Diana? No puedes volver a hacer esto —arrojó su sombrero sobre una silla y murmuró en voz baja mientras recorría la habitación—. Es demasiado peligroso. Caddington desea atraparme, ahora más que nunca.

—Si piensas sermonearme, puedes marcharte —dijo Diana con hastío—. Por lo que sé, puede que robes carruajes por diversión, pero para mí es una cuestión de supervivencia —se levantó de la silla, pero se tambaleó al ponerse en pie. Entre el brandy y el dolor, todavia se

sentía un poco inestable sobre sus pies.

Tyburn la cogió en brazos y la llevo hasta la cama. En un instante se sintió sorprendida por la familiaridad de estar en sus brazos, por la masculinidad de su aroma. Le rodeó el cuello con el brazo ileso para aferrarse a él, sólo para poder tocarlo una vez más antes de decir adiós. Acomodó la cabeza bajo su barbilla y cerró los ojos para ocultar las lágrimas antes de que él las viera. Él la dejó en la cama y le quitó las botas de los pies.

—Tienes que quitarte esta ropa mojada —le dijo Tyburn.

—Siempre dices lo mismo —Diana intentó sonreír, pero solo consiguió bostezar. Estaba demasiado cansada para moverse y quizá un poco borracha por todo el brandy que había tomado con el estómago vacío.

Con un gruñido, Tyburn se dispuso a quitarle la ropa hasta que quedó completamente desnuda tal como el día en que había nacido. Si no hubiera estado tan jodidamente cansada y dolorida, tal vez le habría importado, pero en ese momento, no. En lo único que podía pensar era en que él la estaba tocando de nuevo y que sería por última vez.

—¿Dónde guardas tu ropa interior? —preguntó él, mirando alrededor de la alcoba.

—En la cómoda… cajón de arriba —cerró los ojos y hundió la cara en la almohada.

—Podrás dormir en un minuto, muchacha. Ahora siéntate —ordenó Tyburn. De pronto, la tela suave y seca de una camisola limpia se deslizó sobre su cabeza. Le metió los brazos por las mangas y tiró de la prenda hacia abajo—. Ya puedes meterte debajo de las sábanas —la empujó hacia un lado de la cama, donde había retirado la colcha, y luego le acomodó las mantas hasta la barbilla como si fuera una niña.

Un sollozo casi silencioso brotó de los labios de Diana.

Su hechizo fue instantáneo, cálido, e hizo que sollozara una vez más.

—Pasaré la noche contigo, si quieres —susurró él, dejándose caer en la cama junto a ella.

—*¡No!* —la palabra fue arrancada de las entrañas de su corazón. Al oírla, se quedó él completamente quieto, esperando a que ella se explicara—. No puedes quedarte —la somnolencia amenazaba con nublar su mente. La instaba a recostar la cabeza y dormir, pero el destello de emoción tras la máscara la hizo decidirse a hacer lo correcto.

—¿Por qué no? —preguntó Tyburn.

—Yo… —el brandy le nubló los pensamientos y le robó las palabras, pero la firme convicción de lo que tenía que hacer permaneció, aunque le desgarrara el corazón—. Me he enamorado de alguien. Y creo que me casaré con él si me lo pide.

Hubo un silencio, y entonces sintió el fuerte apretón de los dedos de Tyburn alrededor de su mano.

—¡No! Ya te he dicho que no puedes quedarte. No podría hacerle eso.

Las palabras la cortaron como fragmentos de cristal, pero no se atrevió a retirarlas. Pensó en Rafe, en la forma en que le había susurrado sus sueños mientras yacían bajo un extenso cielo, y supo lo vulnerable que era aquel hermoso hombre, cómo temía decir lo que quería de la vida,

porque de alguna manera, la vida le había quitado tanto, igual que a ella. Pensó en la forma en que la miraba, como si ella fuera la respuesta a todas las preguntas que había tenido en su corazón, como si vivir un minuto sin ella fuera a destruirlo.

—¿Quién es? —Tyburn carraspeó, e incluso tan cansada como estaba, oyó el dolor en su voz.

—Es un caballero… un *buen* hombre. Es tan maravilloso, y sin embargo se cree un canalla. Se cree un malvado sinvergüenza, pero conmigo es… sólo él mismo. Sólo hay verdad entre nosotros. Verdad y deseo. De alguna manera, me he enamorado perdidamente de él.

Abrió los ojos y vio el perfil enmascarado de Tyburn, quien miraba fijamente la vela junto a la cama. Estuvo a punto de retirar las palabras que habían herido a este hombre, el primero que le había mostrado placer y pertenencia, que la había salvado de una bala, que había matado a alguien por ella. Y ella le había pagado con el rechazo. Pero ahora su alma pertenecía a Rafe. Estar a su lado en aquella tormenta, mantener a Isla a salvo entre ellos… eso había cambiado su corazón para siempre.

Tyburn dejó escapar un suave suspiro.

—¿Sabe realmente quién eres, muchacha? ¿Te hace sentir como yo?

—Sí —susurró ella—. No creía que nadie más que tú pudiera hacerme sentir así, pero él lo hace. Me ha visto, por completo, incluso en mi peor momento.

—Así que eres suficiente para él —suspiró Tyburn—. ¿Pero él es suficiente para ti?

—Él lo es todo —confesó Diana—. Todo sucedió tan rápido, pero siento que mi alma y la suya… venimos del mismo lugar. Somos lo mismo, él y yo —era algo que nunca había imaginado que diría de ningún hombre, que pudiera sentirse tan íntegramente ella misma y a la vez parte de alguien más de esa manera, pero así era. Rachel y ella habían bromeado a menudo sobre las almas gemelas cuando eran más jóvenes, sobre encontrar al caballero perfecto. Pero ella no quería ni necesitaba un hombre perfecto. Rafe era perfecto en su imperfección. Quería a Rafe, quería su miseria, su angustia, su alegría, su amor, su pasión. Lo quería todo, quería todo de él.

Tyburn se volvió hacia ella.

—¿Me echarás de menos, muchacha?

Ella se obligó a incorporarse, apoyando la frente en el hombro de Tyburn mientras el estrechaba su mano y entrelazaba sus dedos con los de ella.

—Que Dios me perdone, pero lo hare. Te *echaré de menos*, Tyburn.

—Nunca habrá otra en mi corazón que tú, muchacha —le levantó la cara y le besó los labios con todo el dolor de un último adiós.

La dicha y la miseria estallaron tras aquella larga y lenta fusión de bocas en la luz de la vela. Ella saboreó el amor en el beso de este hombre desconocido, igual que aquella primera noche que habían pasado juntos en aquel pequeño pabellón de caza. Las lágrimas cubrieron sus mejillas cuando se separaron y se secó los ojos.

—Descansa ahora. Tienes que recuperarte —la instó a volver a la cama y la envolvió de

nuevo con las mantas. Ella lo miró con ojos llorosos mientras él abría la ventana. Afuera, retumbaban los truenos, un eco de su alma estremeciéndose por esta dolorosa separación.

—Tyburn… ¿Podrías mostrarme quién eres en realidad? ¿O al menos decirme tu verdadero nombre?

La lluvia repiqueteaba sobre las piedras y la hiedra de la casa, lo que la tranquilizaba extrañamente en ese momento en que sentía que se le partía el corazón. Tyburn abrió la ventana y la miró, con el resplandor de la vela apenas iluminando su rostro enmascarado.

—No soy más que un sueño, muchacha. Y a los sueños nunca se les debe poner nombre. Destruyen su magia.

Y entonces, igual que había entrado en su vida, su malvado bandolero desapareció en la fría y lluviosa noche.

CAPÍTULO 15



Rafe se desperezó en el suelo de la biblioteca Lennox, bajo el toldo de mantas y palos de escoba de madera que formaban el fuerte Lennox.

Rafe e Isla eran fieros escoceses de las Tierras Altas que habían tomado la fortaleza. Luego lo defendieron con éxito del general inglés Ashton y lo obligaron a entregar su plato de tartas de cereza, así como sus vasos de ponche.

Ahora disfrutaban en paz de su botín de guerra mientras Ashton se había retirado a otra parte de la casa para hacer lo que fuera que hicieran los villanos ingleses cuando no estaban causando problemas a los adorables niños escoceses.

Isla estaba sentada con las piernas entrecruzadas mientras comía su tarta de cerezas. Encima de ellos, las sábanas que formaban la torre brillaban con la luz del sol matutino. El fuerte de mantas era cálido y acogedor, y Rafe estuvo tentado de tomar una siesta, pero tenía asuntos que atender, concretamente abordar el tema de una nueva madre con Isla sin emocionarla demasiado.

Habían pasado dos días desde aquella noche en la alcoba de Diana. La noche en que le dispararon. La noche en que le había confesado su amor sin darse cuenta. Había vuelto temprano a la mañana siguiente para verla como Rafe, pero su mayordomo le había informado de que ella no recibiría visitas, ni siquiera a él.

Peele había parecido decepcionado, pero le aseguró que le avisaría cuando se sintiera mejor para recibir visitas. Rafe le había dicho a Peele que ella podía ir a verlo a su casa a cualquier hora del día o de la noche, o que mandara a buscarlo y él iría enseguida. Había sido muy duro volver a montar su caballo y cabalgar hasta su casa, sabiendo que Diana estaba en algún lugar de su casa, sufriendo, y que él no podía consolarla como ella necesitaba.

Sabía que tenía que evitarlo hasta que su brazo estuviera lo suficientemente bien como para no dolerle. Sería difícil ocultar su herida. No tendría forma de explicárselo porque él no *podía* enterarse de lo que le había pasado. Estuvo a punto de volver a la casa para decirle que era él Tyburn, pero se contuvo. Ya era un gran riesgo que ella robara carruajes bajo su nombre. No podía exponerla más diciéndole su otra identidad.

Pero ahora, después de sólo dos días, Rafe estaba inquieto por la necesidad de ver a Diana, de asegurarse de que se estaba recuperando, y eso era precisamente lo que no podía hacer. El robo

de aquella noche y el ataque de los hombres de Caddington habían salido en los periódicos esta mañana. Era sólo cuestión de tiempo antes de que la soga se apretara. Él, Will y Caspian habían acordado no volver a cabalgar en esta parte del país, pero ¿cómo iba a impedir que Diana lo hiciera? Ahora la conocía lo suficiente, y su dragona de fuego no dejaría que una bala le impidiera conseguir el dinero que necesitaba. Ella estaba tan motivada como él para cuidar lo que amaba. En cuanto su brazo sanara, volvería a montar a caballo y se pondría una máscara. Dado que había perdido el dinero del último robo a manos de su personaje de Tyburn, podría estar aún más desesperada y correr aún más riesgos.

Él habría hecho lo mismo si hubiera estado en su lugar. Y lo había hecho. La noche en que Rosalind le había disparado al robar su carruaje, había resultado malherido, pero había jurado volver a montar en cuanto pudiera. Diana le había visto la cicatriz de aquel incidente, pero no tenía ni idea de que había sido Rosalind quien lo había herido.

Rafe frunció el ceño mientras contemplaba el dinero que le había dado a Ashton la noche anterior para que lo invirtiera. Su parte del último robo había sido de más de novecientas libras. Una verdadera fortuna. Su hermano había enarcado una ceja, pero no exigió saber de dónde lo había sacado. Rafe dijo que lo había ganado inesperadamente por un riesgo que había corrido, lo bastante velado como para que sonara como una racha de suerte en las apuestas. Eso había hecho que Ashton frunciera el ceño, pero luego había pasado a hablar de algunas interesantes oportunidades de inversión en ciertos bonos que creía que darían lugar a rentables beneficios. La hucha que habían conseguido había sido un premio mayor de lo que ninguno de ellos esperaba, pero lo habría cambiado todo en un instante por que Diana saliera ilesa.

—Papá, frunces el ceño —dijo Isla mientras le golpeaba la mejilla con un dedo cubierto de cereza.

—Lo siento, gatita —él se limpió el relleno de cereza de la mejilla con un pañuelo y se incorporó un poco—. Isla… he estado pensando en este asunto de la nueva mamá.

El rostro de su hija se iluminó.

—¿Ah, sí? —sonaba muy parecida a Rosalind, por la forma en que trataba de fingir que no estaba muy interesada en algo cuando en realidad estaba muy interesada. Su hija había pasado demasiado tiempo con su tía.

—Sí. No quiero que te hagas ilusiones todavía, pero me gustaría pedirle a la señorita Fox que se case conmigo —hizo una pausa para sopesar sus palabras—. Pero puede que ella aún no esté preparada. Se lo pediré cuando sea el momento adecuado —como cuando ya no jugara a ser bandida por la noche. Hasta que no renunciara a ese peligroso aspecto de su vida, él no podría casarse con ella. Por supuesto, él también tendría que renunciar a sus propias actividades ilícitas. Algunos hombres no lo admitirían, pero era lo justo, y él sabía que Diana necesitaría que él se comprometiera a lo mismo, especialmente cuando se enterara de que era Tyburn. Tanto él como Diana necesitaban estabilidad financiera, pero no sabía cómo conseguirla sin esperar a las inversiones que Ashton estaba haciendo por él.

—La señora Crumpet y yo seremos pacientes —dijo Isla estoicamente, y dio un sorbo a su ponche.

—Bien. Porque yo…

—¿Rafe? ¿Estás aquí? —la voz de su hermana pequeña lo sobresaltó.

—¿Jo? —gritó.

La voz de Joanna estaba ahora justo fuera de la entrada del fuerte de mantas.

—Cielos… ¿esto es un castillo?

—Es el fuerte Lennox. Isla y yo le permitimos la entrada, buena dama.

Isla soltó una risita ante su tono imperioso.

La sábana que formaba la puerta de su fuerte se abrió y Joanna entró arrastrándose sobre manos y rodillas. Su pelo dorado pálido le caía por los hombros y el vestido azul y dorado que llevaba hacía que su hermana pareciera regia y salvaje a la vez, como una reina de las hadas.

—¿Está tu tejón contigo? —preguntó Rafe.

Su hermana pequeña soltó una risita mientras se unía a él y a Isla en el centro de la carpa.

—Por supuesto —el tejón en cuestión era Brock, su marido escocés de las Tierras Altas, lord Kincade. Pero Rafe le llamaba tejón porque su nombre *significaba* tejón. Y no ayudaba que a veces pudiera ser tan malhumorado y gruñón como su homónimo.

—¿Y has traído a tu pequeño, Jamie? —bromeó Rafe con su acento escocés.

Joanna se sentó junto a Isla y cogió una tarta.

—Sí, mamá se reunió con nosotros en Londres e hicimos el viaje hasta aquí.

Rafe se estremeció.

—¿Mamá está aquí?

Joanna lo observó, con preocupación en sus ojos azules.

—Oh, Rafe, lo está intentando, ¿sabes? Y adora a Isla.

—Todo el mundo adora a Isla —respondió él con frialdad—. Es imposible no hacerlo —no quería hablar de su madre, y menos delante de su hijo. Isla tenía una buena relación con su nueva abuela y, pensara lo que ella pensara de él, no quería que la relación de Isla con su abuela se viera afectada por su bagaje.

—¿Me prometes que lo intentarás? —preguntó Joanna—. Además, mamá se ha enterado de que has estado cortejando a una mujer.

—¿Cómo demonios lo…? *Rosalind* —gruñó el nombre cuando le vino a la mente.

—Puede que haya escrito una carta al respecto. ¿Mamá dijo que estabas cortejando a Diana Fox?

—Eh… sí —Rafe pilló a Isla mirando y se dio cuenta de que este fuerte estaba demasiado lleno—. Gatita, parece que la abuela está aquí. Quizás deberías ir a verla.

Isla levantó a la señora Crumpet en brazos y dejó escapar un suave suspiro. Parecía que sabía exactamente lo que tramaba su padre. ¿Todas las niñas poseían la habilidad innata de saber cuándo alguien intentaba distraerlas?

—Iré contigo en un momento —le prometió a Isla.

La chica puso los ojos en blanco y abrazó a Joanna antes de marcharse.

—Vaya, ha crecido —observó Joanna.

—Sí. Y demasiado rápido.

—¿Sabe lo de la señorita Fox?

Él asintió.

—Adora a Di.

—*Di*, ¿verdad? —Joanna contuvo una risita—. *Vas* en serio con ella.

—Así es —admitió. Joanna era la única persona de su familia con la que sentía que podía ser sincero y no temer ser juzgado.

—Y yo me *alegro* —su hermana le cogió la mano y la estrechó entre las suyas—. Diana es una dama maravillosa. A mamá y a mí se nos rompió el corazón cuando murió su padre. Fue una pena que nuestras familias nunca socializaran como lo hacíamos con las otras familias cercanas. Habría apreciado profundamente su amistad mientras crecía. Pero si te casas con ella, no sólo la tendré como amiga, sino también como hermana.

—Las mujeres y sus bodas —se rio Rafe.

—No son las bodas lo que nos entusiasma, sino que alguien se suma a nuestras familias. Además, Ash y tú siempre me superasteis en número. Yo era tan pequeña que nunca tuve oportunidad contra dos hermanos mayores, porque Thomasina se casó con James cuando yo sólo tenía cinco años y su finca está muy lejos de aquí. Cuando Ash se casó con Rosalind gané otra hermana, y ahora también te tendré a ti —le apretó la mano y sonrió.

—No le digas a mamá que voy en serio con Diana todavía, por favor. Diana acaba de salir del luto y no quiero precipitarme al proponerle matrimonio.

—¿Quieres decir que temes que mamá le diga algo?

—Dado que soy su hijo menos favorito, siempre tengo miedo de lo que pueda decir. Incluso algo con buenas intenciones podría hacer que Diana entrara en pánico, y no deseo eso. Todo ha ido muy rápido, incluso para mí.

—Muy bien. ¡Boca sellada! —Joanna hizo la mímica de girar una llave contra sus labios y arrojarla lejos, lo que hizo reír a Rafe.

—Supongo que tenemos que rescatar a mi gatita de mamá.

Joanna se arrastró fuera del fuerte por delante de él y le ofreció una mano cuando salió, luego tiró de él para ponerlo en pie.

—Realmente es un fuerte espectacular —dijo ella mientras observaba la estructura.

—Nunca hago nada a medias —dijo Rafe con orgullo.

—Desde luego que no.

Fueron en busca de Isla y su madre, y Rafe se preparó para el encuentro. Todos estaban en la terraza. Brock tenía en brazos a Jamie, su hijo y el de Joanna. El niño era tan solo un mes menor que el hijo de Ashton y Rosalind, Malcolm, quien estaba sentado en el regazo de Ashton. Los

hombres mantenían una profunda conversación y los dos bebés se miraban fijamente, emitiendo sonidos como si trataran desesperadamente de conversar igual que sus padres.

La madre de Rafe llevaba a Isla de la mano, y caminaban con Rosalind por el césped del jardín principal, con sus faldas de colores ondeando en la suave brisa. Regina seguía siendo una mujer hermosa, que se había negado a dejar que su condición de viuda destruyera su sentido del estilo. No llevaba una cofia ni una tonta capota con un vestido soso y aburrido. En su lugar, llevaba un spencer verde brillante sobre un vestido azul oscuro que acentuaba su cabello dorado pálido.

A pesar de que a Rafe le preocupaba enfrentarse a su madre, se alegraba de que estuviera aquí por el bien de Isla. Cuando había informado por primera vez a su familia de su intención de adoptarla, había esperado protestas, especialmente por parte de ella. Ashton se había mostrado un poco escéptico al principio, pero había sido su madre quien realmente lo había sorprendido.

Se le había acercado, le había cogido las manos y le había preguntado por qué adoptaba a la niña. Él había respondido con sinceridad.

—Porque ella me eligió, madre. Me quiere y me necesita. Nunca podría rechazarla, y creo que yo también la necesito.

Su madre había asentido y había pedido que le presentaran a Isla cuando la niña llegara de Escocia. Cuando llegó ese día, su madre se había arrodillado a la altura de Isla y había abierto los brazos a la niña. Isla la había abrazado al instante.

Puede que nunca me perdone ni me ame completamente después de lo que he hecho, pero amará a Isla. Le bastaba con saber que la niña de su corazón nunca se quedaría sola si a él le ocurría algo.

Rafe observaba a su familia desde la distancia, contento de estar solo por el momento, cuando se acercó un lacayo.

—¿Señor? La señorita Fox acaba de llegar. ¿La escolto hasta aquí? —preguntó el joven hombre.

—¿Diana está aquí? Yo iré a buscarla, gracias.

Siguió al lacayo hasta la entrada, donde esperaba Diana. Llevaba el pelo suelto, excepto por una cinta que se lo apartaba del rostro, y llevaba un vestido de gala de color púrpura oscuro con capullos de rosa pálido cosidos en las mangas y el dobladillo. Tenía un cuello alto con volantes blancos que evocaba la moda de Isabel I. Las botas de montar que llevaba eran negras y brillantes, pero él vio viejas marcas de desgaste que aún no se habían pulido del todo. Él vio cómo se iluminó su rostro y su corazón trató de contener la calidez que sintió al verla sonreírle.

—Di —se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, sabiendo que los criados estaban cerca, pero no le importaba que vieran su atrevimiento. Acarició su rostro y examinó suavemente sus ojos cansados—. ¿Te encuentras mejor? —seguía luciendo demasiado cansada y pálida para su gusto. Odiaba no poder curarle la herida él mismo.

—Sí, siento no haber podido verte cuando viniste a visitarme —la tensión alrededor de sus

ojos era lo único que delataba que aún le dolía algo—. Espero que esté bien que haya venido a verte sin avisar.

—Más que bien —le aseguró Rafe. Tuvo cuidado de no tocarle el hombro lesionado, ocultando al mismo tiempo que sabía que estaba herida—. Estamos en la terraza disfrutando del día. Mi hermana Joanna y su marido, Brock, acaban de volver de Escocia y han traído a mi madre.

—¿Tu familia está aquí? Oh, no debería haber venido. Yo…

—Calla —le levantó la cara para poder inclinarse y darle un beso en los labios—. Eres como de mi familia, Diana. A Joanna le vendría bien verte, e Isla lleva todo el día preguntando por ti.

Le robó otro beso, más profundo, uno que la provocaba tanto como lo torturaba a él. Sólo se sintió satisfecho de soltarla cuando vio lo aturdida que había quedado tras este segundo beso.

Diana apoyó las palmas de las manos en el pecho de él. Rafe levantó una de sus manos y le dio un beso en el interior de la muñeca. Sintió que su pulso se aceleraba en respuesta y fue recompensado con un toque de color en su pálido rostro.

—Ven a pasar el día con nosotros —colocó su brazo encima del suyo y salieron al sol para reunirse con su familia.

UNA OLEADA DE ALIVIO RECORRIÓ A DIANA CUANDO ELLA Y RAFE SALIERON A LA TERRAZA. LE preocupaba que la presionara con lo de su “enfermedad”, pero no lo hizo. Había visto la preocupación en sus ojos, pero no la había interrogado. Su brazo se estaba curando bastante bien, pero parte de su cansancio provenía de los sueños que había tenido las dos últimas noches. Aquellos últimos momentos despidiéndose de su misterioso bandolero.

Sabía que no podía estar enamorada de dos hombres, pero de algún modo lo estaba. Amaba a Tyburn, su feroz intensidad, su pasión, su oscuro encanto que se suavizaba en tan tiernas seducciones. Pero su corazón guardaba el nombre de Rafe. Sus sonrisas brillantes, su dulce ardor, su determinación de demostrar que era *suficiente* para el mundo y para sí mismo la llenaban de un profundo deseo de abrazarlo y asegurarle que era más que suficiente.

Sobre todo, le encantaba cómo la miraba. No la miraba como si su valor fuera menor, ni la elevaba sobre un pedestal para admirarla. Rafe veía *todo* de ella, *conocía* todo de ella, y cuando la besaba, se sentía extrañamente segura y libre. Él era su refugio contra la tormenta. Por mucho que le emocionaran las visitas de Tyburn a medianoche, Rafe era mucho *más* para ella, de un modo que desafiaba a las palabras.

Debo olvidar a Tyburn, se recordó a sí misma. Rafe era su futuro. Lo sabía de una forma que hacía que su corazón cantara con la promesa de la vida que podrían compartir. Rafe la miró con

esa media sonrisa suya que hacía que sus rodillas temblaran. Ella se aferró con fuerza a su brazo, agradecida por su fuerza.

—¿Lista? —preguntó Rafe mientras la guiaba hacia su familia, quienes estaban en el césped y en la mesa—. Te juro que no muerden. Ya conoces a Rosalind y a Ash, por supuesto. Y recuerdas a mi madre y a Joanna. El marido de Jo, Brock, es un tío callado, pero un buen hombre, y escocés.

—Te encantan los escoceses —se burló Diana.

—Que Dios me ayude, pero así es —aceptó riendo. Le había contado todas sus aventuras con los tres hermanos de Rosalind. Estaba claro que apreciaba a aquellos hombres como amigos y hermanos—. Espero que no te importe conocer a todos así… conmigo —su mirada se tornó seria, y ella comprendió la implicación. Que él la presentara oficialmente a su familia sería una declaración arriesgada.

—No creo que me importe nada mientras esté contigo.

Diana estaba lista. Lista para empezar a vivir de nuevo. Intentó no pensar en el dinero que habían perdido en el último robo ni en el hombre al que Tyburn había matado para salvarla. Esos pensamientos volverían a atormentarla muy pronto, pero al menos podía escapar durante unas horas, y agradecía la distracción.

Joanna fue la primera en verlos.

—¡Señorita Fox!

Diana saludó a todos con una sonrisa mientras se giraban hacia ella con diferentes grados de sorpresa.

—Buenas tardes.

Isla soltó su pequeña mano de la de Regina y corrió hacia Diana.

—¡Señorita Fox! —Diana se arrodilló y extendió los brazos, e Isla saltó a ella con demasiada impaciencia.

—¡Isla, espera! —gritó Rafe mientras la niña rodeaba a Diana con los brazos. Ella sintió un dolor punzante en el brazo y se mordió el labio para contener un chillido.

—Isla, tienes que soltarla —le susurró Rafe a la niña—. Le estás haciendo daño.

—Estoy bien, Rafe —mintió Diana. A pesar del dolor, disfrutaba del consuelo de abrazar a la niña. Había llegado a adorar a Isla con todo su corazón, igual que había hecho con el padre de la niña. El amor era algo tan extraño. En un momento había estado decidida a quedarse sola, porque no deseaba la debilidad que supondría amar a alguien. Pero había olvidado que el amor también podía hacer fuerte a alguien, y el abrazo de Isla le estaba dando nuevas fuerzas.

Regina y Joanna se unieron a ellas.

—Señorita Fox, me alegro de verla bien.

Diana soltó a Isla y se levantó para encontrarse con la mirada de Regina. La baronesa viuda era una mujer hermosa que parecía hecha de hierro. Después de todas las historias que Rafe había compartido sobre su familia, Diana creía entender bien a Regina. Se había derrumbado

cuando había perdido a su marido, pero se había reconstruido a sí misma a su manera para no volver a romperse. Era algo con lo que Diana estaba íntimamente familiarizada.

Deseaba que Regina encontrara la forma de perdonar realmente a Rafe, porque él no había hecho nada malo la noche en que murió su padre, y se culpaba a sí mismo más que a nadie. Algún día Diana lo convencería de que se perdonara a sí mismo, pero la persona que más lo liberaría de ese dolor era esta mujer. Necesitaba que su madre le dijera que él no tenía la culpa antes de poder perdonarse a sí mismo.

Los ojos azules de Regina se movieron entre su hijo, Isla y Diana.

—¿Y cómo te va ahora que has salido del luto?

—Bastante bien —dijo Diana. Tenía su hogar, sus tierras, y seguía luchando por conservarlas. Eso era suficiente en su mente.

—Bien —respondió Regina—. Estamos aquí por si alguna vez nos necesitas, a *cualquiera* de nosotros —ella y Ashton compartieron una mirada cómplice, que Diana no pasó por alto.

—Gracias, lady Lennox.

—Señorita Fox, ¿le gustaría ver el fuerte que papá y yo hicimos? —preguntó Isla.

—¿Habéis hecho un fuerte? —preguntó Diana.

—¡En la biblioteca!

Diana miró hacia Rafe, intrigada. El caballero tenía la sensatez de mostrarse tímido por sus travesuras.

—¿Te importa que le enseñe la biblioteca a Diana? —preguntó Rafe a su madre, como si temiera interrumpir la interacción de su madre con Diana sin permiso.

—En absoluto —Regina les hizo un gesto para que se marcharan y se volvió hacia la mesa donde Brock y Ashton aún sostenían a sus dos nietos.

Rafe tiró suavemente de Diana contra su costado.

—Creo que ya podemos escapar con seguridad —el calor de su cuerpo la calentó hasta los dedos de los pies.

—¡Venga! Venga a ver —Isla estaba de pie en la puerta que daba a la casa mientras un paciente lacayo la mantenía abierta.

Algo en Isla le traía viejos recuerdos… recuerdos hacían que el corazón de Diana se estrujara con agridulce nostalgia. Podía ver a su hermana allí de pie, llamándola para que entrara, igual que estaba haciendo ahora Isla.

—¿Estás bien? —preguntó Rafe cuando entraron en la casa—. Quizá deberíamos buscar un sitio para sentarnos o…

Diana sacudió su cabeza suavemente mientras el fantasma del recuerdo se desvanecía.

—Estoy cansada —admitió—, pero estaré bien. No quiero privarme de pasar tiempo contigo hoy —apoyó la mejilla en su hombro y Rafe le besó la coronilla. Una sensación de seguridad la invadió—. ¿Cómo lo haces? —le preguntó.

Rafe arrugó las comisuras de los ojos al mirarla.

—¿Hacer qué?

—Me haces sentir segura.

—¿Lo hago? —Rafe se detuvo en la puerta de la biblioteca.

—Sí, lo haces.

—Bien. Siempre quiero que te sientas segura conmigo —se inclinó para besarla de nuevo durante un largo y delicioso instante. El dolor de su brazo desapareció y todos sus oscuros pensamientos se desvanecieron—. Cásate conmigo —susurró cuando sus labios se separaron—. Cásate conmigo… Diana —sus ojos azules brillaban y ella se perdió en el color del cielo de verano que albergaban—. Cásate conmigo cuando quieras. Cuando te sientas preparada. Te tomaré como esposa en el momento en que desees tenerme como marido.

A Diana se le hizo un nudo en la garganta.

—Yo… —deseaba tanto decir que sí—. Rafe, sabes que mi finca tiene dificultades. Seguro que debes tenerlo en cuenta antes de pedirme que me case…

Él sonrió y le apartó un mechón de cabello de la mejilla.

—Soportaría todas las luchas del mundo con tal de poder llamarte mía —ella sólo vio y oyó verdad en su respuesta. Le pasó un dedo por los labios—. Tómate tu tiempo.

—¡Señorita Fox! —el grito emocionado de Isla le recordó a Diana por qué estaba aquí—. ¡Debe ver el fuerte! —la niña se apresuró a coger la mano de Diana y apartarla de allí. Diana miró a Rafe mientras se arrodillaba a la entrada del fuerte. La mirada de amor y anhelo en sus ojos le curó el alma. ¿Cómo podía rechazarlo? Le tendió una mano. Rafe se acercó a ella y se arrodilló a su lado, pasándole un brazo por la cintura. Ella levantó la barbilla y respiró suavemente.

—Sí —susurró la palabra y una dulce chispa recorrió sus extremidades.

Los labios de Rafe se curvaron en una amplia sonrisa que contenía el calor del mismísimo sol.

—¿Sí?

—*Sí* —ella intentó calmar los latidos desenfrenados de su corazón. Tendría que despedirse de su máscara y de las cabalgatas a medianoche, pero después del último, estaba más que preparada. Rafe y ella encontrarían la manera de salvar su casa sin recurrir al robo. Tal vez las inversiones de los depósitos que le había dado a Rosalind empezarían a dar sus frutos.

Rafe apoyó su frente en la de ella y la besó profundamente. Tras un largo y tierno momento, una tos cortés les recordó que no estaban solos.

—¿Esto significa que será mi nueva mamá? —preguntó Isla, apretando la muñeca contra su pecho.

—Sí… ¿te gustaría?

A Isla se le llenaron los ojos de lágrimas y se lanzó sobre Diana, quien abrazó a la llorosa niña y la tranquilizó.

—Lo siento, no tengo por qué ser tu mamá —dijo Diana.

—¡Pero *quiero* que lo sea! —dijo Isla entre sollozos—. Quiero una mamá… la quiero a *usted*.

—Bueno, entonces creo que ambas estaremos contentas con la decisión —dijo Diana. Levantó su mirada hacia Rafe mientras él las metía a las dos en el fuerte de mantas para que se sentaran.

—A partir de ahora seremos nosotros tres —Rafe sostuvo la mirada de Diana.

—Los tres —aceptó Diana. Estaba dispuesta a abrir su corazón total y completamente a Rafe y a todo lo que implicaría amarlo.

CAPÍTULO 16



—Tengo noticias, milord.

Andrew Caddington levantó la vista de los papeles de su escritorio con el ceño fruncido.

—Más vale que sean *buenas* noticias, Phelps —ya había tenido suficientes malas noticias desde que su carruaje, protegido por cuatro guardias armados, fue atacado por bandoleros y perdió su dinero. Uno de los tontos que había contratado había muerto durante la lucha, no es que a Andrew le importara, pero al menos ahora tenía un asesinato que podía colgar al maldito cuello de Tyburn una vez que atrapara al bastardo.

Phelps había sido enviado a vigilar encubiertamente el carruaje de Andrew desde una posición ventajosa en el bosque. Cuando no regresó enseguida con los hombres que habían estado a cargo del carruaje, Andrew no se preocupó. Phelps era conocido por pasar desapercibido mientras hacía su trabajo, fuera lo que fuera lo que Andrew le pidiera.

Andrew no podía permitirse perder mucho más de sus ingresos. Obligar a la mayoría de las empresas y familias del distrito a pagar por su protección como magistrado ya era bastante arriesgado, pero no dejaría que unos malditos ladrones arruinaran sus planes.

Y ciertamente tenía grandes planes.

Cuando tuviera suficiente dinero, empezaría a invertir en la lealtad de hombres influyentes en los negocios y la política. Ya era hora de que cambiara la dinámica del poder en Londres. Las familias aristocráticas de sangre azul de antaño no habían logrado ser útiles. Se habían vuelto demasiado dependientes de la gente que vivía en sus tierras. Andrew se había encargado de desterrar a sus inquilinos hacía mucho tiempo. Eran un desperdicio de espacio y de tierra.

El verdadero poder residía en la capacidad de un señor para hacer lo que quisiera, a *quien* quisiera.

Se dio cuenta de que Phelps había permanecido en silencio demasiado tiempo. Rara vez era una buena señal.

—¿Y bien? ¿Qué pasa? Llevas dos malditos días fuera. Espero que muestres resultados por tu ausencia.

Phelps sonrió sin humor.

—Le aseguro que son muy buenas noticias. Sé quiénes son sus ladrones.

Andrew apartó sus libros de contabilidad y se inclinó hacia delante.

—¿Quiénes son?

—En primer lugar, debe saber que no le ha robado un solo grupo de ladrones, sino *dos*.

—¿Dos? ¿Qué demonios quieres decir?

—Quiero decir que hay una segunda banda de ladrones, que utilizan la identidad de Tyburn y sus hombres. Creo que la mayoría de sus robos anteriores fueron llevados a cabo por la primera banda de tres ladrones. Estos hombres eran claramente conocedores. Los dos últimos robos parecen ser obra de un segundo grupo de tres personas. La mayoría de los informes sobre ellos coinciden, pero había suficientes diferencias como para que empezara a sospechar. Hace dos noches, fue el segundo grupo el que atacó primero su carruaje. Tyburn y sus hombres acudieron en su ayuda cuando los guardias armados hicieron acto de presencia. No pude rescatar su dinero porque me superaban en número. El grupo de hombres con más conocimientos se encargó del robo del dinero, mientras que el trío de ladrones con menos experiencia huyó. Decidí seguir a esos tres para ver qué podía averiguar.

—¿Y adónde fueron?

—A un viejo agujero de cura, que conducía a un túnel que los llevó directamente a Foxglove Hall.

—Foxglove… —Andrew entrecerró los ojos—. ¿Quiere decir que estos hombres trabajan para Diana Fox?

Le había llevado un momento recordar la cutre finca que había visitado cuando investigaba los robos. Lo más probable era que la mujer que vivía allí le hubiera mentido aquel día cuando fue a interrogarla sobre su supuesto secuestro. O bien trabajaba directamente con él, o eran una especie de competidores. No importaba. Ahora tenía otra pieza de este extraño rompecabezas.

Su criado seguía sonriendo mientras se tomaba un momento para saborear la noticia.

—Mejor. La señorita Fox es *una* de las ladronas. He sabido que le dispararon hace dos noches, una simple herida superficial. Vivirá.

—Una lástima —resopló Andrew. No le gustaban las mujeres, sus zalamerías y mentiras. No le servían para nada.

—No es una lástima, por lo que parece —dijo Phelps, con demasiada suficiencia.

—Si tienes algo relevante que contarme, será mejor que lo escupas.

Phelps entrecerró los ojos, el único atisbo de rebeldía que había visto en su leal sirviente. Eso se debía a que Phelps sabía lo peligroso que era Andrew cuando se enfadaba.

—La herida de la mujer atrajo hacia ella al líder de la otra banda de ladrones. Lo vi entrar por su ventana. Creo que podrían ser amantes secretos, lo que explicaría por qué se coló en su casa en lugar de simplemente entrar por la puerta principal.

—¿Y quién es ese otro hombre? —preguntó con impaciencia.

—Eso lo supe más tarde. Cuando este hombre salió de Foxglove, lo seguí hasta su casa —Phelps hizo una pausa, pareciendo saborear sus siguientes palabras—. La casa Lennox.

—¿La casa Lennox? ¿Lord Lennox da cobijo a estos ladrones?

Los ojos de Phelps brillaron con triunfo.

—No.

—No esperarás que crea que el *propio* Lennox es el líder de los bandoleros.

Su criado sonreía malvadamente ahora.

—Él no…

La respiración de Andrew se entrecortó cuando una excitación repentina, deliciosa y peligrosa llenó sus venas con la necesidad de causar dolor.

—¿Quieres decir…?

—Sí —dijo Phelps—. Por fin tiene los medios para atrapar a quien ha deseado.

La red que había tejido para atrapar a un grupo de molestos bandoleros había capturado, por fortuna, al único hombre que lo había eludido hacía tanto tiempo.

A lo largo de los años había intentado atrapar al joven Lennox con sus métodos habituales, con deudas u obligaciones que no se daba cuenta de que conducían directamente a Andrew. Pero para su decepción, el chico nunca había caído en esas trampas tan hábilmente tendidas.

Pero ahora… ahora podía sentir las dulces vibraciones del forcejeo de su presa, quien no se daba cuenta de que ya era demasiado tarde. Finalmente tendría a Rafe Lennox bajo su poder. Lo doblegaría, se tomaría su tiempo y disfrutaría de cada segundo de su agonía.

—Necesitaremos preparar nuestra trampa. Confío en que te encargarás de así sea —dijo Andrew.

—Con mucho gusto.

—Bien. Ponte a ello. Ya no estoy dispuesto a esperar —se levantó e hizo un gesto a Phelps para que se marchara. Había mucho que hacer. Debía preparar su bodega privada para la llegada de Rafe y esperar. La expectación casi le mareaba.

Por fin tendría lo que tanto había deseado.



DIANA TARAREABA PARA SÍ MISMA MIENTRAS ELLA Y LA SEÑORA RIPLEY TRAÍAN LAS VERDURAS de los jardines. Esta semana habían cosechado bastantes zanahorias y patatas, ya que el tiempo había sido bueno para sus pequeños cultivos. Diana ya podía saborear el estofado que su cocinera prepararía con la carne que había comprado en la carnicería esta mañana. Aunque todavía le dolía el brazo, ahora era más una molestia que un verdadero dolor.

Quizá le dolía menos porque Rafe y ella iban a casarse dentro de un mes, y ese hecho parecía hacer que todo *brillara* en su interior. Le hubiera gustado que fuera antes, pero lord Lennox había insistido en que las amonestaciones se leyeran en la iglesia y en que la ceremonia se

celebrara con un gran desayuno. Parecía que la mayoría de los matrimonios de los Lennox habían sido precipitados, y el hermano mayor de Rafe deseaba hacerlo como era debido una vez que Rafe hubo anunciado la noticia a su familia.

Rafe había fulminado a Ashton con la mirada, lo cual había hecho reír a Diana y besar la mejilla de Rafe. Ella le había susurrado que haría que la espera mereciera la pena. Él le había besado el lóbulo de la oreja y le había susurrado que estaba *seguro* de que encontraría la manera de satisfacer sus necesidades mientras esperaban a que pasara el mes. Su sensual promesa había hecho que sus piernas temblaran tanto como algunas de las famosas gelatinas que preparaba la cocinera de los Lennox.

Había escrito inmediatamente a Rachel para darle la noticia, ya que estaba de vuelta en Londres por las próximas semanas. Rachel estaría encantada; Diana podía imaginarse a su amiga sonriendo al leer la noticia.

—Debemos trabajar en su ajuar, señorita Diana —dijo la señora Ripley. Le dedicó una sonrisa de agradecimiento a la cocinera y a una sirvienta mientras las dos criadas se ocupaban las cestas de ella y Diana.

—Oh, pero podría pensar en mil cosas que requieren mi atención en lugar de llenar un baúl con ropa fina —sin embargo, mientras decía esto, una pequeña parte de su corazón suspiró con decepción.

El ama de llaves negó con la cabeza con firmeza.

—Tonterías. Tendrá una, pase lo que pase. Ahora, venga conmigo y deje que le enseñe algo.

Diana siguió a la señora Ripley fuera de la cocina y subió al desván, encima de las habitaciones de las criadas y los lacayos. La luz del sol de última hora de la tarde se colaba por las sucias ventanas del desván, iluminando pequeñas estelas de partículas de polvo, pero proporcionando luz suficiente para mostrarles un desgastado camino a través de los viejos baúles, cuadros y otras pertenencias de más de doscientos años de los Fox.

La señora Ripley se detuvo frente a un viejo baúl de color marfil en un rincón polvoriento. Cogió el juego de llaves que colgaba de su cintura y se arrodilló frente al baúl. Diana se unió a ella, curiosa por saber qué contenía. Tenían tan poco tiempo para pasar en el desván cuando el resto de la finca necesitaba tanta atención.

—Este era el ajuar de su madre. Creo que todo sigue en casi perfectas condiciones en su interior —el ama de llaves abrió el baúl y levantó la tapa. Un tenue aroma a lavanda se desprendía de las prendas cuidadosamente dobladas y envueltas en papel fino, junto con un juego de cartas atadas con una cinta azul descolorida—. Son cartas de amor de su padre —explicó la señora Ripley. Apartó con delicadeza las cartas descoloridas y abrió la primera capa de papel fino sobre la ropa—. Y éste era el vestido de novia de su madre —lo levantó para que Diana pudiera verlo. El estilo no estaba de moda, pero la pedrería de perlas y los bordados dorados sobre la suave seda azul cielo eran exquisitos y atemporales. El vestido parecía brillar como si alguna reina de las hadas lo hubiera llevado hace mucho tiempo y su magia aún se aferrara a la

tela.

Las manos de Diana temblaron al tocar la seda.

—Nunca había visto su vestido de novia. Es tan hermoso —podía imaginarse a sí misma vistiéndolo, sintiéndose tan hermosa como lo había sido su madre. Por un momento, se sintió abrumada. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de tener una boda o un marido. Y ahora… Se mordió el labio para ocultar una sonrisa al pensar en la cara de Rafe cuando la viera con este vestido.

La señora Ripley esbozó una suave sonrisa.

—Con unos pocos ajustes para adaptarlo a la moda actual, creo que podrías llevarlo y estar tan magnífica como tu madre el día de su boda.

Diana se mordió el labio y asintió.

—Ojalá… Ojalá ella y Eleanor estuvieran aquí.

—Yo también lo deseo, querida. Pero piense en su nueva familia. Lady Lennox, lady Kincade… tendrá hermanas.

Tendría hermanas *maravillosas*. Difícilmente podría haber imaginado que su vida podría haber cambiado tanto para mejor tan rápidamente.

—¿Crees que me estoy precipitando al aceptar casarme con él tan rápidamente? —le susurró a la señora Ripley mientras examinaban unas prendas interiores de fino satén y encaje belga.

—Si no la hubiera visto con el señor Lennox, quizá estaría preocupada, pero nunca he visto a dos personas tan bien avenidas. La forma en que ese hombre la mira… Ese es un hombre que ama pura y profundamente —la señora Ripley hizo una pausa, con una sonrisa agridulce—. Pero lo que más importa es que esté aquí y la corteje como es debido… Está deshaciendo el daño de los últimos años.

Diana sintió una repentina oleada de ansiedad.

—¿Daño?

La señora Ripley dejó la camisola y cogió las manos de Diana entre las suyas.

—Siempre ha sido una fuerza de la naturaleza, querida. Más que su hermana. *Brillaba* desde niña. Por eso ese hombre la adora. Es un alma tan vibrante. Pero estos últimos años ese brillo se ha atenuado. La vida tiene una forma de robarle a uno su luz interior cuando suceden demasiadas cosas que le rompen el corazón —la señora Ripley solía ser una mujer que tenía control de sí misma, pero ahora resopló y se secó una lágrima—. Siempre que está en presencia del señor Lennox, usted *brilla*, como se merece. El señor Peele y yo nos hemos sentido muy aliviados y felices al ver que nuestra pequeña Diana ha vuelto con nosotros. Se merece todo lo bueno que la vida puede ofrecerle, y creo que ese hombre hará lo que sea para dárselo —apretó las manos de Diana—. Ahora, antes de que me convierta en una regadera, haré que los lacayos bajen esto hoy y empezaremos a trabajar en su vestido de novia. Queremos que Foxglove se sienta orgullosa, ¿verdad?

—Sí, así es —convino Diana, su propia voz llena de emoción—. Gracias, señora Ripley.

La señora Ripley le acarició la mejilla como si volviera a ser una niña pequeña.

—Nunca tuve hijos propios, pero usted… la reclamo como mi hija en cada ocasión que puedo.

Diana rodeó a la señora Ripley con sus brazos y la estrechó.



UNAS HORAS MÁS TARDE, DIANA SE DIRIGIÓ A LOS ESTABLOS PARA VER CÓMO LE IBA A NELSON cuidando de los caballos. Era una vieja costumbre que había adquirido de su padre, a quien le gustaba ir a ver cómo estaba Nelson, y la mayoría de las veces llevaba a Diana con él para que pudiera ver los caballos.

Al entrar en los establos, el aroma del heno y el grano frescos se mezcló con el agradable aroma del cuero y los caballos. Encontró al viejo mozo en la cuadra más alejada. Hablaba con voz tranquilizadora a las bestias y le guiñó un ojo a Diana cuando la vio. Golpeó con los dedos la puerta del establo y se tomó un momento para respirar el aire y disfrutar.

—Nelson, no te olvides de venir pronto a cenar —le recordó al viejo mozo.

—Sí, señorita Diana —dijo él desde detrás de un alto percherón blanco al que estaba cepillando.

Diana se alejó de los establos y regresó a la casa. Contempló su hogar con ojos nuevos, ojos que no se sentían cansados ante la idea de cuidarlo. Ahora veía lo que sería su vida, cómo florecerían los jardines, cómo habría Isla y tal vez otro niño correteando por el césped, y ella pasaría los días con Rafe, tomando el sol y viviendo de la forma que tanto había deseado. Foxglove volvería a ser una joya brillante en el campo, y su familia estaría orgullosa de que ella la hubiera salvado.

Oyó un repentino ruido de pasos detrás de ella y un dolor estalló en su cráneo. Se desplomó sobre la hierba, y sus manos se revolvieron entre las hojas otoñales mientras intentaba ponerse de rodillas.

—Eres más fuerte de lo que pensaba —siseó alguien, y un segundo golpe la envió a un mundo completamente oscuro.

Cuando volvió en sí, se encontró en el suelo de un sótano poco iluminado. Tardó un minuto en superar el dolor de cabeza al darse cuenta de que estaba sentada en una… ¿celda? Una lámpara encendida estaba en el suelo, fuera de su alcance a través de los barrotes. Gimió e intentó incorporarse. El mundo seguía dándole vueltas y las yemas de sus dedos tenían un poco de sangre después de haberse tocado la nuca. ¿Dónde había estado? ¿Había visto a Nelson en los establos? Sí, recordaba que lo había visto… ¿Qué había pasado después?

La luz parpadeó en el otro extremo del sótano mientras alguien bajaba unas escaleras y salía

de la penumbra.

—Bienvenida a mi casa, señorita Fox —dijo lord Caddington con una risita siniestra—. Me parece divertido que haya tendido la trampa para atrapar a un zorro, pero no tenía ni idea de que literalmente atraparía a uno —se burló y rodeó con los dedos los barrotes de hierro de la celda mientras la miraba.

Diana se puso en pie.

—Me ha *secuestrado* —el vestido de lana verde que llevaba estaba embarrado y desgarrado, y algunas partes de su cuerpo le dolían como si la hubieran arrastrado, lo cual era probable dado el estado de su ropa. Quienquiera que la hubiera sacado de su casa debía de haberla tratado con muy poco cuidado al traerla aquí.

—Corrección, la he puesto bajo *custodia*. Como magistrado local, estoy en mi derecho de hacer justicia. Y dado que ha estado robando a *mis* carruajes, señorita Fox, tengo toda la intención de hacerlo.

—Esto no parece una verdadera cárcel —dijo ella con frialdad—. ¿Dónde estamos?

—Esta es mi prisión privada, para prisioneros que debo atender *personalmente* —una prisión privada. Nadie sabría que estaba aquí. Diana guardó silencio. No le serviría de nada discutir con un loco—. Pero en lugar de llevarla a la horca, he encontrado un mejor uso para usted —su mirada recorrió su cuerpo y ella le dio la espalda—. Oh, vamos. No tengo ningún interés en usted en *ese* sentido. No, he descubierto recientemente que alguien a quien realmente desearía atrapar tiene una debilidad. Usted. Francamente, no veo el atractivo. Sin embargo, una vez que lo tenga, bueno, no tendré más interés en usted.

Rafe. Debe referirse a Rafe. Él le había contado cómo Caddington lo había deseado cuando era un niño, lo peligroso que era. No podía dejar que este hombre supiera que lo conocía o que se preocupaba por él. Tenía que protegerlo como pudiera.

—¿No desea saber a quién ha hechizado y traicionado inadvertidamente? Vamos, señorita Fox. Sígame el juego o me aburriré, y no le gustaría ver lo que hago cuando me aburro —el tono de Caddington era tan frío que Diana se sorprendió de que los barrotes de su celda no se congelaran.

—¿Quién? —Diana pronunció la palabra en contra de su voluntad. No quería jugar a sus juegos.

En lugar de responder a su pregunta, Caddington soltó los barrotes de hierro y recorrió el corto pasillo frente a ella, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Hay alguien a quien he querido tener entre mis manos desde hace mucho tiempo. No pude atraparlo antes porque no tenía forma de retenerlo. Atraparlo en una deuda agobiante no habría sido suficiente, y el hombre escapa a todas las trampas… hasta ahora. Tenerlo bajo mi poder, lastimarlo, hacerlo sangrar… Ah, qué dulce dicha será oírle gritar. Ahora su vida me pertenecerá. Todo lo que necesitaba era una razón para que se entregara a mi poder.

—¿De quién está hablando? —gruñó Diana, pero en el fondo la invadió un terror como

nunca antes había conocido, porque sabía la verdad—. ¡Dígamelo, maldita sea!

Caddington, de espaldas a ella, se agachó para coger la linterna del suelo y la colgó de un gancho frente a su celda antes de volverse hacia ella.

—No se haga la inocente. Después de todo, se ha hecho pasar por él. El infame bandolero que me ha hecho la vida más difícil este último año. Creo que lo llama Tyburn —el alivio que sintió al saber que no era Rafe se desvaneció bajo una oleada de culpabilidad.

—¿Tyburn? —Caddington no podía captar a Tyburn. Él era una sombra, un sueño. No podía ser real, no podía ser atrapado.

Pero podía ser atraído…

—Sí, ahora lo ve. Sé que él la ama y que lo arriesgaría todo por usted.

Diana apretó sus faldas, sin atreverse a moverse ni a hablar. No traicionaría a Tyburn. Había prometido mantener en secreto el hecho de que lo conocía, y nunca rompería ese juramento.

—¿Por qué lo quiere? ¿Simplemente porque robó a sus carruajes? —preguntó Diana.

La sonrisa malvada que se dibujó en el rostro de Caddington le produjo un terrible escalofrío. Se acercó a su celda y sujetó ligeramente los barrotes, estudiándola.

—Tengo… necesidades muy particulares, señorita Fox. La necesidad de herir a otros. Prefiero a los hombres, prefiero ver a hombres fuertes y viriles caer bajo mis látigos y mis varas. Cuando piden clemencia, oigo sinfonías, señorita Fox.

El estómago se le revolvió y tragó la bilis que subía por su garganta.

—Está loco —susurró.

—Soy un sádico. Me gusta el dolor, es muy sencillo. Y que un hombre como Tyburn me pida clemencia, que se arrodille… —no terminó la frase, y Diana lo consideró una pequeña misericordia.

—¿Lo saben sus sirvientes?

—Lo saben; más de uno ha sido mi diversión temporal mientras esperaba una presa mejor —se rio como si fuera una broma personal.

—Es un monstruo.

Caddington acarició los barrotes con los pulgares, luego los soltó y dio un paso atrás, y su mirada se llenó repentinamente de sombras.

—Tyburn vendrá a por usted —dijo Caddington—. Piense en eso, señorita Fox.

Caddington se alejó, con una sonrisa cruel y victoriosa en los labios, y Diana supo que Tyburn corría un terrible peligro. Cayó de rodillas y apoyó la frente en los barrotes de hierro durante un largo rato, mientras cerraba los ojos. La desesperación y la muerte eran viejas amigas de Diana, y ahora ambos espectros se cernían sobre ella en la penumbra de aquella pequeña y lúgubre celda, susurrándole que se dejara llevar, que se rindiera ante lo que el destino le tenía preparado.

Todas aquellas alegres fantasías que había tenido de una vida con Rafe y la pequeña Isla se desvanecían ante ella, como arena que se escurre entre los dedos. Se había atrevido a tener

esperanzas, se había atrevido a soñar… y ahora la pérdida de esos sueños le dolía más de lo que jamás había imaginado porque había estado lo bastante cerca como para tocarlos, para sentir lo que *podría* ser.

Era su castigo por atreverse a desear una vida de cuento de hadas. Cenicienta no sería encontrada por el apuesto príncipe. Sería prisionera de las cenizas para siempre. Diana enterró la cara entre sus manos y se hundió más en la oscuridad, rezando para poder dormir y no tener que enfrentarse al amanecer.

—*Diana*… —la voz fue más un recuerdo que un susurro, pero despertó a Diana.

—¿Eleanor? —buscó en la oscuridad de la celda. Tenía que estar loca para pensar que sentía la presencia de su hermana aquí.

—*Encuentra una salida*… —el susurro se convirtió en estelas de humo que salían de la linterna mientras la vela se consumía y luego se apagaba, dejándola en total oscuridad.

—Encuentra una salida —repitió Diana en voz baja. Sí. Siempre había una salida, si uno se atrevía a brillar en la oscuridad.



El dulce aroma de los puros aún estaba impregnado en la ropa de Rafe cuando salió del comedor. Había sido una velada agradable con Ashton, Brock, Will y Caspian, quienes habían hablado y bromeado y lo habían felicitado. Se había sentido más joven que en años al estar rodeado de su hermano y sus amigos esta noche. Habían bebido brandy y fumado puros hasta mucho después de que las damas se hubieran retirado a la sala de lectura e Isla hubiera sido llevada a la cama por la señora Chesterfield.

Los demás caballeros ya se habían ido a la cama, pero Rafe se había quedado donde estaba, disfrutando de una última copa de brandy y pensando en cómo, por primera vez en años, la vida parecía emocionante.

Aunque había echado de menos a Diana en la cena de esta noche, ya que ella había insistido en volver a Foxglove para ocuparse de algunos asuntos, pronto tendrían toda una vida para pasar juntos. Él no podía esperar, ni Isla tampoco. Habían pasado mucho tiempo hablando de lo que significaría su nueva vida, y él estaba encantado de ver lo emocionada que estaba su hija por volver a tener una madre. Le hizo pensar en los padres de Isla y en cómo deseaba que supieran que ella estaba bien cuidada y que era amada con locura.

Un lacayo detuvo a Rafe justo cuando llegaba a la gran escalera.

—Acaba de llegar esta carta para usted, señor.

—¿Una carta a estas horas? —Rafe aceptó la delgada carta del lacayo y se dirigió a su alcoba para leerla. Las misivas que llegaban al anochecer no solían traer buenas noticias. Se sentó en

una silla junto al fuego, rompió el sello de lacre rojo del dorso y desdobló el papel.

Tengo a tu hermosa zorra. Será ahorcada por tus crímenes a menos que hagas exactamente lo que te digo. Ven a verme esta noche y no se lo digas a nadie. Entrégate a mí voluntariamente y la dejaré ir ilesa.

No había firma, pero Rafe dio la vuelta a la nota para examinar el sello de cera. El escudo impreso en la cera era uno que sólo había visto una vez en el anillo del hombre que había amenazado a Rafe la noche en que murió su padre.

Caddington.

¿Caddington tenía a Diana? No tenía sentido. Ella no había hecho nada para…

Recordó cómo ella y sus hombres habían huido de la carretera aquella noche en que el robo había salido mal. Habían vuelto directamente a Foxglove, los tres juntos, y él había seguido su rastro con facilidad. ¿Los había seguido alguno de los guardias de Caddington? No, habían sido sometidos por Rafe y sus hombres. Pero alguien más podría haberlos seguido, alguien como Phelps.

Se habían cruzado más de una vez en mugrientas tabernas cerca de los muelles y en el bullicio de los infiernos de las apuestas, y Phelps hablaba a menudo con personas con las que Rafe había estado haciendo apuestas. Cada vez que Rafe lo había visto, había abandonado la zona inmediatamente. Dondequiera que estuviera Phelps, era probable que Caddington estuviera cerca.

Rafe no iba a arriesgarse a ponerse en una situación en la que él y Caddington tuvieran que enfrentarse. El hombre tenía intereses antinaturales. Había rumores sobre cómo ansiaba el dolor ajeno, y más de una persona había sugerido que había matado a algunos de sus sirvientes. Nadie se atrevía a desafiarle a la luz del día. El hombre era un magistrado local y tenía bastante poder.

Y si tenía a Diana, podía acusarla de ser Tyburn y ahorcarla por ello.

Rafe apretó la carta en su puño mientras maldecía su estupidez. Había supuesto que la tormenta cubriría sus huellas. Los había condenado a todos.

Miró fijamente el papel que había aplastado en su puño mientras intentaba respirar.

Aquella sensación de urgencia que siempre le impulsaba a la imprudencia, aquella necesidad de vivir su vida a una velocidad vertiginosa, se hizo presente ahora. Una parte de él siempre había sabido que este día llegaría. Por sus pecados, tanto antiguos como nuevos, alguien había venido a cobrarse su merecido.

No viviría para envejecer con Diana ni para ver a Isla convertirse en la increíble mujer que estaba destinada a ser. Y nunca llegaría a acostarse junto a Diana en la cama y susurrarle: “Te amo, esposa mía”, mientras el alba besaba su rostro. Todos sus sueños se desvanecieron mientras el cielo nocturno de Rafe se oscurecía para siempre.

Pero había una estrella brillante que aún podía salvar.

Arrojó la carta al fuego y se puso en pie. Le temblaban las manos al ver cómo las llamas devoraban las palabras de su perdición.

—Ya voy, Diana.

CAPÍTULO 17



Rafe se adentró sigilosamente hasta la alcoba de Isla y encontró a su hija dormida en la cama. Sus rizos rojizos contra la almohada formaban un halo salvaje alrededor de su cabeza. Su pecho subía y bajaba mientras respiraba profundamente. Esbozaba una leve sonrisa, como si sus sueños fueran alegres. El corazón le dio un vuelco en el pecho y sus ojos le ardieron con lágrimas.

Lanzó una rápida mirada a la señora Chesterfield, quien leía tranquilamente un libro junto al fuego. Ella le sonrió a Rafe y volvió a la lectura. Rafe juraba que aquella mujer nunca dormía y, a pesar de que había perdido a Isla de vista justo antes de aquella horrible tormenta, era una niñera estupenda. Y tendría que serlo, dado lo que se avecinaba.

Rafe se sentó en la cama de Isla y ella se movió un poco, pero no se despertó. Cogió una de sus pequeñas manos entre las suyas, le dio un beso en los dedos y respiró entrecortadamente.

—Eres mi mundo —susurró en voz demasiado baja para que la niñera pudiera oírlo—. Me salvaste aquella noche en que nos conocimos, gatita. Pase lo que pase, me encargaré de que tengas la vida que te mereces, aunque yo no pueda estar allí para verlo —quería decirle muchas cosas más, pero no se atrevía. Si hablaba más, perdería las fuerzas para irse. Tenía que salvar a Diana, la mujer que poseía su corazón y su alma. Y aunque temía no sobrevivir a la noche, si Diana lo hacía, sería a ella a quien elegiría para cuidar de su hija.

Se levantó y sacó las cartas que llevaba metidas en el chaleco y las puso bajo los marcos dorados de los retratos de los padres de Isla. Ellos velarían por ella mientras dormía. Arropó a la señora Crumpet bajo el brazo de Isla y luego le dio un beso en la frente, quizá el último que le daría a su hija.

Salió de la casa sin ser visto y cogió su caballo del establo, junto con la máscara que guardaba oculta en el desván.

La luna estaba alta en el cielo mientras él recorría los caminos rurales, con su capa flotando detrás de él, agitándose salvajemente como si se tratara de las alas de un cuervo. Esta noche sería la última cabalgata de Tyburn. Esta noche Rafe le pondría fin a esta terrible travesía, y de una forma u otra, todo terminaría.

Estaba a punto de enfrentarse al asesino de su padre, y si estaba condenado a no sobrevivir a

la noche, tal vez podría llevarse a Caddington al infierno junto con él.

Detuvo su caballo en el camino de grava frente a la finca de Caddington. No había lámparas encendidas en las ventanas, ni presencia externa de nadie en la casa. Todo estaba extrañamente oscuro y quieto. Desmontó y dejó caer las riendas de su caballo. Este se quedaría allí como estaba entrenado. Si conseguía que Diana saliera sana y salva, ella podría montar el caballo hasta la casa Lennox.

Subió los escalones y llamó a la aldaba y, al cabo de un momento, la puerta se abrió. Un rostro familiar le devolvió la mirada.

El señor Phelps.

El hombre que había ido tras él y su padre aquella noche, el hombre que había puesto en marcha los acontecimientos que mataron a su padre. Su odio hacia Phelps era tan fuerte como hacia Caddington, pero no podía dejar que el hombre lo viera. Su sospecha de que este hombre había estado vigilando el carruaje de Caddington la noche del robo se confirmó. Phelps debe haber seguido a los hombres de Diana… no, lo siguió a *él*. Era la única manera de que Caddington pudiera haber encajado todas las piezas.

—Su señoría se alegrará de ver que ha recibido su carta —Phelps dio un paso atrás, y Rafe pasó junto a él hacia el vestíbulo. Aún llevaba su dominó, pero eso no borró la sensación de que estaba totalmente expuesto.

—¿Dónde está la mujer? —dijo con su acento escocés.

—De verdad, señor Lennox, puede dejar la farsa —dijo el señor Phelps sin mostrar emoción alguna—. Esa carta no iba dirigida a un escocés salvaje escondido en una cabaña en el bosque.

—No quería que nadie supiera quién cabalgaba hasta su puerta.

—Sí, pero ahora está *aquí*.

La verdad era que interpretar el papel por última vez le estaba dando un poco de coraje. Rafe estaba aterrorizado de Caddington. *Tyburn* no.

—¿Dónde está la mujer?

Phelps entrecerró los ojos.

—Lo llevaré con ella, pero sólo después de que firme una confesión de sus crímenes.

—¿Qué? —su estómago se revolvió.

Phelps se mofó.

—¿No pensaría que su señoría no había pensado bien su plan? Al tener una confesión firmada de Rafe Lennox admitiendo ser el infame bandolero Tyburn, tendrá todo el derecho a mantenerlo encarcelado.

Un terrible y oscuro escalofrío recorrió todo el cuerpo de Rafe. Por supuesto que Caddington habría pensado en todo. El hombre no perdería la oportunidad de ponerle las manos encima, no esta vez, así que se aseguraría de tenerlo todo perfectamente planeado y pensado.

—Por aquí —Phelps lo condujo hasta un salón donde le esperaban unas cuantas hojas de papel y un frasco de tinta y una pluma—. No dejes ninguna hoja sin firmar —Phelps cruzó los

brazos sobre el pecho y entrecerró los ojos mientras Rafe se sentaba renuentemente en la silla y cogía la pluma. Su mano temblaba mientras escribía las palabras que nunca pensó en escribir al confesar varios años de robos. Cuando hubo llenado dos páginas, dejó la pluma y se levantó. Phelps echó un vistazo a lo que había escrito y asintió con la cabeza.

—Ahora puedes ver a la mujer.

Condujo a Rafe hasta una puerta oculta bajo un viejo tapiz raído y cogió una lámpara que colgaba de un gancho en lo alto de la escalera de piedra. La lámpara proyectaba sombras danzantes sobre las toscas paredes de roca a medida que descendían, y el aire se volvía mohoso y oscuro cuanto más se adentraban. Rafe mantuvo una distancia prudencial entre él y Phelps, sin saber qué esperar de él.

Al final de las escaleras, el túnel se abría a una bodega. Pero en lugar de contener barriles de vino o cajas de almacenamiento, había un trío de celdas con barrotes de hierro. En un rincón de la primera celda había una figura acurrucada, era más una sombra que un cuerpo, hasta que la lámpara la iluminó finalmente.

—¡Diana! —Rafe empujó a Phelps para correr hacia la celda. La puerta crujió cuando intentó abrirla, pero no se movió.

—¿Tyburn? —ella levantó la cabeza desde donde había estado descansando sobre sus rodillas dobladas mientras lo miraba con asombro y agonía.

—Muchacha —gruñó mientras ella se levantaba y corría hacia él. Sus brazos se extendieron a través de los barrotes para coger su cintura—. Estoy aquí —la tranquilizó—. *Ya estoy aquí*.

—No… —las lágrimas corrieron por el rostro sucio de Diana—. No deberías haber venido. Es una trampa.

—Lo sé, muchacha, pero no podía dejarte aquí. Acepté cambiar mi vida por la tuya — acarició su mejilla con los dedos.

Phelps sacó una pistola de debajo de su abrigo, sacó un juego de llaves y abrió la puerta de la celda contigua a la de Diana. Señaló a Rafe la puerta abierta de la celda.

—Entra. El magistrado estará con vosotros en breve.

Rafe no apartó la mirada de Diana mientras entraba en la celda contigua a la suya. Phelps cerró la puerta, sellando a Rafe dentro, y los dejó solos un breve momento.

—Caddington sabe que robé en sus carruajes. Ese horrible hombre, Phelps, me siguió… y te siguió a ti. Lamento tanto habernos condenado a ambos.

—Calla, muchacha —dijo Rafe, quien sólo quería abrazarla un poco más. En cuanto llegara Caddington, le daría al bastardo lo que quisiera para que Diana pudiera ser liberada—. Cuando te suelte, quiero que cabalgues hasta la casa Lennox.

—¿La casa Lennox? Pero por qué…

Le puso un dedo en los labios.

—Sé que tienes amigos allí, personas que se preocupan por ti. Prométeme que irás con ellos.

Sus ojos marrones se abrieron de par en par.

—¿Cómo puedo dejarte aquí? No puedo…

—Ese hombre que amas… tiene una niña que te necesita, muchacha. No merezco tus lágrimas y mucho menos tu vida —no podía decir las palabras… las palabras que le dirían que ella también estaba perdiendo a Rafe. El dolor en su pecho era demasiado grande. Era cruel fingir ser Tyburn en estos últimos momentos, pero no podía enfrentarse a la verdad.

—Pero tú… *tú* —apoyó so frente contra los barrotes y le rodeó el cuello con los brazos. Saber que ella lo amaba, este otro lado de él, no sólo como Rafe, esta mujer lo era *todo*, y él estaba a punto de perderla a ella y a su propia vida.

—Prométeme que irás a la casa Lennox.

Ella cerró los ojos con fuerza, luego respondió asintiendo con la cabeza temblorosamente.

—En otra vida te habría amado hasta la muerte y más allá —dijo Rafe—. En otra vida, habrías sido todos mis sueños. Un hombre moriría por un amor así.

—No seas tonto —el rostro de Diana se encendió con ira—. Puedes escapar de esto, maldita sea. No te rindas. Encuentra una salida.

—Ah, pero no puede, señorita Fox. Verá, él sabe que yo, como magistrado local, tengo la autoridad para colgarlos a *ambos* por sus robos en la carretera —Caddington estaba al pie de la escalera, sosteniendo una lámpara en una mano y un látigo negro enrollado en la otra—. Él cuenta con mi… generosidad para que usted viva. Se quedará por su propia voluntad, o de lo contrario usted morirá.

Rafe cerró los ojos, calmando su acelerado corazón, sabiendo el dolor que aquel látigo le causaría.

—Algunas trampas no necesitan ser ingeniosas ni estar escondidas —continuó Caddington —. Algunas simplemente necesitan el cebo adecuado y que se cierren en el momento justo. He esperado mucho tiempo para esto —se acercó mientras Phelps colgaba otras dos lámparas a lo largo de las paredes, iluminando las celdas aún más. Caddington sólo llevaba una camisa blanca y unos pantalones de piel de ante. Llevaba las mangas remangadas, dejando al descubierto sus gruesos músculos. Desenrolló el látigo que tenía en las manos y soltó una risita mientras miraba a Rafe y Diana, quienes seguían abrazados a través de los barrotes de sus celdas.

—Ya es hora de que dejes esta pequeña farsa, muchacho. Quítate la máscara. Quiero ver cada minuto de agonía en tus facciones. Y en las de ella.

Rafe exhaló un suspiro mientras se apartaba lentamente de Diana y se llevaba las manos a la cara. Se quitó la máscara y la dejó caer al suelo a sus pies.

Los labios de Diana se entreabrieron y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no pronunció ninguna palabra.

—Qué truco tan cruel el que le has jugado —dijo Caddington con voz ronca—. Seducirla como dos hombres diferentes y no decirle la verdad. Tal vez seas un poco sádico después de todo —el áspero sonido de su risa arañó en los oídos de Rafe.

—Lo siento —susurró Rafe. La expresión de Diana pasó de la confusión al terror.

—¡No! —ahora ella comprendía la terrible verdad. Esta noche perdería tanto a Tyburn como a Rafe. Se apartó de él y se enfrentó a Caddington—. No puedes hacer esto. Su hermano vendrá a buscarlo. Rafe Lennox no puede desaparecer. Si lo matas…

—Hablemos claro, señorita Fox. A su hermano no le importa y no vendrá. ¿Por qué debería? Rafe hizo que mataran a su padre, ¿no es así? —se inclinó para mirar más allá de Diana, dándole a Rafe una mirada cómplice—. Por lo que dicen, lord Lennox siempre lo ha culpado de ello. No, la misteriosa desaparición de Rafe sólo será una preocupación temporal, y luego será olvidado.

—Él no será olvidado —insistió Diana—. *Yo* no lo olvidaré.

El rostro de Caddington se ensombreció.

—Parece olvidar que la ley está de mi parte, no de la suya. Tengo su confesión firmada arriba, y Phelps presenció en persona el robo de mi carruaje. Ambos sois culpables de robo con violencia, que se castiga con la muerte. Yo soy el magistrado aquí, y aunque es mi deber reteneros hasta que podáis ser entregados al Tribunal de la Corona para el juicio, bueno... los accidentes ocurren, ¿no? Y si le dice una palabra de esto a alguien, señorita Fox, yo misma haré que la ahorquen.

Los labios de Diana se entreabrieron como si quisiera hablar, pero no salió ninguna palabra. Rafe sintió que unos muros invisibles se cerraban sobre él y no se atrevió a moverse, no se atrevió a hablar.

—Pero prefiero no enviar a Rafe al verdugo. No, deseo mucho más tenerlo aquí conmigo. Por supuesto… mis juguetes a menudo se rompen. Y cuando eso ocurra, se encontrará un cadáver, un cadáver con una máscara, y lord Lennox se enterará entonces de que su imprudente hermano encontró su fin mientras robaba carruajes. El libro de la corta y patética vida de Rafe Lennox quedará cerrado para siempre.

El rostro de Diana se llenó de rabia. Él tenía que impedir que hiciera algo para enfadar a Caddington, o también conseguiría que la mataran.

—Diana, me hiciste una promesa —dijo Rafe. Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Quieres que te abandone? —la furia de sus palabras le partió el corazón. Dios, cómo amaba a esta mujer.

—Quiero que cuides de mi hija. *Nuestra* hija. No puede perdernos a los dos esta noche. Isla te necesita —sabía que por fin había llegado a ella. La resistencia en sus ojos se apagó como llamas que se extinguen lentamente en la oscuridad.

—Isla… —pronunció el nombre de la niña en un suspiro entrecortado.

Rafe le tendió la mano a través de los barrotes.

—Necesita una madre.

—No estás luchando limpiamente, Rafe —las yemas de los dedos de Diana temblaron cuando él cogió su mano.

—Soy un canalla. Nunca jugamos limpio —entonces se volvió hacia Caddington—. Quiero tu palabra de que ella saldrá libre y que resultará ilesa. Entonces tendrás lo que quieres.

—¿Y qué es lo que crees que quiero que no tenga ya? —preguntó Caddington, sus ojos brillando con un deseo lleno de odio.

—Me tienes aquí, sí, pero no tienes mi sumisión —dijo Rafe—. Si te dejo hacer lo que quieras... si estoy de acuerdo…

Había triunfo en el rostro de Caddington mientras sus dedos acariciaban su látigo.

—Demuéstralo. Desnuda tu torso y ponte de cara a la pared.

Rafe soltó a Diana con renuencia y se desabrochó el chaleco, luego se quitó la camisa por encima de la cabeza. El collar de perlas que Diana le había regalado le rodeaba la muñeca. Se lo había puesto esta noche, necesitando la fuerza que aquella pequeña perla le daría, porque le recordaba el amor que Diana sentía por él.

Apoyó las palmas de las manos contra la pared de roca, sin mirar nada mientras Caddington abría la puerta de la celda tras él. El golpe del cuero al tocar el suelo y el siseo del mismo deslizándose por las piedras al desenrollarse hicieron que Rafe apretara los dientes.

El látigo silbó en el aire y Diana gritó. Su grito lo golpeó más fuerte que el mismo impacto del látigo, el cual le quemó la piel. Su rostro comenzó a arder de dolor cuando tres golpes más hirieron su espalda desnuda. Caddington se detuvo, respirando con dificultad, mientras se acercaba a Rafe y lo sujetaba por el hombro, obligándolo a girarse. Lo que vio en la cara de Rafe pareció complacerle.

—Sí… te creo. Me darás lo que quiero. Tu hermoso dolor. Tú y yo nos divertiremos juntos, ¿verdad?

La cabeza de Rafe daba vueltas como si estuviera llena de abejas furiosas, punzándolo con recuerdos del pasado. Su padre había sabido qué clase de hombre era Caddington y lo que querría. Por eso había intentado enviar a Rafe a casa. Había intentado proteger a su hijo y lo habían matado por ello.

—Sí —gimió Caddington a la luz—. Ahora lo ves. Estabas destinado a ser mío. Romperte me dará el mayor placer.

Caddington retrocedió hasta el borde de la puerta de la celda.

—Phelps, deshazte de la chica. Rómpele el cuello y haz que parezca que ha sufrido un accidente al montar.

—¡No! —Rafe se giró, dispuesto a embestir, pero Phelps levantó una pistola, deteniéndolo en seco—. Hiciste una promesa, Caddington. Teníamos un acuerdo —gruñó, mientras su espalda aún seguía ardiendo.

—Yo no negocio con ladrones —dijo Caddington.

—Si crees que una bala detendrá… —Rafe se abalanzó hacia delante, pero Caddington se paró justo al otro lado de la puerta de la celda y la cerró un instante antes de que Rafe hubiera conseguido su libertad.

—No necesito una bala para detenerte —Caddington introdujo las llaves en la cerradura y asintió a Phelps.

Phelps guardó la pistola en su cinturón de cuero y abrió la celda de Diana. Ella retrocedió hasta la esquina más cercana a Rafe.

—Lucha contra él cuando estés fuera del sótano —le susurró Rafe al oído—. Mi caballo está fuera. Cógelo y ve con Ashton. Protege a nuestra hija.

Ella se volvió hacia él, clavando su mirada en la suya.

—Entonces mantente con vida. Te he esperado toda mi vida y no te perderé ahora.

Phelps cogió a Diana y se la llevó a rastras. Sus manos permanecieron entre las de Rafe un instante antes de que sus dedos se soltaran. Luchó contra Phelps. Él la abofeteó con fuerza. Ella tropezó y cayó al suelo sin fuerzas, con los ojos cerrados.

—¡Diana! —rugió Rafe mientras Phelps levantaba en brazos a la mujer inconsciente y se la echaba al hombro.

Caddington se apoyó en la pared opuesta a la celda de Rafe, sonriendo como un gato que acaba de atrapar a un canario bajo sus zarpas.

—Sabía que tu dolor sería exquisito —suspiró—. He fantaseado con esto una y otra vez, y temía que mis sueños nunca estuvieran a la altura de la realidad. Si fuera artista, pintaría tu cara mil veces, de mil maneras, mostrando cómo el dolor y la pérdida han destruido tu alma pedazo a pedazo —dio un paso adelante—. Eres igual que tu padre. Tu debilidad es la misma. Cada vez que le quitaba su dinero, no sólo le quitaba su orgullo, sino también su autoestima. Su amor por ti, sin embargo… eso no me lo esperaba. Y verlo verme desearte… él sabía que yo querría hacerte daño. Murió para salvarte. Y ahora ha fallado. Y tú le has fallado a tu propia hija igual que a la señorita Fox. Ella morirá, y tu hija… bueno, tal vez cuando crezca la capture también y la vea sufrir como lo haces tú ahora… a menos que me obedezcas. Y le diré lo patéticamente tonto que era su padre. Las mujeres tienen las lágrimas más bonitas, ¿verdad?

Isla… en manos de ese hombre. Ese pensamiento hizo que a Rafe casi se le doblaran las rodillas. Cualquier fuerza que hubiera tenido, se había ido. No podía evitar que Phelps matara a Diana. No podía evitar que Caddington se llevara a Isla algún día. Se había acabado.

Con una fría sonrisa, Caddington señaló la pared con la cabeza.

—De cara a la pared.

Temblando, Rafe se volvió hacia la pared, escuchando el sonido de las llaves girando una vez más en la cerradura y de las botas de Caddington al entrar en la celda. Por fin había encontrado su fin. La sensación de urgencia por vivir rápida y furiosamente había cesado. Se le había acabado el tiempo.

—Estamos solos, Rafe. Nadie vendrá a salvarte ahora. Morirás solo en esta oscura celda. Por desgracia para ti, no será rápido. Sé cómo mantener vivos a mis juguetes.

El látigo siseó y le mordió la espalda como una víbora. Rafe gruñó cuando su piel se hendió bajo el látigo y sintió el calor de la sangre resbalando por su espalda. Las palabras de Caddington sonaron una y otra vez en su mente, pero después de que otros dos golpes le quitaran el aliento y cayera contra la pared, jadeando, su visión se nubló. Durante un breve instante, no estuvo seguro

de dónde estaba; sólo sabía que estaba en otro lugar *con* otra persona.

Rafe parpadeó contra la luz del sol que entraba en la habitación, una habitación que reconocía, la biblioteca Lennox, pero como era hace años, cuando él había sido un niño.

Un hombre de mediana edad estaba sentado ante un tablero de ajedrez, estudiando detenidamente las piezas.

—Se equivoca, ¿sabes? —dijo el hombre al levantar la mirada del tablero. Rafe devolvió la mirada a los ojos de su padre—. Mientras te tengas a ti mismo, nunca estarás verdaderamente solo. Tu madre me lo dijo una vez cuando éramos jóvenes y recién nos habíamos casado. Es una criatura brillante, mi Reggie. Siempre supo que era valiosa, no sólo para los demás, sino para sí misma. De alguna manera había olvidado que yo importaba, pero hay poder en creer en uno mismo. Y no es demasiado tarde para ti, hijo mío —su padre dijo esto con un afecto tan gentil que el corazón de Rafe se estremeció—. Thomasina tiene su pianoforte, a Ashton le gusta el ajedrez y Joanna tiene sus libros, pero a ti, hijo mío… te gusta el riesgo. Como a mí —se puso de pie, mirando una vez más las piezas del tablero como si planeara su siguiente movimiento—. ¿Sabes cuál es el mayor riesgo que puede correr una persona? —Rafe negó con la cabeza—. Es el riesgo de atreverse a *vivir*. Ese es el mayor riesgo que uno puede correr —se encontró con la mirada de Rafe, con una sonrisa triste en los labios—. Lo siento mucho. Aquella noche que me encontraste en aquella taberna, debería haberme ido a casa contigo.

Rafe trató de tragar el nudo en su garganta.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Tenía miedo de enfrentarme a tu madre… y tenía que impedir que Andrew Caddington te hiciera lo que te está haciendo ahora. Volví a la taberna para matarlo, pero te fallé.

Rafe dio un paso hacia su padre.

—No. Fui yo quien te falló. Si no hubiera salido de casa, si hubiera hecho caso a Ashton y me hubiera quedado en casa…

Malcolm negó con la cabeza.

—Eras un *niño*, Rafe. Nada de esto ha sido nunca culpa tuya. La culpa siempre será mía por marcharme aquella noche, por marcharme cada noche para perder la fortuna de nuestra familia, la dote de tu madre, todo ello.

Rafe negó con la cabeza.

—Pero tú me *viste* aquella noche. Sé que me viste cuando intentaste cruzar la carretera.

—Te vi… y temí que Caddington te hubiera herido mientras yo volvía a entrar en la taberna.

—Así que es culpa *mía* —espetó Rafe.

—No —dijo su padre, con un tono gentil—. Rafe, una de las mozas de la taberna me golpeó en la cabeza minutos antes. Estaba inestable sobre mis pies y debería haberme cuidado de los carruajes. Lo que pasó fue culpa *mía*.

La soleada biblioteca empezó a brillar a su alrededor.

—No tenemos mucho tiempo, muchacho. Debes escucharme. Diana sigue viva. Lucha por

ella, por Isla, por ti mismo —Malcom volvió a mirar el tablero de ajedrez. Sus dedos se engancharon en el borde del tablero, lo levantaron de golpe y las piezas salieron volando de la superficie, cayendo con estrépito sobre el suelo de madera. Rafe y su padre se miraron fijamente —. Rompe las reglas, Rafe. *Altera* el juego. Asume todos los riesgos.

—¡Padre! —jadeó Rafe mientras el mundo empezaba a sumirse en la oscuridad—Nunca te dije… —tenía que decirle a su padre que le amaba, pero ya no podía verlo.

—Lo sé, hijo mío. Siempre lo he sabido —las últimas palabras de su padre fueron un susurro hecho de hilo de oro que volvió a unir los pedazos de su corazón destrozado.

Rafe cayó de rodillas una vez más, esta vez sobre el frío suelo de piedra de la celda de Caddington. La soleada biblioteca había desaparecido y también su padre, pero el fuego había vuelto a su sangre.

Fuego y rabia.

Asume todos los riesgos.

Era el miedo al riesgo lo que lo había retenido. La esperanza, aunque débil, de que si se entregaba a Caddington, el hombre perdonaría a aquellos a quienes amaba. Esperanza no era lo que él necesitaba. El riesgo significaba no confiar en la esperanza ni en el destino. Necesitaba confiar en sí mismo. No estaba solo, mientras creyera en sí mismo.

A pesar de que el dolor estaba por *todas* partes en el cuerpo de Rafe y se sentía como si su espalda hubiera sido destrozada, su furia se gestó como una violenta tormenta de verano justo debajo de su piel.

—Levántate —le espetó Caddington en un tono de aburrimiento.

Rafe se levantó, con un golpeteo en los oídos mucho más profundo que el palpitar de la sangre en su cabeza. Era el antiguo ritmo de la vida que iba más allá de todo lo que Rafe había entendido hasta ese momento.

Altera el juego.

Oyó el látigo, y Rafe se inclinó rápidamente hacia un lado, levantando el brazo y dejando que el cuero se enrollara alrededor de su muñeca. Lo cogió y tiró con fuerza. Caddington se tambaleó hacia delante, sin esperar el movimiento.

Arrancó el látigo de las manos de Caddington y lo dejó caer al suelo. Luego levantó los puños en posición de combate e hizo un gesto a Caddington para que se acercara a él.

Le sonrió sombríamente al hombre.

—Mi hermano fue campeón de boxeo.

—Pero tú no —se mofó Caddington mientras levantaba sus propios puños—. Lo sé. He seguido todos tus movimientos desde que murió tu padre. Nunca fuiste muy bueno en nada, igual que tu padre.

Rafe esperó a que Caddington lanzara un golpe y se agachó. En el momento en que Caddington se acercó lo suficiente con ese golpe fallido, Rafe estiró la pierna, derribando al hombre sobre su espalda. Había derribado a docenas de los mejores brutos en los cuadriláteros de

boxeo con ese mismo movimiento. Se puso de pie sobre Caddington, mientras la sangre palpitaba en sus oídos.

—Nunca peleé en ninguno de los salones de combate… porque hago *trampas*.

Luego pateó a Caddington en la cara con su bota.



DIANA SE MANTUVO LO MÁS FLÁCIDA POSIBLE PARA QUE AQUEL ASQUEROSO PHELPS NO SUPIERA que no estaba inconsciente. Se había tomado muy en serio la advertencia de Rafe. Tenía que esperar su momento y *luchar*. Las náuseas le llenaron la barriga, justo donde el hombro de Phelps se clavaba en ella, pero luchó contra la necesidad de vomitar. Subió los escalones del sótano y el aire limpio y fresco le llegó a la nariz. Vio que la luz de la luna entraba por las ventanas mientras Phelps caminaba por el pasillo.

En cualquier momento, aprovecharía su oportunidad…

Su cuerpo se balanceó cuando él la acomodó en su hombro, y ella sintió el frío mango de una pistola pasar brevemente por la punta de sus dedos. Phelps dio dos pasos más y, cuando sus manos volvieron a moverse, ella cogió la pistola y la sacó de su cinturón de cuero.

Diana sólo tenía un pensamiento mientras apretaba el gatillo y sentía cómo el cuerpo del hombre se estremecía con el impacto del disparo amortiguado.

Salva a Rafe. Salva a Isla.

Phelps se estrelló contra una pared. Con una mano cogió un tapiz descolorido, que tiró hacia abajo mientras su cuerpo se hundía en el suelo. Ella sintió un gran dolor en la cadera y el hombro al caer al suelo junto a él, que la dejó sin aliento. El tapiz cayó sobre ellos y ella luchó por liberarse de la pesada tela desgastada. Phelps yacía desplomado contra la pared, con el tapiz cubriendo una parte de su cuerpo como una mortaja. Se sujetaba el bajo vientre, donde la sangre brotaba espesa y negra a la luz de la luna. Su pistola gastada yacía inútil a su lado. Ella habría dado cualquier cosa por una segunda pistola para poder volver al sótano y salvar a Rafe, pero no tenía tiempo de buscar una y no sabía quién más podría estar aquí. Tenía que hacer lo que él le había ordenado, cabalgar en busca de ayuda.

—Me has matado —espetó Phelps, con una expresión de asombro—. No eres más que una mujer patética…

Una oleada de fría furia ardió dentro de Diana mientras se ponía en pie y lo miraba fijamente.

—Cuando un hombre cree que las mujeres no son capaces de nada, es él quien pagará el precio de ese error. Caddington hizo lo mismo, pero yo sé algo que él no —observó cómo los labios de Phelps se movían mientras intentaba hablar, pero sus fuerzas empezaban a abandonarlo —. Lord Lennox *vendrá* por Rafe, y yo seré quien lo conduzca hasta aquí. Tu amo morirá esta

noche. Me aseguraré de ello.

Entonces hizo lo más difícil que había hecho en su vida. Se dio la vuelta y huyó del hombre que amaba para buscar ayuda. Sólo rezaba para poder volver a tiempo.

Sintió las miradas ocultas de los sirvientes mientras se acercaba a la puerta.

—Sois libres de escapar de esta casa, pero si estáis aquí cuando regrese, asumiré que sois leales a Caddington y os enfrentareis a la justicia.

Abrió de un tirón la pesada puerta de roble y corrió hacia el caballo de Rafe que esperaba en el camino de grava. La bestia reaccionó cuando ella se subió a la silla y le clavó los talones en los flancos.

—¡Corre! —le dijo al oído de la criatura—. *¡Corre!*

CAPÍTULO 18



Isla se despertó, sintiéndose extraña y llena de tristeza. Le había parecido oír que papá le hablaba, pero tal vez sólo fuera un sueño.

—¿Papá?

Apartó las mantas y vio que la niñera estaba leyendo junto al fuego.

—¿Papá estuvo aquí? —preguntó.

—Sí, hace un rato. Te dio un beso de buenas noches antes de irse a la cama —dijo la niñera mientras cerraba el libro—. Y *tú* deberías volver a la cama, querida.

Isla negó con la cabeza.

—No. He tenido una pesadilla. ¡Quiero ver a papá! —al salir de la cama, vio los retratos de su otro papá y su otra mamá en la estantería que había junto a la cama. Debajo había un montón de cartas. Papá sólo sacaba esos retratos cuando se iba—. Aya… —señaló las cartas—. ¿Papá se fue? Dejó algunas cartas para mí —le encantaba oír a papá leerle las cartas, sobre todo cuando eran de su familia, porque siempre hacía voces raras para imitar a sus tías y tíos. Pero el hecho de que hubiera dejado cartas con los retratos de sus padres le hizo sentir un nudo en el estómago.

—Déjame ver —la señora Chesterfield dejó su silla junto al fuego y levantó con cuidado los retratos para coger las cartas—. Van dirigidas a tus tíos… ¿Qué demonios? —miró a Isla con creciente preocupación—. Tenemos que ver a lord Lennox de inmediato —cogió las cartas con una mano y la palma de Isla con la otra. Llegaron a la puerta de la alcoba del tío Ashton y golpeó con los nudillos en ella.

—¿Milord? ¡Siento molestarle, pero creo que es urgente!

Al cabo de un momento, la puerta se abrió. El tío Ashton llevaba su bata y sostenía una vela encendida.

—¿Señora Chesterfield? ¿Qué le ocurre? ¿Isla está bien?

—La niña está bien, pero encontró esto junto a su cama. El señor Lennox vino a verla después de que se durmiera, y creo que dejó éstas para usted —le entregó las cartas al tío Ashton —. Siento no haberme dado cuenta antes, pero las había metido debajo de los retratos de sus padres.

—Rosalind, querida, despierta —dijo el tío Ashton por encima del hombro—. Entre, señora

Chesterfield —su tío dio un paso atrás y dejó que la niñera e Isla entraran en su alcoba.

Tía Rosalind se estaba poniendo una bata rosa pálido y anudándose la faja azul brillante a la cintura cuando entraron. Cuando vio a la niña, le extendió sus brazos e Isla corrió hacia su tía y la abrazó mientras Rosalind se arrodillaba para cogerla.

—Isla, querida, ¿qué te pasa?

—He tenido una pesadilla —confesó Isla—. Soñé que papá me dejaba… —no quería revivir aquel sueño, el de correr por los jardines, llamándolo y no encontrarlo nunca mientras una tormenta se desataba sobre ella. Papá nunca la abandonaría para siempre. ¿Cierto?

Ashton dejó la vela y abrió el sobre con su nombre. Sus ojos se entrecerraron y luego se abrieron de par en par.

—Dios —murmuró. Le entregó la carta hacia Rosalind. Ella se sentó en el suelo para leerla, susurrando las palabras en voz alta, olvidando que Isla estaba a su lado.

Ash,

Sé que el último año ha sido bueno entre nosotros. Desearía con todas mis fuerzas que hubiera podido continuar así, pero mi pasado me ha alcanzado. La historia es demasiado larga para contarla, pero si el destino me protege una última vez, Diana podrá vivir esta noche para compartirlo todo contigo. Ella es mi esposa en todos los sentidos que importan; por favor, trátala como tal como mi último deseo. Déjala vivir en Foxglove Hall y criar a Isla como su hija. Asegúrate de que tenga todos los dividendos de mis inversiones. Sé que no puedes darme apoyo financiero, no después de lo que he hecho todos estos años, pero por favor, apóyalas. Son la familia de mi corazón. Ojalá pudiera decir que te haré sentir orgulloso de mí al menos una vez en la vida, pero me temo que cuando sepas la verdad, eso ya no importará. Te amo, hermano. Ojalá te lo hubiera dicho más a menudo.

-Rafe

—Ash, ¿qué quiere decir? Parece que Diana puede estar en problemas.

—También dejó cartas para ti, madre, Thomasina, Joanna, Diana e Isla —dijo Ashton mientras rebuscaba en la pila de delgadas cartas que le había dado la niñera—. Me temo que no va a volver —su rostro palideció mientras miraba fijamente a Isla y Rosalind—. Yo… —fuera lo que fuese lo que quería decirles, no pudo terminarlo.

—¿Adónde iría? ¿Por qué se fue? —preguntó la señora Chesterfield.

—La carta es terriblemente vaga en esos puntos… —el tío Ashton se hundió en su silla y enterró la cara entre las manos. Isla se soltó de Rosalind y corrió hacia su tío, poniéndole una mano en la rodilla.

—Quizá los amigos de papá sepan dónde está.

Ashton levantó la vista.

—¿Will y Caspian?

Isla asintió.

—Gatita, eres brillante —Ashton le besó la frente y salió corriendo de la alcoba, dejando a

Rosalind al mando.

—Señora Chesterfield, despierte a todos y haga que la cocinera prepare algo de comida y té —Rosalind se detuvo junto al moisés cerca de su cama y besó la cabeza de su hijo antes de ajustarle las mantas—. Ashton tendrá que estar preparado para lo que sea que tengamos que hacer.



DIANA VIO A LO LEJOS UN GRUPO DE JINETES QUE SE ACERCABA A ELLA. FALTABA UNA HORA para que amaneciera y el cielo tenía un tenue color púrpura al borde del horizonte. Había luz suficiente para ver a los caballos que se acercaban, pero no para saber si eran amigos o enemigos. Cuando estuvieron lo bastante cerca como para reconocerlos, dejó escapar un sollozo de alivio.

Era lord Lennox, seguido de otros tres hombres. Detuvo su caballo en el camino y esperó a que la alcanzaran.

—¿Diana? —jadeó Ashton. Aminoró la marcha de su caballo, que resopló y sacudió la cabeza—. Temíamos que te hubiera pasado algo. ¿Dónde está Rafe?

Miró a los jinetes que iban detrás de él: Brock Kincade, el intimidante cuñado escocés, y otros dos hombres que a Diana le resultaban familiares pero no podía ubicar. Uno era rubio y el otro moreno. Cada uno mostraba una mirada preocupada mientras esperaban a que ella hablara.

—Lord Caddington me secuestró y Rafe intercambió su vida por la mía —Diana señaló el camino por el que había venido—. Debemos darnos prisa. ¡Caddington lo matará!

Ashton asintió y ella giró su caballo de vuelta por el camino. Ahora ella dirigía al grupo hacia la casa de Caddington. Había temido que le hicieran mil preguntas, preguntas que no tenía tiempo de responder con sinceridad, pero lord Lennox había confiado en su breve declaración y la había seguido.

Por primera vez en la última hora tuvo esperanza, por muy débil que fuera. No podía quitarse de la cabeza la imagen de aquel látigo golpeando la espalda de Rafe, ni podía dejar de revivir el momento en el que él se había quitado la máscara. *Rafe y Tyburn*. Los dos hombres que amaba eran uno mismo. No se había enfadado con él, ni se había sentido traicionada, por mucho que ese demonio de Caddington hubiera intentado convencer a Rafe de eso. Se había sentido aliviada, incluso contenta en aquel momento, sólo para sentirse aterrorizada cuando se dio cuenta de que iba a perderlos a los dos.

Él no morirá, no se atrevería.

Intentó discutir consigo misma, pero había visto que él se había rendido cuando Phelps había recibido la orden de matarla. Él no podía saber que ella seguía viva, y si no lo sabía… seguro que

no la abandonaría a ella y a su hija así. Le había dejado claro mientras la cortejaba que ella se había convertido en su mundo, que sólo le quedaban ella e Isla por las que luchar…

Se apartó del oscuro camino al que la estaban llevando aquellos pensamientos y, de pronto, las lágrimas le nublaron demasiado la vista para poder ver el camino que tenía delante. Su caballo estaba cubierto de sudor y le salía espuma de la boca mientras más se acercaban a las puertas de la casa de Caddington. Cuando llegaron a la casa, tiró de las riendas, deteniendo a su caballo, y se lanzó de la silla tan rápido que casi tropezó con sus faldas rotas.

Ashton y los demás iban detrás de ella, con las pistolas en alto cuando entraron en la casa, esperando problemas. El cuerpo de Phelps yacía donde ella lo había dejado. Sus ojos sin vida miraban fijamente a la nada y el tapiz aún lo cubría parcialmente.

Lord Lennox miró entre Diana y el cuerpo del hombre al que había matado, enarcando las cejas como si la estuviera cuestionando silenciosamente.

—Intentó matarme… —Diana señaló la pistola que yacía abandonada en el suelo—Pero yo fui más rápida.

Uno de los hombres que había venido con lord Lennox y Brock miró a su alrededor con incertidumbre.

—¿Dónde están todos?

—Sí, está demasiado tranquilo —coincidió el otro hombre.

—Sí —Brock cruzó las escaleras, aún con la pistola en alto.

—Antes de salir de la casa, les dije a los sirvientes que huyeran. Parece que lo hicieron.

Registraron el pasillo y Diana vio un cuerpo que no estaba allí cuando ella había huido.

—No —susurró ella, sintiendo su corazón detenerse—. No… no…

—¡Rafe! —gritó lord Lennox mientras corría hacia el cuerpo de su hermano. La espalda de Rafe estaba hecha jirones. La visión revolvió el estómago de Diana tan violentamente que tuvo arcadas.

Colocó a su hermano sobre un costado, y los ojos cerrados de Rafe se movieron.

—¡Está vivo! —dijo lord Lennox—. ¡Gracias a Dios! Rafe, maldito seas, aguanta —miró a su alrededor—. Tenemos que vendarle la espalda, para contener la hemorragia todo lo posible. Will, ve a los establos y mira si tienen una carreta que podamos usar para transportarlo a casa. Brock, ve a buscar al médico al pueblo. Que se reúna con nosotros allí.

Diana se agachó junto a Rafe, rozándole la cara con las yemas de los dedos. Se le hizo un nudo en la garganta cuando vio el collar de perlas de su madre enroscado en su muñeca. Realmente era su amado Tyburn y su querido Rafe. Lo era *todo* para ella. No podía perderlo ahora.

—Rafe, lucha por mí, por *nosotras* —dijo, con las lágrimas cayendo, nublando su visión de todo excepto su rostro. Los ojos de Rafe finalmente ganaron la lucha, y permanecieron abiertos mientras la miraba.

—Di… —murmuró—, has vuelto… —se atragantó con las palabras mientras la miraba con

asombro.

Ella apenas podía respirar.

—Siempre volveré por ti.

Sus labios se crisparon, pero no tuvo fuerzas para sonreír.

—Padre me dijo… altera el juego… rompe las reglas… —sus ojos se desviaron hacia el rostro de su hermano—. ¿Ash? —susurró conmocionado.

—Estoy aquí —la voz normalmente controlada de Ashton se quebró mientras sostenía la cara de Rafe en su palma—. Estoy aquí, hermanito.

—Ash… no… te matará… —Rafe se estremeció—. No puedo dejar que te enfrentes a él.

—¿No has comprendido ya que haría *cualquier* cosa por ti, tonto? —preguntó Ashton. Diana se llevó una mano a la boca para contener un sollozo.

—Culpa mía… padre… —la mirada de Rafe empezó a desviarse hacia la distancia.

—¡No, no lo fue! —dijo Diana, y luego se volvió hacia Ashton—. Lo que le ocurrió a su padre no fue culpa suya, lord Lennox. Caddington conoció a Rafe y quería que su padre lo entregara a cambio de sus deudas. Caddington quería herir a Rafe como había hecho con muchos jóvenes a su cargo. Su padre vio el peligro que suponía para Rafe, así que intentó enviarlo a casa. Lo que le ocurrió, ese carruaje golpeándole, no fue culpa de Rafe. No puede culparlo.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Ashton, con sus ojos azules llenos de tormentas—. ¿Caddington quería que mi padre entregara a Rafe?

—Sí —dijo Diana—. Ni siquiera su madre lo sabe, pero Rafe ha cargado con esa culpa todo este tiempo, la culpa de haberse quedado cuando no debía, pero no podía dejaros atrás a vuestro padre y a usted. Era un niño y sólo quería ayudarlo a traer a vuestro padre a casa.

Súbitas lágrimas cayeron por el rostro de Ashton mientras se inclinaba y presionaba su frente contra la de Rafe, su cuerpo cobijando el de su hermano menor mientras respiraba entrecortadamente.

—No lo sabía. Perdóname… *no lo sabía*. Nunca debí culparte a ti, pero fui un cobarde.

—No… —murmuró Rafe, somnoliento—, tú fuiste… mi héroe… *siempre*.

—¡Ashton, tengo una carreta preparada en la entrada! —Will gritó desde la puerta de la casa.

—Caspian, ayúdame a levantarlo. Diana, prepárate para ayudarnos si empezamos a caer —ordenó Lennox.

Él y Caspian pusieron a Rafe en pie. Estaban a mitad del pasillo cuando algo sonó detrás de ellos. Diana recuperó la pistola de Ashton del suelo y giró para enfrentarse a la amenaza.

Caddington estaba en la puerta del sótano, con la cara llena de sangre y moretones oscuros. Se sujetaba el pecho con un brazo, como si se estuviera protegiendo unas costillas rotas. Estaba claro que Rafe y él debieron de haber peleado antes de que Rafe escapara del sótano. En la otra mano sostenía una pistola, apuntando a la espalda de Rafe.

—Retírate… lord Lennox —resolló Caddington mientras se acercaba al cadáver de su criado —. Tu hermano es buscado por… muchos crímenes. Tengo su… confesión firmada de todo. Él

es *mío*.

Diana levantó la pistola.

—¡Nunca te pertenecerá!

Lennox cogió suavemente la pistola de la temblorosa mano de Diana.

—No, querida. Ya has sido bastante valiente esta noche. No permitiré que derrames más sangre.

Ashton se encaró ahora con Caddington, quien parecía estar disfrutando de la agonía que le estaba causando.

—Cuidado, Lennox —dijo él, todavía arrastrando los pies—. ¿Ayudar a escapar a dos asesinos? ¿Agredir a un magistrado? Sería tu ruina.

—Al contrario. El lord canciller es un buen amigo mío. Si yo te permitiera vivir, él te vería destituido de tu cargo y se presentarían cargos en tu contra. Eres tú quien se arruinará, Caddington.

Por un momento, Diana vio duda en el rostro de Caddington. Él miró la pistola que yacía junto al cuerpo de Phelps y se abalanzó sobre ella. La cogió y apuntó. Diana giró su cuerpo para proteger a Rafe tanto como pudo.

¡Crack!

Diana se estremeció al oír el disparo, esperando dolor. Pero no lo sintió. Cuando abrió los ojos, vio a Caddington desplomado en el suelo, muerto, la bala de Ashton había atravesado el centro de su malvado corazón. Ashton bajó lentamente la pistola y se quedó mirando a Caddington durante un largo instante, como si quisiera asegurarse de que el hombre ya no respiraba. Fue entonces cuando Diana recordó que la pistola que Caddington había intentado utilizar se había gastado cuando había matado a su criado.

—Dicen que la venganza no trae ninguna satisfacción —dijo Ashton en voz baja—. Pero se equivocan. Me satisface saber que ese hombre nunca volverá a hacer daño a otra persona.

Diana estuvo de acuerdo. Descubrió que la justicia sólo era para alguien que pudiera redimirse. Un hombre como Caddington no tenía ninguna posibilidad de redención. Dejó escapar un suspiro tembloroso, sintiendo que sus piernas se doblarían por el alivio de que todo había terminado.

Durante un largo rato, Diana se quedó mirando el cuerpo de Caddington, casi incapaz de creer que estuviera muerto, que ese monstruo que había atormentado las pesadillas de Rafe se hubiera ido de verdad.

—¡Vamos! —dijo Caspian—. Debemos movernos.

Los tres hombres llevaron a Rafe hasta la carreta que lo esperaba.

Diana se sentó en el heno junto a Rafe, quien estaba recostado boca abajo. Will condujo los caballos en medio círculo hasta que volvieron al camino y se alejaron de aquel lugar oscuro y horrible, lejos de la muerte. Lord Lennox se sentó al otro lado de Rafe, en la parte trasera de la carreta. La suave luz del amanecer iluminaba su rostro.

—Cuéntamelo todo, por favor. Necesito la verdad, toda —le suplicó Lennox a Diana. Ella dejó escapar un suspiro tembloroso y se lo contó todo a Ashton.

—Conocí a Rafe cuando asaltó el carruaje en el que yo iba. Se hacía pasar por un escocés llamado Tyburn…

No omitió nada, ni siquiera el hecho de que ella y Rafe habían hecho el amor más de una vez. Confesó que también se había dedicado al robo utilizando la identidad de Tyburn para salvar la casa de su familia, enterarse de la historia de la muerte de Malcolm Lennox, y de cómo Caddington había formado una fijación antinatural por Rafe todos aquellos años atrás.

—Mi padre debió volver a la taberna después de intentar enviar a Rafe a casa —dijo Lennox —. Debió saber que Rafe estaba en peligro y quiso detener a Caddington. Pero fue atacado por una de las mozas y le robaron. El golpe en la cabeza lo dejó desorientado cuando lo encontré. No pensaba con claridad cuando vio a Rafe al otro lado de la calle. Intenté evitar que cruzara, pero… no pude. Lo que pasó esa noche *nunca* podría ser culpa de Rafe. Nunca creí de verdad que él lo hubiera matado, pero en mi dolor y mi rabia le dije que así era, y la vergüenza me impidió retractarme de esas palabras. Dios, él sólo era un niño, aunque en realidad yo no era mucho mayor. Era más fácil descargar mi furia y mi culpa con él —se pasó una mano por su rostro cansado.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Diana.

—Tenía quince años, era joven, yo…

Ella le puso una mano en el brazo.

—Usted también era un niño. Creo que es hora de que los hombres Lennox dejen de culparse a sí mismos, y unos a otros, por lo que fue un accidente.

Lennox le sonrió con cariño.

—No me extraña que mi hermano esté locamente enamorado de ti. Me alegro por ello. Se merece que alguien sea su paladín después de tanto tiempo.

Su inesperado elogio tocó su corazón en el lugar más sensible.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Diana después de un momento—. Ahora que Caddington y Phelps están muertos. Nosotros los matamos —lo miró cansada. No quería pensar en las ramificaciones legales ni en las emocionales de haber quitado una vida, pero era algo que ninguno de los dos podía evitar.

Lennox se tomó un momento antes de responder.

—Aprendí hace mucho tiempo que a veces la única forma de detener el mal es eliminar sus piezas del tablero de ajedrez. Así no puede hacer más movimientos contra ti y no puede hacerte daño. Hablaré con el rey y con el lord canciller y les contaré lo sucedido. George me escuchará. No he trabajado todos estos años sin la intención de ganarme su confianza y que algo así resulte a mi favor. Si sirve de algo, yo también asumiré la muerte de Phelps.

—No, milord, no debe…

Ashton levantó una mano.

—Déjame hacer esto por ti, por la mujer que mi hermano ama. La mujer que lo amará a él y a su hijo. Ahora estás bajo la protección de la casa de Lennox —en ese momento, el ya imponente lord se convirtió en un caballero de antaño, su juramento hizo que ella se estremeciera, dejándole la piel de gallina.

Ambos miraron las marcas ensangrentadas en la espalda de Rafe, y la expresión de Ashton cambió.

—Ojalá pudiera matar a ese demonio mil veces por lo que ha hecho.

Diana, quien nunca se habría considerado una criatura sanguinaria, estuvo de acuerdo. Tenía razón. El mal no pertenecía al tablero de ajedrez.

—Si… *cuando* —se corrigió Ashton—. Cuando Rafe se encuentre mejor, os dejaré casaros inmediatamente con una licencia especial, sin más retrasos. Dios sabe que ya habéis tenido bastantes problemas en vuestras vidas. No añadiré uno más a la lista.

—Gracias —susurró Diana. Aunque en realidad no le importaba la boda. Sólo quería que Rafe estuviera bien, verlo sonreír, dejar que bromeara con ella y sentir sus labios sobre los suyos y su cuerpo envolviéndola por la noche. Ninguno de los dos volvería a estar solo si él se recuperaba. Acarició el pelo empapado de sudor de Rafe y, en silencio, instó a Will a que hiciera que los caballos fueran más deprisa.

Aguanta, amor mío… aguanta.

CAPÍTULO 19



Toda la casa Lennox estaba despierta cuando la carreta se detuvo. Media docena de lacayos bajaron corriendo los escalones para recibirlos. Diana observó ansiosa cómo llevaban a Rafe al interior. Joanna, Regina y Rosalind estaban en la entrada, junto con la señora Chesterfield, quien cogía a Isla de la mano. La niña miraba a su padre con los ojos llenos de lágrimas mientras lo llevaban escaleras arriba. Apretó su muñequita contra su pecho y no emitió ni un solo sonido.

Fue el silencio de la niña lo que rompió el estado de parálisis en el que Diana había caído y la empujó a actuar. Isla no debía ver a Rafe así, ensangrentado, destrozado, luchando por su vida. Se precipitó hacia la niña y la levantó en brazos, desviando su mirada hacia ella y ahuecándole la nuca con una mano. Isla temblaba en sus brazos, igual que aquel día en que habían quedado atrapados en la tormenta.

—No pasa nada, cariño. Todo irá bien, ya lo verás —le prometió a la niña. Haría todo lo posible para cumplir esa promesa, por las dos—. Señora Chesterfield, ¿podría traer leche caliente y galletas? Voy a llevar a Isla a su alcoba. Debería estar en la cama, descansando.

—*¡No!* Quiero quedarme. ¿Por favor? —la niña rodeó el cuello de Diana con los brazos. Un fuerte instinto de protección surgió dentro de Diana, como si esta niña fuera realmente suya para amarla y protegerla para siempre.

Diana apartó los rizos de la cara de la niña.

—Lo sé, cariño. Pero éste no es un recuerdo que debas tener de tu padre. Me aseguraré de que lo veas en cuanto se sienta mejor.

Llevó a Isla a su alcoba y apenas había llegado al final de la escalera cuando Brock y el médico del pueblo pasaron corriendo junto a ellas. Ninguno de los dos dijo una palabra al pasar, sino que se dirigieron rápidamente a la habitación de Rafe.

Cuando Diana llegó a la habitación, dejó a la niña junto a la cama y retiró las mantas. Dio unas palmaditas en la cama e Isla se metió en el centro.

—¿Papá estará bien? —preguntó Isla, con esos dulces ojos de cierva llenos de confianza. Esta niña había conocido tanta oscuridad, tanta pérdida. ¿Cómo podría soportar perder a su padre?

En un instante, las palabras de Rafe volvieron a ella como un relámpago: "*Nunca le fallaría a*

mi hija. Nunca."

—Sí —susurró ella—, se pondrá mejor, te lo prometo —aunque su mente sabía que no era una promesa que pudiera hacer, su corazón le decía que Rafe no defraudaría a Isla. Rompería todas las reglas para volver con ellas.

Ahora veía a Rafe tan claramente, más claramente que nunca. Su misterioso bandolero, su provocador caballero, su plegaria en la oscuridad para volver a encontrar la luz. Era tan polifacético como cualquier joya que hubiera robado, tan hermosamente complejo como el cielo nocturno sin luna que ocultara las estrellas.

Pasó una mano por los suaves rizos rojizos de Isla y besó la cabeza de la niña. Se quedó helada cuando se encontró mirando algo que casi le paró el corazón.

Dos retratos colocados en una estantería junto a la cama quedaron a la altura de los ojos de Diana. El tiempo pareció extenderse hasta el infinito antes de que volviera en sí. Diana respiró entrecortadamente. Era *imposible*. No tenía sentido.

—¿Señorita Fox? —Isla se giró para ver en qué estaba fijada Diana.

—Isla, ¿quién… quiénes son estas personas? —preguntó Diana. Cogió el conjunto de retratos y se sentó en la cama junto a la niña. Isla se acercó gateando y tocó los marcos dorados de un modo familiar, como si lo hubiera hecho mil veces.

—Ella es mi mamá. Mi *primera* mamá. Y él es mi otro papá —susurró—. Murieron.

Diana sintió que la cabeza le daba vueltas mientras a su alrededor se derrumbaban recuerdos fracturados y sueños sobre espejos en un mundo en el que no podía reunirse con su familia. Fue como si el espejo de su mente hubiera estallado, enviando fragmentos de cristal en cientos de direcciones diferentes, y por fin vio la verdad que había tenido demasiado miedo de afrontar en sus sueños.

—Isla, ¿cómo se llamaba tu madre?

La niña miró el retrato de la mujer con ternura y tristeza.

—Papá solía decir: "Dulce Ellie, amor de mi vida".

Diana miró fijamente a la mujer del marco.

—Ellie… ¿Era el diminutivo de Eleanor?

Isla se encogió de hombros.

—No lo sé.

El agradable semblante de la hermana mayor de Diana le devolvió la mirada a través de las capas de pintura al óleo. Eleanor lucía joven, vibrante, hermosa y *maravillosa*.

Señaló el retrato del apuesto joven.

—¿Y cómo se llamaba tu padre? —nunca había conocido al hombre con el que Eleanor había bailado aquella fatídica noche de un lejano baile campestre en Merton. Sólo sabía que el hombre era escocés y que habían huido juntos unos días después. Eleanor había dejado una nota despidiéndose, diciendo que algún día volvería a casa con su familia. Pero nunca lo hizo. Diana, con el corazón roto, había comprendido que la casa estaba demasiado sola sin su madre.

—Ella lo llamaba Angus.

Diana frotó suavemente el pulgar sobre el par de marcos como había hecho Isla. Eleanor había muerto… al igual que su marido. Isla era su hija.

Isla es mi sobrina. Esa verdad era dulce y desgarradora a la vez. Nunca había querido creer que su hermana había muerto, pero ahora lo sabía con certeza. Y, sin embargo, la hija de su hermana había llegado a su vida como un pequeño milagro. Era triste y maravilloso a partes iguales.

—Isla —se le quebró la voz al intentar hablar—. Creo… que tu madre era mi hermana.

La niña la miró sorprendida y Diana se preguntó cómo había podido estar tan ciega durante tanto tiempo. Isla era muy parecida a Eleanor. Podía tener el color de pelo y ojos de su padre, pero su cara, sus expresiones, eran *totalmente* Eleanor. La respuesta al último y doloroso misterio de su vida había estado frente a ella todo este tiempo.

Repasó todas las conversaciones que había mantenido con Rosalind y Rafe sobre los padres de Isla. Habían muerto de una enfermedad, y Eleanor… Dios, se habían llevado el cuerpo de Eleanor para vendérselo a un médico, y Rafe y su familia habían salvado a Isla de los ladrones.

Rodeó a Isla con sus brazos y la estrechó aún más fuerte mientras las lágrimas caían libremente por sus mejillas. La última pizca de su obstinada fuerza la abandonó finalmente y Diana se rompió, se rompió de verdad cuando todo aquello a lo que se había aferrado desde la muerte de su madre salió a la superficie. Isla también lloró y se abrazaron hasta que ambas se desahogaron por completo.

—¿Seguirás siendo mi nueva mamá? —preguntó Isla en voz baja. Diana sonrió por encima de sus lágrimas.

—Sí… siempre has sido *mía*. Eres mi sobrina, y ahora eres mi hija. Nunca te dejaré, cariño —era probable que Isla no comprendiera del todo lo que Diana le había jurado, pero algún día lo haría. Aprendería que el destino había traído a casa a la hija de Eleanor, porque el corazón de Rafe Lennox estaba hecho de oro.



—¿CÓMO ESTÁ?

Rafe oyó la voz de su madre a través de la niebla del dolor.

Otra voz llegó con más claridad.

—El daño en su espalda es grave, pero he limpiado y cosido las heridas que suponen mayor peligro. Los vendajes deben mantenerse limpios y cambiarse a diario para evitar la fiebre. Tendrá que dormir boca abajo, y le recomiendo una dieta a base de carne de res para ayudar con la pérdida de sangre. Imagino que tendrá que reconstruir los músculos de la espalda por el daño

causado por el látigo, pero es joven y está sano, así que hay muchas esperanzas de que se recupere. Una vez curada su piel, deberá practicar sus movimientos habituales, de lo contrario sus músculos nunca recuperarán la fuerza.

—Gracias, doctor —oyó decir a Ashton.

Rafe quería moverse pero no tenía fuerzas para hacerlo.

—Ash —susurró. Incluso esa sola palabra le raspó todos los nervios de la garganta.

Una mano reconfortante se posó en su nuca.

—Estoy aquí, hermanito. No intentes hablar.

—Diana… —siseó mientras el dolor le subía por la espalda por el esfuerzo de hablar.

—Ella está a salvo. Está cuidando de Isla por ti. *Todos* están a salvo, ¿entiendes? Ahora guarda silencio. Necesitas descansar.

Era como si su hermano mayor supiera lo que más necesitaba oír. Rafe se relajó y se quedó dormido.

No estaba seguro de cuánto tiempo había dormido cuando volvió a despertarse, pero cuando se lamió los labios resecos, sintió la presencia de alguien cerca.

—Agua.

Alguien le acercó con cuidado un vaso a los labios y bebió despacio, agradecido por la ayuda. Cuando tuvo fuerzas para abrir los ojos, vio que su madre sostenía el vaso. Sus ojos azules observaban su rostro y vio marcas de lágrimas secas cubriendo sus mejillas. ¿Su madre había estado llorando por *él*?

—Bebe un poco más por mí, querido —le susurró, como si fuera un niño—. El médico dijo que debías beber.

—Lo siento —exhaló un suspiro y contuvo un escalofrío.

Los ojos de su madre brillaron.

—No vuelvas a decir esas palabras *nunca* más, no a mí. Soy *yo* quien lo siente —se mordió el labio y las lágrimas corrieron por el rostro habitualmente sereno de su madre. Dejó el vaso sobre la mesa y le pasó una mano fría por la frente, apartándole el pelo de los ojos—. Ashton me lo contó todo.

—¿Te lo ha dicho? —¿Qué le había dicho su hermano? Tenía demasiado miedo para preguntar.

Regina asintió.

—Tú no causaste la muerte de tu padre, Rafe. Eras un niño que quería traerlo a casa. Sus decisiones *nunca* fueron responsabilidad tuya. Él eligió irse de nuestra casa aquella noche, y eligió ponerse en esa situación. Cruzó la carretera después de haber sido herido y su equilibrio era inestable. Nada de eso es culpa tuya —le temblaron los dedos mientras inspiraba—. Soy yo quien te ha fallado, mi querido muchacho. Nunca os pregunté a Ashton ni a ti qué había pasado. Supuse que habías hecho algo porque Ashton te culpaba. Pero él también era un muchacho. ¿Qué sabe un muchacho de quince años sobre el dolor, excepto que uno puede, temporalmente,

evitarlo con ira? Pero yo no debería haber cometido el mismo error. Sabía que los vicios de Malcolm algún día llevarían a esto. Sólo que no pensé que sería tan pronto —se tapó la boca con el dorso de la mano, pero no apartó la mirada de él mientras lloraba—. Los años que he desperdiciado… los años que debería haber pasado contigo… mi hermoso niño que sólo intentó ser un hijo del que cualquier madre estaría orgullosa. Y estoy orgullosa, Rafe, muy orgullosa de ti.

—Madre… —sentía como si cada costilla de su pecho se rompiera mientras asimilaba sus palabras y el amor que las envolvía.

—Pasaré el resto de mi vida echando de menos a tu padre, pero no me perderé ni un momento más *contigo*. Si me dejas, deseo empezar de nuevo, ser la madre que te mereces.

—Debería haber hecho algo —confesó Rafe, con la voz entrecortada—. Si me hubiera ido a casa como él deseaba, quizá no me habría visto e intentado cruzar la carretera.

Regina negó con la cabeza.

—Él eligió cruzar la calle, Rafe. Debes dejar de creer que podrías haber hecho algo diferente para cambiar sus acciones.

Rafe parpadeó para ahuyentar las lágrimas y trató de recuperar el aliento.

—Pero yo no soy el hijo que deberías haber tenido.

Su madre le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, mientras sus ojos brillaban.

—Tonterías. No cambiaría nada de ti, Rafe. Aunque pudiera volver atrás las manecillas del tiempo y arreglar todos los errores que has cometido, no serías *este* Rafe. Nunca borraría al hombre en que te has convertido, ni siquiera para tener a tu padre de vuelta.

Rafe movió el brazo, extendiéndolo con cuidado para estrechar la mano de su madre.

—He hecho muchas cosas de las que me arrepiento…

Un brillo centelleó en los ojos de su madre.

—Si te refieres a esas actividades nocturnas con máscaras y pistolas, bueno, te llevaron hasta Diana, ¿no? Sé que puede que no sea el método de cortejo más convencional, pero ¿desde cuándo alguno de mis hijos ha hecho las cosas de forma convencional? Thomasina se comprometió por un notorio canalla, gracias a Dios ha sido un marido maravilloso. Ashton chantajeó a su encantadora esposa para casarse. Joanna huyó a Escocia para fugarse con su encantador marido —le sonrió—. ¿Qué es una historia salvaje más para compartir con los nietos?

La opresión en el pecho de Rafe se alivió al darse cuenta de que su madre tenía razón. Si nunca hubiera parado aquel carruaje, si nunca hubiera conocido a Diana, nunca habría encontrado la estrella en el cielo nocturno que lo llevaría a casa con su familia.

—No más arrepentimientos —le dijo su madre con tono tranquilizador—. ¿Entiendes? Para ninguno de nosotros.

Sus ojos volvieron a cerrarse mientras su madre seguía acariciándole el pelo.

Cuando despertó, la luz de las velas iluminaba la habitación. Ashton estaba sentado en una

silla cercana, con los dedos entrelazados mientras observaba a Rafe. Su pelo rubio estaba un poco despeinado, como si hubiera tirado demasiado fuerte de él. Parecía estar contemplando algo.

—Esa no es una mirada que me guste —murmuró Rafe—. Siempre me sermoneas cuando tienes esa mirada.

Los labios de Ashton se crisparon.

—Al contrario, no es una mirada sermoneadora, es una mirada de… —hizo una pausa y dijo lentamente—. Profunda claridad.

—¿Profunda claridad?

—Sí. Estaba pensando en cómo las cosas habrían sido diferentes si no hubieras sido parte de mi vida. Parte de esta familia. No *seríamos* una familia.

Rafe se movió para mirar mejor el rostro de Ashton.

—Me temo que no te comprendo.

Ashton bajó las manos.

—Verás, si no hubieras robado el carruaje de Rosalind, ella nunca habría caminado hasta esta casa en la tormenta y nunca habría caído enferma.

—¿Estás diciendo que casi mato a tu mujer? —Rafe soltó una risita, pero le dolió horrores—. Porque si la memoria no me falla, ella casi me mata a *mí* cuando me disparó en el hombro.

—Lo que intento decir es que cuando Rosalind cayó enferma, me enamoré de ella. Pero incluso entonces, no me habría casado con ella… no hasta que la engañaste para que jugara aquella partida de ajedrez contra mí y gané su mano en matrimonio —Ashton respiró lentamente —. No tendría a mi mujer -ni a mi hijo, por cierto- si no fuera por ti.

Un nudo se formó en la garganta de Rafe. Nunca lo había pensado así. Le ardían los ojos e incluso sentía un hormigueo en la punta de la nariz. *Maldita sea*. Si su hermano lo hacía llorar, le iba a doler como un demonio.

—Joanna y Brock nunca habrían llegado a Gretna Green sin tu ayuda, porque nos ocultaste su rastro a mí y a mis amigos cuando los perseguimos. Y no olvidemos aquella vez que Joanna salvó la vida de Brock porque *tú* le enseñaste a luchar.

Ante esto, Rafe sonrió.

—Fue una alumna excelente. Me dejó sin aliento más de una vez.

—Luego está Isla. Nunca habría encontrado su hogar y su vida sin ti —sus labios se curvaron en una sonrisa más amplia—. Nunca habría vuelto a su hogar, a donde pertenece. Hubo algo en la forma en que Ashton pronunció la palabra *hogar* esta vez que desconcertó a Rafe. La palabra parecía tener un significado más profundo, pero Rafe estaba demasiado cansado para averiguar cuál.

Ashton se inclinó más cerca.

—Lo que estoy diciendo, hermanito, es que tú eres el *corazón* de esta familia —puso una mano sobre la de Rafe y la apretó suavemente—. Y ahora me toca a mí cuidarte como tú siempre

has hecho por nosotros. Me ocuparé de que Foxglove tenga todo el personal necesario, y todas las reparaciones se harán enseguida. Tendrás un ingreso anual acorde con tu papel en esta familia. Los dividendos que obtengas de tus inversiones serán tuyos y podrás hacer con ellos lo que quieras.

Rafe se quedó atónito un momento, pero pronto se recuperó.

—Sabes que el dinero que te di para invertir fue robado, ¿verdad? —no quería que Ashton se lo replanteara más tarde. Era mejor decir la verdad ahora.

Ashton soltó una risita.

—Sí, soy consciente. Pero, según tengo entendido, nunca robaste a quienes menos tienen, y una buena parte parece haber pertenecido al hombre que considero más responsable de la muerte de nuestro padre.

La sonrisa de Rafe desapareció.

—¿Caddington está realmente muerto? —sólo tenía recuerdos borrosos, oír la voz de Caddington mientras intentaban huir y a Ashton disparando un tiro.

—Sí, por suerte. Me aseguré de ello.

—No quería que cargaras con el peso de su muerte. Debería haber…

Ashton lo silenció con un chitón, como si Rafe fuera un niño. Dios, hoy lo habían tratado más como a un niño que nunca en su vida. No estaba muy seguro de que le gustaran todos los arrullos y los aspavientos.

—Has cargado con tu oscuridad suficiente tiempo. Es hora de que yo lleve la carga por un tiempo. Es lo que hacen los hermanos —las palabras de Ashton le trajeron recuerdos de cuando eran jóvenes, antes de que su padre muriera. Había seguido a Ashton a todas partes como un cachorro, moviendo la cola, esperando cualquier señal de afecto, y Ashton se la había dado libremente. Revolvía el pelo de Rafe y le hacía partícipe de cualquier aventura en la que Ashton estuviera involucrado, y siempre le decía: *"Ven, Rafe, yo te cuidaré. Es lo que hacen los hermanos…"*

Este recuerdo dorado estaba tan oculto que Rafe casi había olvidado que una vez habían estado tan unidos. ¿Podrían volver a estarlo? Eso esperaba.

Rafe buscó el rostro de Ashton.

—Me dejaste crecer hasta ser fuerte, Rafe. Sufriste mientras yo me convertía en el hombre que soy. Es hora de que ponga esa fuerza en uso ahora —se aclaró la garganta—. Sé que aún te sientes miserable, pero hay dos damas que están desesperadas por verte. ¿Estás dispuesto a recibir visitas?

—Más vale que te refieras a Diana e Isla, aunque admito que me aterra que lloren al verme.

—Creo que bien mereces las lágrimas, hermanito —Ashton se acercó a la puerta de la alcoba y la abrió.

—Está listo para veros, pero no te subas a él, cariño. Todavía está herido —aconsejó Ashton mientras Isla entraba en el lugar donde Rafe yacía en la cama. Su rostro brillaba con lágrimas

frescas, lo que le rompió el corazón. Nunca querría hacer llorar a su hija.

—Gatita, estoy bien —le tendió una mano y ella la cogió, aferrándose a él como si fuera lo único que le importaba. Y si eso no hizo que sus propios ojos se llenaran de lágrimas…

Diana entró en la habitación.

—Rafe —susurró, y él levantó la mirada hacia la suya.

—Me encanta cómo dices mi nombre, como una plegaria.

—Porque lo es —Diana levantó los dos pequeños retratos pintados de los padres de Isla. Él miró entre ella y los retratos, confundido—. Todos estos años he rezado pidiendo respuestas, y *tú* eras la respuesta —sostuvo el retrato de la madre de Isla junto a su propio rostro—. ¿No lo ves? —preguntó, con la voz entrecortada por una oleada de emociones que él no comprendía. Miró entre el retrato y Diana.

Ella puso una mano en el hombro de Isla.

—Mi hermana Eleanor es la madre de Isla, Ellie.

—Diana es mi tía *y* mi mamá —dijo Isla, notando cómo Rafe tardaba en comprender la revelación que le acababan de hacer.

—¿Tu Eleanor es *Ellie*? —se quedó mirando entre Isla y Diana, mientras su corazón se estrechaba, lleno de pena y amor a la vez—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Lo supe en mi corazón en cuanto vi este retrato —dijo Diana—. Pero mientras descansabas, la señora Chesterfield me enseñó la bolsa que trajiste de Escocia. Contenía ropa y cartas de Eleanor, cartas que iban dirigidas a mí pero que nunca había enviado. Las leí todas, Rafe —su voz tembló—. Después de la muerte de su marido, Angus, iba a volver a casa, a Foxglove, para traer a Isla a nuestra finca, pero nunca lo consiguió. Tú cumpliste los deseos de mi hermana y me trajiste a su hija a casa.

—¿Esas cartas eran para ti? —había leído brevemente algunas de ellas cuando conoció a Isla. Pero habría recordado si alguna hubiera ido dirigida a Diana, y ninguna lo había sido—. Las cartas no tenían destinatario.

Diana sacó una carta del bolsillo de su vestido. Desdobló el papel y se lo mostró para que pudiera ver el pequeño símbolo que había en lugar del nombre.

—Sí, siempre dibujaba una carita de gato —dijo Rafe—. Es una de las razones por las que llamo a Isla 'gatita'. Me hacía pensar en su madre.

—En realidad es un zorrezno, no una gatita. Una cría de zorro. Eleanor siempre me llamaba 'pequeña foxy' porque era el miembro más joven de la familia Fox.

Rafe se quedó mirando la carta, pensando en cómo un extraño giro del destino había puesto esas cartas y esa niña en su camino.

Durante todo este tiempo, Rafe había guardado el pasado de Diana y el futuro de Isla en aquella bolsa que había cargado desde Edimburgo. Era como si el destino hubiera tirado de él hacia Diana, como si su encuentro fuera inevitable.

Isla miró entre Rafe y Diana. Sus pequeños dedos seguían metidos en la mano de Rafe.

—¿Ella seguirá siendo mi nueva mamá?

Diana se inclinó para besar la frente de Isla y puso la mano sobre las palmas unidas de Rafe e Isla.

—Por supuesto. A partir de ahora seremos los tres —prometió—. *Siempre* —repitió el juramento que habían hecho aquel día en la biblioteca cuando había aceptado casarse con él.

Rafe sintió que podía volar. A pesar del dolor, ahora todo parecía posible.

—Puede que me duerma —dijo Rafe—. Pero me gustaría que os quedarais las dos.

Diana subió a Isla a la cama, se tumbó y enseguida se quedó dormida.

—Se me ha adelantado —murmuró él.

Diana se quedó cerca del borde de la cama junto a Rafe, indecisa.

—Tengo que devolverte algo —Rafe levantó la muñeca que aún llevaba el collar de perlas a modo de pulsera—. Esto te pertenece —percibió su vacilación—. Dijiste que era de tu madre. Te pertenece.

—Casi lo había olvidado —admitió Diana—. Parece una tontería haberme preocupado por algo tan insignificante cuando nos conocimos —desató el collar y se lo quitó de la muñeca con sumo cuidado antes de atárselo al cuello—. Y pensar que todo este tiempo has guardado mi *verdadera* perla: Isla.

—Vi lo mucho que significaba aquella noche cuando lo dejaste a mi cuidado —dijo Rafe—. Fui cuidadoso con él, igual que siempre lo seré contigo. Eres *mi* tesoro, Diana.

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas frescas.

—Debes dejar de ser tan maravilloso. No puedo llorar más.

Él se rio, ignorando el dolor que esto le causó.

—Mientras sean lágrimas de felicidad, no me disculparé.

—Canalla —amonestó ella con una sonrisita.

—*Tu* canalla —dijo él—. Te amo, mi pequeña dragona de fuego. Juro amarte con cada aliento en mí, con cada pedacito de mi alma.

Ella se arrodilló junto a la cama, acercando su rostro al de él. Sus ojos marrones brillaban con calidez y resplandecían con la luz del vasto y hermoso universo que Diana albergaba en su interior.

—Te amo, Rafe. Te amo con todo lo que soy y con todo lo que seré. Me *salvaste*, me devolviste a mí misma. Me había perdido en algún lugar del camino, y tú me trajiste a casa —se inclinó hacia él y lo besó, luego miró a Isla, quien estaba a su lado—. Nos trajiste a las dos a casa —luego volvió a besarlo, y esta vez durante mucho más tiempo.

Había algo exquisito en ser besado por la mujer que amaba incluso cuando su cuerpo ardía de dolor. Pero era un dolor que soportaría de nuevo en un instante si tuviera que hacerlo. Le recordaba lo preciosa que era la vida, lo terriblemente corta pero infinitamente dulce que era, si uno era lo bastante valiente como para arriesgarse a vivir. A amar.

Su padre tenía razón. Le encantaba correr riesgos. Y amar a esta mujer y a esta niña… eran

su oportunidad de vivir.

—Dios, te amo —susurró él. Ella enredó los dedos en su pelo y sonrió, sus labios se movieron sobre los de él de una forma que le devolvió su antigua fuerza.

—Duerme, mi hermoso príncipe. Has matado a tus dragones y te has ganado un descanso. Isla y yo estaremos aquí cuando despiertes. Tenemos años por delante para hacer todo lo que deseemos.

—Sí, lo haremos —y entonces, mientras ella lo acariciaba suavemente con sus dedos, él hizo lo que le ordenó.

Después de tantos años de luchar por encontrar su camino solo en la oscuridad, Rafe Lennox siguió la luz del amor que emanaba de Diana, su hermosa estrella, y encontró el camino a casa.

EPÍLOGO

NOCHEBUENA, DOS MESES DESPUÉS



Rafe terminó de acomodar los regalos cuidadosamente envueltos bajo el árbol mientras Diana esperaba en la puerta de la biblioteca de Foxglove. La biblioteca, antes vacía, volvía a estar llena de libros, que Rafe había insistido en comprar cuando se enteró de que ella había vendido casi todos los libros para pagar deudas. Como siempre, su marido sabía la manera exacta de hacer que se enamorara aún más de él. Esta noche, las guirnaldas colgaban de todas las superficies y en más de una puerta había ramitas de muérdago, creando deliciosos problemas entre algunos de los criados, quienes parecían aprovechar cada ocasión para besarse.

Hacía cuatro días que Rafe y los criados habían talado un hermoso tejo y lo habían introducido en la casa. Cuando ella cuestionó la presencia de un *árbol* en su casa, Rafe se rio y dijo que era una tradición de la corte real, que había empezado a poner árboles en el palacio por navidad en 1800, cuando la reina Charlotte trajo el primer tejo a Windsor.

A Diana le pareció que el gran árbol decorado con manzanas, bayas secas atadas con cuerdas y guirnaldas de papel de colores era lo más bonito que había visto nunca. Rafe dijo que sería cuestión de tiempo que la tradición se extendiera por todas partes. Ahora que Diana había visto el árbol en todo su esplendor, creía que tenía razón. Algún día, toda Inglaterra desearía tener árboles así en sus casas.

Sonrió mientras él acomodaba cuidadosamente la pila de regalos bajo el árbol. Se había tomado muy en serio el tema de los regalos. Cada sirviente de la casa tenía uno bajo el árbol, por parte de él y de Diana. Isla tenía una pequeña montaña de regalos sólo para ella, por supuesto.

Diana apenas podía creer la facilidad con que Rafe y ella se habían instalado en su casa después de casarse. Habían esperado a que se curara y habían decidido celebrar juntos un desayuno de boda como Dios manda, lo que había complacido a Regina y Ashton enormemente. Will y Caspian, quienes ahora ella sabía que eran los auténticos Oxford y Cambridge, incluso habían decidido quedarse en Foxglove y habían ayudado con las reparaciones. También habían aceptado la oferta de Ashton de invertir el dinero de sus aventuras, y ambos habían podido dejar atrás la vida de bandoleros.

Rafe se había mudado a Foxglove sólo una semana después de aquella horrible noche, mucho antes de que se casaran propiamente. Nadie había protestado, y los escasos cotilleos que habían

circulado por el pueblo habían sido breves y carentes de mordacidad. Como Ashton había explicado, Rafe había sufrido un terrible accidente y necesitaba descanso y tranquilidad para recuperarse, y la casa Lennox estaba demasiado ajetreada y llena como para permitirle a Rafe el descanso que necesitaba. Parecía que todos los vecinos estaban bastante contentos con el matrimonio y con saber que Foxglove, una casa antes majestuosa, recuperaría su gloria gracias a la unión de los Lennox y los Fox.

Ashton se había ocupado de la situación de Caddington. Se habían enterado de que las frecuentes entregas de dinero de Caddington a Londres, las cuales Rafe y Diana habían robado, debían ser pagos que aseguraban la lealtad de varias familias aristocráticas. Lo que había enfurecido a Ashton y Rafe fue cuando se enteraron de que el dinero que Caddington había estado enviando procedía de comerciantes locales y pequeños negocios del campo que se habían visto obligados a pagar por "protección". Cuando el rey se había enterado de esto, se había encargado de que la propiedad de Caddington fuera despojada de su título, y la casa y las tierras fueron regaladas a un hombre que recientemente había hecho un gran favor a la Corona y se había ganado un título. La muerte de Caddington había sido catalogada oficialmente como causada por una pelea con el señor Phelps, su criado. Ninguno de los criados que habían trabajado para Caddington salió en su defensa.

Rafe había permanecido callado cada vez que Ashton los visitaba y daba nueva información sobre la situación. Cuando por fin se había resuelto, Rafe había estrechado a Diana entre sus brazos en un sofá de la biblioteca y la había abrazado durante un largo rato. Ella se había acurrucado en él, le había besado la mejilla y abrazado con la misma intensidad, haciéndole una promesa silenciosa de que por fin estaba a salvo. Fue entonces cuando pudieron pensar de verdad en el futuro.

Aunque confiaba en Rafe, su experiencia con los hombres le había hecho temer que él quisiera imponerse como cabeza de familia y tomar todas las decisiones. Para su alivio, esto no ocurrió, aunque él le ofrecía generosamente su consejo cuando sentía que ella lo necesitaba. Había hecho exactamente lo que había prometido y se había convertido en su socio, no en su amo. Con esta nueva confianza en sí misma, había descubierto que la vida podía ser realmente mágica cuando se encontraba al hombre adecuado.

Rachel venía a visitarla cada pocos días y se deleitaba con la nueva felicidad de su amiga. Diana se preguntaba si la vida era *demasiado* perfecta. Cada vez que expresaba tales preocupaciones, Rafe le besaba el ceño fruncido y le recordaba que había tenido un pasado que distaba de ser perfecto y que tal vez le esperaba un futuro más perfecto. Así que ella había dejado de preocuparse y se limitaba a abrazar todo lo bueno que había sucedido últimamente.

Continuaron haciendo reparaciones en la casa, examinaron los libros de contabilidad y trabajaron codo con codo con el señor Peele y la señora Ripley para devolver a Foxglove su antigua gloria. Algunos días, era como si se hubiera metido en un libro y descubriera que los cuentos de hadas eran, en efecto, verdaderos.

Diana volvió a pensar en su marido, quien seguía arrodillado en la base del árbol, alto y exuberantemente decorado. Una vez colocado el último regalo, Rafe se levantó orgulloso y se frotó las manos en los pantalones, luego la miró con un brillo de picardía en los ojos.

—Ya está. Me he ocupado de todos… menos de ti.

—¿De mí? —Diana se rio—. ¿A qué refieres, *esposo*? —le encantaba llamarle así, provocarlo y saber que era suyo, *todo* suyo. A él, por su parte, parecía encantarle llamarla *esposa*. Se decían las palabras como si fuera una broma privada entre ellos, dos personas que habían renunciado al amor y a los cónyuges para encontrarse el uno al otro.

—Todavía tengo que darte *tu* regalo —se acercó a ella de una forma que le hizo sentir mariposas en el bajo vientre. Adoraba cuando su marido mostraba esa actitud salvaje cada vez que se acercaba a ella con lujuria en los ojos.

—Me compraste un armario como para llenar dos alcobas —le recordó. Ella tenía un regalo más que hacerle, aunque era imposible de envolver.

—Esas eran *necesidades*, no regalos —dijo él—, y utilicé el dinero que Ashton invirtió para mí, porque me está dando muy buenos resultados.

Diana se rio.

—Y también el que invertí con Rosalind. ¿Puedes creer que pusieron nuestro dinero en los mismos bonos de la India sin darse cuenta? Esos dos son perfectos el uno para el otro.

—Asquerosamente perfectos —convino Rafe, sonriendo.

A ambos les había dejado atónitos saber que Rosalind y Ashton habían cogido sus fortunas robadas y habían hecho exactamente las mismas inversiones, lo cual les había reportado excelentes beneficios. Aquellos fondos seguirían rindiendo, y con los ingresos anuales de Rafe, por primera vez en años Diana sentía que el destino de su hogar estaría asegurado.

Rafe agarró suavemente la cintura de Diana y se inclinó para acariciarle la mejilla.

—Volvamos al asunto de tu regalo, *esposa* —la emoción recorrió a Diana desde las mejillas hasta los dedos de los pies. Las caricias de este hombre siempre la mareaban.

—¿Y qué hay del tuyo?

Debajo del árbol, tenía media docena de regalos con su nombre. Había comprado chalecos que acentuarían el color de su pelo y sus ojos, un reloj de bolsillo nuevo, un anillo grabado con una cabeza de zorro y varios artículos más. Pero lo que no podía envolver era lo que más deseaba regalarle.

—¿Por qué no vas a la alcoba de Isla a ver si por fin se ha quedado dormida? —preguntó Rafe—. Luego nos vemos en nuestra alcoba.

—¿Qué pretendes? —Rafe podía ser un delicioso provocador la mayor parte del tiempo, y a ella le encantaban sus sorpresas.

—Nada, esposa mía. Ahora, vete —le dio la vuelta para que mirara hacia la puerta y le dio un suave golpecito en el trasero. Ella salió obedientemente de la biblioteca, incapaz de negar su curiosidad. Quería asegurarse de que Isla dormía plácidamente. Habían pasado la Nochebuena en

la casa Lennox, habían tenido una buena cena de Navidad y habían jugado a suficientes juegos de salón como para cansar a la niña.

La nueva alcoba de Isla tenía la cama que Rafe había elegido para ella. Todos sus juguetes y ropas habían sido trasladados desde la casa Lennox después de la boda. Incluso la señora Chesterfield había accedido a venir a Foxglove con ellos. Ahora mismo estaba en su puesto habitual junto a la cama de Isla, pero su libro estaba abandonado y ella dormida. Diana cruzó la habitación para avivar el fuego con el atizador y ajustar la rejilla de la chimenea, luego arropó a Isla y reajustó la muñeca en sus brazos. Un recuerdo le vino a la memoria de forma repentina y vívida.

Diana y Eleanor acababan de abrir sus regalos, cuando Diana tenía cinco años y Eleanor siete. A Diana le habían regalado una preciosa muñeca morena que llevaba un precioso vestido verde. La muñeca tenía el pelo oscuro y los ojos marrones, al igual que Diana. A ella le pareció la muñeca más bonita que había visto nunca.

—¿Cómo se llama? —preguntó Diana a sus padres. Ellos le dijeron que era su deber ponerle nombre a su muñeca, pero entonces miró a su hermana mayor, como siempre, en busca de orientación en asuntos tan cruciales—. Eleanor, ¿cómo debería llamarla?

—Pues, pequeña foxy, es la señora Crumpet, por supuesto. Es duquesa, ¿sabes? —Eleanor había declarado con tanta seguridad que Diana había aceptado el nombre sin rechistar.

Tan rápido como la habían llevado sus recuerdos, volvió de nuevo junto a la cama de Isla.

—La señora Crumpet… una duquesa, por supuesto —la voz de Diana tembló al susurrar el nombre de la muñeca. Era un recuerdo tan antiguo que ya lo había olvidado… hasta ahora. Un roce en su hombro la hizo volverse, esperando ver a Rafe detrás de ella, pero no había nadie.

Excepto que tal vez sí había alguien. Diana sintió una presencia moverse a través y alrededor de ella, y su alma brilló con una alegría silenciosa e inquebrantable.

—Gracias, Eleanor. Gracias por venir a casa.

Podría haber sido un susurro del viento contra los cristales de las ráfagas de nieve del exterior o el silbido de la savia de los troncos en el fuego. Puede que fuera su imaginación o un deseo. Fuera cual fuese la fuente, oyó las palabras y sintió el amor que transmitían con la magia de la Navidad.

—*Te amo, pequeña foxy…*

Diana besó la frente de Isla, y la niña sonrió en sueños del mismo modo que Rafe lo hacía. Era realmente la niña de su corazón. La vida de Diana se había trastocado con la pérdida de su familia, y un profundo pozo de dolor se había abierto en su interior. Ahora ese pozo estaba lleno de amor por su nueva familia.

Antes de conocer a Rafe e Isla, había tenido una familia, la gente de Foxglove que la había apoyado y cuidado. Más de una vez, Rafe le había recordado que incluso en sus momentos más sombríos, cuando su brillo se había apagado, había tenido la luz de los demás para arder por ella en la oscuridad. Y ahora su familia en Foxglove había crecido con la incorporación de Rafe e

Isla. Él le había devuelto tanto de sí misma, y ella nunca podría dejar de demostrarle cuánto lo amaba. Oyó las palabras de Ashton el día que lo rescataron de Caddington: "*Rafe, eres el corazón de esta familia*". Y tenía razón. Rafe era todo corazón, y había elegido amarla con ese corazón.

Se quedó un momento más en la alcoba de Isla mientras en su mente bailaban sueños alegres que prometían un futuro maravilloso para su creciente familia. Luego se dirigió a su propia alcoba, donde Rafe la esperaba.

Se detuvo al ver una vela solitaria que alguien había dejado desatendida sobre una mesita entre dos tapices. La levantó y la apagó antes de dejarla de nuevo sobre la mesa. El humo se enroscó a la luz de la luna y sintió un frío susurro de viento detrás de ella.

Algo duro y circular le oprimió la parte baja de la espalda y, de repente, una mano enguantada le rodeó la garganta, sujetándola firmemente sin apretarla. Respiró conmocionada mientras un cuerpo duro y caliente la mantenía inmóvil desde atrás.

—Tranquila, muchacha. No querrás despertar a la casa —le murmuró al oído una voz fría y seductora—. Ahora llévame a tu alcoba.

—¿Por qué? —siseó ella.

—Porque me lo debes, pequeña dragona de fuego, y he venido a reclamar lo que es mío —unos labios cálidos y sedosos le acariciaron la oreja antes de que el malvado intruso le mordisqueara el lóbulo, haciéndola gemir.

El hombre la obligó a guiarlo hasta la puerta de su alcoba, y la introdujo dentro haciendo un gesto con su pistola antes de cerrar la puerta tras de sí, sonriéndole desde detrás de un dominó negro. Los penetrantes ojos azules de su amado y malvado Tyburn la miraron fijamente.

—En pie y a cumplir… *esposa* —ordenó el bandolero mientras señalaba su bata con la pistola—. Quiero mi premio.

Con el corazón acelerado, ella se desabrocho la parte delantera de la bata y la dejo caer a sus pies. Vaciló al desatarse la camisola a la altura de la clavícula, y él le ordenó que continuara mientras se apoyaba en la puerta cerrada, impidiéndole escapar con su cuerpo ágil y musculoso.

—Me temo que no tengo nada que darte —susurró ella, mientras una oleada de excitación recorría su piel.

—Tu cuerpo es todo lo que necesito, pero también te robaré el corazón, ya que soy un hombre codicioso —el enmascarado se apartó de la puerta, tiró la pistola a un lado y la cogió. Sus manos enguantadas recorrieron su cuerpo mientras la despojaba de la camisola y desnudaba su cuerpo ante su mirada. Le acarició los pezones duros con las puntas de sus dedos cubiertos de cuero y le masajeó los pechos sin dejar de mirarla. Entrecerró los ojos—. Pareces más sensible de lo que recordaba —susurró mientras tiraba de un pezón.

Ella jadeó y se arqueó hacia él.

—Tal vez porque… —reprimió sus palabras, conteniéndose antes de decir demasiado.

—¿Porque qué? —preguntó él, con una voz pecaminosamente oscura y peligrosa. Tiró de

uno de sus pechos casi con brusquedad, como a ella le gustaba.

—Olvidé… oh, Dios… —su cuerpo casi temblaba de necesidad por él—. ¿Cómo lo supiste? —él le acarició el trasero desnudo con una mano, haciéndola sentir deliciosamente suya.

¿Cómo podía saber que ella amaba a Tyburn tanto como a Rafe? Que eran dos seres que pertenecían juntos a este mundo dentro del mismo hombre, *su hombre*.

—Porque te amo, muchacha, y sé lo que necesitas, que cuando la luna está alta y el viento silba por los caminos solitarios, necesitas verme, necesitas que te reclame.

—Sí —aceptó ella, retorciéndose en sus brazos—. Por favor… *Por favor*…

—Dime cómo lo quieres, dulce muchachita —le susurró al oído.

—Quiero que seas malvado.

Él cogió su cara, su boca se inclinó sobre la de ella, su lengua se introdujo implacable entre sus labios mientras le mostraba lo que pronto haría, y eso la derritió por dentro de la forma más lasciva.

—Entonces me tomarás como yo quiera —advirtió él con una risa oscura. De pronto, le dio la vuelta y quedó de espaldas a él, y la inclinó sobre la cama. Dejó sus guantes a un lado y deslizó sus dedos fuertes y largos por su espalda desnuda, luego por debajo de ella hasta acariciarle los pechos. Ella se apoyó en sus codos y gimió mientras él jugaba con ella. Se acercó a ella por detrás y ella oyó cómo se desabrochaba los pantalones.

—Ahora, pequeña dragona de fuego, tómame. Hazme arder —su polla se clavó en ella mientras la sujetaba por las caderas, clavándole los dedos. Ella estaba llena, tan llena de él, y gimió por el puro placer de aquella sensación de pertenencia a aquel hombre que la consumía por completo.

—Sí —gruñó él con perversa victoria—. Eres mía, muchacha, mía… siempre.

—Siempre —repitió ella al alcanzar el clímax. No pudo emitir ni un solo sonido mientras la atravesaba un placer puro y cegador. Diana se desplomó sin fuerzas sobre la cama mientras el bandolero seguía saciando su lujuria en ella, y se deleitó con su ronco grito cuando él se corrió unos instantes después. Se quedó quieto, aún dentro de ella, respirando con dificultad, y el cuerpo de ella lo sostuvo, palpitando aún con débiles réplicas.

Se retiró lentamente y la recostó suavemente sobre la cama. Se despojó de todo menos del dominó antes de volver a su lado con un paño húmedo. Ella separó tímidamente las piernas mientras él la limpiaba y luego se metió en la cama a su lado, abrazándola.

—Tengo algo más que darte —le dijo ella mientras se recostaba sobre su pecho y miraba fijamente su rostro enmascarado.

—¿Ah, sí?

Le quitó la máscara de la cara y vio los ojos de Rafe entrecerrarse con amor y picardía.

—El problema es —dijo ella con una pequeña sonrisa—, que no conseguí ponerlo debajo de ese precioso árbol.

—Es grande, ¿no es cierto? —bromeó él—. ¿Qué *tan* grande? —parecía un niño dispuesto a

despedazar la envoltura de sus regalos.

—En realidad, de momento, es bastante pequeño —admitió ella—. Pero crecerá, y creo que a Isla también le hará mucha ilusión.

Los ojos de Rafe brillaron ante la luz de las velas.

—¿Y qué podría ser pequeño pero crecer, que le gustara a Isla? No le habrás comprado un gatito, ¿verdad? Pensaba regalarle uno de los gatitos de la gata del granero dentro de unas semanas, cuando sea lo bastante mayor.

—No —se rio Diana—. Aunque querrá leche y llorará, tal y como hacen los gatitos.

La expresión de su cara, la sorpresa seguida de alegría y asombro… cuánto había deseado ver aquello. El asombro de un hombre que sabe que será padre por segunda vez.

La sujetó, acercándola aún más a él.

—¿Dices la verdad? ¿Estás embarazada? —su voz era jadeante, y su emoción hizo que su sonrisa temblara.

—Sí, estoy segura —le prometió—. Te daré lo que no he dado a ningún otro hombre.

Él le cogió la cara con una mano y le pasó el pulgar por los labios.

—Ya me has dado algo que no le has dado a ningún otro hombre: me has dado tu corazón.

—Entonces has sido bendecido dos veces —bromeó ella, pero su mirada profunda, tan intensa, le robó la sonrisa y el aliento.

—*Siempre* seré bendecido, Diana.

Diana vio el corazón de su malvado bandolero, Rafe Lennox, brillar como el oro del amanecer de una *perfecta* mañana de Navidad.

MUCHAS GRACIAS POR LEER *SU MALVADO BANDOLERO*. ¡EL PRÓXIMO LIBRO DE LA SERIE tratará sobre Thomasina Lennox, en una divertida historia retrospectiva! No dejes de seguirme en las redes sociales y suscribirte a mi boletín para que te avise cuando salga a la venta.

¡Pasa la página para leer una divertida nota en la que hablo de la inspiración para la historia de Rafe, el viaje emocional de los hermanos Lennox y comparto algunas curiosidades históricas divertidas!

NOTA DE LA AUTORA

Hola, mis queridos lectores.

Estoy muy agradecida de que hayáis terminado de leer la historia de Rafe Lennox. Como habréis notado al principio de este libro, he incluido el poema *The Highwayman* de Alfred Noyes para que lo disfrutéis. Alfred captó realmente el rico encanto del escurridizo bandolero, mostrándonos cómo estas figuras capturaban nuestra imaginación. Si no habéis escuchado la versión de Loreena McKennitt de este poema, ¡no dudéis en hacerlo! Escucharéis lo que me ayudó a inspirarme mientras escribía a Rafe y su personaje de Tyburn.

Cuando empecé a escribir Su Malvado Bandolero, me sorprendió ver cuánto habían cambiado mis personajes entre el cuarto libro, *Rivales Infames*, y éste, que es el decimonoveno de la serie. Rafe había aparecido en la historia de Ashton como una criatura salvaje en la noche, robando el carruaje de Rosalind. Nunca imaginé entonces que tomaría la forma que tomó, ni cómo se colaría en tantos libros (*Rivales Infames, Nunca Beses a un Escocés, Nunca Tientes a un Escocés y Escapando del Conde*).

Siguió sorprendiéndome, apareciendo a cada paso cuando menos lo esperaba. Pero quizá lo que más me sorprendió fue cuando él e Isla tuvieron una conexión instantánea. No sabía entonces quién era su heroína, ni cuál sería su destino. Sólo sabía que tenía que esperar, que la historia se revelaría en el momento adecuado. Sin embargo, sí sabía que Isla era la clave del destino de Rafe, que al elegirlo a él, en lugar de a Brodie y Lydia, sabía que sucedería algo magnífico.

No sé cómo escuchan otros escritores sus historias, o si las oyen como susurros en una noche de luna como yo, pero Rafe seguía susurrándome, diciéndome que venía, incluso mientras escribía otras historias, se negaba a salir de mi cabeza. Sin embargo, aún no conocía su historia. Hasta que un día de verano de 2024, cuando terminé de escribir *Duques y Diamantes*, fue entonces cuando le oí decir que estaba listo. Y sí, para mí, como escritora, oigo y veo con bastante claridad, como si soñara despierta, lo que ocurre en mis historias. Vi a Rafe y a una mujer juntos en una carretera oscura, sentí su dolor, sentí su pérdida y, cuando me llegó su rostro, vi lo suficiente de Isla en sus rasgos como para saber que la heroína de Rafe estaría relacionada con la niña. Fue entonces cuando supe que Isla era y siempre sería la clave del

destino de Rafe.

Esta historia fue dolorosa y, sin embargo, también hermosa, porque pude reexaminar aquella horrible noche en que murió Malcolm Lennox desde la perspectiva de su otro hijo. En la historia de Ashton en *Rivales Infames*, se ve la vida de Ashton y cómo vivió la noche en que murió su padre. Pero no es hasta este libro que se ve la historia completa. Me pareció un comentario acertado sobre la vida. Siempre pensamos que conocemos toda la historia, pero la verdad es que otras personas tienen otros recuerdos de las mismas cosas, tienen información diferente, reacciones y consecuencias distintas. Fue emocionalmente difícil mostrar la tensa relación entre Rafe y Ashton, pero quiero que los lectores recuerden que mis héroes no son y nunca serán personas perfectas. Tienen defectos, pero no por ello son menos queridos.

Con la historia de Rafe, pude examinar la relación entre Rafe y su familia. Mientras escribía, me sorprendí al darme cuenta de que Ashton tiene razón, Rafe siempre ha sido el corazón de la familia Lennox. Soportó todos los golpes a nivel emocional, asumió todo el dolor y siguió adelante, ayudando a su familia sin pensar en el agradecimiento o la reciprocidad. A su manera traviesa, estaba siendo bastante desinteresado, a pesar de su insistencia en lo contrario.

Espero que os haya gustado leer el "felices para siempre" de Rafe. El próximo libro de la serie será una especie de flashback de cuando la mayor de los hermanos, la misteriosa Thomasina, se enamoró. La hermana mayor de Ashton por dos años, no se menciona a menudo, porque se casó muy rápidamente y se mudó a la casa de su marido, como todas las mujeres de la época. ¡Tuvo un romance salvaje y emocionante que estoy deseando compartir con vosotros!

He pensado en terminar esta nota de la autora con un poco de información histórica divertida. Mientras mi editora, Jessica, y yo discutíamos las ediciones, me sugirió que incluyera alguna información divertida para vosotros. Cuando me meto de lleno en la escritura, a menudo olvido que los lectores no tienen acceso a mi cabeza y no pueden saber todo lo que he leído como investigación a lo largo de los años. Así que he pensado en compartir algo con vosotros.

Mujeres banqueras

Cuando escribí por primera vez Rivales Infames, leí un libro increíble titulado ***Women Who Made Money: Women Partners in British Private Banks 1752-1906, de Margaret Dawes y Nesta Selwyn***. En este libro, las autoras explican cómo las mujeres podían convertirse, ya fuera por herencia o por inversión, en propietarias de bancos. Normalmente se trataba de bancos más pequeños o de bancos rurales, pero eran instituciones financieras legítimas. A pesar de que la ley exigía que la propiedad de una mujer pasara a ser del marido, existían algunas lagunas interesantes que permitían a las mujeres conservar la propiedad, tenerla en un fideicomiso o heredarla. Muchas de las mujeres que se convirtieron en banqueras en este periodo eran de clase media, pero también las había de clase alta. Así que era muy posible que Rosalind dirigiera su propio banco y pudiera manejar inversiones y cuentas para otros.

La puerta de paño verde

Sólo se menciona brevemente una vez en el libro, pero mi correctora planteó una pregunta interesante cuando me preguntó si me refería al paño de las mesas de billar. Entonces pude contarle la fascinante historia de la puerta de paño verde y pensó que a vosotros también os gustaría conocerla.

Esta puerta era la entrada al mundo de la servidumbre en la mayoría de las casas inglesas. El paño envolvía la parte delantera y trasera de las puertas y se sellaba con tachuelas de latón. Ayudaba a mantener la puerta "en silencio", ya que se abría y cerraba constantemente para que los criados pasaran a la parte principal de la casa a realizar sus tareas. El uso del paño se remonta a 1525 y se utilizaba en una gran variedad de superficies, desde las puertas de las guarderías hasta los escritorios y las mesas de juego, incluidas las de billar. La tela, además de absorber los sonidos, también podía absorber los olores de la cocina. La puerta de paño verde se convirtió en un símbolo icónico de la división entre la clase trabajadora y los residentes de la casa. A menudo la incluyo en las escenas en las que hablo de los criados, porque la imagen de una gran puerta de roble cubierta de tela verde es muy curiosa.

Tradiciones navideñas

Existe la creencia común de que los árboles de Navidad y los regalos navideños no existían en la época de la regencia. A menudo lo relacionamos únicamente con la época victoriana. Pero la reina Charlotte trajo el primer árbol de Navidad, un tejo, al palacio de Windsor y ella y sus hijos lo decoraron. Cuando llegó el príncipe Albert a principios de la época victoriana, popularizó la tradición y utilizó un abeto en lugar de un tejo. Pero los árboles de Navidad ya existían antes del príncipe Albert.

El acto de hacer regalos también se producía en la época de la regencia. Dependía de la tradición particular de cada familia, pero se podían hacer regalos en Nochebuena, Navidad, el día después de Navidad, Noche de Reyes y Año Nuevo. Los terratenientes y la gente acomodada solían hacer regalos a los pobres o a la gente con dificultades de sus comunidades. También hacían regalos pequeños a los comerciantes, criados e inquilinos a los que empleaban. Entre personas de igual posición social, los regalos se hacían entre familiares o amigos íntimos. Las mujeres aprovechaban este momento para mostrar sus habilidades con la aguja, el dibujo u otras aficiones femeninas. Los niños también recibían regalos. No se ponían necesariamente bajo los árboles, pero no pude resistirme en incluir esa tradición para Rafe, porque más bien me lo imagino como el tipo de padre que se quedaría despierto hasta las tres de la mañana acomodando juguetes para los niños si viviera en la era moderna.

Espero que os haya gustado estos interesantes datos. Gracias de nuevo por leer el libro de Rafe. Me encantaría que compartierais la portada, vuestras citas favoritas o imágenes de vuestras páginas favoritas del libro (¡sí, podéis compartir una captura de pantalla de vuestro kindle o aplicación de lectura con las citas resaltadas!) Si pertenecéis a algún grupo de lectores, ¡recomendad este libro a otros lectores y contadles por qué os encanta Rafe! Y, por supuesto, ¡las reseñas son muy apreciadas! ¡Incluso unas pocas frases sobre lo que os

ha gustado es todo lo que necesita una reseña!

¡Gracias por apoyar tanto a mis personajes y mis historias!

Para ver todos mis otros libros disponibles en español, ¡visita AQUÍ!

ACERCA DEL AUTOR

Lauren Smith es una abogada estadounidense de día y autora de noche que escribe romances osados y provocativos bajo la luz de la aplicación de la linterna de su teléfono inteligente. Supo que estaba destinada a ser escritora de novelas románticas cuando intentó reescribir toda la película *Titanic* solo para salvar a Jack de ahogarse. Su pasión es conectar con los lectores a través de la escritura de romances emotivos, realistas y sensuales, independientemente de la época. Ha ganado múltiples premios en varios subgéneros románticos.

Para conectar con Lauren, visítala en
www.laurensmithbooks.com
lauren@laurensmithbooks.com

